

ESTELA CHOCARRO

Autora de  
*EL PRÓXIMO FUNERAL SERÁ EL TUYO*

*Te* DARÉ *un* BESO  
ANTES *de* MORIR



MAEVA NOIR

Si tienes un club de lectura  
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás  
guías de lectura de algunos de nuestros títulos  
<http://www.maeva.es/guias-lectura>

## Índice

[Cubierta](#)

[Primera Parte](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

## [Segunda Parte](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[62](#)

[63](#)

[64](#)

[65](#)

[66](#)

[67](#)

[68](#)

[69](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

«Yo hubiera compartido aquellas horas  
yertas de un hospital. Tus ojos solos  
frente a la imagen dura de la muerte.  
Ese sueño de Dios no lo aceptaste.  
Así como tu cuerpo era de frágil,  
enérgica y viril era tu alma.»

**Luis Cernuda, del poema «Niño muerto»**

*A Fer,  
que libraba su propia batalla mientras  
se escribía esta historia*

# Primera Parte

1 de diciembre de 2013

Al llegar a la plaza Gala i Salvador Dalí de Figueres, sintió la caricia helada de una sombra y se estremeció. Miró a su alrededor y no tardó en localizar a un gato azabache de brillantes ojos amarillos que salió zumbando de entre las mesas de una terraza. Su organismo fue recuperando la calma azuzado por su propia cordura. Se acercó un poco más a la fachada del Teatro Museo y sin mucho interés se entretuvo en leer la información sobre precios y horarios. Durante todo el viaje lo había acompañado una fuerte excitación ante la perspectiva de volver a verla. Ahora, frente a la puerta principal, su memoria le devolvió la imagen de su última visita: los ancianos de Cárcar, Rebeca y él. Un gran día, igual que lo fue el de su primera visita el año anterior. Sonrió casi sin darse cuenta evocando su último beso, pero la sonrisa fue breve y su rostro se ensombreció al momento. Algo insignificante, una vibración nimia lo obligó a girarse. Aguzó el oído. Afiló la vista. No vio ni escuchó nada, pero un radar en su interior había detectado algo anormal. Desplegó el brazo con la palma de la mano hacia el cielo aún invisible. La mantuvo así lo que tardó en inspirar dos veces y ya la iba a retirar cuando algo menudo como un grano de arroz volvió a golpearle con delicadeza. En cuanto procesó la información se sobresaltó. Elevó la mirada, temeroso. Una tercera gota volvió a impactar junto a su predecesora. Se alejó dos pasos de la fachada para buscar el origen de aquel leve flujo de sangre. ¿La escafandra del balcón? No podía ser cierto. Un nuevo impacto sutil, denso, oscuro vino a confirmar sus sospechas.

–¡Rebeca! –gritó dirigiendo toda su energía al viejo traje de buzo de la fachada. Y su propia voz retumbó en sus oídos como un lamento.

–¡Víctor!

La voz provenía de su espalda. Con inmenso alivio se giró hacia ella. Llevaba el pelo más corto, botas tejanas y pantalones y cazadora color caqui. De no haber reconocido su voz la hubiese tomado por otra persona. Y sin embargo era ella, diferente pero igual de guapa. Había pasado tanto tiempo... Pero estaba allí y

estaba viva. ¿Quién sangraba entonces oculto en aquel antiguo traje de buceo?

Rebeca Turumbay se le acercó grácil. Las mejillas arreboladas, los ojos brillantes.

–Recibí tu mensaje. No sé cómo diste conmigo, pero aquí estoy. –Víctor la acarició con la mirada y después la estrechó entre sus brazos.

–Fuiste tú quien me citó aquí –musitó ella al calor de su cuerpo.

Víctor Yoldi tardó una milésima de segundo en detectar la trampa. La apartó con cierta brusquedad, la agarró de las muñecas y la miró fijamente a los ojos antes de tirar de ella.

–¡Corre!

Rebeca obedeció como si le fuese la vida en ello sin comprender la situación, su mano soldada a la de Víctor Yoldi. Ni por un instante consideró la opción de soltarse. Tomaron el Carrer de Sant Pere hacia la Rambla, pero no llegaron tan lejos. No escucharon sirenas ni motores, los Mossos surgieron de repente de una bocacalle, como si hubiesen previsto tragado como un tonto. Esa revelación cayó como una losa sobre la espalda del periodista de Cárcar. ¿De verdad era tan ingenuo? Miró a Rebeca, tan bonita –¡Dios, cuánto la deseaba!–, y lo supo al instante. Quien iba tras él conocía bien sus debilidades.

2 de noviembre de 2013

Jonás Sádaba salió al patio con la cabeza baja, la mirada furtiva. Solo necesitó unos días para darse cuenta de que allí más le valía ganarse pronto la fama de tipo duro, pues estaba demostrado que los pobres diablos las pasaban canutas. Tras su primer ingreso en la enfermería por culpa de una pelea vergonzante, sus expectativas en la vida habían dado un giro radical. No podía esperar cumplir su condena plácidamente mientras aprendía un oficio o estudiaba un módulo de FP. Debía protegerse o nunca saldría de allí con la cabeza en su sitio, pero tampoco estaba dispuesto a convertirse en un matón; tenía una hija y debía conservar su humanidad. ¿Cómo si no iba a contribuir a su educación? ¿Cómo iba a ganarse su cariño, su respeto, si además de no vivir con ella se comportaba como un animal? Su condición de asesino confeso, dos o tres peleas en las que dejó claro que no temía nada ni a nadie y su negativa a entablar amistad con el resto de reclusos le granjearon en las siguientes semanas cierto respeto entre sus compañeros. Podía pasar varios días sin abrir la boca. De tanto en tanto provocaba algún incidente menor para mantener su estatus de tipo duro. Nada serio que mereciese un castigo, por supuesto. Sonia acudía a verlo religiosamente junto a la niña desde su ingreso en prisión y no estaba dispuesto a perderse ni una sola visita. Bajó un poco más la cabeza. Se inclinó como si hubiese visto algo que no era de su agrado y finalmente se agachó para arreglarse el bajo del pantalón. Fue lo único que se le ocurrió para ocultar la sonrisa que brotó incontenible en su rostro ceñudo. Su pequeña Lola. Lo mejor que había hecho en la vida. La razón para seguir adelante en aquel lugar de pesadilla. Cuando se incorporó, la luz de su mirada volvió a apagarse de ese modo automático que tenía tan perfeccionado. Paseó la vista todo alrededor y se mesó la barba, una tupida masa de vello que oscurecía su rostro dándole un aspecto vil. Era lo que pretendía, pero tendría que afeitarse antes de su encuentro familiar para no asustar a Lola. Se detuvo un instante en ese pensamiento y, en cuanto volvió a concentrarse en el patio, lo vio. Su compañero de celda no era

muy locuaz, pero sabía que lo vigilaba en cuanto salían del pequeño receptáculo en el que vivían desde que abandonaron la vieja cárcel y fueron trasladados a la nueva. Jonás había marcado las distancias desde el principio; no estaba allí para hacer amigos. Su compañero era un hombre de cincuenta y muchos o sesenta y pocos años. No era el preso más viejo, pero sí el que más años llevaba en prisión. Había matado a un niño, el hijo de su jefe, por lo que decían; aunque se rumoreaba que era inocente. Como todos. Sin embargo, aquel hombre parecía cualquier cosa menos un asesino de niños, por lo que se sospechaba que tal vez su caso fuese la excepción y él fuese de verdad inocente del crimen que lo había llevado a cumplir una larga condena. De no ser por esa opinión general, su vida en la cárcel podría haber sido un infierno. Violadores, maltratadores y asesinos de mujeres y niños eran muy mal recibidos allí. Jonás dio una vuelta al patio con las manos en los bolsillos. Cuando pasó junto a su compañero de celda lo miró de soslayo. Aquel viejo no le quitaba el ojo de encima. Sin haberlo previsto, le dirigió una mirada abierta, levantó la cabeza y bajó los hombros. Por primera vez. Massimo Figueroa le aguantó el pulso y casi creyó ver un amago de sonrisa en su rostro amable. Podía ser solo una impresión o un efecto del sol que lo cegaba. No sabía mucho de aquel hombre al que el resto de reclusos llamaban el Argentino. Él no era un entendido en casi nada, pero las pocas palabras que había intercambiado con su compañero a la hora de apagar la luz, usar el retrete o hacerle cambiar de postura en la cama para evitar los ronquidos parecían lastrar un vago acento, de ahí que suponía que lo llamaban así porque, en efecto, esa era su procedencia. A él le traía sin cuidado. Le podían haber llamado el Destripador y tampoco habría despertado su curiosidad. Pero aquel día vería a sus chicas y estaba de buen humor. Tal vez fuese eso lo que le hizo acercarse al hombre y sentarse a su lado. Permanecieron unos minutos en silencio mirando al cielo con los ojos cerrados. Sentir el calor del sol en el rostro un día de noviembre en Pamplona era todo un regalo.

—¿Toca visita?

—No es asunto tuyo —replicó Jonás, impasible.

Massimo Figueroa rio jocosamente.

—Tengo la impresión de que no eres tan cabrón como aparentas.

—¿Y qué te hace pensar que no lo soy?

—He observado que te engalanas el día de visita. Hasta el gesto se te endulza. Supongo que pretendes ofrecer un aspecto más civilizado y eso dice mucho de un hombre. Lo sé bien.

Jonás no supo cómo responder a esas palabras y guardó silencio. Bien mirado, el Argentino era un tipo curioso: lucía una abundante cabellera de un blanco brillante, el azul de sus ojos era oscuro y penetrante, los labios carnosos y la

nariz ancha. Un hombre poco corriente cuya amable actitud le hizo sentir una confianza que no había sentido antes. Al instante, Jonás Sádaba, asesino confeso, lo declaró inocente del cargo de asesinato. Ese hombre no era un criminal como él.

–¿Por qué estás tú aquí? –contraatacó.

–Por homicidio.

–Dicen que eres inocente.

–Como todos.

Jonás inspiró profundamente.

–No todos. Yo maté a mi madre.

El hombre volvió a reír, ahora con sorna.

–Yo también espero visita hoy. Es lo que me mantiene cuerdo en esteantro. Igual que a ti.

–¿Hijos?

Massimo Figueroa asintió.

Jonás Sádaba tendió la mano a su compañero de celda. Acababan de romper un muro de hormigón después de diecisiete meses conviviendo en un tácito pacto de silencio. Pasaron los minutos observando a los otros reclusos pulular por el patio, sintiendo el leve calor del sol sobre sus rostros, hasta que un grito a pocos metros los sacó de su letargo.

–Otra vez el Chaval –dijo el Argentino, y movió la cabeza con hastío–, todos los días lo mismo. –Y entonces se incorporó. Con pasos largos y lentos se encaminó hacia el grupo que se había formado alrededor de un preso nuevo, un pipiolo que no debía de haber cumplido aún los veinte años. Era la tercera vez que se veía obligado a salir en su defensa, aunque no le convenía enfrentarse a aquella bestia. Sancho se cuidaba muy bien de afeitarse la cabeza todas las semanas, esa bola reluciente contrastaba con la barba larga y frondosa que le caía por la pechera, de un color castaño rojizo con algunas hebras blancas. Hombre de pocas palabras y mirada enferma; los ojos siempre rojos. Decían que por falta de humedad. Podía insultarte, amenazarte y matarte de un golpe certero, y nunca pestañeaba. Se hacía llamar Sancho en referencia al antiguo rey de Navarra porque, simple y llanamente, era el rey de la cárcel. Era peligroso, todo el mundo sabía que no había que contradecirle ni cruzarse en su camino. Tanto los internos como los funcionarios lo respetaban porque infundía temor y gozaba de unos privilegios que no se correspondían precisamente con su buen comportamiento.

El Argentino se detuvo frente a Sancho. Las manos en los bolsillos.

–¡Vamos! Déjalo en paz. ¿No ves que es solo un crío?

Sancho proyectó sobre él una mirada punzante. Massimo Figueroa aguantó el

envite sin apartar la vista de sus ojos inyectados en sangre. Le temblaban las piernas, pero nadie lo notó. A su alrededor los secuaces de Sancho lo vigilaban como perros de caza esperando un solo gesto de su jefe para saltar sobre su presa. Un charco comenzó a formarse a los pies del Chaval y Sancho estalló en una sonora carcajada que fue jaleada por sus cinco acólitos.

–¡Se ha meado en los pantalones!

Rio unos segundos más y después se dirigió hacia el Argentino, apuntándole con el índice.

–Tú me estás tocando los cojones. ¡Ya puedes andarte con ojo, pedazo de mierda! –Hizo un gesto a sus hombres y juntos se alejaron con actitud canallesca.

–Gracias –consiguió articular el Chaval con un hilo de voz.

–Ya puedes espabilarte, chico. Así no vas a durar mucho en este lugar. Y yo tampoco, dicho sea de paso.

El Argentino regresó junto a Jonás.

–¿Por qué lo defiendes?

Massimo Figueroa se llenó el pecho de aire antes de responder:

–Debe de ser de la misma edad que mi hijo Armando. No soporto ver cómo lo humillan esos mierdas.

–Puede que te hayas buscado tu ruina. Lo sabes, ¿verdad? –Se levantó y se marchó, dejando al Argentino solo con sus malos presagios.

Cuando llegó su visita, Massimo tenía sangre en los dedos. Llevaba tanto tiempo mordiéndose las uñas que apenas quedaba ya rastro de ellas sobre la carne. Recibía pocas visitas de su mujer y su hijo desde que se trasladaron a Madrid. Aquella iba a ser la primera de 2013 y ya era noviembre. No podía decirse que su familia lo añorase. Se habría roído los dedos hasta el hueso si no llega a aparecer por fin Ana María escoltada por Armando. Un joven muy apuesto, alto, fuerte, guapo como su madre. La sala familiar no era gran cosa: unas sillas alrededor de una mesita y un baño diminuto. El caballito balancín de plástico parecía una broma. Aun así, sonrió esperanzado en dirección a su familia; la única razón de que él hubiese aceptado acabar allí. Pero la sonrisa se le fue borrando del rostro hasta convertirlo en una máscara. Su mujer mostraba un semblante serio y se retorció las manos, nerviosa, igual que él hacía solo un instante. Algo pasaba. Aunque su hijo estaba ahí. Ambos estaban bien... Debía de tratarse de otra cosa. Miró a Armando. Los tres tomaron asiento con una rigidez incómoda. El chico no levantó la vista del suelo y sus miradas no se

encontraron por más que él carraspeó. Tensión y todo un rosario de tópicos hasta que Ana María dijo por fin, incapaz de mirarlo a los ojos:

–Quiero el divorcio.

Y plantó sobre la mesita unos papeles y un bolígrafo que llevaba preparados en su bolso. Massimo Figueroa sintió que la sala comenzaba a encogerse. Sintió que le faltaba el aire y luego un profundo mareo. Durante esos instantes, ni Ana María ni Armando pronunciaron una sola palabra. Tampoco movieron un músculo. Nada. Cuando recuperó el pulso, levantó de nuevo la cabeza y los miró desde otra perspectiva. Ahora se daba cuenta del cambio que antes le había pasado desapercibido: su esposa siempre había sido una belleza, pero la que estaba frente a él era una mujer distinta. El cambio más radical lo había sufrido su cabello, antes castaño y ahora rubio, el corte por encima de los hombros, ropa cara, maquillaje cuidado. Comprendió al instante.

–¿Qué tal en la universidad, hijo? –le preguntó a Armando para salir del paso.

–Ya terminé la carrera.

–Ya... –Sabía que su hijo había terminado los estudios, claro. Pero estaba nervioso y aturdido. No sabía qué decir ni cómo reaccionar y lo único que estaba consiguiendo era parecer un memo.

–¿Vas a firmar? –intervino Ana María.

Massimo sospechó que su mujer tenía prisa por recoger sus papeles y marcharse, que esa había sido la única razón de su visita y que posiblemente la presencia de su hijo no respondía a lo mucho que lo echaba de menos, sino a un gesto de apoyo para con su madre, quien a todas luces estaba pasando un mal trago.

–Has conocido a alguien... –aventuró del modo más suave que fue capaz.

Ana María bajó nuevamente la cabeza acompañando el movimiento con un gesto afirmativo.

–Comprendo.

Ana María buscó su mirada con renovada seguridad.

–Es un buen hombre. Me trata bien, nos divertimos. También se preocupa por Armando. –Se giró hacia el muchacho y tomó su mano apretándola entre las suyas.

–Claro...

Massimo Figueroa hizo un esfuerzo y se inclinó sobre los papeles. Trató de enfocar, pero fue en balde. Sus gafas. No las usaba antes de entrar en prisión, pero llevaba tanto tiempo allí...

–Necesito unos días para hacerme a la idea, mirar estos papeles y firmarlos. Vuelve a verme. Trae a Armando y charlaremos. Si quieres el divorcio no voy a ponértelo difícil. Solo te pido que vengas otro día. –Dejó que el silencio hablara

por él durante unos instantes y después preguntó, esperanzado—: ¿Lo harás? Por favor.

A pocos metros de los Figueroa, como contrapunto a tanto dolor contenido, una sonrisa iba camino de perpetuarse en el rostro de Jonás Sádaba. Afeitado, peinado y aseado, estaba hecho un pincel. Lola chapurreaba, reía y jugaba con los botones del vestido de su madre mientras Sonia miraba a Jonás con anhelo. Solía contarle cosas cotidianas, las gracias de la pequeña, algunas novedades del pueblo: próximas bodas, embarazos, funerales... Mientras, Jonás las miraba embobado, deseando verse libre para abrazarlas durante horas, rodar por el suelo con la pequeña, llevarla en volandas y contarle cuentos. A él nadie le había contado cuentos desde que desapareció su padre, por eso tenía mucha ilusión puesta en ese cometido. Incluso había comenzado a escribir algunos relatos durante las largas horas que pasaba en su celda. Tenía mala caligrafía y peor ortografía, pero eso a nadie le importaba y él se sentía bien con un lápiz entre los dedos. Si algo le sobraba allí era tiempo. Plasmar en un cuaderno aquellas fantasías absurdas le servía de analgésico y, por otro lado, tenía la ilusión de contarle sus historias a la chiquilla cuando esta fuese un poco mayor.

Las buenas noticias llegaron al final, en el momento de la despedida.

—Mi abogado está intentando que me concedan un permiso. Aún es pronto, pero...

—¿Y vendrías a casa con nosotras?

El brillo en el rostro de Jonás era la respuesta.

Sonia se lanzó a su cuello y le besó con ardor. Las lágrimas de sus ojos, a pesar de que denotaban una inmensa alegría, lo emocionaron.

En cuanto el funcionario lo agarró del brazo para conducirlo de nuevo a su celda, el hombre oscuro en que se convertía como preso volvió a apoderarse de él. Así sería hasta la próxima visita de su familia.

3 de noviembre de 2013

El Argentino estaba muy callado aquella mañana. Todos en la cocina lo habían notado y sospechaban que la visita de su familia era la causa. La cosa pintaba mal, pero el divorcio estaba a la orden del día en la cárcel. ¿Para que servía un marido preso si no podía aportar dinero ni apoyo? La mayoría de las esposas rehacían su vida con un hombre que pudiese ofrecerles un futuro más prometedor.

El jefe de cocina, empleado de la Diputación, era un hombre corpulento de buen carácter. Se notaba a la legua que era un gran *gourmet*, además de una buena persona. Tenía algo de psicólogo y conocía bien a sus chicos. Los internos lo llamaban José Andrés, en referencia al famoso chef. Tanto el parecido físico como la categoría de su cocina lo merecían.

—¿Qué hay, Massimo? —dijo, posando la mano en el hombro de su más antiguo colaborador.

El Argentino levantó la cabeza y respondió con un mohín.

—¡Ánimo, hombre! Todo pasa. Cuenta conmigo si necesitas hablar.

Los dos ayudantes de cocina se los quedaron mirando con gestos de comprensión, pero evitaron intervenir. Eran buenos chicos que obedecían con rapidez y eficacia órdenes tanto del chef como de Massimo. Cuando llegó la hora de la comida, el Argentino aún no había abierto la boca. Se colocó con su enorme cazuela en el lugar asignado y comenzó a servir las raciones de garbanzos con espinacas. No era la comida más popular, pero en esta ocasión el disgusto de sus compañeros no hizo mella en él. Tras servir las primeras raciones con mirada ausente se percató de que tan solo faltaban cinco bandejas para llegar a la del Chaval. A su espalda, como perros sarnosos, Sancho y sus hombres. Ese detalle logró alterar su ritmo cardíaco, que hasta entonces había permanecido estable. Buscó la mirada del muchacho tratando de advertirle, pero el Chaval no levantó la vista del suelo. Eres carne de cañón, hijo, pensó. Las bandejas pasaron con rapidez frente a él y en un batir de alas los tuvo delante. Echó un cazo de

garbanzos en su bandeja mientras intentaba captar la atención del chico, que permanecía ausente, alicaído, tratando inútilmente de pasar desapercibido. Como no le dijo lo contrario, y sin saber cómo reaccionar, volvió a llenar el cazo y le sirvió una segunda ración.

–Ya está, hijo. No puedo ponerte más.

El muchacho pareció despertar y solo entonces fijó la vista en el Argentino.

–Ya... Claro.

El Chaval afianzó la bandeja entre las manos y se giró hacia su izquierda para recibir el resto de la comida. No llegó a dar un solo paso. En un instante tenso y eterno se precipitó sobre el pavimento. El estrépito de la bandeja alertó a todo el comedor. Decenas de bocas, cientos de manos quedaron congeladas. Los hombres de Sancho jalearon la jugarreta de su líder, quien, sin embargo, permaneció impasible. El Chaval se afanó en retirarse las espinacas del rostro. Encontró algunas gotas de sangre en sus dedos y se tocó la frente al tiempo que algunos garbanzos rodaban desde su cabeza hasta el suelo sucio. Sancho le ofreció su mano para ayudarlo a levantarse. El muchacho dudó un instante y cometió el error de confiar en su enemigo. La segunda caída fue mucho peor que la primera. Nadie vio nada. Nadie supo como acabó con la cabeza abierta de cuajo. Fue una maniobra complicada que elevó su cuerpo entero hasta quedar suspendido, para después caer como un fardo sobre el terrazo frío. Todos en el comedor se quedaron atónitos.

–¿Qué es lo que pasa aquí? –bramó Urrutia, el jefe de servicio, que llegó rápidamente al lugar del siniestro junto a otro funcionario.

Sancho se encogió de hombros y su gesto fue imitado por los cinco que lo escoltaban.

Gómez, el otro funcionario, dirigió su mirada inquisitiva a Massimo Figueroa mientras Urrutia comprobaba el estado del Chaval.

El Argentino no reaccionó enseguida. Con la mano aún sujetaba el cazo de los garbanzos, el rostro pálido como la cera. Pasados unos instantes cerró los ojos con fuerza como si ese gesto fuese a modificar la escena que se le representaba en la retina.

–Verá, señor. Lo que ha ocurrido es... –Un carraspeo seguido de una tos ronca lo detuvo. A continuación otros cinco presos prorrumpieron en mal disimuladas toses y carraspeos. El jefe de servicio no se dio por enterado aunque sabía que ponía al Argentino en una situación complicada.

–Sancho ha puesto la zancadilla al chico –comenzó titubeante, sabiendo que se jugaba la vida. Él tenía buena reputación. Gozaba del favor de los funcionarios pero también del respeto de sus compañeros. Nunca jamás lo hubiese hecho de no verse al borde del abismo, pero su mundo había dejado de

tener sentido. Otro hombre iba a quedarse con su familia y él ya no tendría nada por lo que sobrevivir. Continuó al cabo de unos instantes, ahora más convencido. Al menos podía hacer algo por aquel pobre muchacho—: Sancho le ha puesto la zancadilla, después se ha ofrecido a levantarlo del suelo y le ha hecho una llave. El resultado ya lo han visto todos.

Un murmullo apagado recorrió el comedor mientras dos sanitarios llegaban con una camilla para llevarse al herido. Urrutia hizo un gesto a su compañero. Los nervios en ambos funcionarios eran evidentes, pero no podían hacer dejación de sus funciones. Se acercaron a Sancho y le pusieron unas esposas. Después lo condujeron fuera del comedor. Nadie dijo nada. Nadie respiró siquiera. En cuanto Urrutia, Gómez y los sanitarios abandonaron el recinto, la turba reaccionó con una sola voz, acompañada con el ruido de las bandejas sobre las mesas: «Chivato, chivato, chivato, chivato, chivato...».

Después de lo sucedido durante la comida ningún preso se atrevió a acercarse al Argentino, ni siquiera Jonás. Sin esperar nada de nadie, Massimo Figueroa se refugió en la deseada soledad. «Ándate con ojo —le había dicho el chef José Andrés antes de acabar su turno—. No me gustaría verte sufrir.» El único que le había tendido una mano amiga. ¡Claro! Él no vivía allí, se iba todos los días a su casa con su familia, igual que el resto de funcionarios. Cuando apagaron las luces de las celdas aquella noche, Jonás y Massimo no habían intercambiado una sola palabra. El de Cárcar estaba preocupado y dio muchas vueltas en la cama hasta que se decidió a hablar:

—¡Joder, Massimo! Has hecho lo correcto, pero te has metido en la puñetera boca del lobo. Lo sabes.

Massimo infló su pecho de aire y lo soltó lentamente antes de responder:

—Mi mujer quiere el divorcio. Mi hijo no quiere saber nada de mí. Normal. Yo también me avergonzaría si fuese él. Durante todos estos años he sido el preso menos problemático, casi invisible. No quería alargar mi condena ni avergonzar a mi familia, pero ya no hay nada que me impida obrar como lo he hecho. Nada.

—¡No digas eso, hombre!

—Puede que nunca vuelva a verlos después del divorcio.

Jonás había sido un hijo sin padre y ahora era un padre lejos de su hija. Comprendía perfectamente lo que sentía su compañero de celda. Sin embargo, creyó que su presencia allí tenía una razón de ser y que si en algo podía soliviantar el estado de ánimo de aquel hombre era su obligación intentarlo.

—Tu hijo tiene padre. Yo lo perdí cuando era un crío y habría hecho cualquier cosa por haberlo conocido mejor. Vale la pena que te esfuerces en recuperarlo, al menos a él, que es sangre de tu sangre. Intenta hablarle, que sepa quién eres. Puede que no esté todo perdido, pero si no te rebelas ante lo inevitable nunca

lograrás levantar cabeza. Debes pelear, compañero. La vida no termina entre estos muros.

Tras el intento de Jonás, los dos permanecieron en silencio hasta que el Argentino habló:

–La verdad nos hace libres, ¿no es eso lo que dicen?

–No te entiendo.

–¿Te gustaría escuchar mi historia? Pero debes prometerme que nunca jamás repetirás lo que voy a contarte.

Pasó un minuto en la celda 122 en el que tan solo se oían las suelas de goma del funcionario en su incansable deambular por el pasillo. Los pasos se detuvieron por unos instantes para después volver a reanudar su lenta cadencia.

–Si necesitas contármela, hazlo, pero preferiría no saber demasiado...

–Las historias de un viejo como yo no interesan a nadie, ¿verdad? Además juré hace años no hablar de esto jamás. Perdona.

–No digas eso, tío. Es solo que no quiero saber, ¿comprendes? Cada uno lleva su propia culpa como puede. Habla con tu hijo y cuéntale todo lo que tengas que contarle. Piensa que la vida está hecha de oportunidades únicas que los imbéciles como nosotros solemos desperdiciar.

Massimo emitió un largo suspiro y su compañero de celda no pudo seguir negándose:

–Está bien. Te escucho.

Massimo vaciló por un momento.

–Espero que sepas guardar silencio.

–Seré una tumba. Tranquilo.

–Verás –comenzó, bajando un poco el tono de voz–, en realidad yo no debería estar aquí, pero hice un pacto con una persona: mi libertad a cambio de dinero. El suficiente para que mi familia viviese de manera holgada. No estoy orgulloso de mi decisión, pero en aquel momento me pareció que era la única manera de ser un buen padre y un buen marido. Si rompo mi pacto contando la verdad a mi hijo, puedo poner mi vida en peligro, pero manteniendo mi palabra, pierdo lo único que tengo en esta vida. Sin mi familia no soy nada, ¿comprendes? Mi vida no vale la pena si Armando se olvida de que tiene un padre.

Vale. Ya lo había dicho. El Argentino tomó aire ruidosamente y lo expulsó de la misma forma. De pronto, ambos fueron conscientes de que podrían oírlos en medio de aquel silencio, por lo que se abstuvieron de respirar hasta que el funcionario que hacía el turno de noche dio señales de vida. Debía de haberse quedado apostado frente a su puerta porque escucharon el tintineo de la porra contra el metal.

–Entonces, ¿eres inocente? –preguntó Jonás en un susurro.

–Pues claro. ¿No lo eres tú también? –concluyó Massimo soltando una carcajada sorda.

–Sabes bien que yo soy culpable –hizo una breve pausa–. ¿Qué piensas hacer?

–Si voy a perder mi vida, prefiero al menos morir con la satisfacción de tener el respeto de mi hijo.

–Entonces, ya has tomado tu decisión.

El chirrido de las suelas de goma se fue atenuando poco a poco hasta desaparecer en el otro extremo del pasillo. No volvería a acercarse en toda la noche, pero eso fue algo que no llamó en absoluto la atención de los dos presos de la celda 122.

5 de noviembre de 2013

Como nadie se dirigía a él por miedo a Sancho, el Argentino tuvo dos días con sus dos largas noches para meditar sobre lo que iba a decirle a su hijo. Le costó un notable esfuerzo convencerlo para que volviese a la cárcel. Lo consiguió amenazando con negar el divorcio a su madre, algo tan ruin que le hacía sentir asco de sí mismo, pero era la única esperanza que le quedaba. Jonás lo había visto claro como el agua: Armando comprendería y volvería a acercarse a él. ¡Era su padre, por todos los santos! ¿Cómo no iba a perdonar un error cometido con la única intención de cuidar de ellos? Llevaba tantos años repitiendo las mismas falacias que de pronto no tenía claro qué es lo que había ocurrido en realidad ni el orden en el que se habían sucedido los acontecimientos. ¿Cómo fue capaz de traicionar a su jefe sabiendo que era lo mejor que le había pasado en la vida? Al revivir ahora los hechos se daba cuenta de lo estúpido que había sido en el pasado. Ojalá pudiese inculcar algo de cordura en su hijo para evitarle sufrimientos. Un pensamiento fútil, puesto que la vida no dejaba de repetirle que cada uno debe cometer sus propios errores; nadie aprende de los ajenos.

Llevaba cinco minutos esperando que lo condujeran a la sala de visitas. Los nervios ya estaban haciendo mella en él cuando Urrutia se le acercó.

–Vamos, Massimo. Es la hora.

El Argentino asintió con un gesto, pero no dijo nada y se dejó llevar hasta la diminuta sala donde aguardaba Armando al otro lado del cristal.

–Hiciste lo que debías –le dijo Urrutia con un gesto de complicidad antes de alejarse.

Era la primera vez que estaba a solas con él desde su ingreso en prisión cuando su hijo aún era un niño. De pronto fue consciente de lo mucho que se le parecía, sobre todo en los ojos. El cabello castaño algo ondulado era lo que le resultaba más llamativo, pues lo llevaba mucho más largo de lo que él consideraba

adecuado. Pero los jóvenes de hoy no son como los de antes, se dijo. Alto y delgado, tenía el porte seguro y elegante de Ana María. Notó que el chico estaba tan nervioso como él porque no le miraba a la cara y ocultaba las manos en los bolsillos de la sudadera. Bueno, estaba bien así, porque se encontraban en igualdad de condiciones. Massimo lo saludó formalmente y el chico le respondió sin levantar la mirada.

–Ya sé que no hemos tenido una gran relación, Armando, pero me gustaría que nos conociésemos un poco mejor. Tú no tienes otro padre y yo no tengo otro hijo. Creo que vale la pena intentarlo.

El muchacho tardó en fijar la mirada en Massimo. Ambos permanecieron unos instantes inmóviles, dejando que sus ojos idénticos se reconociesen en los del otro; que se identificasen con la otra persona, carne de la misma carne.

–Di lo que tengas que decir. Para eso me has obligado a venir.

El Argentino inspiró profundamente, tratando de serenar el latido de su corazón. Dentro de la relativa calma en la que vivía, aquello era lo más duro y también lo más importante que había hecho en años. Rezó para hacerlo bien.

–Verás, quería hablarte de la razón por la que estoy aquí –carraspeó, se frotó la cara con la mano y luego se estrujó los nudillos tratando de encontrar las palabras. Armando lo miraba expectante—. A veces la vida te pone en situaciones complicadas y tienes que elegir la mejor salida. Puedes equivocarte, pero una vez que tomas un camino, puede que no haya vuelta atrás. Yo cometí graves errores en el pasado. La avaricia es el peor de todos los pecados que puedes cometer, hijo. Te lo aseguro. Nunca sale nada bueno de ahí. Créeme cuando te digo que fue la avaricia lo que me trajo hasta esta cárcel, no la venganza, como puede parecer si nos atenemos a la sentencia.

–Eres un asesino. El peor de todos. No hay mucho que puedas decir en tu favor.

El Argentino se irguió en la silla.

–¿Eso es lo que crees? ¿Es lo que te ha contado tu madre?

El joven lo miró con desdén.

–¿Y si fuese inocente? –dijo—. Sé que tu madre no te ha inculcado la idea de que soy un asesino. No lo soy. Es cierto que nunca hablamos claramente del tema ella y yo, pero sé que no me tiene por un monstruo. Al menos hace veinte años no lo pensaba. Me quería.

–Ya no te quiere. Y creo que tampoco quiere pensar en lo que hiciste. Lo cierto es que hace mucho tiempo que ni siquiera te menciona.

–Estoy aquí por ti, hijo. Por tu madre y por ti. Para ofreceros una vida que no podía ofreceros de otra manera. Me juego mucho contándote esto, cosa que no debería hacer, jamás. Nunca pensé que os perdería, pero ahora veo que he sido

un ingenuo. Sin embargo, eres mi único hijo, lo único que me queda en la vida. Prefiero morir antes que perderte. Tienes que saber que yo nunca he matado a nadie. Que te quiero y siempre te he querido.

—¡Calla! —bramó Armando, iracundo. Parecía que iba a hacer algo más: golpear la silla, el propio cristal, a sí mismo... Su cuerpo tenso parecía estar conteniendo una reacción violenta. Se levantó de la silla y se marchó. Un funcionario le franqueó el paso mientras otro entraba en el cubículo para acompañar al preso a su celda.

11 de noviembre de 2013

Cuando la noticia de que Massimo podía haber muerto llegó a oídos de Jonás Sádaba, el hombre despreciable en el que se convertía al asumir su papel de preso frunció aún más el ceño. Corrió a poner la oreja por los grupúsculos que acababan de crearse. No quería preguntar, no era su estilo, pero aquello era algo excepcional y si tenía que pedir explicaciones sobre lo ocurrido, lo haría. Al fin y al cabo, era su compañero de celda. Casi podían considerarse familia, dadas las circunstancias. Se lamentó de no haber entablado relación con él mucho antes. Llevaban más de un año compartiendo celda y en los últimos días había llegado a cogerle un enorme cariño. Habían hablado mucho por la noche, en susurros. Sancho ya había salido del agujero y debían ser cautos. Nadie le había hablado con tanta calma, con tanta paciencia, con esa confianza. «Las personas como nosotros tenemos las de perder. Sigue el camino recto. No te enredes en negocios sucios. Solo los poderosos salen bien parados –le había dicho más de una vez–. Una mala decisión te destroza la vida. Y solo tenemos una, chico. No lo olvides. La familia es lo único que importa, ya sean amigos, padres, hijos. Eso da igual. Las personas te llenan. El dinero fácil no es más que una quimera. Según viene se va y solo trae problemas.» Él lo había escuchado con interés. Había meditado cada uno de esos consejos como si fuesen una religión. Los había hecho suyos, con la firme determinación de convertirse en un hombre de provecho. Trabajaría duro para ofrecer la mejor vida posible a su mujer y a su hija. Su familia.

Si Massimo Figueroa llegase a morir, ya no tendría una segunda oportunidad con Armando, que se vería condenado a vivir su vida creyéndose el hijo de un monstruo. Sintió que se le arrasaban los ojos y buscó rápidamente un rincón solitario en el que refugiarse. Atajó la tristeza y la transformó en una furia incontenible. ¡Aquello no era justo! Si había un Dios, no permitiría que ocurriese algo así.

Con pasos presurosos cruzó el patio en dirección a uno de los funcionarios, con la esperanza de obtener información sobre el estado de su compañero. Por el

camino escuchó a sus compañeros murmurar sobre el tema:

«¡Muerto!» Se le arrugaron las entrañas. Sintió ganas de vomitar.

«¡Desangrado como un cerdo sobre las patatas!», bramó otra voz. A Jonás se le encogió el estómago y el vómito salió disparado en mitad del patio. De pronto se creó un revuelo a su alrededor. Un tipo enorme debió de resbalar con el vómito y le cayó encima, aplastándolo. Se sintió pequeño y frágil. El tipo se retorció sobre su cuerpo y trató de levantarse, pero debía de ser muy torpe porque solo consiguió coserle a patadas y codazos.

–Pero ¿qué mierda es esta? ¡Asqueroso hijo de la gran...! –rugió el hombre con una voz tan grave, tan profunda que tenía que ser falsa.

Jonás logró liberar un brazo y se tapó con él la cara. Sentía un dolor punzante. Miró incrédulo su mano ensangrentada y se dejó caer cuan largo era en el suelo sucio. Habían ido a por su amigo. Se lo advirtió, pero no quiso hacerle caso. Nadie puede enfrentarse al rey de la cárcel y salir ileso.

12 de noviembre de 2013

Víctor Yoldi llegó a la nueva cárcel de Pamplona cargado de inquietud. Nunca había entrado en un centro penitenciario ni tenía el menor interés en hacerlo, pero le habían asignado a él la noticia y allí estaba. Una foto de la piscina vacía y otra de las celdas sin televisión; una pequeña entrevista respecto a ambos asuntos y estaría preparado para redactar su artículo. Además, debía tratar un asunto personal. Cuando le contó a su madre que iba a hacer un reportaje de la cárcel, le dijo que no podía dejar de visitar a Jonás. «Los del pueblo tenemos que cuidarnos unos a otros. Si vas a un hospital y alguien de Cárcar está ingresado, lo visitas. Con la cárcel es de esperar el mismo comportamiento, aunque nunca se haya presentado el caso.» Incapaz de enfrentarse a Micaela más allá de lo razonable, escribió a Jonás con la antelación suficiente para que tuviese tiempo de pedir el permiso. Que el antiguo camarero aceptase verlo lo dejó perplejo. Pero la odisea apenas había comenzado: Micaela no había perdido el tiempo y en menos que canta un gallo medio pueblo estaba al corriente de la noticia. La noche anterior a la visita su madre lo mandó subir a la residencia para recoger unas cosillas que habían preparado los amigos de Jonás. «Mejor sube con el coche», le recomendó. Y él imaginó que quería protegerlo del frío estremecedor de aquellas noches de niebla intensa, pero se equivocó. Lo que quería en realidad era evitar que se deslomase cargando con aquel saco lleno de provisiones que Anastasia Chalezquer se había encargado de reunir.

«Los cigarrillos son cosa del Gallardo –apuntó Marcelo, señalando a su amigo con un dedo acusador–. ¿Cómo se te ocurre mandarle algo tan malo? ¿No tiene bastante con estar preso que encima lo quieres muerto?» Todas las miradas se dirigieron a Daniel, esperando su respuesta a la acusación bien fundamentada del pobre Marcelo, cuya demencia a veces parecía diluirse como la niebla de Cárcar a mediodía. «Bla, bla, bla, bla... El tabaco es un bien preciado en la cárcel, Marcelo. A ver si te enteras. Todo el mundo lo sabe. Es como mandarle dinero, pero sin mandarle dinero.» A lo que el interpelado replicó sacando pecho y

amenazó con un puño: «¿Me llamas tonto, eh? Mira que soy más fuerte que tú y tengo mejores piernas, Gallardo. Solo una cosa te digo: si el chico se muere antes que nosotros, yo mismo te mando directo al valle de Josafat de un puntapié». Anastasia se vio obligada a intervenir y poner paz. Los hizo darse un abrazo y los mandó a dormir. «Víctor, majo –le dijo–, dale un abrazo muy fuerte a Jonás de nuestra parte y dile que nos gustaría verlo cuando salga de permiso.» Él asintió, algo sorprendido ante tales muestras de afecto hacia una persona, Jonás, que no se había distinguido precisamente por su amabilidad excepto con las jovencitas del pueblo, a las que solía embaucar sin problemas. Patricio el Gitano, siempre tan observador, tomó nota de su expresión y no tardó en explicar lo que al periodista tanto extrañaba: «Verás, majo. Nosotros ya somos muy mayores, no tenemos obligaciones y algunos ni siquiera tenemos familia de quien preocuparnos. El pobre Jonás tuvo una vida muy dura y aunque a los ojos de Dios es un pecador porque mató a su madre, nosotros sabemos que no pudo resistirse a impartir justicia para su padre. En fin, que sufrimos con su sufrimiento y le hemos cogido mucho cariño a Sonia, su mujer. Y la chiquilla es un regalo para nosotros. A veces suben por aquí y pasamos el rato mirando a la pequeña jugar. ¿Sabes que comenzó a caminar de la mano de Anastasia?».

¿Cómo podía saber algo así si pasaba toda la semana en Pamplona y solo iba al pueblo de cuando en cuando para ver a su madre?

«Despacio y buena letra –apostilló Marcelo con gran convicción, olvidado ya el asunto del tabaco–. Mi madre, que en paz descansa, siempre lo decía y yo lo digo también. Esa chiquilla va a ser el no va más. Ya lo veréis.» Al final pasaron un buen rato entre comentarios y algunas regañinas. A Víctor las visitas a sus amigos de la residencia siempre le templaban el ánimo y debía reconocer que durante el último año apenas los había visto en un par de ocasiones. Eran personas de las que ya no quedaban, siempre dispuestos a echar una mano. El resultado de que su madre fuese tan *lenguda*, como ella misma solía decir cuando alguien hablaba demasiado, se materializó en una gran cantidad de comida: jamón, queso, chorizo, rosquillas caseras y chocolate, además de las cajetillas de tabaco. Anastasia se había encargado de organizar el envío, pero habían colaborado los cuatro ancianos y algunas personas más como Micaela, Nicolás, el dueño del Jadai o don Gonzalo, el cura. «¿No podíais haber puesto todo esto en una caja? –se había quejado Víctor al ver el saco que habían preparado–. ¡Un saco! ¡Por Dios! ¿Quién manda un saco de comida a una cárcel en estos tiempos?» «Mira, majo. Es un saco de primera –se justificó el Gallardo–. ¡Y está nuevo! Lo atamos con esta cuerda que tengo preparada y verás qué bien lo llevas todo.»

Así que la entrada al centro penitenciario fue aún más complicada porque

había que revisar el saco, lo que sirvió para poner en jaque al funcionario de turno, que miró a Víctor como si fuese un delincuente y no un periodista. Tardaron lo suyo en soltar la cuerda que tan bien había anudado el Gallardo, después revisaron cada cosa por separado. No le dejaron entrar con el móvil. El arco de seguridad pitó varias veces al pasar y tuvo que despojarse del reloj, el cinturón y las botas ante la mirada circunspecta del funcionario responsable de seguridad a la entrada. Cuando por fin se vio en el interior del centro penitenciario, recorriendo los pabellones hasta llegar a la piscina, se sintió extraño. Ciertamente que aquel lugar acababa de inaugurarse y estaba impecable en todos los sentidos, pero el alambre de espinos sobre los tejados, las vallas metálicas y algún alféizar le causó una honda impresión. Pensó sin venir a cuento que allí tomar una simple cerveza debía de ser una quimera. No se cruzó con ningún preso y lo agradeció. Le atendió un funcionario cuyo nombre no llegó a escuchar, hasta que a mitad de la visita se le unió la subdirectora, una joven atractiva y muy agradable. Sacó fotos de la piscina. Había sido fuente de numerosas protestas entre la ciudadanía, inmersa en una profunda crisis, que la consideraba un lujo innecesario. Lo de las televisiones ya era de vergüenza ajena. Una televisión de plasma por celda. ¿A quién se le habría ocurrido semejante desfachatez? La pregunta que se hacía todo el mundo era si podían devolverlas y recuperar el dinero, pero aunque él lo preguntó, no obtuvo una respuesta. Solo le contaron que no iban a instalarlas y que de momento estaban amontonadas en una sala. Ni la piscina ni los televisores eran nada extraordinario. Así se había funcionado en España en los años precedentes, cuando parecía que sobraba el dinero y nadie se preocupaba de lo que pasaba en las cárceles. Algunos decían que aquella era una cárcel de lujo, un hotel de cinco estrellas. A él no se lo parecía, pero tampoco tenía con qué compararla. Una vez concluido su trabajo, el funcionario lo acompañó a la pequeña sala de visitas. Tuvo que aguardar unos minutos hasta que vio entrar a Jonás escoltado por otro funcionario en el escueto espacio habilitado al otro lado del cristal.

Mientras el asesino de Aurora Urbiola le agradecía tanto la visita como el saco de víveres, él lo escrutaba como si no lo conociese. Llevaba el pelo más largo y barba de varios días; tenía el rostro magullado y un apósito en el puente de la nariz, además de un gran moratón alrededor del ojo derecho. Estaba más delgado y sus manos mostraban pequeños cortes y magulladuras. Jonás debió de percibir la inquietud en el periodista de Cárcar.

–Este no es lugar para débiles. ¿Comprendes?

Víctor lo miró avergonzado.

–Sé que nunca hemos sido amigos...

–No pasa nada. Me alegra ver una cara conocida aquí dentro. Las cosas que

me traes... En fin. Dales las gracias a todos de mi parte.

–Veo a Sonia a veces. Y a la pequeña. Están muy bien.

Jonás lo miró fijamente e hizo un movimiento de cabeza casi imperceptible.

–¿Tú qué tal? –preguntó Víctor sin saber cómo continuar la conversación.

Jonás Sádaba dudó unos segundos. En realidad ya había tomado la decisión, pero ahora, frente al periodista de Cárcar, no lo veía tan claro. Aún así, no perdía nada por hablar con él.

–Mi compañero de celda acaba de morir.

Incapaz de reaccionar, Víctor Yoldi se mantuvo inmóvil con las manos agarradas una a la otra sobre la repisa frente a él.

–Se llamaba Massimo Figueroa. Tenía unos sesenta años, parecía estar en buena forma. Dicen que se suicidó, pero yo no lo creo.

Víctor frunció el ceño y se inclinó hacia delante para acercarse más al cristal antes de musitar:

–¿Y qué crees que pasó?

–Creo que lo mataron. ¿Qué, si no? –replicó con la voz ahogada y un gesto de exasperación.

Víctor no reaccionó, aquella revelación de Jonás lo pillaba fuera de juego. Además, no era asunto suyo ni quería tener nada que ver con los líos de Jonás en la cárcel. Aún así, por deformación profesional, no pudo evitar preguntar.

–¿Quién crees que lo hizo? Y sobre todo, ¿por qué?

Jonás cerró los ojos y se hizo el silencio entre los dos jóvenes de Cárcar.

–Estaba muerto en la cocina sobre un gran cubo de patatas, todo inundado de sangre. –Parecía que Jonás hubiera estado aguardando su llegada para escupir todo lo que sabía sobre la muerte de su amigo. Estaba alterado y hablaba a borbotones—. Su mujer acababa de pedirle el divorcio, por eso todos piensan que se ha quitado la vida. Pero se equivocan. Massimo se había enfrentado a Sancho, el matón de la cárcel. Era un hombre valiente. Sé que no se ha suicidado y también sé que alguien tuvo que ver lo que pasó. En la cocina trabajan varios presos junto al jefe de cocina. Además, siempre hay un *boqueras* vigilando por ahí; un funcionario. ¿Cómo ha podido desangrarse sin que nadie lo viese? ¿Es que estaba solo en toda la cocina? ¡Joder!

De repente apareció un funcionario que anunció el fin de la visita y sacó a Jonás de la sala con brusquedad. Víctor se quedó inmóvil, con la mirada fija en el cristal. Después se dejó conducir hasta la salida con la sensación de haber sido pillado en falta. Aquella conversación sobre la muerte del preso no debía de ser de las que gustaban en la cárcel. Sintió un inmenso alivio al verse fuera del centro penitenciario y aún más al montar en su coche. Dio gracias a Dios por la vida que tenía. Echaba de menos a Rebeca, pero era un privilegiado. La libertad

lo es todo cuando comprendes lo que significa perderla.

Mientras conducía hacia la redacción del periódico cayó en la cuenta de que Jonás esperaba algo de él. ¿Por qué si no iba a contarle aquella historia? El funcionario había interrumpido la conversación y no habían tenido tiempo de ahondar en los detalles. Si Jonás consideraba que debía contarle aquello, tenía que ser por una buena razón. Sintió un singular vacío en el estómago; el gusanillo que le había picado en otras ocasiones. Hacía ya un año y medio desde que se embarcara junto a Rebeca en su última aventura. Año y medio de rutina y vida tranquila. Lo había disfrutado de alguna manera: salía a correr, iba al periódico, hacía sus entrevistas... Pero sentía como si viviese a medio gas. ¿Era el momento de lanzarse a otra investigación? Sin Rebeca nada era igual, pero Jonás había confiado en él y eso era algo extraordinario, pues le constaba que no le tenía en mucha estima. Estaba decidido: ahí había una historia que contar y él era el elegido para hacerlo. Seleccionó un contacto en su teléfono y esperó el tono de llamada. Enseguida se escuchó la voz, clara, dentro del coche:

–¿Sí?

–Cristina, soy Víctor. Víctor Yoldi.

La doctora tardó un poco en reaccionar.

–Hola, Víctor.

–¿Puedo pasar a verte ahora? Hay algo que quiero comentar contigo.

–Comienzo una autopsia en unos minutos. Si te parece bien, podemos vernos a la hora de comer.

–De acuerdo. Paso a recogerte a las dos. Invito yo.

Y colgó con un asomo de sonrisa en la cara. Llevaban varios meses sin verse, y la jefa del servicio de patología forense seguía siendo tan correcta y profesional como siempre; la persona más equilibrada que había conocido.

Llegó al periódico y se dispuso a escribir su artículo sobre los lujos de la nueva cárcel de Pamplona. Mientras lo redactaba, no pudo evitar pensar que aquella información sobre las teles y la piscina era baladí en comparación con la muerte del preso encima del cubo de las patatas. Le extrañó que no hubieran tenido noticia en la redacción. Los suicidios no se publicitan, se dijo. Pero ¿y si, como sospechaba Jonás, no se trataba de un suicidio?

–Me tienes intrigada –fue lo primero que dijo Cristina Zudaire, tomando entre sus manos la copa de vino que el sumiller acababa de servirle. Víctor hizo una señal para que bajase la voz y asintió con la cabeza.

–Se trata de un hombre que se ha suicidado en la cárcel de Pamplona. Un

conocido que cumple condena allí me ha contado que últimamente se había encarado con el matón de la cárcel. –Víctor guardó silencio.

–¿Y? –se impacientó la forense.

Él la miró fijamente a los ojos hasta verse reflejado en el iris verde grisáceo.

–Supongo que habréis recibido ya el cuerpo del preso. Un varón de unos sesenta años, degollado.

La doctora afirmó con un gesto.

–He visto los papeles, sí. La autopsia ya debe de haber concluido.

–Ya. El caso es que esta persona que conozco, Jonás... –Víctor vaciló y aprovechó el momento para doblar la servilleta perfectamente y colocarla sobre el mantel–, cree que lo han asesinado.

–¿Asesinado? –repitió, sorprendida–. Y quieres que yo...

–Quiero que revises el cuerpo antes de que se lo lleven. Si es que aún estamos a tiempo.

–Me pides que supervise el trabajo de un compañero.

–Solo en caso de que en el informe conste como suicidio.

La doctora Zudaire guardó silencio, inmóvil. Después dijo con un tono neutro difícil de catalogar:

–¿Y qué saco yo de todo esto?

–¿Una cena? –propuso Víctor con un atisbo de sonrisa en el rostro.

–No creo que sea suficiente. Eso, en el caso de que pueda hacer lo que me pides sin despertar suspicacias.

–Estoy seguro de que encontraré el modo de compensarte, doctora.

Víctor sabía que accedería, pero la dejó interpretar su papel hasta el final y ella se tomó su tiempo antes de avenirse a la voluntad del periodista.

–Haré lo que pueda. Espero que no haya nada extraño en este asunto porque no me gustaría verme envuelta en otro lío como el de los sacerdotes.

–¿Y si fuera así? ¿Me ayudarías?

–Yo siempre quiero que triunfe la justicia, pero también el bien común. Si nadie va a salir beneficiado con la verdad, no creo que haya que rasgarse las vestiduras para descubrirla.

13 de noviembre de 2013

Jonás Sádaba era un asiduo del gimnasio, igual que gran parte de los internos. No había mucho más que hacer allí dentro, y mantenerse en forma parecía la actividad más lúdica y también la más sensata. Al fin y al cabo, las peleas eran constantes y había que trabajar la musculatura. Después de la comida cada preso debía ir a su celda. De dos a cuatro y media había un rato de siesta en el que las puertas se cerraban, se hacía el cambio de turno y cuando volvían a abrirse se realizaba el recuento de costumbre. Jonás iba al gimnasio todos los días justo a las cuatro y media, cuando estaba casi vacío. El de Cárcar prefería hacer sus ejercicios sin agobios y sin el rugido del resto de reclusos. Levantó las pesas sobre su cabeza por enésima vez y aguantó. Estaba fuerte, disfrutaba del esfuerzo, el cansancio físico le ayudaba a mantener un estado mental positivo y en alerta. De pronto notó que alguien le liberaba del peso. Miró hacia atrás. A su espalda, aquel tipo enorme que le había roto la nariz al resbalar con su vómito. Se incorporó alarmado, dispuesto a plantarle cara, esa que tenía amoratada y dolorida.

–¡Qué pasa, tronco!

Reconoció la voz cavernosa. No respondió. Se levantó del banco y tomó posición frente al recién llegado. No quería bronca con un tío que parecía el increíble Hulk de color carne, pero si había que pegarse... El tipo tenía un ojo casi cerrado –destrozado por alguna pelea, imaginó Jonás–, y numerosas cicatrices en su rostro de facciones duras. Llevaba el pelo largo hasta debajo de los hombros y una especie de media negra en la cabeza. Jonás sabía que ese tío entraba y salía del trullo como Pedro por su casa. Drogas, suponía. Él no hacía preguntas.

–Me llamo Pío –dijo, y le tendió el puño a Jonás para chocar los nudillos.

El de Cárcar lo hizo sin rechistar, esperando no desintegrarse con el impacto. ¡Menudo nombre para un ser tan siniestro!

–Soy Jonás.

–Te hice polvo la cara, ¿eh?

Jonás gesticuló para indicar que todo estaba en orden. Aun así, su mente seguía alerta. Uno no podía fiarse de esa gente. Aguardó con la boca cerrada. Más le valía no mostrar ninguna emoción si no quería volver a la enfermería o acabar como Massimo.

–Perdona, macho. ¿Sin resentimientos? –inquirió Pío, cerrando el puño una vez más.

–Claro. –El de Cárcar respondió al nuevo choque de nudillos mientras se encomendaba a la Virgen de Gracia.

–Soy un tío legal, pero no soy imbécil. –El cambio de actitud fue tan inesperado que Jonás no pudo evitar que su cuerpo comenzase a temblar–. Que sea la última vez que te interpones en mi camino. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Jonás asintió con un gesto silencioso.

–Dicen que tu compañero de celda la espichó encima de las patatas. –Pío aguardó un instante por si Jonás decía algo más. Después añadió–: El Argentino era buena gente. Hay que tener dos cojones para hacer algo así sin que te tiemble el pulso, ¡joder!

Jonás tardó unos segundos en contestar. El último exabrupto del tal Pío, con aquella voz de bestia prehistórica, le revolvió las tripas. Tenía que mantener la calma o se repetiría la escena del pasillo, cosa que podía cabrear mucho a aquel tío. Se concentró en mantener sus intestinos en calma mientras maquinaba su reacción. No perdía nada por lanzarle un órdago. Puede que supiera algo.

–Yo no lo veía tan deprimido como para...

Hulk color carne no se movió. Ni siquiera pestañeó. Solamente continuó enfocando al de Cárcar con su ojo bueno.

–Y entonces, ¿por qué coño lo hizo, eh? –dijo al fin, a la vez que le clavaba el índice en el pecho.

Jonás Sádaba se la jugó. Puede que no sirviera de nada, pero ya que le habían preguntado se iba a dar el gusto de sembrar la duda.

–Puede que no lo hiciera...

Pasaron unos segundos en silencio y de pronto se desató una carcajada ronca y desaforada.

–¡Eres un cachondo, tío! Pero ándate con ojo si no quieres acabar como tu amigo. Es el mejor consejo que te pueden dar aquí dentro. –De nuevo clavó su poderoso índice en el pecho de Jonás.

Después Jonás volvió a quedarse solo. Respiró aliviado al comprobar que había salido indemne de aquel encuentro, pero no volvería a estar tranquilo ni ese día ni los que le sucedieron.

La mujer y el hijo de Massimo Figueroa llegaron al centro penitenciario a media mañana. Llovía insistentemente desde hacía dos días y parecía que aquella situación iba a prolongarse por los siglos de los siglos. El funcionario que los recibió, al que ya conocían de otras ocasiones, les dio el pésame con un sentimiento que parecía sincero. Al fin y al cabo, Massimo era un buen hombre, se consoló Ana María mientras recogía una bolsa transparente con los efectos personales de su marido. Nunca llegaría a ser otra cosa. Sería para siempre la viuda de Massimo Figueroa, y si todo iba bien, la señora de Guillermo Valverde. Sin saber cómo calmar sus nervios, se dispuso a comprobar el contenido de la bolsa. Lo primero que tocaron sus dedos fueron los papeles del divorcio. Seguían sin firmar, cosa que no le sorprendió, pero nunca sabría si su marido no tuvo tiempo de hacerlo antes de morir o realmente pensaba denegárselo. Ya no importaba. Era viuda y eso la hacía libre de volver a casarse si era lo que deseaba. Los ojos se le llenaron de lágrimas. En los últimos años ella había continuado con su vida mientras él se pudría allí dentro y poco a poco había ido convenciéndose a sí misma de que aquel hombre que un día la enamoró, tan honesto y cariñoso, era tan solo un pobre diablo. Un traidor. Se limpió una lágrima rebelde con la manga del abrigo y se recolocó la melena tratando de sofocar con ese gesto sus lúgubres pensamientos. En la bolsa había también un par de gafas, un reloj Omega de cuando la vida les sonreía, la alianza, las llaves de una casa que ya no era la suya... Más le valía tirarlas a la basura. También un móvil del tamaño de un ladrillo y una Biblia. Aquello le sorprendió. La abrió con curiosidad y la hojeó deprisa, con la sospecha de que debía de haber algo más en su interior. Y, de hecho, lo había, pero Ana María disimuló su interés delante del funcionario. Cerró la Biblia y volvió a colocarlo todo en la bolsa.

En respetuoso silencio, los condujeron a la zona de visitas. Iban a tener unas palabras con el compañero de celda de Massimo porque al parecer habían trabado amistad y él había accedido a verlos. Al fin y al cabo, puede que fuese su único amigo en aquel lugar.

–Veréis –comenzó Jonás Sádaba después de darles el pésame–, en los últimos días Massimo y yo intimamos bastante. Nos contamos nuestra vida y miserias, ya me entendéis... –vaciló un momento que aprovechó para tomar aire y estirarse nervioso en la silla–. Le dolió la petición de divorcio, pero lo entendió como algo que tenía que pasar. Él estaba animado –calló un momento, como si buscara el modo de explicarse, y se dirigió a Armando–. Se dio cuenta de que no te conocía y que tú no lo conocías a él, que te avergonzabas de tu padre. Massimo quería cambiar eso.

–¿Quién no se avergüenza de un padre capaz de matar a un niño pequeño? –

bramó el muchacho. Su madre lo agarró del brazo y con un gesto le indicó que se tranquilizase. Armando volvió a sentarse y agachó la cabeza.

–Mantened la calma, por favor –rogó Jonás, y dirigió la mirada al funcionario que vigilaba desde su puesto los cubículos dedicados a las visitas–, o pensarán que os estoy molestando.

Madre e hijo se esforzaron en aparentar una calma que no sentían.

–Massimo me dijo que quería que su hijo conociera su historia. Yo no quería líos, porque aquí hay gente de todo tipo y casi ninguno somos trigo limpio, ya me entendéis, pero él era inocente del crimen que lo trajo a la cárcel –se dirigió a Armando, y añadió en un todo más confidencial–: dice que hizo un pacto, dinero para vosotros a cambio de declararse culpable y cerrar el pico. La única razón de que violara el acuerdo eres tú, Armando. Vio el sinsentido que era cumplir condena si te perdía para siempre.

–Estuve con él –dijo Armando con frialdad, los brazos cruzados sobre el pecho–, pero no quise escucharle. Nada de lo que ese hombre pudiera decirme cambiaría lo que es. Quiero decir, lo que era. –Se giró hacia su madre, que se sujetaba la cabeza con las manos–. ¡Madre! ¿Estás bien?

Ana María elevó la cabeza y cogió aire, como si estuviese a punto de ahogarse. Se levantó bruscamente de la silla, haciéndola caer estrepitosamente. Gritó. De pronto lloraba histérica con la mirada fija en el suelo, como si fuese el cadáver de su marido lo que yacía a sus pies. Un funcionario entró alarmado y se acercó a la mujer tratando de averiguar el motivo de tanto alboroto. Mientras, al otro lado del cristal otro funcionario se apresuraba a sacar al preso fuera de la sala.

Massimo Figueroa, ahí estaba. Según la autopsia, murió desangrado a causa de una herida mortal en el cuello. Carótida seccionada. El cuchillo no tocó el esófago ni la tráquea. La muerte tuvo que ser bastante rápida, aunque muy aparatosa, con la sangre saliendo a borbotones hasta perder el conocimiento, al parecer sobre el cubo de las patatas. La doctora Zudaire arrugó la nariz. ¡Qué desagradable! Aunque muy considerado si lo miras con perspectiva, pensó. El informe de la autopsia no indicaba nada de particular. El hombre gozaba de buena salud en general y no había ningún dato destacable aparte de alguna lesión antigua o marcas de heridas cicatrizadas tiempo atrás. En base a la ausencia de heridas profundas y de fracturas o lesiones, podía decirse que gozaba de un buen estatus entre sus compañeros, y puesto que trabajaba en la cocina y tenía acceso a cuchillos, está claro que también contaba con el favor del personal de la cárcel. Cerró la carpeta de la autopsia del preso y meditó durante unos segundos. Nada de lo que indicaba el análisis servía para avalar o rechazar la hipótesis del suicidio. Le extrañó sobremanera que el cadáver no tuviera sangre en las manos. Sobre todo en la del lado del corte. El instinto de conservación hace que una persona intente taponar la hemorragia una vez producida, y la sección de la carótida produce un chorro de sangre que sale disparado con una fuerza excepcional. Un corte en el cuello... Trató de pensar en las posibles pistas que aquel hecho podía arrojar acerca de las causas de la muerte de Massimo Figueroa. Saltó de su silla y se dirigió decidida hacia el depósito. La sala estaba vacía, como era de esperar. Abrió la primera cámara, extrajo la bandeja con el cuerpo, comprobó el nombre y volvió a cerrarla. Al segundo intento dio con el correcto. Abrió la cremallera de la bolsa que lo protegía y contempló con el ceño fruncido a aquel hombre. Un convicto. Ella no solía fijarse demasiado en los rasgos faciales porque no revelaban información útil, pero hizo una excepción con Massimo Figueroa. Sabía que esa apreciación no tenía ningún rigor científico, pero tenía la impresión de no estar ante un simple delincuente. Se

puso unos guantes de nitrilo y comenzó a analizar el cadáver con más detalle. Se concentró primero en la zona del cuello y la cabeza. Después pasó a las manos. Analizó cada dedo minuciosamente. Luego las palmas, así como el dorso. Su frente cada vez más fruncida, el gesto cada vez más tenso. Del bolsillo de su bata blanca extrajo un artilugio pequeño que utilizó para arañar la estrecha zona entre las uñas y la carne. Depositó la muestra tomada en un pequeño recipiente que previamente había sacado del otro bolsillo. Tardó alrededor de media hora en estudiar los restos de Massimo Figueroa. Después cerró la cremallera y volvió a introducir el cadáver en el frigorífico. Se disponía a abandonar la sala cuando la puerta se abrió de pronto.

–Disculpe, doctora –dijo el joven encargado del depósito–. Vengo a llevarme al preso. La mujer y el hijo acaban de llegar con los de la funeraria.

La doctora trató de aparentar normalidad a pesar de su corazón desbocado.

–¿Dónde está la familia?

–En la sala de espera. La secretaria está preparando los papeles.

Cristina Zudaire salió muy decidida en busca de la mujer y el hijo del convicto. Los encontró sentados en silencio, con las manos en el regazo y las miradas perdidas en la pared desnuda.

–¿Era diestro su marido? –preguntó la doctora después de presentarse y darles el pésame.

La viuda la miró con extrañeza.

–Es curiosidad profesional. Me gustaría saber si Massimo era diestro o zurdo, si no tiene inconveniente en decírmelo.

–Era zurdo, pero no sé qué interés puede tener eso ahora que ha muerto.

–Disculpe, no he querido importunarla. Solamente quería corroborar la causa de la muerte y cómo se pudo producir.

Ana María y Armando la miraron fijamente, a la espera de una explicación más detallada.

–¿Y bien? –se impacientó el hijo del Argentino. ¿Alguna cosa que deba decirnos sobre la muerte de mi padre?

La doctora Zudaire vaciló por un momento mientras decidía la respuesta.

–La autopsia y las pruebas externas indican que Massimo se suicidó. Siento mucho su pérdida.

Ana María firmó los papeles y los de la funeraria entraron para hacerse cargo del cuerpo de Massimo Figueroa. Tardaron apenas unos minutos en abandonar el Instituto de Medicina Legal.

–Tengo la impresión de que la forense nos está ocultando algo –le dijo Armando a su madre cuando subieron al coche.

Ella lo miró inquisitiva.

–¿Y si papá no se suicidó? ¿Y si fue asesinado?

Hacía muchos años que no llamaba *papá* a su padre. Siempre se refería a él como Massimo. Ana María no supo qué responder. Aguardó unos segundos y después arrancó el motor, tratando de contener las lágrimas.

14 de noviembre de 2013

Jonás Sádaba se desplazaba con grandes zancadas por el patio de la cárcel. Ir, volver, ir, volver. Así hasta recorrerlo veinte veces todos los días. Era la rutina que se había impuesto y hasta ese día no se la había saltado por nada ni por nadie. El frío era intenso tras la helada nocturna. El cielo lucía por fin de un azul immaculado después de varios días de lluvia y la potente luz del sol hacía llorar sus ojos. Las manos en los bolsillos, el cuello de su cazadora levantado para combatir la baja temperatura. Tenía catalogado a todo el mundo allí. Los de la cocina estaban en la esquina más cercana a su lugar de trabajo, y aprovechaban para fumarse todos los pitillos que fuesen capaces de quemar en los pocos minutos de descanso. Iba a saltarse sus propias normas, pero se había propuesto hacer algo por aquel hombre al que, daba por seguro, habían arrebatado algo más importante que la vida: el honor. Si habían matado a Massimo como él sospechaba, debía de tratarse de alguien de la cocina que actuó a las órdenes de Sancho. Era imposible que Massimo se cortase el cuello sin que nadie lo viese; y aun en ese remoto caso era más extraño aún que hubiesen tardado tanto en encontrarlo, pues tuvo que pasar un tiempo hasta que se desangrase. Estaba claro que alguien estaba detrás de aquella muerte y, por lo visto, no existía mayor interés en revolver el asunto. La vida de un preso no valía mucho y menos aún la de un asesino. Él había lanzado la pelota al tejado de Víctor, pero no tenía la seguridad de que fuese a hacer nada al respecto. Lo mejor para todos era olvidar el tema y continuar la vida como si nada, pero algo en su interior le impedía dar por buena la versión del suicidio. ¡Su amigo quería que su hijo tuviese un padre! ¡Joder! Estaba seguro de que no iba a quitarse de en medio de esa manera. Así que, si decidía remover la mierda tendría que hacerlo solo. En realidad, ya lo estaba haciendo: había hablado con Víctor Yoldi, el periodista, y también con la familia del Argentino. Al primero le había hecho partícipe de su sospecha de asesinato y a los otros les había revelado la inocencia de Massimo. ¿Se habría inventado su amigo esa patraña para congraciarse con su hijo? Meditó esa

posibilidad, pero finalmente se obligó a desecharla. Su compañero de celda siempre pareció inocente. ¿Por qué dudar ahora que incluso el propio Massimo lo había admitido? Jonás nunca se había tenido por un justiciero, pero tal vez fuese el momento de hacer algo que valiera la pena por una vez en su vida. Él tampoco quería que su hija se avergonzase de él. Ojalá lograse hacerse merecedor de su admiración y su respeto. Con esa idea, se afianzó en su decisión.

–¿Me dais fuego? –preguntó sin dirigirse a ninguno de los empleados de la cocina en particular.

Uno de aquellos tipos mantuvo el mechero a dos centímetros de su nariz antes de acercar la llama al pitillo. Tras varias caladas y un deliberado silencio, Jonás habló por fin.

–Vosotros trabajabais al lado del Argentino, alguno debió de verlo hacer lo que hizo, ¿no? –Aguardó un instante antes de insistir–: Alguno de vosotros tuvo que haberlo visto...

Ninguno respondió. Jonás dio un repaso a los integrantes de aquel grupo. Todos fumaban. Ahí tenía que estar el asesino de su amigo y sus cómplices. Estaba seguro. De hecho, todos le parecieron sospechosos.

–Era mi compañero de celda. Un tío legal. Solo quiero saber cómo murió.

El silencio se alargó de un modo incómodo hasta que uno de ellos se dignó a dirigirse a él:

–Llegó el camión del reparto y todos fuimos a descargar. Menos él, que siempre se escaqueaba del camión. Se lo permitían por ser el más viejo y porque era el enchufado del chef. A nosotros no nos hacía ni puñetera gracia, como te puedes imaginar.

Jonás no pudo evitar que su mirada se encendiese. Su interlocutor percibió el cambio y añadió:

–No íbamos a matarlo por eso, si es lo que piensas. No somos gilipollas.

–Supongo que alguno de vosotros va a ocupar su puesto en la cocina a partir de ahora, ¿no?

Otro de los presos de la cocina dio un paso al frente y bramó:

–¿Es que eres la puta policía, o qué?

El resto del grupo mostró su apoyo adelantándose un paso hasta ponerse a la altura de su compañero. Jonás estaba literalmente atrapado en medio de aquellos hombres. Vio un destello muy cerca de su cuerpo. Un filo resplandeciente de unos diez centímetros. Se quedó embobado mirando la hoja del cuchillo.

Alrededor del arma no había más que brazos y cuerpos. No se atrevió a mirar a la cara al portador de aquella hoja, que bien podía ser la que había rebanado el cuello de Massimo Figueroa. O tal vez no, se dijo. Seguramente habría muchas navajas y cuchillos, igual que drogas y móviles, por mucho que nada de eso estuviese permitido. Levantó las manos con las palmas extendidas y alzó la mirada sin dirigirla a nadie en concreto.

–Vale, vale... Ya me voy. No quiero líos, ¿de acuerdo? – Dio un par de pasos en busca de un hueco para escapar.

–Meter las narices en nuestras cosas es buscar líos. Que esto te sirva de advertencia.

Fue visto y no visto. Sintió la quemazón. Incrédulo, se llevó instintivamente la mano a la herida. En un instante todos habían desaparecido. El patio estaba desierto. Solo él y su sangre, que pugnaba por abandonar su cuerpo.

La doctora en arte Rebeca Turumbay abandonó el despacho de su tutor de grabado llena de satisfacción. Su trabajo hasta el momento había sido calificado como extraordinario y todo iba como ella había previsto. Después de casi un año y medio en Florenxia, su italiano era fluido y aquella ciudad la tenía completamente enamorada. Pasaba largas horas paseando por las callejuelas del centro histórico. A menudo acudía al Museo Bargello y casi a diario visitaba uno de los dos museos más emblemáticos de la ciudad: la Galería Uffizi y la de la Academia, donde estaba el David de Miguel Ángel, que parecía ejercer sobre ella una enorme atracción. A veces se preguntaba si no sería la lejanía de Víctor y la ausencia total de relaciones en esa ciudad lo que la tenía prendada de la hermosa escultura a la que se acercaba desde hacía unas semanas con un leve rubor, como si el David fuese lo suficientemente humano como para dirigirse a ella: «¿Otra vez aquí, Rebeca? No es bueno estar tan sola...». Y lo cierto es que lo estaba. Había sido su elección. Durante los primeros meses, el anonimato, la ausencia total de conversaciones respecto a su vida y su trabajo, le supuso una liberación. Llevaba varias semanas en la ciudad de los Médici cuando se matriculó en la Accademia D'Arte-Firenze. Conocida como AD'A. Estudiaba varios cursos de arte al mismo tiempo: técnicas clásicas de pintura, grabado, escultura y técnicas contemporáneas de pintura. Su formación en el Instituto, como llamaban a la Accademia, duraría un año aproximadamente. La complementaba con las sesiones en el taller del mejor maestro restaurador de toda Italia; posiblemente el mejor falsificador de arte del mundo. De ahí su interés por él. Su huida había sido apresurada después del juicio contra Marcelo en el que se le acusaba de plagio, robo y alguna cosa más. Habían aprovechado la demencia de Marcelo para hacerle creer que era un genio de la pintura. Genio que, en realidad, debía atribuirse a Daniel el Gallardo, su tío; sobrino de don Ángel Turumbay, su abuelo, quien le abrió las puertas de la casa de Dalí para desarrollar su talento como jamás podría haber imaginado. Su jefe, Hugo

Castells, la iba a despedir porque no se llegó a tragar el cuento de que su abuelo no estuviese implicado en la trama de falsificación de obras de Dalí. Así las cosas, no tuvo mucho que pensar. Un despido era una mácula que no podía permitirse; máxime tratándose del prestigioso Teatro-Museo Dalí. Dudaba de que su jefe pudiese llegar a reunir alguna prueba con la que acusarla a ella o a su tío, Daniel el Gallardo, pero tenía la certeza de que desaparecer durante un tiempo ayudaría a que Castells se olvidase de ella y de todo lo ocurrido alrededor de los falsos Dalís. Debía marcharse, poner tierra de por medio y reinventarse sin abandonar el apasionante mundo del arte. Llegó a Florencia con una sola maleta con algo de ropa, sus títulos académicos y poco más. Canceló sus viejas cuentas de correo y adquirió un nuevo número de móvil. Se alojó en una modesta pensión en el centro histórico y durante una semana se dedicó a recorrer cada rincón de aquella ciudad cargada de arte e historia. Frecuentaba los cafés más emblemáticos de la ciudad en la plaza de la República: el Caffè Le Giubbe Rosse, donde a veces pedía alguno de los típicos platos de la ciudad, el Caffè Gilli y el Caffè Paszkowski, donde permanecía estoicamente sola tomando una cerveza o un té, según la hora. Siempre llevaba consigo un libro de historia o una novela. Pero debía de reconocer que a veces se distraía con las conversaciones de la clientela y no llegaba a leer ni una página. A Rebeca no le molestaba la soledad, disfrutaba de cada segundo en aquella ciudad y no tenía ninguna prisa por irse de allí. La Accademia ocupaba un edificio histórico del centro, a pocos metros de la catedral.

Saltó a la calle y echó a andar. Francesco, el maestro restaurador que la había tomado bajo su tutela hacía ya más de seis meses, la había llamado para avisarle de la entrada en el taller de una pieza interesante. Cuando entró en casa de Francesco, descubrió con desagrado que eran dos las piezas que habían entrado en su ausencia.

–Te presento a Marco Lombardi, un nuevo pupilo. Marco estudió historia del arte en Barcelona, así que se maneja un poco en catalán y otro poco en castellano. Creo que os llevaréis muy bien.

Rebeca tendió la mano al joven aún con el ceño fruncido. Aquello no le hacía ni pizca de gracia por más que el tal Lombardi tuviese todo el aspecto de ser un buen chico. Quizá algo tímido. Era un muchacho alto y delgado, más bien desgarbado. Su piel era de un blanco azulado, tan fina que se veían perfectamente las venas y arterias. Después del saludo, el muchacho parecía no saber qué hacer con sus manos.

–¡Acercaos los dos, venid! –Cuando Francesco tuvo a sus pupilos junto a él, uno a cada lado, descubrió la pieza que tanto entusiasmo le provocaba–. Nos han traído nada menos que un Masaccio de su etapa juvenil.

Rebeca no pudo fingir la alegría que a buen seguro habría sentido cualquier otro día al encontrarse frente a frente con una obra de ese calibre. La presencia de un extraño en su personal ecuación con Francesco venía a poner trabas a su aprendizaje. Le había costado muchas horas de búsqueda encontrar a un hombre como Francesco, un artista, artesano restaurador... Pero también algo más. ¿Cómo iba a aprender a falsificar una obra del Renacimiento con otro alumno pegado a su espalda? Puede que Marco Lombardi no fuese lo suficientemente avisado como para darse cuenta de su interés, pero era un riesgo que no quería correr, por más que el muchacho pareciese de lo más inocente. No quería testigos, tampoco necesitaba amigos, a la larga solo le causarían problemas y le complicarían la vida.

Pasaron varias horas analizando aquella obra que había logrado arrebolarse las mejillas de Francesco, quien a sus casi ochenta años apenas salía a la calle salvo para hacer alguna gestión ineludible. Durante esas horas, Rebeca no hizo más que dar vueltas y más vueltas a aquel escollo. Ella no quería compartir ni su tiempo ni a su maestro con nadie por muy bien que hablase el castellano y el catalán. Quería exclusividad. Pero no tenía ninguna intención de levantar sospechas, así que debía actuar con cautela.

Cuando la sesión terminó, ambos jóvenes salieron del taller de Francesco a la fría noche florentina y comentaron educadamente las virtudes de su maestro hasta que Rebeca se detuvo a unas decenas de metros del taller.

—¿Vives aquí?

—No. Este es mi coche. Puedo acercarte a tu casa si quieres —dijo, esforzándose en mostrar una actitud abierta y amable.

El joven pareció sopesar aquella proposición y enseguida lo tuvo claro:

—¿Te apetece tomar una cerveza? Solo son las ocho y media y a esta hora la ciudad está más animada si cabe que el resto del día. —Ante la poco receptiva actitud de Rebeca frente a su oferta, añadió—: Si tienes que madrugar podemos tomar algo rápido. Puede que hayas quedado con alguien ahora. Perdona. Si no te apetece...

—No. Está bien. No he quedado con nadie y aún es pronto.

Marco Lombardi celebró la concesión con una amplia sonrisa. Se alejaron unos metros del coche y entraron en el primer local que vieron. Tomaron unas cervezas mientras se ponían al corriente de sus respectivas carreras. Tras la aséptica información sobre su formación académica, se adentraron en sus publicaciones, congresos internacionales y experiencia laboral. Rebeca no mencionó en ningún momento su trabajo en Figueres ni nada relacionado con Dalí. Mintió como una bellaca, sorprendiéndose a sí misma por su desconcertante habilidad para el engaño y se dio cuenta enseguida de que aquel

joven no era ni tan tímido ni tan ingenuo como ella había creído en un primer momento. Debía andarse con ojo. No la miraba con deseo ni nada parecido. Estaba claro que su único interés era conocer un poco a la persona con la que iba a compartir las clases con el maestro Francesco. Pero ella se había equivocado en su primer juicio del muchacho y eso le resultaba de lo más contradictorio. A pesar de que el tiempo transcurrió agradablemente en compañía del nuevo aprendiz de restaurador, Rebeca se reafirmó en su decisión de continuar su aprendizaje tal como había previsto, en solitario. Tenía que buscar el modo de alejarse de Marco Lombardi o de que él se alejara de ella.

Víctor Yoldi estaba convencido de que la del Argentino no era más que una vida vacía y sin futuro, por más que Jonás opinase lo contrario. Pero aún no había hablado con la doctora Zudaire y tal vez ella pudiese confirmar o desmentir la teoría del asesinato que defendía el preso de Cárcar. Marcó el número y al instante Cristina Zudaire respondió a la llamada.

–¿Tenemos algo? –inquirió sin más preámbulos.

–Hola. Yo estoy bien, ¿y tú?

–Perdona. La costumbre en la redacción... –Aguardó un segundo y preguntó–: ¿Tienes algo para mí? Dime que sí, por favor... O dime que no, pero dime algo. Si no, no tendré una buena excusa para invitarte a comer.

–Pues no sé...

–¿Me lo vas a poner difícil?

–Debería, como castigo por tu falta de tacto, pero no lo voy a hacer. Tengo algo para ti, sí. Pasa a buscarme a mediodía y piensa un buen sitio para comer. Me has dado más trabajo del que esperaba.

–Verás... –dijo la doctora, devorando con la mirada el delicioso jamón de bellota que pidieron como entrante–. Tuve ocasión de hacer un análisis superficial del cuerpo de tu preso y... No sé. Es un tema delicado... Supervisar el trabajo de un compañero no está bien visto. Sin embargo, no puedo decir que en este caso la autopsia fuese en ningún sentido meticulosa. Sinceramente, creo que se ha hecho una chapuza.

–¿Quieres decir que no se suicidó?

La doctora dio un respingo.

–Shhh... Habla bajo, por favor.

–Lo siento.

–Hay varias cosas que no cuadran y eso me hace sospechar que hay algo

extraño en ese análisis. –Mientras ella hablaba, Víctor jugueteaba nervioso con la servilleta–. Lo primero que me llamó la atención fue la propia herida.

–¿Qué le pasaba a la herida?

–Nada. Era un corte limpio de izquierda a derecha. Se seccionó la carótida limpiamente sin ocasionar daños innecesarios. Quien lo hizo sabía lo que se traía entre manos, aunque es de suponer que cualquier preso puede tener ese tipo de conocimientos. No es algo tan complicado. Se usó un cuchillo de filo liso, sin dientes, quiero decir. Eso hubiese sido una carnicería en toda regla.

–No veo el problema...

–El problema está en que tu preso era zurdo.

El gesto de Víctor le indicó que seguía sin comprender.

–Un zurdo no se corta el cuello de izquierda a derecha sino al revés: usa la mano izquierda y hace un corte que va de la oreja derecha a la izquierda. Además, encontré restos de fibras entre sus uñas que no pertenecían a su ropa; sin embargo, no quedaban restos de sangre. Si él mismo se degolló, lo más lógico hubiese sido que tanto la mano que sujetaba la hoja como la contraria estuviesen llenas de sangre. Al seccionar la carótida, la sangre brota a chorros, con una fuerza colosal. Por mucho que uno quiera quitarse la vida, la reacción inevitable es la de taparse la herida con la mano; en su caso, lo normal hubiera sido usar la derecha. Es cierto que el cuerpo fue lavado a conciencia tras la autopsia para ser entregado a la familia en un estado óptimo, pero debajo de las uñas siempre quedan restos. En este caso, la ausencia de sangre carece de toda lógica.

–Así que alguien pudo sujetarlo mientras lo degollaban, o bien lo hizo la misma persona que lo sujetó.

–Hay marcas en las muñecas que pueden indicar tal cosa. No son llamativas, si tenemos en cuenta que los presos siempre andan metidos en broncas, pero están ahí.

Guardaron silencio, con la vista puesta en el comedor sin mirar nada en particular.

–Vale. Pongamos que lo mataron –comenzó a especular Víctor–. ¿Por qué taparlo?

–Llevo dando vueltas a esa cuestión desde el momento en que salí del depósito tras analizar el cuerpo.

–¿Y tienes alguna hipótesis?

–No sé mucho de política ni tampoco conozco cómo funciona nuestro sistema carcelario, pero imagino que un asesinato dentro de una prisión pondría en evidencia graves defectos de seguridad. No sé, supongo que no interesa que se conozcan los detalles si de verdad fue un asesinato. Por otro lado, la muerte de

un preso no parece importar mucho a nadie. De no ser por tu amigo Jonás ni siquiera nosotros habríamos movido un dedo. Yo daría carpetazo a este tema sin dudar. Al fin y al cabo, Massimo Figueroa era escoria y como tal ha terminado.

–Puede que se lo hayan cargado por salir en defensa de un joven recluso. Sería muy injusto, en caso de que fuese cierto, ¿no crees?

La doctora Zudaire se encogió de hombros.

–Y dime –continuó Víctor–, ¿es posible que se hayan dado instrucciones sobre el resultado de la autopsia? Tú misma has dicho que no estabas de acuerdo con el trabajo de tu compañero, sea quien sea.

–Nunca me ha sucedido algo así. Ninguno de mis compañeros es un novato y desde luego no lo es quien firmó esa autopsia. Es todo lo que puedo decir con los datos de que disponemos.

Víctor se mesó la barba, meditabundo.

La doctora se lo quedó mirando fijamente.

–No me gusta este asunto y tampoco me gusta haber mentido a la familia de este hombre. Les dije que no había dudas respecto al suicidio. No me honra haberlo hecho, pero creo que lo mejor era dejarlo correr.

14 a 15 de noviembre de 2013

Los presos se hicieron a un lado para abrirle paso hasta que consiguió llegar junto a uno de los funcionarios. Ahí se derrumbó. Vio una expresión incongruente en el rostro de Pío, que asomaba tras una docena de reclusos, serio y amenazador. Jonás no estaba haciendo amigos precisamente en los últimos días. Ningún funcionario había acudido en su ayuda tras el navajazo. Estaba recibiendo una lección importante: allí no tenía amigos y no podía esperar justicia. Fue trasladado a la enfermería con el cuerpo desgarrado por el dolor y la rabia.

–Te estás haciendo un asiduo... –observó el enfermero que lo recibió en la puerta–. Vamos, sube a la camilla. Desinfectar, coser y a la jungla otra vez.

Jonás no se molestó en hacer ningún comentario. Estaba claro que el sanitario conocía el diagnóstico aún antes de haberle visto la herida. Las noticias viajaban a la velocidad de la luz en la cárcel. El enfermero procedió a curarle la herida, que, a la postre, era superficial. Le habían dado un aviso, no pretendían matarlo. Al menos de momento. Intuía que sus próximos movimientos iban a determinar su futuro. Le estaban colocando una venda sobre la herida cuando la puerta se abrió y entró Urrutia. Le caía bien el jefe de servicio, aunque no debía confiarse. No había aparecido para evitar que lo rajaran ni había intercedido ante el claro acoso al Chaval y, por supuesto, tampoco había servido de nada su talante conciliador para evitar la muerte de Massimo.

–Tienes que acompañarme al despacho del director.

A Jonás se le desencajó la mandíbula.

–Creo que son buenas noticias –añadió Urrutia para tranquilizarlo.

Recorrieron codo con codo el largo pasillo que conducía hasta el despacho. Urrutia impuso un paso cómodo para que el de Cárcar pudiese seguirlo sin demasiado esfuerzo. Se detuvo un par de metros antes de llegar a la puerta, agarró del brazo a Jonás y le susurró al oído:

–Olvídate de Massimo si quieres ver crecer a tu hija.

Jonás sintió un nudo en la garganta.

–Yo no te he dicho nada.

Apenas veinticuatro horas después salía por primera vez de permiso. Urrutia lo escoltó hasta la salida, agarrándolo del brazo, y Jonás quiso pensar que era una muestra de amistad. Sonia y la niña lo esperaban con el coche. A la sorpresa inicial y la desconfianza que sintió en un primer momento, siguió un instante de calma que le llevó a una revelación: su destino estaba escrito. El director de la cárcel lo había citado para intercambiar unas palabras acerca del fallecimiento de su compañero de celda. Le pareció muy amable al preocuparse por él y darle el pésame. Sin embargo, sabía que había presenciado algo que no debía haber visto. Había sido un golpe de mala suerte, porque todo había sucedido en apenas unos segundos. Un paquete de parte de Alberto Urquijo, de Aperture 2000, con todo su agradecimiento. Eso decía la nota, al parecer, y eso fue lo que dijo la secretaria cuando entró en tromba al despacho con la caja entre las manos. Debía de ser un vino exquisito, al menos eso creía ella. La emoción en su voz dejaba entrever que aquello no era habitual. El director se había abalanzado hacia la mujer, haciendo todo tipo de aspavientos para que cerrase la boca. Pero él ya lo había escuchado. Ignoraba quién era aquel hombre, aunque le sonaba que Aperture 2000 era una de las mayores constructoras del país. Lo más extraño de todo fue la reacción exagerada del director, que hizo que el incidente se le quedase grabado.

Esa tarde tuvo ocasión de preguntar a sus compañeros sobre aquel nombre y aquella empresa. Nadie conocía a Alberto Urquijo, pero la empresa pertenecía a Álvaro de Quesada. Fue una persona conocida hacía unos años en Navarra por haberse quedado a un paso de ser presidente de la Diputación por UPN. Tal vez de ahí le viniera la relación con el director, pensó. Pero ignoraba a qué se debía tanto secreto ante algo tan inocuo como unas botellas de vino o lo que fuera que contuviera aquel paquete.

–Aprovecha el tiempo para estar con tu familia y olvida todo lo que ha ocurrido en los últimos días –le dijo el jefe de servicio.

–Gracias, Urrutia. Eres un buen hombre.

–Tú también lo eres, Jonás. Espero que eso no sea tu perdición.

En cuanto pasó por la garita de la entrada se abalanzó hacia Sonia y Lola y las estrechó entre sus brazos. Solo accedió a deshacer el abrazo porque la pequeña comenzó a protestar. Aquello era lo mejor que le había pasado en su vida: verse libre, rodeado de su familia. Las lágrimas se le amontonaron en los ojos, incapaz

de contener la emoción. Sonia le tendió las llaves del coche con un guiño de complicidad. En cuanto arrancó el motor, la cárcel pasó a un segundo plano. La pequeña Lola balbuceaba y reía todo el tiempo impidiéndoles hilar tres palabras seguidas, pero no importaba. Todo lo que de verdad valía la pena lo tenía allí. Estaban los tres juntos, estaban bien. La niña se alegraba de verlo y el sol lucía en la Cuenca de Pamplona a pesar del frío. Duró poco. En cuanto atravesaron el túnel del Perdón las nubes comenzaron a poblar el cielo. Tan solo los separaban setenta y cinco kilómetros de Cárcar, pero a medida que iban dejando atrás Pamplona, el cielo iba cubriéndose de nubes cada vez más bajas.

–Llevamos semanas con esta niebla.

–Es algo que no he echado de menos en Pamplona.

El silencio se instaló en el vehículo a partir del momento en que la niebla cubrió casi por completo la carretera. Hasta la pequeña Lola pareció estar en trance mientras avanzaban por los campos casi borrados, los montes apenas insinuados. Aparecían vehículos frente a ellos surgidos de la nada. Jonás llevaba mucho tiempo sin conducir y le costó un esfuerzo ímprobo mantener la calma, fijar su atención en la tenue carretera, reducir la velocidad... Hubo algunos momentos en los que las nubes les dieron un respiro, pero a medida que se acercaban a Cárcar más tupido se hacía el tejido nubloso que los envolvía.

Entrar en su propia casa dieciocho meses después le pareció algo irreal. Sonia se había encargado de pintar, cambiar las cortinas y algunos muebles, pero aún podía ver a su madre colgando de una de las vigas de la cocina, por más que ahora fuesen blancas y se confundiesen con el techo. No le importaba demasiado, seguía convencido de que Aurora merecía la muerte que tuvo; por matar a su padre, por mentirle haciéndole creer que lo había abandonado, por no haberlo querido nunca. Alejó esos pensamientos de su mente para centrarse en disfrutar al máximo de los dos días que tenía por delante. Dos días con sus dos noches para reconectar con su vida, con su hija y con Sonia. Recorrió con la mirada el cuerpo de la joven. La madre de su hija. Su mujer. Era preciosa y era suya. Sonia se giró y lo sorprendió observándola. Sonrió levemente, se le acercó y levantó la barbilla en busca de su boca. La erección fue instantánea. Ella la palpó por encima del pantalón, consciente del poder que ejercía sobre él. Una sonrisa más amplia se perfiló en su rostro y contagió a Jonás, que parecía no saber dónde poner sus manos. En un instante tenía el cinturón desabrochado. Sonia lo cogió de la mano y lo guio por el pasillo hasta la habitación. El sexo fue torpe y duró casi lo que tardaron en quedar desnudos uno en brazos del otro. No importaba. Había tiempo para mejorar el primer asalto. Sonia era una joven dulce y generosa, y estaba feliz de tenerlo en casa. Lola entró tambaleándose en la habitación de sus padres como si supiese que era allí donde se celebraba la

fiesta. La auparon a la cama y jugaron con ella durante un rato entre risas y gritos de alegría. Era la primera vez que toda la familia compartía el lecho.

Alberto Urquijo, mano derecha, abogado, confidente y asesor, hablaba sin parar. Y él llevaba ya un rato sin escuchar ni una sola de las muchas palabras que empleaba para decir lo poco que tuviese que decir. Se había quedado con sus primeras frases. Las que pronunciara nada más entrar en su despacho: «Massimo se ha suicidado en la cocina de la cárcel». Y a partir de ese instante, el resto de las palabras habían resbalado en las paredes de su mente. El dolor casi físico que sintió aquel día en el hospital cuando su pequeño dejó de respirar se le volvió a manifestar tan vívido que creyó perder el sentido.

Su alma se desgarró cuando el médico le confirmó el diagnóstico. ¿Envenenado? ¿Cómo! ¿Por qué? El doctor habló de altos niveles de sodio, pero a él eso no le decía nada. Casi inmediatamente comenzaron a desfilar por su cabeza una ristra de sospechosos. Don Álvaro de Quesada había hecho enemigos a lo largo de los años. Cada vez eran más y más poderosos. Era un empresario implacable, lo sabía. ¡Dios santo! Aquello era mucho peor que una pesadilla. Aquello era real. Cuando entró en la habitación ya no había nada que hacer. Cinco años tan solo y su muerte era inminente. Pablo soñaba con ser astronauta para viajar al espacio y conocer los planetas. «¿Cuándo iremos a Júpiter?», solía preguntar con sus enormes ojos brillantes de expectación. Podía haber sido cualquier cosa, haber tenido el mundo a sus pies y sin embargo, allí estaba. Los labios blanquecinos, los brazos laxos taladrados por agujas. Su dulce rostro oculto tras la mascarilla y los tubos para ayudarle a respirar. La noticia le había pillado por sorpresa en una sesión de la Diputación. En un primer momento pensó que no sería tan grave, una de las muchas crisis que padecía desde que cumplió un año. Pero su mujer lo había impelido a ir rápidamente a casa para llevarlos al hospital. Estaba aterrada, desconsolada. Vivía con el corazón en un puño desde que el niño enfermó por primera vez. Habían intentado tener más

hijos, pero lo que resultó tan fácil con Pablo no había funcionado después. Puede que la causa fuese esa presión, ese malestar, la preocupación por el pequeño.

Álvaro de Quesada se inclinó sobre la cama y le besó en la frente. La piel fría y seca de su hijo le produjo un escalofrío. Posó la mano sobre el hombro de su esposa, notando el hueso bajo la fina blusa de seda. Se inclinó junto a ella para besarla en la mejilla. Tenía la mirada opaca, como si ya no tuviese con qué humedecer sus pupilas. Fijaba la mirada en la carita de Pablo, pero ya no lo veía. Puede que no registrase nada. Puede que estuviese muy lejos de allí. Álvaro de Quesada, empresario y político, sintió cómo el pánico se apoderaba de él: su hijo moría y su mujer parecía haber perdido el juicio. El suelo se abría bajo sus pies y solo veía un enorme precipicio.

Ocurrió en el año noventa y tres. Pablo tendría ahora veinticinco años si siguiera con vida. Habría estudiado una carrera y estaría descubriendo el mundo con toda la energía y la inquietud de esa edad maravillosa. Pero todo se torció. Su carrera política fue un fracaso, mientras que su fortuna fue creciendo y creciendo, como si el dinero llegase a su vida para colmar el vacío que habían dejado Silvia, Pablo y su sueño de ser presidente de la Diputación de Navarra.

Álvaro de Quesada se levantó del sillón detrás de su mesa y se dirigió a la mesita de las bebidas. Dudó por un momento pero finalmente se decantó por un vaso de whisky.

—¿Cómo ha sucedido? —quiso saber.

—Se ha cortado el cuello —respondió Urquijo.

El empresario sintió una náusea. La muerte de Massimo Figueroa cerraba ese terrible capítulo de su vida. O no. Por alguna razón, las desgracias no habían dejado de sucederse desde el día que Pablo enfermó. Su vida era un completo desastre. Sus millones no le proporcionaban calor ni consuelo, por más que se empeñase en creer que su riqueza lo hacía una persona más valiosa.

—No me esperaba algo así...

—Las cosas a veces se complican. Lo siento, don Álvaro, sé que en otra época fueron buenos amigos.

Lo fueron. En efecto. Los mejores amigos.

—Entérate de los detalles del funeral. Debería asistir para dar el pésame a su familia.

—Sí, señor —respondió Alberto Urquijo con la complacencia de siempre. Después se dio media vuelta y salió de la sala.

Aunque se hubiese empeñado en extender la conversación, no le hubiese

sacado nada más a su jefe. La mente de Álvaro de Quesada navegaba por otra época, la de sus primeros viajes a Pamplona, a casa de sus abuelos, cuando era muy niño. Esa ciudad en la que se sentía feliz, lejos de su padre; tan rígido y carente de sentimientos. Pero la imagen de aquella pequeña ciudad de provincias había cambiado drásticamente. Hacía veinte años que llevaba el estigma de la muerte y la desgracia. Se había jurado no volver jamás a pisar la tierra de sus antepasados, porque fue ahí donde su vida se hundió sin que él pudiera hacer nada para remediarlo.

Jonás quería salir a dar una vuelta por el pueblo, saludar a su antiguo jefe y tomarse una cerveza, pero antes debía hacer algo y no iba a demorarse. Cerró la puerta de su casa en el barrio Monte, se levantó el cuello de la cazadora y comenzó el ascenso con las manos en los bolsillos. Aún era media tarde y la niebla tan solo comenzaba a intuirse. Subió la cuesta y después ascendió por las estrechas escaleras que daban a la parte trasera de la iglesia. La residencia Virgen de Gracia estaba a tan solo unos metros. Entró en el bar como primera opción y ahí encontró a Marcelo Ágreda.

–¡Hola, majo! –lo saludó el anciano en cuanto se detuvo a su lado y le tendió la mano. –Ahora no caigo, pero te conozco, ¿verdad?

–Pues claro. Soy Jonás, el hijo de Ignacio Sádaba. ¿Recuerdas? Él era santiaguero como tú, Marcelo.

–San Santiago, patrón de Navarra, sacristán de Funes, defensor de Cárcar. Y los carcarujos, como son tan fatos, celebran la fiesta sin llegar el santo.

–¡Muy bien, Marcelo! No conocía esa canción –dijo, a la vez que posaba su brazo sobre los hombros del anciano–. Venía a veros y daros las gracias por la comida que me mandasteis.

–Ven, majo. Sígueme. Estaba yo hablando con Casilda de *antesmás*, ¿sabes? Como ella no es de Cárcar hay muchas cosas que no conoce. Pero vamos a la sala de la tele, que ahí estarán todos.

–Me gustaría echar un cigarro antes de subir. ¿Me acompañas?

–¡No faltaba más! –afirmó el anciano, orgulloso de ser objeto de la atención de Jonás.

Salieron a la calle, envuelta ya en una fina neblina.

–Sonia no quiere que fume en casa y no me gusta hacerlo solo, ¿sabes? Así que gracias por acompañarme. ¡Hace un frío del demonio!

–Yo soy un tío fuerte, majo. No fumo, pero resisto cualquier temperatura –afirmó Marcelo mientras barría con su afilada vista el contorno de la residencia–.

¿Qué harán aquellos tres rondando por aquí a estas horas?

Jonás localizó a dos hombres y una mujer, jóvenes y bien vestidos, apoyados en la barandilla que daba a la peña. No estaban contemplando las vistas: las tierras de regadío, el río Ega, el tenue contorno de los pueblos de alrededor, sino que dirigían su atención hacia la residencia.

–Parece como si nos vigilasen a nosotros.

–¡Qué nos van a vigilar, si no somos nadie! Yo particularmente. Tú al menos eres un asesino, que por ser, ya eres algo.

Los tres forasteros y los dos de Cárcar mantuvieron un silencioso duelo de miradas durante el tiempo que tardó el cigarro de Jonás en consumirse. Aplastó la colilla en el cemento, agarró a Marcelo del brazo y caminaron hasta la puerta principal del edificio. Podían haber accedido por la del bar, pero el joven quería ver si aquellos tres al menos se molestaban en cambiar de postura o se dirigían a ellos. No hicieron ni una cosa ni la otra.

Pasó media hora con los ancianos, que le besaron, le palmearon la espalda, le dieron varios apretones de manos emocionados y lo colmaron de sonrisas y consejos. No tenía más familia que su mujer y su hija, pero aquellos cuatro ancianos le mostraban el mismo afecto que a un hijo. Daniel, Patricio y Marcelo, con sus muchos años y sus achaques, fueron quienes le ayudaron a llevar el féretro de su padre hasta el altar el día de su funeral, celebrado varias décadas después de su muerte. Todo el pueblo lo miraba como si fuese un engendro, pero ellos estuvieron prontos para echar una mano. Siempre lo estaban.

–Tu padre era uno de los nuestros –manifestó el Gallardo–, y le habría gustado que te cuidásemos.

La humedad le caló hasta el tuétano en cuanto abandonó la residencia. Buscó con la mirada a los forasteros, pero no había ni rastro de ellos. No se cruzó con nadie en la plaza Mayor ni en el Paredón ni en la calle Portal. Entró en el Jadai nervioso como un colegial a un examen. De pronto se sintió inseguro por su aspecto y tuvo que recordarse que se había afeitado y peinado antes de salir. Relajó el rictus. Se recordó también que no estaba en la cárcel, que allí era uno más. No tenía que pelear con nadie. No se jugaba nada.

–¡La madre que te parió, Jonás! ¿Cómo tú por aquí? ¿Te han soltado ya? –Nicolás salió de detrás de la barra para estrechar entre sus brazos al recién llegado–. ¡Tío, que alegría verte!

Se apartó un poco de él para verle bien la cara. Jonás no respondió. Un nudo en la garganta le impedía hablar. Apartó a su antiguo jefe con un suave empujón.

Había perdido el hábito; se sentía torpe ante las muestras de afecto, sobre todo si iban acompañadas de contacto físico.

–Vale, vale..., ya está bien. Ponme una caña, anda.

–Para ti, un cañón... Esta noche lo tuyo corre de mi cuenta.

Apenas había media docena de clientes repartidos entre las mesas del local, jóvenes del pueblo que lo saludaron levantando la barbilla o alzando la mano. Seguro que estaban hablando de él, era normal. No iba a ofenderse ahora por eso. Se empleaba ya con la segunda cerveza cuando se abrió la puerta. Una oleada de frío húmedo se coló en el bar junto a Víctor Yoldi, quien no pudo contener el gesto de sorpresa al ver a Jonás.

–Me han concedido mi primer permiso. Así, de repente.

–Enhorabuena, tío... –Víctor le estrechó la mano y se sentó en una banqueta a su lado.

Víctor pidió una cerveza, le dio un par de tragos mientras Jonás hojeaba los titulares del periódico.

–¿Todo en orden por la cárcel? –le preguntó Víctor.

Jonás, que esperaba la pregunta, tenía la respuesta preparada.

–No todo. –Se palpó los bolsillos en busca del paquete de tabaco a pesar de que estaba prohibido fumar en el bar. Sacó la cajetilla y extrajo un cigarro. Se lo puso entre los labios e intentó encender el mechero rascando la piedra con insistencia.

»Ayer por la mañana me acerqué a los de la cocina. Estoy convencido de que alguno tuvo que oír o ver algo, pero al parecer todos estaban descargando el camión cuando Massimo murió.

–Tal vez el Argentino aprovechó que estaba solo para suicidarse.

–El chef no descarga el camión y tampoco el funcionario que suele vigilar la cocina. Pero no he tenido ocasión de hablar con ellos. Los internos que ayudan al chef me mandaron directamente a la enfermería en cuanto les pregunté por lo ocurrido.

–¿Estás bien?

–Una cuchillada superficial. –Jonás se llevó la mano a la zona de la herida—. Lo que se dice una advertencia clara. De la enfermería me llevaron al despacho del director. Me dio el pésame por la muerte de mi compañero de celda y luego me comunicó la noticia de mi permiso. Fue una cosa extraña, creo que lo improvisó sobre la marcha, sinceramente.

–¿Sobre la marcha? Eso no tiene ningún sentido.

–Cuando parecía que me iba a despedir, la secretaria entró como una loca con un paquete. Entonces, el director, que de pronto estaba alterado, me dijo que iba a darme un permiso. Puede que ya lo tuviese concedido y no me lo hubiese

dicho. No sé... –Jonás dio una calada al cigarrillo–. Fue raro, porque ese tipo de decisiones no dependen exclusivamente de él. Pero volviendo a la muerte del Argentino, yo creo que algo debió de ocurrir para que ni el funcionario ni el chef estuviesen en la cocina en aquel momento, y eso ya no es una casualidad. Las casualidades no existen. Es mi opinión.

»Si Massimo se suicidó –continuó Jonás, mientras Víctor guardaba silencio–, ¿por qué están todos tan pendientes de mis preguntas? Su mujer y su hijo me visitaron el día que fueron a recoger sus cosas, y los *boqueras*, me refiero a los funcionarios, no tardaron ni dos minutos en mandarme de vuelta a la celda. Aparecieron en cuanto empezamos a hablar de su muerte. Pensé que querían evitar problemas, porque el hijo estaba muy nervioso y también la mujer, pero ahora creo que pretendían interrumpir la conversación.

–Deberías tranquilizarte. La cárcel no es un buen lugar para buscarse enemigos.

Nicolás les sirvió dos jarras heladas de cerveza sin que ellos las pidieran.

–Massimo era un buen hombre... –musitó Jonás, después de darle un par de tragos a su jarra.

–Ya... Verás... –Víctor se debatió por un instante entre decir lo que sabía o callarse para siempre–. Estabas en lo cierto.

Jonás lo miró interrogante.

–A Massimo lo mataron.

**D**urante la hora que siguió Víctor le explicó a Jonás el porqué de su rotunda afirmación. Habló de Cristina Zudaire, de los errores en la autopsia oficial y de la sospecha de que no había mucho interés en esclarecer unos hechos que, a todas luces, parecían apuntar a un asesinato. Del Jadai fueron al Joséan y de ahí al Timo's. Supieron que habían bebido demasiado cuando la imagen de Massimo sobre el cubo de patatas empezó a parecerles graciosa.

–Puede que ese tipo con el que se encaró, ese tan peligroso, ordenara su muerte –aventuró Víctor.

Jonás se encogió de hombros y se abrigó un poco el cuello. Estaban en la calle, junto a la puerta del Timo's, envueltos en una masa húmeda que ya había empapado el suelo, dispuestos a despedirse. Víctor tomaría la calle Jardín hacia arriba mientras que Jonás haría el camino de vuelta por el Paredón, que estaba a pocos metros de su casa, en la parte baja del barrio Monte.

–No sé, tío... Igual le cerraron el pico –dijo Jonás.

–No te sigo.

–Creo que Massimo era inocente. Me contó que había hecho un pacto con alguien y que por eso cumplía condena. Declaración de culpabilidad a cambio de dinero. Eso incluía un pacto de silencio, claro. Pero él estaba decidido a contarle la verdad a su hijo.

–En caso de que eso sea cierto, rompió su pacto de silencio al contártelo. Es lógico pensar que el otro implicado tomaría represalias si él no cumplía con su parte. ¿Por qué, entonces haría algo así?

–Solamente habló cuando vio que lo perdería todo. Su mujer iba a casarse con otro y su hijo no quería saber nada de él. Creo que no tenía opción.

–Entonces, puede que lo mataran por hablar...

–No lo sé. Puede... –Sacó un cigarro de la cajetilla de tabaco y lo encendió con una profunda aspiración–. Aunque lo más seguro es que Sancho lo castigase por enfrentarse a él. Al fin y al cabo, el rey de la cárcel no puede permitir que lo

desafíen públicamente. Tal vez nunca lo sepamos. –Golpeó amistosamente el hombro de Víctor y luego le tendió la mano–. En fin, me voy. Quiero darle las buenas noches a Lola y disfrutar de Sonia.

–¡Claro que sí! Buenas noches.

Alargaron un poco el apretón de manos y se marcharon en direcciones opuestas.

Jonás Sádaba descendió la calle en cuesta, pasó la curva y siguió hasta lo que en el pueblo llamaban plaza del Paredón. Era tal la espesura de aquellas nubes cargadas de humedad que solo escuchó el rugido apagado de un motor que se detuvo a su lado. Dos siluetas difusas caminaron hacia él. Esperó que estuvieran más cerca para intercambiar unas palabras, pero no tuvo ocasión de hacerlo. Lo agarraron de los brazos y lo empujaron dentro del vehículo. Pasado el primer momento de estupefacción, su mente se aclaró. Fijó la vista en esas personas y las reconoció al instante. Eran los tres forasteros de la residencia. Un calor agobiante le invadió el cuerpo, entumecido por el frío tan solo unos segundos antes. Se le aceleró el corazón como si fuese a estallar. Comenzó a forcejear y buscó la manilla de la puerta para saltar del coche, pero los hombres lo retuvieron sin problemas.

–¿Qué ocurre? ¿Quiénes sois y qué es lo que queréis?

No obtuvo respuesta.

Se obligó a serenarse para poder pensar. Era un coche grande de lujo, con asientos de cuero; olía a nuevo. Los hombres que lo sujetaban en el asiento trasero tendrían entre treinta y cuarenta años, buen corte de pelo, bien afeitados, bien vestidos. Uno era mucho más alto que el otro, pero ambos eran fuertes y se notaba que estaban en buena forma. Por su aspecto podían haber sido empleados de una oficina. Conducía una mujer joven, de veintitantos. Morena, con la melena recogida detrás de la nuca. Por lo visto, aquellos tres individuos llevaban toda la tarde siguiéndole los pasos. El vehículo pasó por delante de la puerta del Jadaí y deseó encontrarse allí, bebiendo cerveza de una jarra helada. Se estremeció al pensar que Sonia y Lola lo esperaban en casa. Recordó vívidamente el calor que transmitía el cuerpo desnudo de Sonia, cómo habían hecho el amor por la tarde, tras un año y medio de pesadilla. Las risas y los balbuceos de la pequeña y dulce Lola, tan graciosa, sentada sobre sus rodillas.

El coche giró las tres curvas que separaban las calles Portal y Vista Alegre para tomar la carretera que salía del pueblo. Aquello pintaba mal, pero ignoraba hasta dónde podían llegar o si tendría la oportunidad de hacer algo por evitar su

destino. El vehículo llegó al pequeño puente sobre el río Ega y dobló a la derecha, internándose en el camino que discurría paralelo al cauce del río. El traqueteo pareció despejarle un poco la mente abotargada por las cervezas; las primeras tras dieciocho meses de abstinencia. Seguían sujetándolo con fuerza y sabía que nada podía hacer para zafarse, pero debía intentarlo. Dejó de oponer resistencia durante unos segundos, en un intento de sorprenderlos. Apenas se distinguía nada a través de la ventanilla, pero sabía que se dirigían hacia la presa. Conocía bien aquellos parajes, no habían vuelto a salirse del camino que bordeaba el río. Se retorció y consiguió zafarse de las manos que lo sujetaban para lanzarse a la puerta de la izquierda y consiguió abrirla para sorpresa de los dos hombres. Entonces, trató de saltar, pero su intento se vio truncado porque los dos tipos se le echaron a la espalda. El coche se detuvo. La joven se apeó y en un instante estaba frente a ellos.

—¡Vamos!

Empujaron a Jonás fuera del coche y lo llevaron a empellones entre los tres hasta una pequeña agrupación de árboles. El de Cárcar hizo todo lo que pudo por oponer resistencia. Clavó los talones en el suelo y tuvieron que arrastrarlo. Los arañó, tiró de sus ropas, gritó lo más fuerte que fue capaz, pero allí no había nadie para oírlo. Llegaron a la orilla. El sonido del agua contra el cemento sofocó sus gritos. Siguió resistiéndose con patadas y tirones. Gritó hasta desgañitarse antes de que su cabeza rozara el agua. La zambullida lo pilló con la boca abierta y tragó mucha agua. Sintió pánico y se aferró a la esperanza de que le permitiesen coger aire. Seguramente aquellos tipos solo querían asustarlo. Hizo un esfuerzo tremendo por sacar la cabeza del agua. No podía rendirse. El tiempo se agotaba. La presión sobre su cabeza se incrementó. El oxígeno comenzó a faltarle. El agua le llegó a los pulmones. Su cerebro se negaba a aceptarlo, pero comprendió que lo estaban matando.

16 de noviembre de 2013

Era sábado, pero Álvaro de Quesada hubiese dado cualquier cosa por que fuese lunes. Necesitaba el trabajo para evadirse de los recuerdos que aquellos días lo atormentaban: imágenes, sonidos de llantos y gemidos invadían su mente y la llenaban de dolor y de angustia. Su hijo enfermo, su mujer preocupada, siempre a su lado, abrazando al pequeño hasta el paroxismo..., y el fatal desenlace que los había sumido a los dos en la desesperación. Dicen que el tiempo lo cura todo, pero no es cierto. Aprendes a vivir con el sufrimiento y a ratos se te olvida que sufres, pero el tiempo no cura nada; tan solo lo maquilla. Odiaba los fines de semana, solo en su mansión, con la única compañía del servicio. Aquella gente tan dispuesta a complacer no tenía nada que ofrecerle aparte de su solicitud. Alguna vez echaba una partida de cartas con el jardinero. Eso lo alejaba de sus fantasmas durante unas horas, aunque le salía ciertamente caro tenerlo dentro de la casa en lugar de arreglando el jardín, pero el dinero era el menor de sus problemas. Felipe perdía casi siempre, y eso le hacía sospechar que lo hacía a propósito. Massimo, en cambio, siempre jugaba a ganar. Sin poder evitarlo, en sus labios se dibujó una sonrisa. Habían pasado momentos inolvidables su amigo y él. Pero de eso hacía demasiado tiempo y ya nada era igual. Todos habían desaparecido. Alcanzó el teléfono de la mesilla junto al sillón donde había estado leyendo la prensa.

–Felipe, te necesito en la casa. Entra sin las botas y lávate bien las manos, que vamos a echar una partida.

Durante los primeros años que Massimo trabajó para él, antes de que lo estropease todo, pasaban horas jugando a las cartas. No solo jugaban, también intercambiaban impresiones sobre la empresa, los empleados, la competencia... Era un joven muy despierto; llegó a España con apenas veinte años y una mochila llena de ambición. Tenía muy claros sus objetivos y se presentó como chico para todo en las casas de los empresarios más importantes del país; algunos no eran aún lo que llegarían a ser, pero apuntaban maneras y él lo supo

ver. Aunque su título no era válido en España, había estudiado finanzas en Argentina, pero sabía hacer de todo: jardinería, mecánica, fontanería, electricidad... Era un diamante en bruto y su encargado de personal lo caló al instante. Luego pasó una segunda entrevista con él y lo contrató. Con Massimo tuvo un pálpito. Pensó que era un hombre de fiar, y no se equivocó. Llegó a ser su mano derecha. La única diferencia con Alberto Urquijo, su hombre de confianza en la actualidad, era que Massimo, además, fue su mejor amigo. El hermano que le hubiese gustado tener.

–Entra, Felipe. ¿Quieres un café, un licor, algo...?

–No. Muchas gracias, señor. Aún es temprano y yo desayuno fuerte. Empezamos cuando usted quiera.

Don Álvaro se levantó del sofá y se dirigió hacia una mesa dispuesta en un rincón de la sala con un tapete y un cofre que contenía todo lo necesario para jugar. Tomaron asiento uno frente al otro y don Álvaro comenzó a barajar. La melodía de su teléfono móvil los sobresaltó.

El empresario escuchó durante unos segundos en los que su rostro se ensombreció ligeramente.

–Mira, Alberto: Tú te encargas. Confío en que lo que hagas será lo mejor para todos. No quiero saber los detalles. Lo único que quiero es que estés alerta y que tu gente sea profesional. ¿Me entiendes? –dijo. E inmediatamente colgó y devolvió el teléfono al bolsillo de su batín de seda.

–Vamos, Massimo, das tú.

El jardinero lo miró perplejo, sopesando la posibilidad de corregir a su jefe. Pero don Álvaro no reparó en el detalle.

–Estoy pensando que podíamos salir a cazar mañana por la mañana, si no tienes otro compromiso. ¿Qué te parece?

En Cárcar vivían media docena de chavales con edades comprendidas entre los ocho y los once años, pero los fines de semana y durante las vacaciones, esa cantidad podía duplicarse. Aquel sábado amaneció sin prisa, como si el sol estuviese profundamente dormido y el despertar le resultara una dolorosa tarea. La niebla no había llegado a disiparse del todo y hasta que no hubo luz suficiente, el pueblo no empezó a desperezarse. El grupo atravesó en bicicleta la calle Portal, pasó frente al bar Jadai, que tenía la persiana bajada como correspondía a una hora tan temprana. La pendiente de la calle era muy acusada y los frenos echaban humo. Más de uno se había dejado la cabeza en esas cuestas por no haber sido cauto. Todos lo sabían. Habían quedado en reunirse a las diez en la plaza del Paredón, donde decidirían su destino para ir de excursión. El mes de noviembre estaba siendo especialmente crudo en la Ribera del Alto Ebro a causa de las persistentes nieblas, pero eso a los chicos les daba lo mismo. No sentían el frío ni tenían ninguna intención de permanecer encerrados en sus casas. Irían al río. Puede que hasta la presa. Se habían bañado allí el 16 de agosto, día de San Roque. En esa fiesta, las cuadrillas organizaban comidas en el campo y aquel era uno de los lugares más populares. Había una explanada junto al camino, unos árboles que proporcionaban una agradable sombra y hasta un pequeño riachuelo de agua fresca donde ponían a enfriar la bebida y la fruta. El último San Roque había sido el primero que sus padres les habían permitido ir solos al campo y lo habían disfrutado de lo lindo. Así que, aunque no era lo mismo, la idea de volver a aquel paraje donde tan bien lo habían pasado saltando desde las ramas de los árboles, haciendo guerras de lodo y tirando ruegos al agua les pareció extraordinaria. Al llegar al cruce de la Cadena se detuvieron.

–Salimos a la carretera en fila india hasta el puente y allí tiramos para la derecha, donde la fábrica de conservas. Con cuidado, ¿eh? –ordenó uno de los de mayor edad.

Circularon con precaución, conscientes de que la carretera era estrecha, y la

visibilidad, pésima. En cuanto llegaron a la fábrica de conservas giraron hacia la derecha sin detenerse. El crujir de la tierra bajo las ruedas de las bicis puso de manifiesto que la excursión había comenzado. A partir de ahí eran un grupo aguerrido de chicos en busca de aventura. El tortuoso camino les hizo reducir la velocidad y tuvieron que afanarse en pedalear con fuerza para no parecer débiles. Cuando aparecieron frente a ellos las acacias que bordeaban la presa, se desató la euforia y todos se emplearon a fondo para llegar en primer lugar. Abandonaron las bicis y corrieron como soldados hacia el embalse. No podían bañarse, eso lo tenían claro, pero tenían un paquete de cigarrillos. Lo abrirían en un lugar desde donde pudiesen ver antes de ser vistos. Así pues, se adentraron en la pequeña alameda junto al agua y buscaron un espacio llano para sentarse todos juntos.

–Es el mejor sitio para fumar de todo el pueblo –valoró el cabecilla del grupo, consciente de la expectación creada ante la aparición del tabaco.

Todos dirigieron sus miradas hacia el pueblo, que los observaba desde lo alto de la colina, coronada por la torre de la iglesia, las casas desparramadas hasta el río.

–¡Claro, porque nuestros padres están muy lejos! –dijo el más pequeño, y se encogió de hombros como si lo dicho fuese una obviedad. El resto del grupo celebró la ocurrencia a carcajadas y le concedió al chaval el honor de encender el primer cigarrillo; por algo se había atrevido a decir lo que todos pensaban. Al chico no pareció hacerle mucha gracia ese supuesto privilegio. Tomó el pitillo entre los dedos y lo miró con recelo. Después cogió el mechero que le ofrecía uno de sus compañeros y giró la piedra hasta encender la llama. Repitió el proceso varias veces sin decidirse a llevarse el cigarro a la boca hasta que por fin lo hizo, sin mucha convicción. Todos miraban expectantes la mano que portaba el mechero a escasos milímetros del cigarro. Pero ocurrió algo extraño: el rostro del chico se contrajo, sus labios perdieron el color y el cigarro cayó al suelo.

–¿Qué tienes? ¿Te encuentras mal?

Uno de los muchachos lo agarró de los hombros y lo zarandeó con fuerza.

–¡Espabila, tío!

Y lo hizo. Salió de su estado catatónico y movió un brazo para señalar un punto frente a él, dentro del agua turbia. Los demás giraron sus cabezas en la dirección indicada.

–¡Joder! –gritó uno. Y en un instante aquella palabra se convirtió en un grito de guerra. En realidad, era el grito de la incredulidad y el miedo–. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!

Algunos quisieron salir corriendo, huir de ese lugar endemoniado y hacer como que nunca habían visto aquello. Otros, por el contrario, se acercaron más al agua tratando de visualizar mejor el cuerpo y aprehender cada detalle, fascinados por el descubrimiento. Uno de los niños comenzó a llorar en silencio, incapaz de moverse del sitio, donde se quedó clavado hasta que llegaron los padres. El cabecilla de la expedición tuvo la sensatez de llamar a casa para dar el aviso. Sus padres acudieron raudos antes de dar parte a la Policía, conscientes de que los niños tienen demasiada imaginación y primero había que confirmarlo. La patrulla de la Guardia Civil de Andosilla se personó en el lugar junto con una ambulancia, pocos minutos después. La recién nombrada jueza de paz de Cárcar también acudió presurosa, junto con la jueza de Lerín. La Científica tardó algo más, pero rápidamente se enfundaron en sus trajes blancos, se cubrieron las manos y la cara con guantes y mascarilla y comenzaron a analizar la zona en busca de huellas e indicios. Un buzo se introdujo en el agua para rescatar el cuerpo y lo arrastró con cuidado hasta la orilla. No hizo falta buscar quien identificase el cadáver; la jueza de paz de Cárcar lo reconoció al instante. La pobre no pudo contenerse y corrió a vomitar junto a un árbol a dos metros escasos del cuerpo. Lo que iba a ser una reunión secreta para fumar a escondidas se había convertido en una pesadilla. Los chicos fueron interrogados uno por uno. Nada se dijo del paquete de tabaco, no era más que una excursión de mañana. Algunos estaban más afectados que otros, pero todos se mostraban taciturnos y nerviosos. Uno de los agentes de la Guardia Civil montó en su vehículo tras haberse informado de la dirección del fallecido para ir personalmente a dar la noticia a la viuda.

Víctor no tardó mucho en enterarse. Algún vecino había puesto al corriente al panadero y este había hecho correr la voz en cada parada que realizaba con el coche de reparto. Cuando Micaela, su madre, lo llamó a gritos para que bajara, supo que algo grave había ocurrido. La noticia le cayó como una losa sobre la cabeza. Sintió que perdía pie. «Toma algo caliente antes de salir», le gritó su madre, pero tenía el estómago revuelto y no hizo caso. Cogió la bandolera y el plumífero y montó en el coche para bajar a la presa. Un torrente de imágenes de la noche anterior invadió su mente. ¿Habría regresado Jonás a su casa y vuelto a salir pronto por la mañana? ¿O tal vez nunca llegó a casa? ¡Sonia! ¡Lola! Estaba tan aturdido que no se dio cuenta de que su pie derecho pisaba a fondo el acelerador. Derrapó en la rotonda junto a la fábrica de conservas, con un sobresalto que lo devolvió a la realidad. Debía serenarse si no quería acabar en la cuneta.

Aparcó su Peugeot en el camino, junto al resto de vehículos. La arboleda

parecía un hormiguero. Sin apartarse del coche hizo la primera foto. Después se acercó de prisa hacia donde creía que encontraría el cuerpo de Jonás. Nunca fueron amigos, pero se sentía como si lo hubieran sido. Jonás le había confiado a él, y solamente a él, sus sospechas y temores. ¿No es eso lo que hacen los amigos?, se preguntó, y sintió un vacío aún mayor en su estómago. Llegó junto al cordón policial y aguardó. Los de la Científica pululaban en busca de huellas y recogían muestras. Llegado el momento, los guardias civiles se agruparon en dos formaciones, dejando un hueco por el que pudo visualizar el cuerpo. El forense le estaba haciendo alguna prueba, seguramente tomándole la temperatura. Le vino a la mente la imagen nítida del *Torero muerto*, de Manet. Lo había estudiado no hacía mucho como un claro precursor del impresionismo, aunque Manet nunca se consideró como tal. La mano derecha sobre el pecho, la cabeza ladeada hacia la izquierda. Ayudado por el zoom de su cámara réflex vio con claridad que una masa de espuma fina rodeaba la boca de Jonás. El cadáver de quien compartiese su última noche de vida con él no le impresionó como esperaba. Sencillamente no era él. Aquel cuerpo carecía de todo lo que pudiese considerarse Jonás. Sacó varias fotos. Aún continuaba disparando su cámara cuando la vio. Sonia llegó desconsolada, hundida, histérica. Se abalanzó hacia el cuerpo tendido en el suelo, pero no llegó a tocarlo; los guardias civiles se lo impidieron para evitar que se contaminaran los restos. Habría tiempo para eso tras las debidas pruebas y la autopsia. Sonia no apartaba la vista de su marido, lo miraba con tal intensidad que parecía poder tocarlo, acariciarle el rostro, besarlo. Lloraba sabedora de que nunca más volvería a verlo. Con una habilidad sorprendente, introdujeron a Jonás en un saco de plástico oscuro, cerraron la cremallera y lo sellaron. El espectáculo había terminado. La causa de la muerte parecía clara. Sin embargo, le harían la autopsia por tratarse de una muerte violenta. «Seguro que ha sido un accidente», dijo alguien, y la idea se extendió de boca en boca. Sin embargo, habría que comprobar si Jonás había muerto antes de caer al agua o, por el contrario, la muerte se produjo por ahogamiento.

«¡Cristina!», gritó Víctor en su fuero interno. La necesitaba. Y mucho.

En cuanto se llevaron el cuerpo de Jonás, Víctor supo que sería más útil en otra parte. Le vinieron a la mente los cuatro ancianos y lo que vio no le gustó. Montó en su coche y poco después aparcaba frente a la residencia. Los jardines estaban más concurridos de lo habitual. Localizó a sus amigos y se acercó al banco donde se sentaban Anastasia y Daniel, junto al Gitano y a Marcelo, que permanecían estoicamente de pie. A la vista de sus expresiones, dedujo que

conocían la noticia. Aún así sonrieron en cuanto lo vieron acercarse.

–¿Qué es lo que está pasando, Víctor? ¿Tú lo sabes?

Sintió una pena inmensa por aquellos ancianos. A pesar de haber visto tanto en la vida, seguían conmoviéndose ante el dolor ajeno.

–Ayer mismo vino a vernos y estaba bien –se lamentó Anastasia, con su pañuelo blanco entre las manos.

–Un carcarés no sale al bar un día y aparece muerto a la mañana siguiente en la presa. No me cuadra. Pero ¿cómo llegó hasta allí, eh? Que me lo explique alguien, porque yo no lo entiendo.

–No lo sé, Daniel. Aún es pronto para saber lo qué pasó, pero os prometo que si hay alguien detrás de esto, lo descubriré.

–¡Bravo, majo! –aplaudió Marcelo.

–Ve con cuidado. Puedes buscarte problemas. Ya lo sabes. Pero también te digo una cosa: nosotros tenemos ya poco que perder. Si nos necesitas, aquí estaremos. Siempre –la voz del Gitano tembló al pronunciar las últimas palabras.

Víctor respondió con un amago de sonrisa.

–Si veis u oís algo extraño o cualquier cosa relacionada con Jonás me lo diréis, ¿verdad?

Todos asintieron.

–Esa *tresena* que está junto al coche rojo... –intervino Marcelo, y señaló con el dedo– estaban ayer aquí en la calle mientras Jonás y yo fumábamos un cigarro. Me acuerdo perfectamente de sus caras. No nos quitaban el ojo de encima.

–Tú no fumas, Marcelo.

–Hago lo que me da la gana, ¿sabes?

Sin mucho disimulo, todo el grupo dirigió su atención a las tres personas a las que se refería su amigo. Eran forasteros, sí. No era extraño en esa zona, muchos de los ancianos procedían de otros lugares y recibían las visitas de familiares y amigos. Eso debieron de pensar todos, porque ninguno se molestó en matizar el comentario de Marcelo, quien, por otra parte, no calibraba muy bien las cosas ni reconocía bien a la gente debido a la demencia que venía sufriendo hacía años.

–Tengo que marchar para Pamplona. Cuidaos, por favor.

18 de noviembre de 2013

El cura que ofició el funeral no había conocido a Massimo, por lo que ofreció un sermón impersonal, sembrado de tópicos. Habían mandado incinerar el cuerpo antes de trasladarlo a Madrid, no por deseo expreso del difunto, sino por puro sentido práctico. Trasladar el féretro desde Pamplona resultaba sumamente caro. Así pues, Ana María abandonó la iglesia de San Fermín de los Navarros, en el barrio de Chamberí, escoltada por su hijo y su futuro marido. Se detuvieron en el exterior para saludar a algunos conocidos y entonces lo vio. Estaba a unos metros de distancia y la observaba con gesto grave. Había envejecido. Los diez años que le sacaba a ella y a Silvia, su mujer, resultaban ahora muy evidentes. Peinaba canas y las arrugas que surcaban su rostro eran tan profundas como el dolor que las había provocado. Ella se estremeció cuando sus miradas se cruzaron e, incapaz de reaccionar, permaneció inmóvil mientras Álvaro de Quesada se acercaba.

–Hola, Ana María –la saludó con voz cariñosa. Después la estrechó suavemente entre sus brazos y la besó en la mejilla–. Siento mucho tu pérdida.

La viuda se dejó abrazar como si fuese una muñeca. Los brazos caídos a ambos lados del cuerpo, la mirada vacua; intentaba controlarse, no quería pensar, ni sentir, ni siquiera respirar el mismo aire que aquel hombre, posiblemente la peor persona que se había cruzado en su vida. Lo miró solo un instante, con el corazón petrificado. Sin decir nada, bajó la cabeza y se alejó de él. Su hijo Armando se apresuró a unirse a ella mientras Guillermo Valverde, su prometido, estrechaba la mano del empresario, su jefe desde hacía varias décadas. Desde antes de que todo se estropease. Valverde intercambió unas palabras con De Quesada y enseguida los alcanzó.

–Bueno, pues hecho. Ya nada se interpone entre nosotros y nuestro futuro, ¿verdad, mi vida? –le dijo Guillermo.

Ella lo miró horrorizada. Acababan de asistir al funeral de Massimo, el padre de su hijo, ¿y lo único que se le ocurría decir a su prometido era eso? Sabía que

Guillermo había tenido que esperar mucho tiempo. Pasó años suspirando por la esposa del que era su compañero de trabajo, y después la espera se prolongó durante el tiempo en el que Massimo, del que ella seguía muy enamorada, desapareció del mapa. Sí, había esperado mucho, ella lo entendía. Pero no era de buen gusto mostrarse tan satisfecho, y menos en presencia de su hijo.

Buscó un pañuelo en el bolso y sus dedos rozaron una hoja de papel que había guardado cuando recogió los efectos personales de Massimo en la cárcel. La había encontrado dentro de la Biblia de su marido. Suponía que era suya, aunque bien podía habérsela prestado algún compañero, pues Massimo nunca fue religioso. Cabía la posibilidad de que su vida en prisión le hubiera hecho cambiar en ese sentido. Aquella hoja de papel la estaba haciendo enfermar y, aun así, no podía separarse de ella. Podía destruirla y terminar con aquella pesadilla. Hacer como si nunca la hubiese leído y continuar su vida a partir de ese momento tal como la había planificado. En realidad, eso parecía lo más razonable, pero sentía que algo se había roto en su corazón y no estaba segura de nada.

Guillermo los acompañó a casa, pero Ana María le pidió que se fuese, necesitaba estar sola. En realidad estaba muy molesta con él por su falta de tacto y no había dejado de preguntarse si era el hombre idóneo para compartir lo que le quedaba de vida. Había sufrido mucho. Solo quería vivir en paz y sentirse querida. Pero ahora todo eran dudas. ¿Necesitaba realmente a Guillermo? ¿No estaría mejor sola? Massimo siempre había cuidado de ella, a pesar de su ausencia, tal como le había prometido. Ella acabó por desenamorarse de él, ¿cómo no después de tanta soledad? Pero él había cumplido. Siempre fue un hombre de palabra, un valiente. Massimo y Guillermo nunca se llevaron bien, y aquellas palabras de Guillermo le confirmaban que, en lo más profundo de su alma, se alegraba de su muerte. Armando se encerró en su habitación y, como siempre, puso la música a tope. Ella sacó la hoja de papel del bolso y la leyó por enésima vez.

Mi querida Ana María:

Si lees esto es porque estoy muerto. Quiero decirte por última vez que te quiero, que siempre te he querido y siempre te querré. No permitas que Armando crea que su padre es un monstruo, por favor. Si yo no he conseguido hacerle escuchar lo que tengo que decirle, por favor, hazlo tú. Eres la única que puede contarle que tan solo he sido un hombre que ha tratado de comportarse como tal. Hacerle ver que no soy un asesino me ha

costado la vida. He roto el pacto de silencio que hice con Álvaro y este es el riesgo que corro por tratar de recuperar el respeto de Armando. Con esta Biblia te entrego la prueba de mi inocencia. Abrigo la esperanza de que nunca tengas que utilizarla.

Te amo, Ana María. Haz todo lo que esté en tu mano para ser feliz, pues es lo único que importa en esta vida.

Siempre tuyo,  
Massimo

La prueba a la que hacía referencia la carta era una pequeña cinta escondida en un hueco practicado en el interior de la Biblia. Ana María había revisado los dos reproductores que había en la casa, pero ninguno se ajustaba a ese formato. Quizá fuese lo mejor.

Apartó la vista de la carta y se frotó los ojos con la yema del dedo índice. Elevó el mentón y volvió a bajarlo posando la mirada nuevamente sobre las líneas manuscritas para volver a leerlas una vez más. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan cerca de Massimo y, paradójicamente, él estaba muerto. Leyó una vez más las palabras que la atormentarían durante el resto de su vida: «He roto el pacto de silencio que hice con Álvaro y este es el riesgo que corro».

De pronto, el sonido de su móvil la sobresaltó. Se llevó la mano al pecho, enardecido por la impresión. Trató de serenarse y respondió al teléfono. No conocía a su interlocutor, un periodista, según decía. Quizá fuera mejor colgar, mandarle al carajo. Pero como no pensaba con claridad, accedió a verse con él; decía tener información sobre la muerte de su marido. Ella no pensaba volver a Pamplona, pero si quería ir a verla a Madrid no tendría inconveniente en citarse con él. Colgó casi sin despedirse, sintiéndose perdida; algo había cambiado dentro de ella, y no sabía ni quién era ni cuál era su lugar en el mundo. Se levantó despacio de la silla y se dirigió hacia el pasillo caminando como una autómatas: el abrigo aún abrochado, la carta de Massimo en una mano, el móvil en la otra, el bolso colgando del hombro. Del cuarto de Armando no salía sonido alguno. Había quitado la música, qué raro..., pensó. Pero no se atrevió a preguntar.

19 de noviembre de 2013

–Esta finca perteneció en su día a la duquesa de Alba. Mi padre y doña Cayetana fueron buenos amigos. Él la trató muy bien y le proporcionó pingües beneficios y ella le regaló estos terrenos. Yo no vengo a la finca desde que..., desde que perdí a mi familia. Pero antes de eso era asiduo a la caza; ciervo, muflón, gamo... Ahora estamos en temporada. ¡Vamos, camina más rápido, Massimo, los ciervos no van a venir a nosotros, tenemos que ir a su encuentro!

A Felipe le importaba muy poco cómo lo llamasen, pero se daba perfecta cuenta de que don Álvaro le confundía a ratos con otra persona. Frunció el entrecejo y decidió hacer caso omiso. Corregir a su jefe en algo así podía ofenderlo y eso era lo último que quería. «Vive y deja vivir», era su lema. El jefe le podía llamar como le viniese en gana, que él seguiría a lo suyo. Oír, ver y callar. Caminaron con las escopetas preparadas durante cinco minutos, en silencio. Después, don Álvaro reanudó la conversación.

–Me estoy acordando del día que conocimos a las chicas. Habíamos ido a cazar y la jornada se nos dio francamente mal. Estábamos tan frustrados que decidimos salir de copas. Nos cogimos una buena curda, ¿recuerdas? Sin embargo, aquella noche nos cambió la vida.

Felipe observaba anonadado la transformación de su jefe: parecía más joven, y su mirada, más viva.

–Tú eras el seductor, ambos lo sabíamos. A mí no me importaba. Disfrutaba viéndote actuar y hablar con ese acento que tanto gustaba a las chicas. Hacíamos una buena pareja, yo también tenía mi *sex appeal*, pero tu encanto argentino siempre nos abría las puertas de la conquista. Y la de aquella noche fue sublime. Conocimos a las mujeres que hicieron que dejásemos de conquistar... –Su rostro sufrió una metamorfosis repentina. Se detuvo. Se llevó la mano a la frente y entornó los párpados.

–¿Se encuentra bien, don Álvaro? ¿Quiere que vaya a por el coche?

El empresario hizo un gesto con la mano y Felipe se detuvo.

–No es nada. Un pequeño mareo. A veces me ocurre cuando pienso en mi mujer. –Alzó la vista al cielo, que comenzaba a llenarse de nubarrones–. Nunca te lo dije, pero siempre sospeché que Mauro Díaz de Cerio, el que acabó siendo vicepresidente del FROB, bebía los vientos por Silvia. Pero no estaba dispuesto a prestarle a mi mujer a cambio de ningún tipo de favor. Eso me cerró muchas puertas en su día, siempre lo supe. Hay límites que uno debe imponerse para no perder la humanidad, ¿no crees, Massimo?

Felipe vaciló apenas un instante. Inspiró y respondió como si tal cosa.

–Desde luego, señor.

–Siempre he creído que nos echó una maldición. Es una tontería pensar eso, lo sé, pero todo fue de mal en peor tras dejarle clara nuestra postura.

El silencio que siguió a esas palabras los paralizó durante unos minutos, y Felipe no sabía cómo sacar a su jefe del trance en el que estaba inmerso. Él no entendía nada de lo que contaba ni falta que le hacía. Era un hombre sencillo con problemas sencillos. Un crujido muy leve a unos metros de distancia lo puso en jaque. Se preparó para disparar y don Álvaro lo imitó. Un hermoso ciervo los observaba a unos cincuenta metros. Felipe pensó que era un animal majestuoso que no había hecho nada para merecer su muerte, pero si don Álvaro quería matarlo, lo haría sin dudar. No tuvo la ocasión de comprobar su capacidad de reacción. El ciervo cayó al suelo incluso antes de que se escuchara la detonación.

–Maldito Mauro. ¡Muérete, cabrón!

La aparición de Marco Lombardi había supuesto un revés para los planes de Rebeca, pero también la hizo sacudirse el polvo y comenzar a tomar conciencia de que la rutina en la que se había acomodado no era lo más conveniente para sus intereses. Había estado demasiado ensimismada, apenas había intercambiado alguna que otra conversación intrascendente con los profesores y con varias compañeras de la Accademia. Hasta la irrupción de Lombardi se había atrincherado en una estrecha coraza y había pasado varios meses creyendo que contaría con su maestro en exclusiva. Pues no. Obviamente las cosas no funcionaban a su antojo. Recordó la conversación que habían mantenido la tarde siguiente a la aparición del nuevo alumno.

–¿Cómo ha podido hacerme algo así? –le soltó a Francesco nada más entrar en el taller.

–Marco es un buen chico. No habrá ningún problema. Él solo quiere aprender un poco de técnica y yo soy el mejor de Florencia, ya lo sabes –le hizo un guiño de complicidad y sonrió, tratando de quitar hierro al asunto.

–Pero yo le pago por enseñarme más que eso. Eso fue lo que acordamos en su día. Marco no entraba en el trato, Francesco, y lo sabe.

El anciano maestro dio unos cuantos pasos alrededor de la mesa de trabajo, donde estaba preparado todo el material, y se detuvo junto a ella.

–Lo siento, Rebeca. Es algo que no he podido evitar. El chico tiene contactos. Gente importante, ¿sabes? Es cierto que no es lo que tú y yo acordamos, créeme cuando digo que lo lamento. Te compensaré de alguna manera, pero no puedo decirle que no a Marco.

Rebeca recapacitó durante unos instantes mientras observaba a la clientela en el café donde pasaba muchas tardes leyendo. Todo había resultado demasiado fácil hasta ese momento, y ella sabía bien que las cosas no suelen ser tan sencillas. No por mucho tiempo. Así que debía asumir que tal vez ese período de calma había concluido para dar paso a una nueva etapa. Tendría que estar bien

atenta para ver qué es lo que le deparaba el futuro a partir de entonces.

Pasó un rato ideando el modo de alejar a Lombardi del maestro mientras ella aprendía el difícil arte de la restauración. Fantaseaba sobre ese asunto cuando dos hombres tomaron asiento junto a ella. No hubiese reparado en ellos de no haber escuchado la palabra mágica: *falsi*. El sonido de aquellas dos sílabas que eran casi idénticas en español, le hizo levantar la vista del libro que miraba pero no veía. A esa palabra siguieron otras, y aquellos dos hombres ya maduros, trajeados, que tomaban café y pastitas como si fuesen meros oficinistas, captaron toda su atención. Concentró en ellos sus cinco sentidos para no perderse ni una palabra, un gesto, una mueca, una dirección o un teléfono. Cuando la breve reunión terminó y los dos tipos se estrecharon las manos sellando el trato, la doctora en arte y aprendiz de restauradora esbozó una sonrisa que tardaría un buen rato en borrarse de su rostro. Apoyó el bolígrafo en la pequeña libreta que siempre la acompañaba a todas partes y subrayó la dirección que había anotado. «*Dove posso ordinare un buon falso?*», había dicho uno de aquellos tipos, el que parecía extranjero. Por un instante, le cruzó por la mente la idea de cambiar de maestro, pero la respuesta fue la que esperaba: el maestro Francesco era el único, el mejor. No podía renunciar a él aunque no lo tuviese a su entera disposición.

Aquella tarde hizo lo posible por llegar al taller de Francesco antes que Marco Lombardi. El maestro la recibió con una sonrisa en su afable rostro y ella fue directa al grano:

–Quiero tenerlo en exclusiva –dijo–. Puedo venir en un horario diferente, puedo pagarle más si es necesario.

El maestro no se sorprendió.

–Puedo enseñarte por la mañana.

–Por la mañana voy a la Accademia. ¿Qué tal a primera hora de la tarde?

El hombre movió la cabeza con desánimo.

–Lo siento. A mi edad necesito descansar y necesito un rato de siesta después de comer. No me atrevo a comprometerme. Además, no podría enlazar tu formación con la de Marco porque eso me supone pasar demasiadas horas seguidas en el taller. –Al ver la decepción en el rostro de su pupila, hizo lo posible por tratar de animarla–: Mi querida Rebeca, no sufras. Llevas un tiempo conmigo, has aprendido mucho. Diría que estás bastante preparada. Podemos hacer esto sin que te perjudique, te lo aseguro. La presencia de un compañero no tiene por qué ser un hándicap, puede incluso serte de utilidad para ponerte a prueba.

–Parece que no tengo alternativa...

Pío Marculeta no era ningún necio. Sospechaba que su temprana salida del talego no era casual, pero a él no le interesaba conocer las razones. Estaba fuera. Punto. El martes a mediodía atravesaba aquella puerta por cuarta vez en los últimos años. En realidad, no era exactamente esa puerta, ya que la cárcel era nueva. Sus andanzas en prisión comenzaron en la antigua cárcel de Pamplona; un edificio viejo de cojones, como solía describirlo, tan inhóspito que había estado a punto de dejar las drogas solo por no volver a poner los pies en aquella casa de los horrores. En comparación, la nueva cárcel era un hotel de cinco estrellas. Su rápida construcción y la demolición de la antigua le dieron alas para continuar con sus negocios.

Tuvo el tiempo justo para avisar a su amigo Txibi, compañero de piso, casero, colega de juergas y de trapicheos. Apareció con su viejo Ibiza, una reliquia sin dirección asistida ni elevalunas eléctrico, con una vida más intensa que la de muchas de las personas que conocía. Pío sonrió al verlo aparecer, avanzando como si fuese a pedales. Lo había reparado cientos de veces y seguía tirando. No podían permitirse comprar uno nuevo y para él era un reto resucitarlo. El vehículo se detuvo a su lado. Pío abrió la puerta y ocupó el asiento del copiloto después de lanzar su petate al asiento trasero. El coche apeataba a hachís, como siempre. Su amigo Txibi vivía envuelto en una nube perpetua, para Pío era un misterio cómo lograba ver siquiera la carretera.

—¡A la calle Jarauta, por favor! Pero primero pásame ese canuto, que se me hace la boca agua.

—¡Marchando!

El vehículo volvió a ponerse en movimiento y abandonó lentamente la colina de Santa Lucía en dirección a la ciudad. Pío y Txibi saborearon el porro durante unos minutos, disfrutando de su reencuentro en silencio. Después de tirar la pava por la ventanilla, Txibi giró la cabeza hacia su compañero.

—¿Te has enterado de lo del tío ese que ha aparecido en el río?

Pío lo miró con el ceño fruncido y se encogió de hombros.

–Un tío de Cárcar o de Carcastillo, no sé. Era su primer permiso y va y aparece ahogado en el río a la primera de cambio. Qué marrón, colega. Eso es tener mala potra.

Pío lo miró con los ojos como platos. Giró enérgicamente la manivela para bajar la ventanilla y dejó que las ráfagas de viento helado inundasen el coche.

–¡Cierra eso tío! Si me pongo malo no saboreo los canutos.

–Tengo que pensar y no puedo hacerlo en este fumadero.

–Tío, ¿estás *mareao* o qué?

–Lo que estoy es *acojonao*.

Víctor pasó la tarde en el periódico. Le costaba concentrarse en el trabajo. Estaba inquieto, nervioso. ¿Cómo había conseguido ese tipo contactar con él y cómo sabía que iba tras la pista de las muertes de Massimo y Jonás? Es lo primero que le preguntaría.

Salió de la redacción a las diez de la noche y condujo como de costumbre hasta el aparcamiento de la Aduana, cerca de la calle Mayor, donde vivía en un piso alquilado desde que la llegada de Rebeca Turumbay a Cárcar puso su vida patas arriba. Él, que había sido un joven sin más pretensiones que pasar el rato, hacer deporte y escribir algún artículo de tanto en tanto, se había visto de pronto abocado a ser algo más. En realidad, le debía mucho a aquella catalana pija y engreída que lo tomó por un paleta... Con esos pensamientos revoloteando por su cabeza, se adentró en el casco viejo, en dirección a la catedral. Comprobó la hora en su reloj y aceleró el paso. Llegaba tarde. ¡Mierda! Al final no pudo resistirse y echó a correr cuesta arriba por la calle Curia hasta la puerta de la catedral. El recuerdo de Rebeca, el cuadro de Dalí y la capilla secreta con sus dos cadáveres lo asaltaron de tal manera que sintió que se le cerraba el estómago. No había vuelto a poner los pies en esa parte de la ciudad desde que investigó junto a ella el caso de la capilla románica. Atravesó la plazuela de San José y tomó la calle Redín, una estrecha callejuela empedrada que se conservaba exactamente igual desde hacía varios siglos.

El cielo estaba raso y la helada iba a ser monumental. La estrechez de la calle proporcionaba cierto cobijo frente al viento del norte. Aun así, Víctor se estremeció, elevó los hombros y hundió el cuello para protegerse un poco más. Llegó al punto acordado y ahí se quedó con la espalda pegada a la pared y las manos en los bolsillos de su plumífero. Se asomó a la explanada frente al Mesón del Caballo Blanco para comprobar lo que se temía: estaba cerrado. Era un sitio

discreto, de eso no había duda, pero hacía tanto frío que no se sentía capaz de enlazar dos palabras consecutivas.

El leve roce de unas pisadas sobre el empedrado lo puso en alerta. Aguardó, tratando de mantener la calma. Dos hombres se aproximaban hacia él envueltos en gruesos abrigos y gorros de lana. Pasaron delante de Víctor sin dirigirle la mirada, cruzaron la explanada del Caballo Blanco y se encaminaron por el paseo del Redín. Volvió la cabeza hacia su izquierda, esperando que su contacto se acercase desde allí, aunque también podía hacerlo desde las murallas. Tras un largo minuto oyó un ligero carraspeo, una tos incontenible. Un hombre llegaba por el mismo camino que la pareja. Su envergadura era impresionante. Llevaba la cabeza cubierta por un pañuelo negro, o tal vez fuera una braga elástica. No podía verle la cara porque miraba al suelo y se protegía del frío con los cuellos de su cazadora. Cuando llegó hasta Víctor se detuvo. Levantó la cabeza. Tenía un rostro surcado por una fea cicatriz desde la sien hasta el mentón y un ojo entrecerrado, quizá por efecto de alguna pelea. La boca, de labios muy finos, era apenas un corte limpio en el rostro. El pulso de Víctor se aceleró aún más. Aquel tipo era un delincuente de libro, de eso no había duda. Había sido un ingenuo al presentarse allí a solas.

–¿Víctor Yoldi?

El periodista se estremeció al escuchar su nombre pronunciado con ese tono grave, siniestro. Aun así, tuvo arrestos suficientes para asentir y tenderle la mano.

–Soy Pío.

Víctor frunció el entrecejo. ¿Estaba de broma? No podía ser cierto que aquel tipo tan grande, con aquella voz cavernosa y todo el aspecto de haberse escapado de la cárcel, tuviese un nombre tan cursi.

–Pío Marculeta, de talleres Marculeta. Seguro que los conoces. Mi padre es el dueño. Yo trabajo en el taller de la Chantrea. Cuando estoy fuera, claro –añadió con un amago de sonrisa.

Víctor Yoldi no supo qué decir y optó por callar. Volvió a esconder la mano en el bolsillo del plumífero.

–Aquí hace un frío del carajo. Estaríamos mejor tomando una cerveza en algún garito.

–Estoy de acuerdo –asintió Víctor. Temblaba, no sabía con seguridad si de frío o de miedo.

Pío dio unos pasos alrededor de un círculo imaginario, a la vez que movía la cabeza de derecha a izquierda. Víctor lo miraba atónito, sin saber si su confidente estaba loco, drogado o sencillamente nervioso. Pío Marculeta se detuvo. Todo quedó en calma. De pronto un sonido metálico les hizo girar la

cabeza a ambos lados de la calle.

–¿Qué ha sido eso? –se extrañó Víctor. Ambos permanecieron en silencio, a la espera, pero el sonido no se repitió. Al cabo de unos segundos, Pío Marculeta hizo un gesto al periodista y ambos iniciaron el camino de vuelta hacia la catedral. Buscaron abrigo en uno de los bares de la Navarrería, donde se sentaron con sendas jarras de cerveza frente a ellos. Había poca clientela. Eligieron una mesa apartada para que nadie pudiese escuchar su conversación.

–Lo primero que quiero saber es cómo has dado conmigo y por qué crees que me interesa lo que tengas que contarme.

–Me enteré de lo de Jonás por un colega que lo leyó en el *Diario*. Así que llamé al periódico y pregunté por el tío que había escrito la noticia. Les dije que tenía información y me dieron tu teléfono. Así de fácil. –Guiñó un ojo y añadió–: Hasta un lerdo como yo es capaz de sumar dos más dos. –Agarró la jarra de cerveza y se bebió más de la mitad de un solo trago. La puso de nuevo sobre la mesa y aguardó.

Víctor imitó a su acompañante e ingirió también él media jarra de cerveza de una sola tacada.

–De acuerdo. Cuéntame lo que sabes, que para eso hemos venido.

–Vale, tío. Verás, Jonás y yo nos conocimos en la trena, claro. ¿Dónde si no? El día que el Argentino se fue al hoyo tuvimos un encontronazo y le rompí la nariz al pobre desgraciado. Fue sin querer, lo juro. Luego hablamos, parecía un buen tío. No podía quitarse la muerte del viejo de la cabeza. No sé por qué, la verdad. Pero mira, la gente hace lo que puede por mantenerse cuerdo en la cárcel, y Jonás..., pues eso, que apreciaba al viejo.

–Aún no me has dicho nada que no sepa.

–Lo que te quiero decir, tío, es que me parece raro de cojones que la haya espichado justo durante su primer permiso. Y también es raro que le dieran el permiso después de recibir el navajazo; fue alguien de la cocina, está claro. Por fisgón. En la trena no caen bien ni los fisgones ni los chivatos.

–Pues tú te has dado mucha prisa en llamarme para darme información.

–Es que estoy *cagao*, tío. A mí tampoco me tocaba salir tan pronto. Aquí pasa algo raro, te lo digo yo. No es que no quiera estar fuera, pero mira lo que le ha pasado a Jonás, ¡joder! Y si a él no le tocaba coger permiso y está muerto, yo puedo acabar igual, ¿es que no lo ves? Alguien debe de pensar que éramos amigos y que me contó algo.

–¿Es así?

–¡Qué va! ¡Joder! ¡Si solo me crucé en su camino un par de veces! Lo único que sé es que dudaba de que el Argentino se hubiera suicidado.

Por lo visto, el tal Pío era más espabilado de lo que cabía esperar. El hedor a

porro entorno a su persona era tan fuerte que pensó que él mismo se estaba colocando.

–¿Y por qué no hablas con la Policía? Supongo que sabrás que yo no puedo hacer nada para protegerte. Incluso puede que me estés poniendo en peligro a mí también.

Permanecieron unos segundos en silencio.

–¿Tengo cara de querer tratos con la Policía? Ni aunque me estuviesen despellejando vivo llamaría a la pasma. ¡Qué ocurrencia! –Una pausa para terminar la cerveza y continuó–: Yo te digo lo que imagino que ha pasado y tú investigas. Eres un tío con carrera, ¡joder! Tú sabrás qué hacer con lo que descubras.

–De acuerdo. Habla.

Pío hizo una mueca de satisfacción y pidió a gritos dos jarras más. Cuando dio el primer sorbo, comenzó a hablar de nuevo.

–Me juego la coleta a que todo esto es cosa de Sancho. Estoy seguro de que él mató a Massimo por plantarle cara. Sancho es el jefe ahí dentro, no puede permitir que nadie le lleve la contraria, ¿entiendes? El que manda, manda. Hasta los *boqueras* lo saben. Algunos son buena gente, como Urrutia. Si pudieras hablar con Urrutia... Pero no creo que se atreva a decir ni mu porque se jugaría el pellejo. En fin, que Sancho es el responsable, estoy seguro. Y creo que Jonás también lo sabía. Me dijo que Massimo no se había suicidado, yo no lo creí, pero luego... ¡Hostias! Ahora lo tengo claro. Sancho no lo mató, porque estaba en el agujero, pero él controla la cárcel, te lo digo yo. Muy pocos funcionarios se atreven a tocarle un pelo. Es una mala bestia y tiene cinco perros de presa que morirían por él. Si Sancho ordenase a cualquiera hacer algo, pocos se negarían. Puede que ninguno.

Víctor anotaba datos en su libreta a toda velocidad. Aquella historia parecía sacada de una película.

–¿Incluso si la orden fuese matar? –preguntó.

Pío movió la cabeza lenta y afirmativamente.

–No sé, tío. ¿Quién sabe de qué son capaces los mandamases? Igual te parece raro, pero creo que se han cargado a Jonás para echar tierra sobre la muerte del Argentino.

Los dos vaciaron sus respectivas cervezas.

–Puede ser. Tal vez tratan de tapar errores internos. Si saliese a la luz que en prisión es fácil matar y que el asesinato queda impune... –apuntó Víctor.

Pío lo miró entrecerrando los ojos dispare, como si eso le ayudase a comprender.

–Tío, eso de tapar una muerte con otra es muy chungo. Pero es cierto. Jonás

estaba metiendo las narices en esa mierda.

Víctor Yoldi se quedó unos segundos pensativo hasta que por fin dijo:

–Jonás creía que el chef o el funcionario que vigilaba la cocina tenían que haber visto algo. Si pudieras enterarte dónde estaban mientras se descargaba el camión del reparto, me sería de gran ayuda.

–Mira, tío, yo no quiero acabar en una caja de pino. Pero si lo hago, ¿me harás un favor? –hizo una breve pausa y concluyó–: No dejes que se vayan de rositas, porque me habrán asesinado.

–¿A quién te refieres con «se vayan»?

–A *ellos* tío. Siempre son *ellos*.

Sentía que se le helaba la sangre en las venas. Estaba inquieto y sabía que no iba a conciliar el sueño tras las cervezas y la conversación con Pío Marculeta, así que decidió ponerse la ropa de deporte, calzarse las zapatillas y lanzarse a la calle. La calle Mayor estaba completamente desierta a esa hora de la noche. Nunca salía tan tarde y sintió que estaba violando alguna norma no escrita en la que se prohibía merodear por la vieja Iruña a horas intempestivas. Era una solemne tontería, pero el silencio era tan intenso que imponía. En cinco minutos llegó a la Ciudadela, un escenario bien conocido que le proporcionaba la calma suficiente para poner en orden sus pensamientos. Arreció el ritmo de sus zancadas, deseoso de machacarse a fondo. Quería reventar de cansancio, caer en la cama como un saco de cemento y permanecer inconsciente hasta la hora de ir al periódico. Una luna redonda como una pelota proporcionaba la luz suficiente como para no sentir que a uno se lo tragaba la oscuridad. El cierzo había remitido y ya no sentía frío, aunque la temperatura era baja. Recorrió el perímetro de la Ciudadela con la mirada, tan solo localizó a otro corredor unos cientos de metros más allá. Una sonrisa afloró en su rostro. La ausencia de corredores le permitía sentirse único, más libre, cien por cien concentrado para analizar lo que se traía entre manos. El ejercicio le templó la sangre, que ya circulaba a buen ritmo por su cuerpo. Por primera vez aquel día se sintió completamente lúcido. Se había convertido en un cazador de noticias, de criminales, tal vez. Algo que nunca hubiese imaginado. Pero el cambio ya se había producido, y el pueblo y unos pocos artículos locales ya no eran suficientes para él. Volvió a recordar a Rebeca.

Tropezó de pronto. Se encontró tendido en el estrecho sendero de tierra cuan largo era. No le dio tiempo siquiera a apoyar las manos; mejor, porque de haberlo hecho tal vez se hubiera roto la muñeca. Había clavado la barbilla en el suelo y se había mordido el labio. La sangre dejó su marca en la tierra y un reguero de gotas en su camiseta. Trató de calmarse. Había tropezado, nada más.

Seguramente la culpa la tenía alguna raíz de las muchas que sobresalían del suelo. Se sentó en la tierra y se secó el labio con la manga. Miró a su alrededor y se extrañó al no ver ninguna raíz a su alrededor. Frunció el entrecejo y volvió a estudiar el suelo en torno a él. Nada. Al levantarse sintió un fuerte dolor en las rodillas. Volvió a analizar el piso de tierra y hierba. Algo inesperado, fuera de lugar, le hizo dar un respingo: el perfil de un hombre que llevaba un abrigo largo y oscuro y se apoyaba en un árbol, con una lengua de humo que le salía de la boca y se extendía frente a él mientras perdía consistencia. Se ordenó permanecer sereno. Un tipo fumaba en la Ciudadela por la noche. ¿Y? No era para preocuparse. Cojeaba y le seguía sangrando el labio. Seguramente tendría las rodillas magulladas, puede que en carne viva, pues las notaba arder bajo la malla. Caminó varios pasos y un sonido metálico, idéntico al de la catedral, le heló la sangre. Dirigió la mirada hacia el tipo del árbol y volvió a oír el sonido metálico. Incluso creyó percibir el olor inconfundible de la gasolina. Ese hombre lo estaba siguiendo y no había hecho ningún esfuerzo por ocultarlo. Escuchó el roce de la piedra. Vio la llama, que ondeaba inmune al viento. El hombre encendió otro cigarrillo y exhaló una nueva bocanada de humo. Despacio giró la cabeza hacia él y lo miró fijamente. Mostraba una calma inusual, como si estuviese disfrutando del momento.

–Esta caída no es nada en comparación con lo que puede sucederte si continuas entrometiéndote donde no te llaman, ¿comprendes? –el tono de voz era bajo, la voz clara, la dicción cuidada. Mostraba al hablar la misma parsimonia que reflejaban sus ademanes.

Víctor no dijo nada. Estaba demasiado impresionado como para mover un dedo.

–Que te sirva de advertencia, Yoldi. Te tengo a tiro. –Hizo el gesto de empuñar una pistola invisible, que disparó con un movimiento del índice y acompañó del sonido oportuno. Después lanzó en dirección a Víctor el cigarro aún encendido y se alejó caminando lentamente.

Paralizado por el miedo, Víctor tuvo dificultades para obligar a sus piernas a reanudar la carrera. Lo hizo con torpeza por el fuerte dolor en las rodillas. Incrédulo, tuvo que reconocer que acababan de amenazarlo. Ese tío no se parecía a nadie que hubiese conocido antes. Podía tratarse de un matón, un gánster, un asesino a sueldo, un sicario. Todos los apelativos relacionados con crímenes por encargo le vinieron a la cabeza. Se preguntó si aquello había ocurrido realmente o si estaba perdiendo el norte.

20 de noviembre de 2013

Aquella mañana la doctora Zudaire tenía programada la autopsia de Jonás Sádaba. Se la adjudicó ella misma, adelantándose a cualquier eventualidad. Víctor estaba al corriente, y ya habían acordado verse para comer. Conocer los resultados era vital para él en ese momento, estaba tan convencido de que la muerte del de Cárcar había sido provocada que lo único que quería era saber si había señales de lucha en su cuerpo, si se había defendido, cuántas personas pudieron estar implicadas en su muerte y si había sufrido antes de morir.

Aquella autopsia iba a ser especial. Tenía la impresión de que se adentraban en un asunto muy turbio. Con un movimiento mecánico, separó los labios de Jonás Sádaba, donde aún permanecía la espuma blanca típica de una muerte por ahogamiento. Pulsó el minúsculo botón de su grabadora y dio cuenta de la fecha, la hora y el nombre de la persona a la que iba a realizar la autopsia. A continuación pasó a detallar la información recién recabada sobre la espuma de la boca del fallecido. Se dispuso a observar el cuerpo minuciosamente con una enorme lupa. Comenzó por la cabeza. No había equimosis alrededor del cuello. En un primer análisis visual, nada indicaba que se hubiese tratado de una muerte violenta. De no haber tenido en cuenta las sospechas, o más bien la certeza de Víctor de que Jonás había sido asesinado, posiblemente no hubiese ahondado más en el análisis, pero existían sospechas fundadas, y el procedimiento correcto y más adecuado era comprobar si había desgarramiento muscular en la zona del cuello como consecuencia de la fuerza ejercida por la víctima al resistirse al ahogamiento. Si la fuerza para sujetar la cabeza bajo el agua se ejercía directamente en la nuca, no había otro modo de comprobarlo.

Hizo el corte en la parte posterior del cuello, bajo la nuca, y un gesto de triunfo se perfiló en su rostro. En efecto, había desgarro muscular. Aún debía comprobar la presencia de líquido en el tracto respiratorio y en los pulmones, y analizarlo para verificar su procedencia. También en el torso encontró varios hematomas, unos más profundos que otros y también más antiguos. La herida

por arma blanca en el abdomen resultaba inquietante. Aunque no databa del momento de la muerte, pues había sido suturada, sí era reciente. Tomó la mano izquierda de Jonás Sádaba entre las suyas y rascó con un cúter la parte interna de las uñas para extraer muestras. Espiró con hastío. Había mucho que analizar además de llevar a cabo la autopsia propiamente dicha. Acababa de depositar las muestras en su correspondiente recipiente cuando la puerta se abrió de pronto.

–Hola, doctora. Veo que te has adjudicado la autopsia del preso... ¿Quieres que te ayude? Acaban de entrar tres más y se nos acumula el trabajo.

Cristina Zudaire miró a su subordinado con el ceño fruncido.

–No necesito tu ayuda y te ruego que me dejes trabajar. Puedes marcharte.

El forense pareció no haberla escuchado. Se acercó a la mesa y comenzó a analizar subrepticamente el cuerpo.

–¿No me has oído?

El hombre la miró fijamente a los ojos por encima de su mascarilla.

–Te ordeno que te marches de aquí. ¡Largo!

–Te vas a arrepentir de haber rechazado mi ayuda y de haberme tratado de ese modo.

–¿Me estás amenazando?

–En absoluto. No soy quién para amenazar a nadie.

Cuando Cristina Zudaire volvió a quedarse sola, el corazón le golpeaba contra el pecho. El doctor Ciordia, fue quien realizó y firmó la poco rigurosa autopsia de Massimo Figueroa. ¿A quién estaría haciendo el favor? Tomó todas las muestras necesarias y realizó un análisis detallado de los restos de Jonás Sádaba.

Dos horas después, tan solo ella y el guarda de seguridad permanecían en el Instituto de Medicina Legal. Se dirigió a secretaría sintiendo una pulsión en las sienes. Abrió el armario de personal y buscó la ficha de Ciordia. Encontró un currículum de hacía unos años, los mismos que llevaba trabajando allí. Leyó algo que le hizo llevarse la mano al pecho. Aquello era justo lo que buscaba, aunque debía admitir que no había contemplado la posibilidad de encontrarlo tan fácilmente.

Tenía que hablar con Víctor lo antes posible.

Víctor tomó la copa de Chivite crianza de 2008 que tenía frente a sí y la vació de un solo trago. Después, con un nuevo brillo en los ojos y las mejillas arreboladas, volvió a depositarla en la mesa y se reclinó en la silla, atento a las explicaciones de la doctora Zudaire.

–Según muestra la autopsia, la muerte de Jonás Sádaba se produjo por ahogamiento, tal como se suponía. El agua presente en sus pulmones procedía del río. Además, dada la gran profusión de hematomas recientes y de restos epiteliales y fibras bajo las uñas, se puede afirmar que opuso resistencia. Estimo que le sujetaron la cabeza para mantenerla bajo el agua hasta que se produjo su muerte por asfixia. Tenía también una herida por arma blanca suturada que se debió producir un día o dos antes del fallecimiento.

Víctor callaba, el gesto agrio y los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando la doctora terminó, tomó la botella de vino y sirvió una generosa cantidad en ambas copas. Bebieron mientras la camarera retiraba los primeros platos y llegaban los segundos: rape asado para ella, entrecot a la brasa para él.

–Así que murió en el lugar donde se encontró el cuerpo...

–Eso parece.

–Verás Víctor, no solo quería comentarte el resultado de la autopsia. Hay algo que debes saber y que no te va a gustar.

–Soy todo oídos. –El periodista de Cárcar golpeaba con insistencia el filo del cuchillo sobre la mesa.

–Uno de nuestros forenses, el mismo que hizo la autopsia de Massimo Figueroa, se ha ofrecido a ayudarme con la excusa de terminar cuanto antes. Ha dejado traslucir un interés fuera de lo normal, lo que me ha llevado a buscar su ficha e investigarlo un poco.

–¿Y?

–He descubierto que durante diez años fue el médico de la cárcel de Pamplona.

Víctor necesitó unos segundos para comprender la trascendencia de esa revelación.

–¿Me estás diciendo que un forense de tu equipo trata de inmiscuirse en las autopsias de los presos?

–Puede que yo también me esté buscando un serio problema. Soy su jefa, pero él podría tener contactos a niveles que desconozco. –Hizo una breve pausa y añadió–: De todas formas, es obvio que investigar la muerte de Jonás Sádaba no puede traerte nada bueno, Víctor. Lo sabes. Mi consejo es que te mantengas al margen.

–Creo que está muy claro –dijo Víctor, mientras se mesaba la barba pensativo–: Sancho se cargó al Argentino haciendo un alarde de su poder en la cárcel, y seguramente mandó matar a Jonás por meter las narices en sus asuntos. Y al parecer, tiene gente fuera de la cárcel trabajando para él. El antiguo médico de la cárcel está ayudando a silenciar el tema. Puede que para preservar el prestigio de la institución o por alguna causa que se nos escapa... ¿Y me dices que no haga nada?

–Es que no puedes hacer nada, Víctor. Mañana por la mañana presentaré el resultado de la autopsia. Con los indicios que he encontrado en el cuerpo, es seguro que el juez va a ordenar una investigación exhaustiva. Ojalá que todo vaya lo más rápido posible.

–Yo también podría hacer algo. Publicar un artículo llamando la atención sobre esas dos muertes, por ejemplo.

–No tienes pruebas, solo sospechas. No lo hagas, Víctor. Por favor.

–¿Te preocupas por mí, doctora?

La irritante sintonía de su móvil los interrumpió. Víctor vaciló mientras el machacón ruido les taladraba los oídos. Finalmente respondió con un sí seco. Escuchó atentamente con cara de póker y habló por fin.

–Gracias por llamar. Verá, soy Víctor Yoldi, periodista del *Diario de Navarra* y amigo de Jonás Sádaba. Me gustaría reunirme con usted si le parece bien. –Aguardó unos instantes y dijo–: ¿Dentro de una hora? Dígame dónde. –Volvió a guardar silencio. Después sacó un bolígrafo y una libreta de su bandolera, en la que anotó algo.

Víctor llegó al Café Iruña unos minutos antes de lo convenido. El mismo sitio donde Rebeca y él se reunieron con Ramón Gómara, gestor del museo de la catedral, hacía ya un año y medio. Era un lugar emblemático y también lo suficientemente grande como para pasar desapercibidos. Le agradaba aquel lugar

frecuentado por Hemingway, que en sus viajes a Pamplona se alojaba a pocos metros de allí, en el hotel La Perla.

Marcos Ayestarán, un hombre de unos cincuenta años con un parecido razonable con el famoso chef José Andrés, se acercó a su mesa con la mano tendida. Le explicó que era funcionario del Gobierno de Navarra y llevaba varios años trabajando en la cocina de la prisión. De secretaría le pasaron una nota con el teléfono de Víctor, quien había llamado preguntando por él. Dudó en un principio e incluso llegó a barajar la idea de romper la nota. «Vive y deja vivir» era su lema, pero también valoró si lo que hacía ignorando aquella llamada era «dejar vivir» o por el contrario, «dejar morir». No era un héroe ni pretendía serlo. Nunca en su vida se había visto en una encrucijada de esa naturaleza, pero creyó que debía hablar con el tal Yoldi y ayudar al periodista en lo que estuviera en su mano.

Víctor sintió una simpatía espontánea hacia ese hombre que de un modo tan franco le había hecho partícipe de sus inquietudes. Guardó silencio durante unos instantes mientras sacaba la grabadora, el cuaderno y el bolígrafo y ordenaba sus ideas para preparar las preguntas.

–¿Cómo está el ambiente en la cocina? –fue lo primero que quiso saber. Los muertos estaban enterrados, pero ese hombre trabajaba en el epicentro de un tornado, en la boca del lobo, en la puñetera cárcel donde parecía haber todo un complot para tapar el asesinato del Argentino.

El gesto del jefe de cocina no era precisamente optimista.

–Parece que no hubiera pasado nada y eso no me gusta.

Aquellas palabras cayeron como una losa sobre Víctor.

–Y aún así te has atrevido a venir...

Marcos Ayestarán tomó aire y lo dejó salir lentamente. Esa fue su respuesta afirmativa y muda.

–De acuerdo. Entonces, vamos al tema. –Víctor encendió la grabadora y tomó el bolígrafo–. Me gustaría que me contases, con detalle si es posible, lo que ocurrió en la cocina de la cárcel la mañana que murió Massimo Figueroa.

–De acuerdo. He pasado horas ordenando mis ideas para poder hacer una exposición útil –hizo una pausa breve para prepararse, se aclaró la voz y comenzó–: Aquella mañana llegué a la cárcel sobre las diez y media, como siempre después de pasar por el mercado y encargar los productos para toda la semana. El camión de reparto suele llegar hacia mediodía. Todas las semanas repetimos la misma rutina: los martes toca mercado. Me lleva un buen rato, pero es solo un día. Por ese motivo, los martes preparamos rancho; ya sabes, patata cocida con tomate, pimiento... Solemos aprovechar los recortes de carne que han sobrado de los menús semanales. A veces hacemos patatas a la riojana, tenemos

chorizos en cantidad y es un plato fácil para el que no se requiere mucha planificación. Massimo sabía perfectamente cómo prepararlo y cómo organizar la cocina mientras yo me ocupaba de la compra y de organizar el almacenaje y los menús de la semana. Normalmente repetimos menús cada pocas semanas, pero en los cambios de estación suelo introducir productos de temporada. Y aquel martes empezábamos a incorporar los nuevos platos. Además del Argentino y yo mismo, en la cocina trabajaban dos ayudantes. Durante años tuvimos dos muchachos dóciles y trabajadores, buena gente. Pero unos días antes de morir Massimo, nos mandaron a dos sustitutos. Dos tipos bastante problemáticos que no me gustaban, pero lo que yo diga poco importa ahí dentro. No sé sus nombres, pero allí los conocen como el Notas y el Dedazos. Por cierto, ninguno de los dos responde a su mote, todo lo contrario: el Notas es un tipo callado, observador en extremo. Y el Dedazos es un hombre con una impresionante habilidad con los cuchillos.

»Hay un funcionario que suele rondar siempre la cocina, un tipo majo al que le pierde la comida, sobre todo la buena. Y no es por presumir, pero soy un gran cocinero. A pesar de contar con un presupuesto ridículo, consigo buen género y preparo platos muy dignos. Los funcionarios se chupan los dedos y se van a su casa cenados o comidos, según su horario. En fin... El asunto es que los nuevos no se llevaban demasiado bien con el Argentino. Creo que eran del grupo de Sancho, el matón de la cárcel, no sé si habrás oído hablar de él. Los días previos a su muerte hubo tensión en la cocina, y eso que Massimo era un gran tipo, de carácter dócil y conciliador. Pero se había enfrentado a Sancho y ahora tenía a dos de sus hombres vigilándolo. Él no era tonto y se daba cuenta de que estaba en el punto de mira. Ese día el funcionario no pasó por la cocina en toda la mañana. En aquel momento no me llamó la atención, sencillamente no me fijé porque estaba a lo mío y allí nunca pasaba nada. De hecho, en esta cárcel jamás había sucedido nada parecido a lo de Massimo. Pues bien, cuando llegué del mercado, Massimo había empezado a pelar patatas mientras que los otros dos vagueaban, merodeaban por la cocina y picoteaban cosas del frigorífico. En cuanto me vieron se pusieron a mis órdenes como dos perrillos falderos. Literalmente comían de mi mano. Creo que querían ganarse mi confianza y doy fe de que lo estaban consiguiendo. Los puse rápidamente a preparar ajos, cebollas, pimientos secos..., lo necesario para dar sabor al rancho. El tiempo se fue volando hasta que llegó el camión de reparto. Mandé al Notas y al Dedazos a descargar el camión y me quedé en la cocina con Massimo. Pasarían unos diez minutos en los que el Argentino y yo trabajamos en silencio antes de escuchar unos gritos que provenían del exterior, donde estaban descargando el camión. Massimo iba a salir para ver qué pasaba, pero yo le pedí que no lo hiciera.

Bastante tenía ya con haberse encarado con Sancho como para meterse en otra bronca con sus hombres. Además, es mi deber solucionar cualquier problema con el reparto, así que salí a la puerta y me encontré al Notas discutiendo con el chofer del camión. Pregunté qué pasaba, como es natural. Una tontería, en realidad; una chiquillada del Notas. Me esforcé lo que pude en poner paz y cuando ya parecía que los dos hombres iban a firmar la tregua, salió el Dedazos dando la voz de alarma. Entramos despavoridos, temiéndonos lo peor, pero jamás hubiéramos imaginado aquello. Al menos yo. Reconozco que no presté especial atención a la reacción de mis dos ayudantes. La escena era dantesca: había tal cantidad de sangre que estuve a punto de caer redondo allí mismo por la impresión. Las patatas inundadas en sangre, el pobre Massimo inclinado hacia delante con la cabeza literalmente dentro del cubo. Así se ha desangrado toda la vida a los cerdos, ¿sabes? Me pareció algo demencial. En la pared de la cocina había una salpicadura enorme. Nunca pensé que una sola persona pudiese albergar tanta sangre dentro de sus venas ni que fuese posible verla toda fuera del cuerpo. Me acerqué a Massimo para encontrarle el pulso, con la esperanza de que aún tuviese algo con qué luchar. En su cara vi la imagen del horror, los ojos fuera de sus órbitas, en un gesto de espanto, la boca abierta. Llamamos rápidamente a los funcionarios, que fueron a buscar al enfermero, quien a su vez avisó al médico. No pudo hacerse nada, claro. El Argentino ya se había desangrado cuando lo encontramos. Estaba «más seco que la mojama», eso dijo el médico.

–Así que el funcionario de la prisión no estuvo presente en ningún momento aquella mañana –recapituló Víctor–, y los ayudantes eran dos de los hombres de Sancho. Uno de ellos montó una bronca que tú trataste de apaciguar mientras el otro pudo volver a entrar a la cocina para degollar a Massimo.

–Me temo que es una posibilidad. Le he dado muchas vueltas después de ese día y todo encaja. Incluso he indagado un poco. Aunque la medicina no es mi campo y no tengo ni pajolera idea de nada relacionado con el cuerpo humano, por lo visto una persona tarda un tiempo en morir desangrada de esa manera. Es mucha casualidad que nuestro amigo el Dedazos lo encontrara cuando ya nada podía hacerse.

–Como también es casualidad que ese Dedazos sea tan hábil con los cuchillos...

–Después –continuó el chef– mis dos ayudantes parecieron sentirse profundamente afectados y pidieron que los relevaran de sus funciones, de modo que sus antecesores regresaron a la cocina y todo volvió a la normalidad; como si nada hubiese pasado, excepto que Massimo Figueroa ya no estaba. También el funcionario que supervisa la cocina continúa en su puesto, como si nada. Ese fue

el único día desde que trabajo en la cárcel que se ha dejado de vigilar la cocina durante más de una hora...

–Y a pesar de todas esas casualidades, nadie puso en duda la teoría del suicidio...

–La versión del suicidio les cuadraba a todos porque pocos días antes la mujer del Argentino le había pedido el divorcio. No se lo cree nadie y yo menos que nadie. Hablábamos, ¿sabes? Massimo estaba resignado a perder a su mujer, pero no quería renunciar a su hijo. Nunca se hubiese suicidado. No lo creo. No.

22 de noviembre de 2013

Ese fue uno de los viajes a Cárcar más duros que recordaba. Conduciría por la nacional 122 hasta llegar a la residencia de ancianos que albergaba el tanatorio municipal. El inquilino de la única sala era, en esa ocasión, un joven. Toda una rareza en un pueblo cuya población estaba muy envejecida y donde los funerales eran el pan nuestro de cada día.

–¡Mierda de mundo! –bramó, y golpeó con fuerza el volante.

Las lágrimas anegaron sus ojos y una furia incontenible se apoderó de él. Aquello era injusto, macabro, un sinsentido. Se frotó los ojos con la manga, pero no dejó de llorar, al contrario. Necesitaba desahogarse. Cuando aparcó su Peugeot junto al edificio, la muchedumbre ya había tomado los jardines que compartían la residencia y la iglesia. Entró en la pequeña sala y fue a dar el pésame a Sonia. Su madre estaba junto a ella y también Anastasia, Daniel, Patricio, Marcelo y Nicolás, el antiguo jefe de Jonás en el bar Jadai. Víctor los saludó a todos con un abrazo y, a falta de nada mejor que decir, preguntó por las personas que iban a trabar el ataúd.

–Cuatro de los quintos del 81 se han ofrecido. A Sonia le ha parecido bien –le informó Daniel.

El funeral transcurrió con total normalidad, algo que parecía contrastar con una muerte de lo más excepcional. Cuando el cementerio quedó en silencio, la familia y amigos más cercanos a Jonás se reunieron y emprendieron el regreso al pueblo con un lento y doloroso caminar. El silencio los acompañó hasta la residencia.

–Sonia, maja –la voz del Gitano rompió la tensión con su voz calmosa–, sube a vernos con la chiquilla siempre que quieras. Incluso nos la puedes dejar a ratos si necesitas descansar un poco. Entre nosotros ya nos apañamos. Y si no, Anastasia sabe qué hacer. ¿Verdad, Anastasia?

–Pues claro –aseveró la anciana–. Estamos deseando echar una mano y la pequeña Lola es un regalo para nosotros.

Sonia asintió con la cabeza mientras se secaba las lágrimas.

–Y si necesitas amigos, aquí tienes a cuatro. Viejos, eso sí, pero de fiar – intervino Marcelo con solemnidad. Luego señaló con el índice de su mano derecha, y sin ningún disimulo añadió–: La cosa es que aquellos tres forasteros llevan rato ahí parados sin quitarnos ojo. Juraría que los conozco de algo, no sé.

25 de noviembre de 2013

Víctor Yoldi había previsto viajar a Madrid el lunes siguiente al entierro de Jonás. Sus pesquisas sobre Massimo Figueroa le habían dado una información sorprendente. El juicio por el que fue condenado a prisión en 1994 se celebró en Pamplona, donde se había producido el crimen, y fue uno de los más sonados de la época. Hacía ya casi veinte años de aquello, razón suficiente para que el niño que él era en ese momento no lo recordara. Pero el tema era grave, muy grave. Habían envenenado al hijo de un político. Un tal De Quesada, que se postulaba como cabeza de lista de UPN en aquella época. El apellido le resultaba familiar, aunque en la Comunidad Foral no había habido en los últimos años ningún político con ese apellido. El Argentino se declaró culpable y el juicio fue breve. Jonás había sido un ingenuo al creer en su inocencia. ¿Cómo iba a ser inocente si él mismo confesó su culpabilidad? Aquel tipo era un asesino y un sinvergüenza. De todas formas, quería ir a Madrid para hablar con su viuda. Puede que sacase información.

Salió de Cárcar a las nueve de la mañana y condujo con la radio encendida las cuatro horas que tardó en recorrer los casi trescientos cincuenta kilómetros de distancia hasta la capital. No había ido más que un par de veces a Madrid y siempre le llamaba la atención el formidable tamaño de sus calles, edificios y parques, en comparación con la provinciana Pamplona. El contraste con Cárcar no era siquiera cuantificable. Calculó que contaba con tiempo de sobra para buscar un lugar donde aparcar y un restaurante para comer y descansar antes de encontrarse con Ana María, la mujer de Massimo Figueroa. Habían quedado en el templo de Debod, que se encontraba en un parque en pleno centro de Madrid, cerca de la plaza de España, frente al paseo del Pintor Rosales. Víctor había oído nombrar ese lugar, pero nunca había estado allí. No tardó en encontrar aparcamiento, lo que le pareció un buen augurio. Luego entró en un pequeño local con menú a buen precio y aprovechó la tranquilidad del lugar para repasar las cuestiones que quería tratar con Ana María. Sobre todo debía tener mucho

tacto. Acababa de enterrar a su marido, el padre de su único hijo. No quería asustarla. En función de cómo transcurriera el encuentro, decidiría si valía la pena revelar lo que sabía sobre su muerte.

La reconoció por la bufanda color coral que le había dicho que llevaría. Se acercó a ella y se presentó. Se estrecharon la mano formalmente y Ana María rompió el hielo:

–Este templo data del siglo II antes de Cristo. Fue donado a España por el Gobierno egipcio durante la construcción de la gran presa de Asuán. A Massimo y a mí nos encantaba venir aquí a pasear y ver atardecer. –Cerró los ojos e inspiró hondo, como si quisiera absorber la esencia de aquel lugar que tantos recuerdos parecía traerle.

–Le agradezco mucho que haya accedido a verme.

Ana María permaneció inmóvil durante unos instantes. Abrió los ojos de nuevo y miró directamente a los de Víctor Yoldi.

–Dígame qué es lo que quiere saber o si tiene algo que contarme. De nada sirve andarnos con rodeos.

Rondaba los cincuenta y era una mujer atractiva. Conservaba una figura bonita y un cutis terso, con pocas arrugas. Iba bien vestida, maquillada y había pasado por la peluquería recientemente. Saltaba a la vista que manejaba dinero y también que tenía carácter.

–Verá, como ya le dije por teléfono, soy periodista. Lo que no le dije fue que Jonás Sádaba, el compañero de celda de su marido, era amigo mío.

–¿Era?

–Murió durante la madrugada del pasado sábado. Le habían dado un permiso y estaba pasando el fin de semana en su pueblo con su familia.

Estaban de pie, contemplando las vistas de la ciudad desde la privilegiada situación del mirador. Ana María se giró y comenzó a caminar hacia la zona arbolada del parque. Víctor la siguió en silencio, dándole tiempo para asimilar la noticia. Súbitamente, desapareció la gente a su alrededor, los pájaros dejaron de piar, y Víctor pensó que el mundo callaba como muestra de respeto hacia su amigo Jonás.

–Alguien los mató, ¿verdad? –dijo Ana María. Luego hizo una brevísima pausa y añadió–: A los dos.

Víctor Yoldi asintió con un gesto muy leve.

–Jonás nunca creyó que Massimo se suicidara, por eso estaba indagando. Habló con los compañeros de la cocina y acabó en la enfermería. Después, por sorpresa, le concedieron su primer permiso, aunque no le correspondía. La noche del viernes pasamos un rato juntos en Cárcar bebiendo cerveza y hablando sobre todo esto. Esa misma noche lo mataron.

Caminaron unos cuantos metros más hasta que la mujer se detuvo.

–¿No se le ha ocurrido pensar que ahora es usted el que corre peligro? Incluso yo misma corro un riesgo por estar aquí. Está claro que la noche que estuvo con su amigo los estaban espiando. ¿Qué le hace pensar que no nos estén espiando ahora mismo?

Víctor frunció el ceño, aquella mujer parecía tener una visión de conjunto bastante certera.

–Sé que me vigilan. Podían haberme hecho daño antes, pero no lo han hecho.

–Tal vez todavía no estaba lo suficientemente cerca.

–¿Cerca de qué?

–De la verdad. –Calló por un instante y su actitud cambió–: Disculpe, pero esto solo nos concierne a mi hijo y a mí. A nadie más.

Ana María se giró, airada, y continuó caminando con paso ligero.

–Jonás Sádaba tenía mujer y una niña pequeña. No le concierne solo a usted y a su hijo. –Víctor hizo una pausa, a la espera de que la mujer reaccionara. Ante su silencio, continuó–: Sabemos que algo raro ocurrió aquel día en la cocina para que nadie viese nada. Todas las sospechas recaen sobre Sancho, un matón de cárcel que se la tenía jurada a Massimo porque él se puso en su contra para proteger a otro preso. Desde la cárcel quieren tapar el asunto, probablemente para que no se ponga en duda su sistema de seguridad.

Ana María se giró nerviosa, como si quisiera asegurarse de que nadie los observaba.

–Parece que ya tiene una versión de lo ocurrido...

–Sin embargo, usted acaba de decir que conocer la verdad podía resultar peligroso para mí... Su marido le confesó a Jonás que estaba en prisión por un pacto de silencio. Pacto que estaba rompiendo. ¿Usted sabe qué pacto era ese?

Ana María se limitó a bajar la cabeza. Sin embargo, su nerviosismo repentino daba a entender que callaba algo.

–Verá –continuó Víctor–, de haber sido solo cosa de Sancho, habría mandado matarlo en el patio, en el comedor o en cualquier otro sitio donde un tumulto podía servir para esconder la muerte de un preso cualquiera. Involucrar al funcionario que vigila la cocina no era necesario en absoluto.

–No comprendo adónde quiere ir a parar... –murmuró Ana María con un hilo de voz.

Lo que ocurrió a continuación lo dejó estupefacto. Ana María emitió un extraño sonido, como un gritito que culminó en una larga carcajada. Cuando pareció recobrar la compostura, lloraba. Víctor respetó su dolor y aguardó paciente a que la mujer recuperase la calma. Él ya había dicho lo que tenía que decir y estaba en ella confiar en él o no.

–Mi marido ha muerto porque quería hablar de algo que no debía mencionar jamás. No espere que yo haga lo mismo.

Continuaron paseando en silencio hasta que Ana María se sintió con la presencia de ánimo suficiente como para hablarle de su vida con Massimo Figueroa.

–Yo tenía veinticinco años cuando conocí a Massimo, él treinta y cinco. Estaba con mi amiga Silvia en una terraza en la plaza de Santa Ana. Serían las diez de la noche de un caluroso viernes de verano cuando aparecieron de pronto dos chicos y nos pidieron permiso para sentarse con nosotras. Su aspecto era impecable, ropa cara, buen corte de pelo, zapatos italianos... Massimo y Álvaro se presentaron. Cuando empezamos a hablar, nos dimos cuenta que Massimo rendía pleitesía a Álvaro. Después supimos que era su jefe. Siempre he pensado que antes de acercarse a nosotras ya habían decidido cuál de las dos era la que le gustaba a cada uno. Acertaron de pleno, porque mi amiga y yo nos enamoramos perdidamente de ellos a lo largo de la noche. Ella de Álvaro y yo de Massimo. Se notaba que Massimo era argentino, por ese modo de estirar las vocales y acariciar las consonantes. Massimo había emigrado a España allá en los setenta. Tenía abuelos españoles y la ilusión de volver a la patria de sus antepasados lo acompañó desde niño. Me rendí al instante.

Llegaron a una zona apartada donde no había nadie más que ellos. Víctor hizo un gesto en dirección al único banco y se sentaron allí. La mujer continuó hablando con la mirada risueña perdida entre los árboles del parque.

–Comenzamos a quedar los cuatro y al poco tiempo estábamos saliendo cada una con uno. Álvaro era «don Álvaro» a todos los efectos: en la empresa, en su casa... Sus amigos en la intimidad prescindían del «don», pero en público era «don Álvaro», y siempre fue así. En aquella época ya era un buen empresario, pero estaba lejos de ser el hombre influyente y poderoso en el que se convirtió. – Ana María hizo una pausa.

»Massimo era listo y enseguida se ganó la confianza de Álvaro. Eran inseparables, los mejores amigos. Casi como hermanos. Los negocios iban viento en popa para Álvaro y su éxito era también el de Massimo. Al poco tiempo nos casamos. Primero Silvia y Álvaro, por tener más categoría, y después nosotros. Álvaro se empeñó en pagarnos una boda por todo lo alto, un sueño de celebración. Fue la manera de agradecerle su apoyo sin reservas y su amistad.

–Esa debía de ser una amistad fuera de lo común...

–En efecto, lo era –el tono de Ana María dejaba traslucir cierto orgullo–. Durante casi diez años, Massimo fue los ojos y los oídos de Álvaro y de la noche a la mañana, cuando la vida era perfecta, ocurrió algo. Un asunto feo en el que mi marido se vio envuelto. Su despido de la empresa fue inevitable. –Ana María

hizo una pausa, se veía que el recuerdo aún la afectaba.

–Pero ¿por qué lo despidieron exactamente? –preguntó Víctor, convencido de que en esa relación, en ese despido, podía encontrarse la clave para comprender la muerte del Argentino.

–Utilizó información confidencial para su propio beneficio –respondió Ana María tras tomar aire–, lo que ocasionó importantes pérdidas económicas para la empresa. Álvaro lo descubrió. Cuando yo me enteré, estuvimos a punto de separarnos... Lo único que hizo que continuara a su lado fue Armando. Pensé que, pese a lo que había hecho, era un buen padre y el niño lo adoraba. Yo me sentí muy decepcionada y me llevó tiempo perdonarlo. Massimo acabó en la calle sin referencias ni expectativas de encontrar un trabajo digno. Madrid parece grande hasta que conoces a todo aquel que vale la pena conocer. Después de eso no existe el anonimato. De la noche a la mañana, no podíamos pagar al servicio. Además, teníamos que pagar los gastos, la hipoteca... –La voz de Ana María se quebró y tuvo que hacer una pausa para recomponerse. Buscó un pañuelo en el bolsillo de su abrigo, se enjugó las lágrimas que no pudo contener.

»De pronto el mundo se estrechó en torno a nosotros, ahogándonos –continuó ella más calmada–. No solo era la vergüenza de la traición cometida en los negocios, sino la de no poder mantener nuestro nivel de vida ni siquiera unos meses. Vivíamos por encima de nuestras posibilidades, es la verdad. Despedimos al servicio, pero eso no evitó que comenzaran a llegar recibos devueltos por impago. Massimo no pudo más que suplicar a Álvaro un trabajo. Cualquier cosa, lo que fuera. Álvaro se compadeció de él. Su mujer y yo éramos como hermanas y ella intercedió por nosotros. En realidad, creo que se compadeció de mí y de nuestro pequeño Armando. Nos quería mucho y sé que sufrió por el daño que nos causó el despido de Massimo. Así que, cuando ya pensábamos que nos iban a desahuciar, le ofreció a Massimo trabajo en su casa de Pamplona, donde acababan de instalarse. Tenían un chalé fantástico en Zizur, un pueblo a las afueras de la ciudad. Massimo volvió a sus orígenes, a dedicarse al mantenimiento de la casa, el jardín, los coches... Siempre se le habían dado bien esas cosas. Álvaro entró en política, esperaba ir subiendo peldaños para volver a Madrid con una brillante carrera. La vida en una capital tan pequeña fue más fácil al principio, las distancias eran más cortas y, al no tener amigos, apenas salíamos, con lo que redujimos los gastos. Pese a todo, Massimo tenía un sueldo bajo y lo trataban como si nunca hubiese sido otra cosa que un empleado raso.

–¿Por qué no buscó trabajo como empleado de mantenimiento en cualquier otro lugar?

–Eso mismo le propuse yo. Pero él tenía la esperanza de volver a ascender en la empresa de Álvaro. Estaba seguro de que al final lo perdonaría y volvería a

confiar en él.

–Pero eso no fue lo que ocurrió... –se anticipó Víctor.

Ana María negó con la cabeza y continuó.

–Al poco tiempo el pequeño Pablo enfermó. Siempre tuvo una salud delicada. Tenía continuas recaídas. Álvaro y Silvia estaban destrozados. Yo la llamaba todas las semanas para seguir la evolución del niño, al que quería como si fuese mi sobrino. Entre nosotras las cosas siempre estuvieron en el mismo punto. Siempre fuimos buenas amigas. Supimos separar los desencuentros de nuestros esposos de nuestra amistad de toda una vida. El niño tenía cinco años cuando falleció en el hospital. Fue uno de los peores días de mi vida. ¡Cinco años! ¿Se imagina lo que es ver morir a un niño tan pequeño? Armando tenía la misma edad, yo no podía evitar ponerme en el lugar de mi amiga.

Ana María volvió a sacar el pañuelo del bolsillo, incapaz de contener el llanto. Víctor guardó silencio, la agarró del hombro y la atrajo hacia sí. Apenas la conocía, pero el dolor que sentía se unió al suyo por la muerte de Jonás. Permanecieron abrazados, hasta que ella se serenó, se secó las lágrimas con el pañuelo y se recompuso lo suficiente como para levantarse del banco y seguir por el camino cubierto de agujas de pino. Comenzaba a caer la tarde. Se dirigieron al mirador donde habían iniciado el paseo. El cielo anaranjado de Madrid se mostró ante ellos con todo su esplendor. Aquella vista del sol poniéndose sobre la Casa de Campo y los edificios del sur de la ciudad pareció dar un nuevo impulso a

–La autopsia reveló que el pequeño Pablo había sido envenenado. Massimo no tardó en confesar y la investigación se centró exclusivamente en él. A la vista de sus antecedentes en la empresa de Álvaro, el juez consideró que había actuado movido por el afán de venganza.

Ana María habló con una extraña calma, la de una mujer resignada a su suerte que ha empleado mucho tiempo en asumir que nada puede hacer por reescribir su destino. En la cabeza de Víctor se acumulaban los interrogantes, no quería echar sal a las heridas, pero puede que no tuviese otra ocasión de ahondar en aquel asunto.

–¿Y usted cree que su marido mató al hijo de Álvaro de Quesada? –le preguntó.

Ana María tomó aire. Cerró los ojos y levantó la barbilla. Su respuesta se demoró unos segundos.

–No creo que lo hiciera, es decir... No. Pero confesó el crimen y fue a la cárcel. Siempre me decía que debía confiar en él, que no era un criminal, pero nunca me dio más explicaciones. Quería protegerme de la verdad; según decía, era demasiado cruda y también peligrosa. Pasé años esperando que sucediera

algo. Que surgiese algo que apuntara a otro culpable, pero obviamente nunca ocurrió. Con el paso del tiempo, las dudas comenzaron a comerme por dentro.

–Tuvo que ser muy complicado criar a un niño en esas circunstancias. Por lo que yo sé, los niños hacen muchas preguntas.

–Siempre defendí frente a Armando la inocencia de su padre, pero cuando se hizo mayor y tuvo que justificarlo frente a sus amigos que preguntaban curiosos, su convicción fue debilitándose. A falta de una versión clara de lo sucedido, algo que yo no podía darle, él construyó su propia verdad: su padre era un asesino. Fue el único modo que encontró de acallar a sus compañeros.

–Debió de ser una época durísima también en lo económico. –Víctor no quería pecar de indiscreto, pero aquel asunto le rondaba la cabeza hacía rato y tenía que intentar sacar algo de información.

–Nunca nos ha faltado nada –dijo Ana María, y bajó la cabeza–. Álvaro nos ha estado ayudando desde el día que Massimo ingresó en prisión. –Alzó la cabeza y miró a Víctor a los ojos–. Silvia y yo éramos como hermanas y sé que se ha encargado de cuidar de nosotros hasta ahora.

–¿Ese es el pacto al que se refería Massimo? ¿Su confesión a cambio de dinero?

Ana María no fue capaz de responder, un llanto amargo se apoderó de ella.

26 de noviembre de 2013

Aquella noche daba vueltas y más vueltas en el lecho. Dos metros cuadrados de colchón no eran suficientes para albergar su inquietud. Su cuerpo desprendía un calor extraño. Llevaba días sufriendo de insomnio. La muerte de Massimo lo atormentaba y alimentaba todo tipo de pensamientos oscuros. Quizá por eso había aceptado conceder esa entrevista al *Diario de Navarra*. Se levantó de la cama con la tentación de llamar a la interna, pero lo pensó mejor y decidió valerse por sí mismo. Caminó a ciegas hasta el baño y sacó una caja de Orfidal del armario de las medicinas. Durante los últimos quince años, había recurrido a ese fármaco siempre que la vida lo ponía de cara a la pared. Se había resistido a volver a tomarlo, porque aunque le permitía conciliar mejor el sueño, lo hacía sentirse confuso y torpe durante el día. Sin embargo, tras varias noches sin dormir, aquella entrevista que había concedido sin pensarlo y Massimo rondando en su cabeza, tuvo que resignarse y admitir que lo necesitaba. Tragó la pastilla con agua del grifo y volvió a la cama. Después de un rato de pelea con la almohada y el edredón, por fin acabó en brazos de Morfeo.

En su sueño, se encontró en la cocina de la cárcel donde su viejo amigo Massimo Figueroa pelaba patatas frente a un cubo de plástico en el que iban cayendo las peladuras, perfectas y de una sola pieza. A su lado, en un recipiente más grande, iba colocando los tubérculos ya limpios. Trabajaba sentado en un taburete, ataviado con un delantal blanco, las rodillas separadas y el cubo de las peladuras entre sus piernas. Su rostro amable estaba concentrado en hacer bien el trabajo. Seguro que era el mejor pelador de patatas de la prisión. Había otras personas merodeando por allí, que seguían las instrucciones del jefe de cocina. Un funcionario asomaba la cabeza de tanto en tanto con un gesto de hastío. En un instante, la luz de la estancia cambió y Massimo se quedó solo, ajeno al parecer a la transformación que había tenido lugar a su alrededor. Sin levantar la cabeza de las patatas, continuó su labor con el mismo gesto afable que siempre lo acompañaba, con aquella mirada azul brillante fija en el cuchillo. Una ráfaga

de viento gélido se coló en la estancia al tiempo que una luz cegadora lo obligó a protegerse los ojos con el brazo. Una gran sombra se introdujo en la estancia. «¿Quién eres? Y ¿qué quieres de mí?», balbuceó Massimo.

Aquella masa oscura, grotesca e informe se abalanzó sobre él, lo atrapó entre sus numerosos brazos y se lo tragó. En un tris, todo había pasado. La sombra se escabulló por una rendija como si fuera humo, el viento desapareció y la cocina volvía a estar caldeada. La silla que había ocupado Massimo Figueroa había desaparecido. De los cubos de patatas y peladuras tampoco quedaba ni rastro. Nada.

Álvaro de Quesada sintió de pronto que una fuerza invisible lo lanzaba por un precipicio. Se le aceleraron las pulsaciones. En el momento en que iba a estrellarse contra el suelo, despertó. Estaba envuelto en un sudor frío y febril, temblaba.

Horas después, sentado en su sillón de piel de cinco mil euros, con cuatro posiciones de inclinación, don Álvaro de Quesada contemplaba la vista desde la planta veinticinco del rascacielos donde tenía su despacho. La ciudad se extendía a sus pies como una gran maqueta. La Castellana preñada de vehículos y la gente soportando el trepidante ritmo de una gran urbe. Él, en cambio, llevaba una vida sosegada. Su ritmo era el que él mismo se imponía, no tenía que rendir cuentas a nadie. Bueno, a casi nadie. El mundo giraba en torno a su persona porque el mundo era suyo. Aperture 2000 había sido la empresa puntera del IBEX 35 durante los últimos cuatro años y a él lo consideraban el mago de las finanzas de este bendito país lleno de posibilidades. Sonrió ante su ocurrencia. «Este bendito país» era una frase que solía utilizar su padre, su mentor. Un hombre despiadado en los negocios y firme como una roca en casa. Severo hasta rozar lo enfermizo. Como siempre que recordaba su infancia, lo embargó un estado de tristeza. La suya fue una infancia marcada por la falta de cariño. Tenían dinero, pero faltaba lo más básico. El timbre del intercomunicador lo sacó de sus pensamientos y le hizo dar un respingo.

–¿Qué pasa?

–El periodista del *Diario de Navarra* ya ha llegado.

–Ahora mismo estoy muy ocupado. Que espere. –Don Álvaro colgó el teléfono y giró su asiento para continuar observando el panorama desde el ventanal.

Víctor Yoldi tardó horas en quedarse dormido. El bullicio de la calle Fuencarral y la entrevista que tenía al día siguiente lo habían mantenido en vela toda la noche. Se levantó poco después de las ocho con la sensación de no haber pegado ojo, y repasó la entrevista. La había preparado aquella noche, pero quería incorporar las ideas que su mente había compuesto entre sueños y sábanas. Había aparcado el coche en una calle cercana al hotel Nuria, donde se alojaba. Era económico, céntrico y tenían habitaciones libres. Sacara algo en claro de ese hombre y de su relación con Massimo o no, una entrevista con un personaje como Álvaro de Quesada era muy jugosa para el periódico. Siguiendo a rajatabla las instrucciones de su GPS para orientarse entre esa jungla de altos edificios, enormes avenidas y millones de vehículos, se dirigió a las Cuatro Torres, un parque empresarial junto al paseo de la Castellana que fue el broche final de la burbuja urbanística y del despilfarro, y que ahora constituía el nuevo *skyline* de la ciudad. Aperture 2000 ocupaba varias plantas en la Torre de Cristal.

–Bienvenido a la torre más alta de Madrid y de España –le dijo don Álvaro de Quesada al estrecharle la mano–. Doscientos cuarenta y nueve metros de altura, cincuenta y dos plantas, veintisiete ascensores, seis plantas de aparcamientos con capacidad para mil doscientos coches. Estamos en la cima del mundo, por así decirlo. Siéntese por favor, póngase cómodo.

Víctor acató el ofrecimiento sin vacilar. Había pasado más de media hora dando vueltas por las seis plantas de aparcamiento hasta que el conserje le indicó por teléfono dónde estaba la zona reservada a las visitas. Una vez en la planta donde iba a tener lugar su entrevista, una secretaria con aspecto de estar haciendo la dieta de la alcachofa le indicó que tomara asiento. La espera duró al menos una hora. La silla de diseño –seguramente valía un potosí– le dejó las nalgas doloridas y terminó de rebajar su moral hasta honduras insospechadas. Estaba nervioso por la inminente entrevista y aquel edificio se le antojó frío, impersonal. No se relajaría hasta verse fuera de aquella torre y, ya puestos a

pedir, cuanto más lejos de la capital, mejor. Cuando don Álvaro de Quesada lo hizo entrar en el despacho, solo quería irse a su casa.

El despacho ocupaba media planta, al menos. Era un espacio diáfano con mucha luz. El suelo era de mármol blanco y las paredes de un gris oscuro que atenuaba en buena medida la frialdad de un espacio tan grande y falto de elementos decorativos, a excepción de los cuadros hiperrealistas que colgaban en las paredes. Reconoció un elefante de Ray Hare y un bodegón de Pedro Campos. Había continuado estudiando arte en su tiempo libre. Sus ojos cansados emitieron un destello sutil al pensar en lo orgullosa que se habría sentido Rebeca de sus conocimientos. Además de los cuadros, una maqueta de metacrilato de las Cuatro Torres, una mesa que parecía una pista de tenis y un sofá de piel, que resultó ser lo único acogedor en aquella mañana de invierno en Madrid. Víctor Yoldi se hundió en la frondosidad de aquella pieza de ingeniería del descanso e inmediatamente quiso cerrar los ojos y dejarse llevar por el sueño. Trató de sentarse lo más recto posible. Don Álvaro tomó asiento a su lado, en un sillón forrado en seda que le confería aún más presencia de la que ya tenía; el cuerpo perfectamente erguido y los pies bien plantados en el suelo. Víctor extrajo la libreta y la grabadora luchando contra la gravedad que lo hundía sin remedio en aquellos cojines tan mullidos.

–¿Un café? ¿Tal vez un refresco?

Víctor hubiese matado por cualquiera de esas bebidas, pero no veía dónde apoyar un vaso, una taza, lo que fuera. Tuvo que declinar la oferta, no quería sentirse incómodo durante la entrevista. Activó la grabadora, que colocó sobre el cojín contiguo al suyo, y apoyó la libreta sobre las rodillas. Se sentía como un principiante ahí hundido en el sofá. Respiró hondo y trató de concentrarse en hacer su trabajo.

–Así que es usted periodista del *Diario de Navarra*. Conozco bien su tierra, sobre todo Pamplona –comenzó el anfitrión.

–Gracias por dedicarme un poco de su tiempo. Imagino que es un hombre muy ocupado. –Víctor carraspeó y fue directo al grano–. He venido para preguntarle por su relación con un preso de la cárcel de Pamplona que ha fallecido recientemente... –Se removió en el sofá e intentó cruzar las piernas para acomodar su cuerpo, pero estaba tan hundido en el cojín que tuvo que volver a su posición original, sintiéndose aún más estúpido.

Don Álvaro de Quesada lo escuchaba inalterable.

–Se llamaba Massimo Figueroa, apodado el Argentino. Sé que fue empleado suyo y... –se aclaró la voz una vez más– ... que cumplía condena por la muerte de su hijo.

El empresario no se inmutó, pero la tez de su rostro había adquirido

repentinamente una palidez enfermiza. Justo en ese momento la puerta del despacho se abrió y la secretaria de la dieta de la alcachofa entró con una jarra de algo que, por el color, parecía ser agua con limón. ¿Acaso aquella mujer los observaba a través de una cámara?, se preguntó Víctor sin ocultar su asombro. La mujer sirvió un vaso de aquel brebaje y se lo puso a su jefe entre las manos. Él se lo bebió de un trago. La mujer recogió el vaso, lo depositó sobre la bandeja y se dirigió a la puerta, que se abrió un segundo antes de su llegada. Un hombre bastante corpulento entró en el despacho y cerró la puerta en cuanto la secretaria lo hubo abandonado. Se quedó allí, junto a la puerta, con las manos cruzadas sobre las piernas, igual que un matón de discoteca. Víctor comprobó que el hombre llevaba un pinganillo anclado a la oreja.

–Diríase que ya sabe usted todo lo que hay que saber sobre ese hombre. ¿Qué espera de esta entrevista, joven?

–Me gustaría que me hablase de su relación. Parece que fueron buenos amigos antes de...

Álvaro de Quesada no tuvo tiempo de recuperar el color. En una milésima de segundo, pareció desmadejarse, se levantó del sillón, dando la espalda a Víctor, y caminó hasta su mesa tambaleándose, como si pisara arenas movedizas. El matón de discoteca dio tres zancadas y se plantó junto a su jefe. Le dijo algo al oído y se giró hacia Víctor, que seguía hundido en el sillón sintiéndose un becario insignificante, para fulminarlo con una mirada de rayos láser. Don Álvaro de Quesada le hizo un gesto con la mano y el hombre volvió a su puesto junto a la puerta. De Quesada respiró profundamente antes de iniciar un lento paseo por la estancia con las manos agarradas a la espalda. Ya más calmado, se detuvo frente a Víctor Yoldi.

–La muerte de mi hijo es el capítulo más duro de mi vida y no me gusta recordarlo, por lo que le agradecería que hiciese otro tipo de preguntas, si las tiene. Si no, mejor será que se marche.

A punto estuvo el de Cárcar de seguir el consejo, pero le había costado lo suyo llegar hasta ese despacho y no era de los que claudicaba al primer obstáculo. Lanzó como un misil la siguiente pregunta.

–¿Cómo logra una persona superar la muerte de un hijo, un niño pequeño en su caso, y construir un imperio como el suyo, don Álvaro?

El empresario frunció el ceño sin apartar la mirada del periodista. Aquella pregunta no le gustaba más que la anterior, pero la alabanza le agradó lo suficiente para dignarse a responder.

–Algunas cosas no se superan. Hay quien no puede afrontar realidades tan duras. Mi mujer no pudo. Perdió la razón y terminó en Las Vistillas, como tantos otros antes que ella. Yo me refugié en el trabajo. Desde el día en que mi hijo

murió, he dedicado cada hora de mi vida a esta empresa. Así es cómo se forja un imperio. Recuérdelo, joven, cuando sienta la tentación de gandulear. Todo tiene un precio y cada uno decide cuánto está dispuesto a pagar para proteger lo que ama. –Caminó unos pasos por el vasto espacio que rodeaba el sofá y luego se detuvo junto a Víctor, a la espera de una reacción.

–En efecto –dijo el periodista–. Estoy completamente de acuerdo con usted.

Don Álvaro estalló en una sonora carcajada que duró demasiado en opinión de Víctor, que volvió a la carga.

–Massimo Figueroa mató a su hijo, confesó el asesinato, cumplía su condena. Sin embargo, durante los casi veinte años que Massimo estuvo en prisión, usted ha estado manteniendo a su familia... ¿Por qué?

El empresario pareció sorprendido de que Víctor tuviese conocimiento de ese detalle y dio varias vueltas alrededor del despacho antes de ofrecer una respuesta:

–Parece que ya ha hablado con la viuda, ¿no es así? –Sin esperar respuesta continuó–: Ana María y Armando eran personas muy queridas para mí y mi esposa, y protegerlas fue tan solo un acto de humanidad. El Massimo que yo conocí en mi juventud hubiese hecho lo mismo por mi familia y no es por hacer un alarde de riqueza, pero si con algo puedo ayudar, es con dinero.

–Massimo Figueroa ya lo había traicionado tiempo atrás, utilizando información confidencial que perjudicaba a su empresa. Ha sido usted muy generoso con la familia teniendo en cuenta todo lo que sucedió después de aquello. A pesar de la gran amistad que pareció unirles en su juventud, sigo sin comprender por qué.

–Mire, joven, nunca debí concederle esta entrevista, pero me cogió en un mal momento y no supe negarme. Su tiempo ha terminado –se detuvo una vez más frente a Víctor, le tendió la mano y le enseñó la puerta. Víctor dudó por un momento, pero no hubo opción, el matón de discoteca se plantó a su lado en lo que dura un parpadeo y, cogiéndole del brazo con fuerza, lo levantó del sofá. Le estaban echando a patadas de Aperture 2000.

En cuanto se vio de nuevo en el exterior, Víctor se incorporó al tráfico sin saber qué hacer o adónde ir. Álvaro de Quesada había dicho que su mujer acabó en Las Vistillas, «como tantos otros», había matizado. Le pareció buena idea, ya que estaba allí, ir a visitar aquel lugar. Una búsqueda rápida en Google lo llevó a unos jardines en la parte antigua de Madrid junto al viaducto de Segovia, donde muchas personas habían puesto fin a su vida. Le había extrañado no encontrar en internet ninguna información sobre la muerte de Silvia Montero, la esposa del empresario, pero ahora comprendía aquel vacío. Los suicidios no se publican en los medios porque se cree que eso produce un efecto llamada. Aquella visita no le iba a reportar ninguna información, pero sacaría alguna fotografía, aprovecharía para comer y llamaría a la doctora Zudaire. La frustración, compartida se lleva mejor. En otras circunstancias habría llamado a Rebeca, pero la sobrina del Gallardo no quería que la encontraran, así que era imposible contactar con ella. Había desaparecido y ni él ni su tío Daniel conocían su paradero. Sabían que estaba bien y que volvería, pues así lo había manifestado ella misma en su última llamada a la residencia hacía un par de meses. Desde el día que se despidieron en el Museo Dalí hacía ya año y medio, había llamado varias veces a la residencia. Aquel día, la última Gallarda se reveló como una delincuente al repartir entre sus amigos el dinero obtenido por la venta del *Retrato del violonchelista Ricardo Pichot*. El falso, obra de su tío, seguía colgado en el museo. Sí, de momento Rebeca parecía estar bien, pero los ancianos de Cárcar sufrían pensando que si los necesitaba no tendrían margen para acudir en su auxilio y ella tampoco tendría modo de saber si a ellos les ocurría algo.

Una vez más, Víctor se concentró en seguir al pie de la letra las instrucciones de su GPS, que lo guio hasta la zona de La Latina, en pleno corazón de Madrid. Aparcar el coche se le antojó una tarea imposible, así que optó por dejarlo en un aparcamiento subterráneo. Todo aquello empezaba a cansarlo. Caminó siguiendo

las indicaciones del navegador de su móvil y llegó al famoso viaducto. Se estremeció al imaginar lo que tantas veces había sucedido en ese lugar: personas que se arrojaban al vacío y caían sobre el asfalto o sobre algún vehículo, o acababan atropelladas. Cualquiera de las posibilidades era tremenda. Pero lo más tremendo debía de ocurrir en la mente de aquellas personas desesperadas.

Hizo unas cuantas fotografías por la zona y buscó un local donde hacer una pausa, comer y, sobre todo, tomarse una cerveza bien fría. Estaba deshidratado y se sentía desfallecido. Enseguida tuvo delante una jarra de cerveza y engulló la mitad de su contenido de un solo trago, lo que redujo notablemente su nivel de ansiedad. Luego marcó el número de Cristina Zudaire, que contestó enseguida. Le contó en pocas palabras su breve visita al despacho del empresario y lo que le dijo sobre su mujer.

–Y he venido a ver el viaducto y sacar unas fotos, comer, descansar y marchar de vuelta para Pamplona.

–Las Vistillas... –musitó la forense con voz tenue–. En principio yo hubiese pensado en la famosa clínica, pero si el marido te ha dicho que se suicidó... –Álvaro de Quesada no se lo había dicho, todo había sido un simple malentendido. famosa clínica. ¿Por qué le habría dado De Quesada aquella información que no parecía haber trascendido a los medios de comunicación? Seguramente no había previsto desvelar aquel dato, debió de escapársele sin querer. Era la única explicación a un descuido semejante. Le costó dar con aquella construcción decimonónica situada en medio de ninguna parte a las afueras de La Moraleja. La rodeaba un muro de metro y medio, coronado por una malla verde. Un camino de gravilla flanqueado de cipreses conducía directamente a la verja de entrada. Detuvo el coche frente a la puerta e hizo ademán de apearse, pero, para su asombro, la verja se abrió automáticamente. Se acomodó de nuevo frente al volante y, atento a todos los detalles, localizó a los dos lados de la verja sendas cámaras de videovigilancia.

Al internarse en el recinto, comenzó a sentir la misma congoja que cuando entró en la cárcel de Pamplona. Había llamado antes para avisar de su llegada y de su interés por visitar a Silvia Montero. Le indicaron que podía ver a la paciente, pero debía aguardar que terminara su siesta diaria pues no era conveniente introducir cambios en su rutina. Así pues, lo estaban esperando. Aparcó el coche en la zona habilitada junto a una escalinata en cuya cumbre se alzaba una fastuosa puerta de madera tallada. Alzó la mirada hacia la construcción y sintió un ligero escalofrío. Si ya le había parecido intemporal la entrada mientras atravesaba el camino de grava y cipreses, el caserón no hizo sino confirmarle la impresión de hallarse en la mismísima Manderley, de Daphne du Maurier. Por suerte, el clima de Madrid nada tenía en común con el de la

novela inglesa. La temperatura era agradable, lejos del intenso frío inglés y también del de Pamplona o el de Cárcar, con aquella niebla estremecedora que durante esa época del año se cernía sobre el valle del Ebro.

Los pinos de altas copas que rodeaban la construcción parecían pintados al óleo. Víctor inspiró profundamente, se echó la bandolera al hombro y se dirigió a la escalinata. Una enfermera pulcramente ataviada con un vestido azul cielo, un delantalito blanco y tocada con una pequeña cofia lo acompañó hasta una sala bien iluminada y acogedora. Los muebles eran de madera maciza, finamente trabajada y muy bien conservada. El suelo de tarima oscura se veía reluciente, y la alfombra, de un rojo desgastado por los años, lucía sin mácula. Había varios rincones habilitados para encuentros con familiares y amigos, pero tan solo una de las butacas estaba ocupada. En el extremo más alejado de la puerta de entrada, frente a una mesita baja sobre la que habían dispuesto un juego de café y una bandejita con porciones de bizcocho, aguardaba una mujer que parecía el paradigma de la nobleza europea: la espalda perfectamente erguida, las piernas pegadas una a la otra e inclinadas ligeramente hacia un lado, los tobillos juntos, las manos sobre el regazo. Lucía una melena perfecta que le llegaba a la altura de los hombros y vestía con ropa elegante y discreta.

Víctor se sintió fuera de lugar en aquel salón tan aristocrático y comprendió en toda su magnitud lo que significaba tener dinero. Aquella era una clínica privada en la que solo admitían a personas de muy alto nivel, se lo había dicho la doctora Zudaire y no se equivocaba. Se avergonzó de su atuendo –camisa, vaqueros y botas de Gore-Tex–, a pesar de que iba más elegante que de costumbre, pues había elegido con esmero la ropa que llevaría a la entrevista con don Álvaro de Quesada. Un periodista no tiene por qué vestirse para entrevistar a nadie, se dijo.

Cuando se acercó a la mujer le tendió la mano al tiempo que se presentaba y le agradecía la cortesía por haberlo recibido. Silvia lo miró sin pestañear, como si estuviese en trance. Era una mujer muy atractiva: tenía una piel de un blanco perfecto, como si el sol nunca la hubiese rozado. Un leve toque rosa en los labios y un poco de colorete en las mejillas eran todo su maquillaje, o al menos el único que él era capaz de detectar. Se acomodó junto a ella y colocó sobre la mesita la grabadora, la libreta y un bolígrafo. En ese momento, la misma joven que lo había recibido se acercó con el sigilo de un espía experto en servir el café sin molestar, tras preguntarle cómo le gustaba. El de Cárcar observó que el bizcocho estaba perfectamente cortado sobre una bandejita de plata. Las tazas eran de porcelana fina y estaban decoradas con motivos florales y una delicada filigrana dorada. Aunque parecía hallarse en la mansión de aquella señora, no debía olvidar que aquello era un psiquiátrico y que esa bonita mujer no debía de estar

en su sano juicio si llevaba veinte años recluida.

Cuando la chica de la cofia volvió a dejarlos solos, Víctor se presentó y pulsó el REC de la grabadora para formular su primera pregunta. Puede que aquella mujer fuese incapaz de encadenar dos frases seguidas, pero si no lo intentaba, nunca lo sabría.

–¿Sabía usted que Massimo Figueroa acaba de morir en la cárcel de Pamplona?

Silvia Montero pestañeó y después fijó su mirada en él. Tomó su taza de café y el platito de porcelana, sorbió un pequeño trago y a continuación volvió a depositarlo sobre la mesa.

–¿Cómo ha sucedido? Espero que no sufriera. Era un buen hombre...

Víctor se quedó paralizado. Silvia Montero tenía que estar loca de remate si pensaba que el asesino de su hijo era un buen hombre. Sin embargo, aquella mujer, cuya voz le resultó tan clara y fina como el murmullo de un riachuelo, parecía una persona perfectamente cabal.

–Sufrió una muerte violenta –respondió Víctor con calma, atento a la reacción de la mujer–. Dicen que se suicidó, pero hay quien piensa que lo mataron.

La mujer se estremeció violentamente en su silla, las manos apretadas con fuerza sobre su regazo. Bajó la mirada por unos instantes y después dijo:

–¿Quién querría hacer daño a Massimo? ¿Acaso tenía enemigos en la cárcel?

Por segunda vez, Víctor quedó fuera de juego. ¿Es que la mujer de Álvaro de Quesada ignoraba que quien había sido uno de sus mejores amigos era el asesino confeso de su hijo?

–Se había enemistado con un mal tipo. Un matón. Sin embargo, la versión oficial es que se suicidó pues su esposa le había pedido el divorcio.

Silvia Montero posó su mirada de ojos avellanados sobre el periodista.

–Ana María... –susurró para ella misma.

Víctor Yoldi asintió.

–¿Ha venido a darme la noticia? Si es así, se lo agradezco.

–Bueno... En realidad me gustaría que me hablase de su amistad con Ana María, con Massimo... De cómo vivieron ustedes todo lo que pasó... Su marido, Álvaro de Quesada, les ha estado ayudando económicamente durante todos estos años, cosa poco frecuente, por no decir rara.

–¿Dice que mi marido les ha estado ayudando? –Silvia abrió mucho los ojos y después entornó los párpados para continuar–: De modo que mi amiga Ana María ha rehecho su vida y tiene un nuevo amor. Siento mucho lo de Massimo y Ana María. Ahora su hijo también ha perdido a su padre. Los padres son tan importantes... Lo más importante. Yo también quería ser importante. En aquella época no era nadie, pero luego –vaciló–, luego me convertí en otra cosa. En lo

que soy ahora.

–Así que usted ignoraba que su marido ayudaba a Ana María y Armando. Tal vez se han distanciado con los años... –se aventuró Víctor, con la intención de no resultar demasiado directo.

–Mi marido me quiso muchísimo, pero hoy en día está muy ocupado con sus negocios. Yo estoy bien aquí, no quiero causarle más problemas.

–Créame que lo siento. Imagino que han sufrido lo indecible.

–En efecto. No puede ni imaginarse el dolor. Más si cabe al saber que lo que ocurrió fue por mi incapacidad para cuidar de mi propio hijo.

Silvia Montero bajó la cabeza y comenzó a retorcer las manos en su regazo. Cuando levantó la cabeza, sus ojos estaban arrasados en lágrimas. En un instante y sin haber podido prever su llegada, la muchacha de la cofia apareció a su lado, tomó del brazo a la señora de Álvaro de Quesada y se dirigió a Víctor:

–La señora no se encuentra bien –dijo–. Debe marcharse.

A su espalda, otra joven vestida de idéntica manera lo aguardaba para acompañarlo hasta la puerta mientras la paciente era conducida por un pasillo, Víctor supuso que a la zona de habitaciones. Recogió todas sus cosas con rapidez y siguió con desgana a la joven que lo escoltó a la salida. Un hombre que le recordó al matón de discoteca de Aperture 2000 parecía vigilar la entrada, o puede que su salida; no estaba seguro. Abrió la puerta frente a Víctor y esperó. El periodista no se movió. Aquello era un tanto extraño, en absoluto parecía un empleado del sanatorio. En el preciso momento en que Víctor hizo el ademán de atravesar el vano de la puerta, lo oyó. Aquel peculiar chasquido metálico seguido del inconfundible olor a gasolina.

La señora De Quesada se dejó conducir a su habitación mansamente, como siempre. Lo que ella hacía en aquel lugar no era vivir, sino sobrevivir. Tal vez vegetar. Tan solo durante las visitas de Mauro llegaba a sentir la calidez de la sangre circulando por sus venas. Ese hombre la hacía sentirse de nuevo atractiva y deseable. Ahora, tras la inesperada aparición de aquel joven periodista, su mundo se tambaleaba. Su universo protegido por altos muros se resquebrajaba y ella volvía a sentirse vulnerable. En tan solo cinco minutos, aquel muchacho había devuelto a su mente imágenes que había tardado años en enterrar, sentimientos que ya no recordaba haber albergado, amistades que había perdido. Massimo, Ana María... El poema «Niño muerto» de Luis Cernuda, que tantas veces recitó en secreto tras el óbito, volvió a su mente y escapó de sus labios en un susurro mientras su mirada se perdía fuera del ventanal de su habitación, entre los abetos, pinos y nubes tenues que dibujaban formas infantiles en el cielo.

–De un solo trago largo consumiste. La muerte tuya, la que te destinaban.

El repique de campanas sorprendió a Víctor Yoldi recorriendo a pie el corto trayecto entre el aparcamiento de La Aduana y el portal de su piso, en la calle Mayor. Eran las diez de la noche y estaba exhausto. Durante las cuatro horas de viaje hasta Pamplona, lo único que había sacado en claro tras repasar una y otra vez todo lo visto y oído en esos dos días era que en tanto la muerte como la declaración de culpabilidad de Massimo Figueroa escondían algo turbio. Había podido comprobar en sus propias carnes lo que Jonás ya le había advertido. Y había descubierto alguna cosa más. La esposa de Álvaro de Quesada ignoraba, o al menos eso dijo, que su marido estuviese ayudando a Ana María y a Armando, así que ella no había intercedido a su favor como su amiga imaginaba. Sin embargo, tampoco le causó una gran sorpresa. Parecía como si comprendiese que su esposo compensara a la familia de Massimo. Por otro lado, Silvia Montero no estaba bien de la cabeza... La mujer se encontraba allí porque se sentía culpable de la muerte de su hijo y seguramente no pudo soportar aquel dolor tan profundo. Se estrujó el cerebro para sacar más conclusiones. Aunque Ana María no lo había confirmado, tenía que existir una relación entre el pacto de silencio que había hecho Massimo al declararse culpable y la ayuda económica de De Quesada a su familia. ¡Ese era el pacto! Su libertad a cambio de un futuro para su familia. ¡Estaba claro! Pero ¿por qué Álvaro de Quesada había firmado un pacto con Massimo en lugar de exigir que la investigación judicial llegara hasta el final? Estaba bastante claro que al empresario no le interesaba sacar a la luz la verdad ni alargar aquella investigación. Massimo pudo aceptar aquel trato, no solo por su familia, sino porque se sentía en deuda con Álvaro por la traición cometida contra Aperture 2000 y contra él, su amigo y valedor. Y había otra pregunta que lo atormentaba: ¿qué sabía Jonás como para que lo mataran? ¿Había ordenado Álvaro de Quesada matar al Argentino y también a Jonás? Aquello le resultó inverosímil y fantasioso, aunque parecía evidente que De Quesada y su mujer escondían algo. De lo que no cabía duda

era de que la familia del empresario había sufrido más de lo soportable, hasta el punto de que Silvia Montero vivía internada en un psiquiátrico desde el día en que falleció su hijo. Álvaro de Quesada no le había gustado ni un pelo, pero debía admitir su fortaleza para afrontar aquella tragedia. Muy a su pesar, parecía más factible que todo fuese culpa de Sancho y su cruzada por mantener su hegemonía entre los presos. ¿Y el funcionario de la cocina de la cárcel, acaso era también un hombre de Sancho?

Llegó a su portal. Aún no había girado la llave cuando el teléfono móvil comenzó a sonar.

–¡Vaya! –exclamó con fastidio, y respondió con un sí seco.

Se quedó paralizado, con la llave aún dentro de la cerradura.

–Voy para allá. –Guardó el móvil en la bandolera y echó a correr en dirección a la plaza del Ayuntamiento.

Tardó cinco minutos en recorrer el casco viejo de punta a punta hasta llegar por segunda vez en los últimos dos días a la muralla del Redín, junto al Caballo Blanco. Si Pío Marculeta había sido hallado sin vida bajo la muralla, él podía ser el siguiente.

El lugar parecía un hormiguero: Policía foral, prensa y curiosos compartían la fría noche al raso. Llegó con el corazón en un puño, no había cenado y estaba cansado hasta la extenuación, pero no podía acostarse sin conocer la identidad del muerto. Por la descripción del cadáver, un varón moreno, de cabello largo y con varias cicatrices en el rostro, y por el lugar donde había aparecido, su contacto en la cárcel de Pamplona tenía todos los boletos para ser el hombre de la muralla. Se acercó a la zona acordonada buscando alguna cara conocida entre los forales. Lo único que le interesaba era conocer la identidad del hombre. Nada más. En ese momento, un policía de la brigada de rescate izó el cuerpo, que fue tendido en una camilla. Desde donde estaba, no se veía muy bien, pero Víctor sacó su cámara de fotos y comenzó a disparar. Había para rato. Aunque el hombre que yacía en el suelo llevase la documentación encima, había que confirmar la identidad con la base de datos de huellas dactilares, y eso llevaba unas horas. Si pudiese acercarse para verle la cara... Pero sabía de sobra que no le iban a conceder semejante privilegio; además, los periodistas no eran bien recibidos.

Una mano se apoyó en su hombro, y dio un respingo.

–Me alegro de verte, tío, pensaba que igual eras tú el del foso.

Víctor Yoldi creyó estar viendo un fantasma.

–¿Estás bien? ¡Virgen de Gracia! Yo he pensado que serías tú. –El periodista inspiró hondo y se inclinó hacia delante. Permaneció unos segundos con las manos apoyadas en las rodillas conteniendo las náuseas.

–¡Vale, vale! *Tranqui*, tío. No pasa nada. Las noticias vuelan por las calles de lo viejo y he venido echando leches. ¡Me alegra que estés bien, qué coño! – exclamó Pío, y le dio una palmada en la espalda que casi lo tumba.

–Yo también me alegro de que estés bien. –Víctor calló un instante mientras en su mente daba gracias a Dios por haber protegido a aquel hombre–. Mientras nosotros respiramos aliviados, alguien estará echando de menos a ese tipo de la muralla –dijo.

–Ya. Iría puesto de alcohol o de drogas y se habrá caído sin enterarse. Ya sabes cómo son estos tíos –sentenció Pío Marculeta para sorpresa de Víctor, que habría jurado que tenía delante a uno de «esos tíos», pero quizá se equivocaba.

Media hora después, Víctor Yoldi se metía en la cama. Se había comido un bocata en el Jesús Mari con Pío Marculeta, que no quería malgastar ni un solo segundo de libertad. Ambos devoraron con la misma voracidad los bocadillos ante la evidencia de que los dos estaban a salvo. Después pidieron dos akelarres, la bebida especial de la casa. Pío y él tenían muy pocas cosas en común, pero a Víctor siempre le había gustado conocer a gente diferente, y Pío era todo un personaje. Apagó la luz y cerró los ojos, al tiempo que una sonrisa afloró en sus labios al pensar en ese nuevo «amigo», o «contacto»; no sabía muy bien cómo definirlo. Estaba a punto de quedarse dormido cuando su móvil rompió el sagrado silencio de su dormitorio.

–¡Era mi compañero, tío! –vociferó la voz grave de Pío al otro lado de la línea–. ¡El de la muralla era Txibi, mi colega...!

El director general de Aperture 2000 postergaba el momento de acostarse, hacía *zapping*, ojeaba revistas y hacía viajes al frigorífico en busca de algo para picar. Nunca lo admitiría ni aunque lo mataran, pero la verdad era que tenía un miedo cerval a sufrir otra de sus pesadillas. También le aterraban sus pensamientos, su sentimiento de culpa, su conciencia. Le aterraba sentir. Los viejos fantasmas habían vuelto y lo perseguían a donde quiera que fuese. La visita a Las Vistillas había terminado por romper su frágil salud mental.

Esa tarde había acudido a Las Vistillas porque le informaron de la llegada de un extraño. Supuso que el visitante misterioso era el periodista que había recibido en su despacho. Acertó, como siempre. No era ningún necio y sabía que había hablado demasiado delante de aquel entrometido, hasta el punto de revelar el paradero de su esposa. Todo lo relacionado con su mujer, su hijo y Massimo se le estaba yendo de las manos. Ni de lejos esperaba que la prensa metiera las narices en la muerte de un preso en una pequeña ciudad como Pamplona. Sabía que no pasaba por su mejor momento y más le valía no tomar decisiones comprometidas. No sería el primero ni tampoco el último en caer de la cima a los cimientos.

No veía a su mujer con la frecuencia que debería, por más que se lo había propuesto en numerosas ocasiones. Desde que Silvia ingresó en el psiquiátrico, a finales de 1993, se dijo que nunca, por ninguna razón, la abandonaría. Pero la realidad era que sufría demasiado al verla allí. Silvia se había rendido. No era ni la sombra de la muchacha vivaz que conoció en la plaza de Santa Ana hacía casi treinta años. A veces lo asaltaba la certeza de que podía haberla tenido en casa, bien atendida, con visitas médicas cuando fuese necesario, pero no lo había hecho. Pensaba que estaría más protegida en la clínica, apartada del mundo. Además, verla a ella era ver el rostro de su hijo muerto. Pablo era la viva estampa de su madre. Un niño guapo, risueño y encantador. Su pequeño de cinco años que pasó media vida enfermo entre habitaciones de hospital y salas de

urgencias... Sí, Silvia estaba segura en la clínica y él se protegía del recuerdo de su hijo manteniéndola a distancia. No se sentía orgulloso de ello, pero así era.

«Massimo ha muerto –le había dicho Silvia al verlo entrar en la habitación–. Pobre Massimo. Era tan encantador...» Él no supo qué decir. Massimo los había traicionado. Había pisoteado su confianza y su afecto. No debían compadecerlo. Era un pieza y se merecía el final que tuvo. Esa era la versión que se había autoimpuesto, pero, a pesar de repetírselo una y otra vez, no lograba convencerse a sí mismo de que aquello fuese cierto.

Volvió a casa con la moral por los suelos. Se sentía más solo que en toda su vida. No se trataba de una sensación de soledad, sino de la soledad real. No tenía a nadie a su lado. Cuando Massimo ingresó en prisión y Silvia en el psiquiátrico, se quedó sin amigos y sin familia. La idea de llamar a Felipe, el jardinero, le pasó fugaz por la mente, pero la desechó. Era tarde. No podía hacerle eso al pobre hombre, ¿o sí? Sabía que con tal de complacer los caprichos de su jefe y conservar su puesto de trabajo, haría todo lo que él le pidiera. ¡Qué carajo! Cogió el teléfono y marcó el número del jardinero. Esperó, esperó y cuando se canceló la llamada, volvió a intentarlo. Sus tres tentativas fueron fallidas. Finalmente se dio por vencido, subió a su dormitorio y comenzó a desvestirse despacio. Se colocó frente al espejo. Estaba mayor. Tenía la misma barriga prominente que su padre. Había perdido el pelo de la parte superior de la cabeza hacía ya años y el poco que le quedaba estaba lleno de canas. Era un hombre en su madurez, rico, gordo y solo. Se puso el pijama y el batín de seda que lo hacía sentir un dandi.

Se dirigió al baño en busca de los somníferos. Tomó uno, volvió a estudiar la imagen que le devolvía el espejo y se encaminó a la cama. Vería la tele un rato hasta quedarse dormido. Sintonizó el partido. Faltaban pocos minutos para el final. El Madrid estaba jugando de pena, pero iba por delante en el marcador. Lo cierto era que no le interesaba demasiado el fútbol ni nada que pudieran poner en la tele, y su mente lo llevó muy lejos de allí, a un pasado que no dejaba de rondarle en los últimos días.

Él y su mujer aguardaban junto a su abogado, Alberto Urquijo, a la puerta de la sala donde se iba a celebrar el juicio contra Massimo Figueroa por el asesinato de su hijo. Ante la temprana confesión del acusado y estando los hechos claros como parecían confirmar sus declaraciones, el juicio no se demoró apenas. A unos metros de ellos, Ana María estaba hundida, la mirada fija en el suelo de baldosas y las manos sobre el regazo. Se la veía muy delgada, los pómulos marcados. A su lado inspiraba y espiraba con estudiada cadencia un abogado joven, suponían que de oficio, pues su situación económica no les permitía contratar a uno de pago. Sintió una lástima inmensa por la que había sido su

amiga más íntima, pero tanto Silvia como él estaban haciendo por ella todo lo que podían y, para ser justos, ella aún tenía a su hijo.

A su mente llegó el vívido recuerdo de la declaración de Massimo, de espaldas al público, mirando alternativamente a abogados, juez y jurado. Hablaba con apatía y repetía lo que ya había declarado en varias ocasiones: «Yo lo hice, sí. Estaba ciego de ira y quería hacer daño a don Álvaro por abocar a mi familia a la indigencia». Un gemido ahogado atravesó la sala. El Argentino se giró hacia su mujer. Tenía el rictus del hombre que se sabe condenado a una muerte en vida. Silvia también se giró hacia su amiga y le procuró una leve sonrisa. Ana María se cubrió la boca con un pañuelo y bajó aún más la cabeza para esconderse. El abogado defensor apenas habló. Su representado se había declarado culpable del delito y su objetivo era conseguir una rebaja en la pena. No se hicieron preguntas comprometidas en el juicio, no se explicó cómo había envenenado al niño de un modo continuado sin que nadie lo viese, sin que nadie sospechase. Pablo había estado ingresado varias veces y había permanecido en cama largas temporadas durante el último año, pero nadie hizo mención a eso en el juicio. Él puso todo su empeño en que los detalles fuesen pasados por alto para no infundir más dolor en su esposa, que estaba profundamente afectada.

A aquello le siguió el momento más doloroso. Su abogado, Alberto Urquijo, se había reservado ese golpe de efecto para el final y el resultado fue demoledor, tal y como él lo había previsto. Una foto de su hijo Pablo lleno de tubos, agujas y cables. La tez macilenta, los párpados entornados. Moribundo. Silvia gimió y se tambaleó. Él se apresuró a sujetar a su mujer antes de alcanzar el suelo, pero no llegó a tiempo.

Se movía con torpeza, no era capaz de caminar. Vio a su pequeño alejarse en su camita, arrastrado por un fuerte viento. Quiso acariciarle la mejilla, pero le resultó imposible. Silvia se alejaba en otra dirección, con la mano tendida hacia él, pero nada podía hacer por alcanzarlos porque estaba paralizado, como si se moviera dentro de una coraza. La sensación de impotencia fue creciendo dentro de él hasta el punto de crearle fuertes convulsiones. No llegaba. No los alcanzaba. Se quedaba solo con su dolor. Nada podía hacer para retenerlos junto a él. Por fin la coraza se rompió y su cuerpo salió despedido. Despertó en la cama alterado, descompuesto, enfermo.

## Florenca, Italia

Rebeca llevaba varios días aquejada de una melancolía tan envolvente como profunda. Las hojas secas que cubrían el suelo la hacían pensar en la fugacidad de la vida y en sus ancianos queridos, en lo poco que debía de quedarles a sus cuatro amigos de la residencia de Cárcar y todo lo que ella se estaba perdiendo. El tosco afecto de su tío el Gallardo, los sensatos razonamientos de Patricio el Gitano, los refranes y canciones de Marcelo, los cariñosos consejos de Anastasia. Y Víctor. Solía alejarlo de su mente porque la distancia entre ellos dos la llenaba de desasosiego. En alguna ocasión se había dejado llevar y fantaseaba con un encuentro fugaz, con pasar unos días juntos en algún lugar remoto donde pudiesen dar rienda suelta a sus instintos, algo que la llenaba de una alegría rayana en la euforia. El curso en la Accademia estaba llegando a su fin y añoraba el pueblo y a sus amigos, pero también, por qué no admitirlo, los placeres de su tierra catalana; los *calsots*, el pan con tomate y lo más importante, el Mediterráneo.

Salió del cine SpaceOne pasada la medianoche. Le encantaba esa sala de la Via del Sole, en pleno centro de la ciudad. Había visto *Una familia de Tokio*, de Yôji Yamada, y la había disfrutado, consciente de que echaba de menos a la suya y que no debía demorar demasiado su vuelta a España.

En la calle no había un alma. Se estremeció al oír que echaban el cierre al cine, pero se armó de valor e inició con pasos rápidos el camino hasta su coche, que había aparcado a pocos metros. Aunque no se tenía por miedosa, tampoco le gustaba andar por la calle sola a aquellas horas.

–*Ciao!* –La voz iba acompañada de una sombra larga como una rama que emergió de pronto cerca de ella, y le dio un susto de muerte.

–¿Marco?

–El mismo.

Durante las sesiones en el taller del maestro, la reticencia inicial de Rebeca había ido diluyéndose poco a poco. El anciano restaurador tenía razón: podía seguir aprendiendo aunque no lo tuviese en exclusividad para ella. Incluso hubo algún momento en que se alegró de tener un compañero que aportaba ideas y planteaba preguntas inteligentes. Cada día, después de la sesión, Marco Lombardi le proponía ir a cenar o a tomar algo antes de volver a casa, pero ella declinaba amablemente la invitación alegando cualquier excusa. Si Lombardi buscaba una amiga, no la iba a tener por mucho tiempo, y si buscaba algo más, ella no estaba interesada en iniciar ningún tipo de romance. Su estancia en Florencia era temporal. De hecho, ya estaba preparándose mentalmente para su regreso.

Lejos de calmarla, aquel encuentro inesperado la puso en estado de alarma. ¿La estaba esperando? ¿Acaso la seguía?

–Me has asustado.

–Lo siento. No pretendía hacerlo. Te he reconocido y no he podido evitar saludarte.

Rebeca se abrazó fuerte a su gruesa chaqueta de lana, estaba temblando.

–Disculpa, pero tengo frío y es tarde –dijo, y sacó del bolso la llave de su Mini Cooper.

–Te presto mi chaquetón. Podemos quedar otro día y me lo devuelves. Yo no soy nada friolero.

Marco Lombardi le puso su Barbour sobre los hombros.

–No es necesario, gracias. –Rebeca se desprendió del Barbour y se lo devolvió–. Me tengo que ir.

Montó en el coche, arrancó y se marchó haciendo un gesto con la mano a modo de despedida.

Marco Lombardi permaneció unos segundos en mitad de la calle observando cómo se alejaba el pequeño vehículo. En su rostro afloró una leve sonrisa, sus ojos marrones lanzaron un destello fugaz y seguidamente marcó un contacto de su teléfono móvil.

–Lo tengo.

27 de noviembre de 2013

Ninguno de los dos pegó ojo aquella noche tras enterarse de que el muerto de la muralla era Txibi, el compañero de Pío, su íntimo amigo. Aquello no era una casualidad. Txibi fumaba porros en cantidades industriales, era cierto. También tomaba pastillas y ácido, pero no era tan imbécil como para sentarse en la muralla a tantos metros de altura un gélido día de noviembre en Pamplona. Era más propio de él ir a un bar de la calle Calderería o de la Navarrería y no salir de allí en toda la noche más que para fumar. A Txibi no le interesaba especialmente tomar el aire, dar un paseo o contemplar el paisaje. Así que estaba claro que lo habían empujado y con ello les estaban dando un mensaje: corrían serio peligro de acabar de la misma manera.

A las ocho menos cuarto, Pío se acercó caminando al hotel Tres Reyes, donde Víctor lo había citado para llevarlo con su coche de vuelta a la cárcel.

–En cuanto te deje iré al Instituto de Medicina Legal. Conozco a alguien allí que quizá pueda darnos alguna pista. Tú ya sabes lo que tienes que hacer.

–Sí. Cuidar mi culo.

Hicieron el resto del camino hasta la colina de Santa Lucía en silencio. Sus cabezas bullían de actividad, pero no tenían nada más que decirse. Se despidieron con un abrazo y unas palmadas en la espalda. Los dos sabían que tanto su vida como la del otro pendían del mismo hilo.

Víctor decidió pasar primero por el periódico. Antes de aparcar el coche, ya supo que algo no iba bien. Toda la plantilla se había reunido frente a la puerta de entrada con una pancarta en la que reclamaban parar el ERE. El sector de la comunicación llevaba años en crisis, pero la situación se agravaba aún más cada año que pasaba. Las grandes corporaciones tendrían que buscar un modo de hacer que los lectores pagasen por la información. De no ser así, no había futuro. Lo que más le preocupó en ese momento a Víctor Yoldi no fue el ERE en sí, sino el hecho de haberse olvidado de él por completo. Estaba tan absorto en sus asuntos personales que había relegado el trabajo a un rincón de su mente. Dudó

si sumarse a la manifestación o no. Al final, se decidió por arrancar el motor. Metió la marcha atrás y abandonó el recinto.

–La autopsia está programada para las cinco de la tarde –le informó Cristina Zudaire el poco de responder a su llamada.

–¿Has podido echarle un ojo?

El silencio al otro lado de la línea hizo palidecer al periodista.

–Perdona, Cristina. Siempre te llamo para pedirte favores. Tienes todo el derecho a enfadarte.

–Ya. Tengo razón, pero necesitas mi ayuda de todas formas. Parece que estoy teniendo un *dejà vu*.

–Lo sé y lo siento. ¿Paso a buscarte cuando hayas terminado? Podemos comer y charlar.

La doctora Zudaire dejó pasar unos segundos antes de dar su conformidad. Temía que su reiterada falta de ética en el trabajo le trajera problemas, pero sabía que mientras durase su amistad con el periodista de Cárcar, nada iba a cambiar. Víctor Yoldi le gustaba, esa era la realidad. Llevaba fantaseando con la posibilidad de que surgiera algo más entre ellos desde el mismo día en que lo conoció, cuando los dos cadáveres de la capilla románica de la catedral llegaron a su mesa de autopsias. Era un tipo sencillo, en efecto. Pero listo. Y buena persona. Además, muy atractivo. Sonrió, en su despacho gris y sin ventana, al evocar el momento en que Víctor la besó en su coche la noche que fue con ella como acompañante a la cena de forenses. ¿Cómo pudo darle un bofetón después del beso? Se arrepintió en ese mismo instante y aún seguía arrepentida.

Pío Marculeta se sintió fuera de lugar desde que puso el pie en prisión después de su inesperado permiso. Era un tipo duro. No tenía por qué agachar la cabeza, pero la muerte de Txibi había hecho mella en su estado de ánimo. En la cárcel se había corrido la noticia de que estaba husmeando en las muertes de los dos presos. Ignoraba de dónde se habían sacado esa idea, pero el resultado era que ninguno de los reclusos le dirigía la palabra. Por eso, a la hora de la comida dudó entre sentarse con su grupo de siempre o arrimarse al grupo de los Viejos. Llegó a la conclusión de que lo mejor era comportarse como si nada hubiese pasado. Sus colegas le parecían ahora unos imbéciles, pero ¡qué cojones!, él tampoco era ninguna lumbrera. El preso que servía la comida lo miró directamente a los ojos, mantuvo en suspenso el cazo lleno de alubias y al cabo de unos segundos se

dispuso a llenarle el plato, pero aquello no llegó a suceder porque alguien le dio un fuerte empujón, haciendo que la comida cayese fuera de la bandeja.

–¡Vaya! ¡Qué torpe eres, Pío! –se burló el que le había empujado–. Ahora tendrás que recogerlas o comértelas del suelo. –Estalló en una sonora carcajada y sin parar de reír se alejó hacia su mesa.

Pío no supo qué hacer o cómo reaccionar. Bufó rabioso, pero se contuvo y continuó hacia el chef José Andrés, que servía el segundo plato. Se obligó a respirar, sabiendo que lo peor ya había pasado.

–Ándate con ojo... –musitó el jefe de cocina mientras buscaba con las pinzas de servir un trozo de carne generoso. Lo dijo con disimulo y sin mirarlo a la cara.

Pío se quedó mudo como un pasmarote, con la bandeja entre las manos a la espera de que el trozo de carne cayese sobre ella. Luego se giró y buscó su mesa con la mirada. Eran diez en total. No quedaba ningún hueco para él. Fue repasando las caras de los comensales hasta que logró identificar al intruso. El Chaval. Había estado unos días en la enfermería tras el incidente con Sancho y lucía un bonito moratón de vivos colores en la cara, además de una blanquísima venda en la nuca.

Dio un repaso al resto de mesas, sabiéndose el centro de todas las miradas. Su rostro ceñudo y surcado por las cicatrices no dejaba traslucir ni un ápice de la inquietud que sentía. Su semblante era una máscara tras la que ocultarse. Aunque nadie percibió el temblor incipiente de sus manos, temió que volcara la bandeja, lo que significaría su ruina. Entonces se dirigió hacia el fondo del comedor con la esperanza de que los Viejos lo admitiesen en su grupo. Solían ser diez hombres, pero ese día faltaba uno. Ninguno de los Viejos le dijo nada cuando se sentó en el único asiento vacante y atacó la carne como si no hubiese comido en toda la semana. Los Viejos guardaron silencio durante toda la comida, pero antes de concluir, uno de ellos dijo:

–Mira, muchacho. Te voy a dar un consejo: pide el tercer grado ya. Aquí no vas a durar ni un telediario.

Víctor recogió a la doctora Zudaire y condujo en relativo silencio hasta la calle Iturralde y Suit, en el segundo ensanche de la capital navarra. Aparcó en la misma puerta del restaurante El Colmado, un local moderno y acogedor que ofrecía una exquisita selección de platos tradicionales con un toque particular. Una vez en el restaurante, después de tomar asiento y elegir sus platos, Cristina le preguntó por el viaje. Estaba ansiosa por conocer todos los detalles y lo que hubiera descubierto en su investigación.

–Verás, después del viaje he estado indagando en la vida de Massimo Figueroa y es un asunto interesante de veras – comenzó–. Todos los problemas de Massimo empezaron cuando utilizó en su propio beneficio información obtenida gracias a su posición privilegiada, siempre al lado de Álvaro de Quesada. –El camarero les trajo una botella de chardonnay y sirvió una pequeña cantidad en la copa de Víctor, quien dio el visto bueno. En cuanto volvieron a quedarse solos continuó.

»Massimo compró por su cuenta unos terrenos que interesaban a la constructora de su jefe. Sabía que iban a pagarlos muy bien y cómo localizar a sus dueños. Creó una sociedad fantasma y comenzó a comprar terrenos que más tarde fueron pagados por Aperture 2000 a más del doble del precio que él había pagado a los propietarios particulares. Massimo quería prosperar tan rápido como todo el mundo a su alrededor, pero lo pillaron. A partir de ese momento, sin trabajo, sin contactos y con la reputación por los suelos, su vida se convirtió en un calvario. Al cabo de un tiempo, Álvaro de Quesada debió de compadecerse de él porque lo contrató como empleado de mantenimiento en el chalé que compró en Zizur, donde se trasladó en esa época para hacer carrera política. Estoy convencido de que detrás estaba la mano de la esposa de Álvaro, que mantenía una fuerte amistad con la de Massimo.

–¿Álvaro de Quesada hizo carrera política aquí en Navarra?

–Pudo haber sido presidente de la Diputación. Faltó muy poco. Pero vamos

por partes: Massimo se trasladó aquí con su familia. Según he podido saber por los artículos de prensa que recogían lo sucedido en el juicio de Massimo, este declaró que «con lo que ganaba por trabajo no me llegaba ni para pagar la calefacción. Ni siquiera tenía un contrato. Era un indigente ocupado. Nada más». Por resentimiento, debió de comenzar a pensar en el modo de vengarse. Y lo hizo. Buscó una manera fácil de hacer enfermar al niño. Se llamaba Pablo y tenía cinco años.

–Vengarse del padre matando al hijo... Es una de las cosas más crueles que he oído nunca. Puede que el tal Massimo mereciese la muerte que tuvo.

–Lo mismo he pensado yo.

–Lo que sí es verdad es que la venganza es una razón de peso para matar.

Víctor hizo una pausa para valorar las palabras de la forense.

–Tiene sentido si el asesino es un estúpido, cosa que nunca sabremos, puesto que el Argentino está muerto. Pero solo un tonto cometería un crimen así teniendo mujer e hijo, ya sea por venganza o por cualquier otro motivo.

–La mayoría de asesinos sencillamente sienten la pulsión de matar y lo hacen.

–Sin embargo, hablamos de un hombre inteligente. Creo que todo fue un montaje. Hay algo que no cuadra. Massimo hablaba de un pacto de silencio que él violó al confesarse inocente delante de Jonás y de su hijo.

–Según tu teoría, eso significa que De Quesada tenía ojos y oídos dentro de la cárcel que le advirtieron de la traición de Massimo.

–Y también significa que esconde algo.

Comieron con desgana mientras seguían dándole vueltas a sus elucubraciones.

–¿Por qué querría De Quesada zanjar el juicio tan rápido? –Víctor hacía círculos con la copa sobre la mesa, con la mirada perdida—. Y lo que es aún más importante: ¿quién mató a su hijo si no fue el Argentino?

–Ya sé que esto es poco realista, pero... –Cristina hizo una pausa y añadió–: Si él mismo mató a su hijo, tendría todo el interés del mundo por buscar un chivo expiatorio. Si algo le sobra es dinero.

–No sería la primera vez que un padre mata a un hijo, pero sinceramente pienso que el dolor de estas personas es real. No creo que De Quesada hiciera algo así.

–Tal vez lo hizo un enemigo suyo –sugirió Cristina tras una nueva pausa—. Un hombre de su posición debe de tener enemigos poderosos.

–No sé. Me parece una barbaridad, incluso aunque hubiera billones de euros en juego.

Los platos seguían casi intactos en la mesa. Las sombras de la muerte del pequeño Pablo les habían quitado el apetito.

–Es tu turno, doctora. ¿Qué tienes para mí? –inquirió el de Cárcar tratando de

imprimir un poco de viveza a sus palabras.

–¿Sobre el hombre de la muralla? Nada concluyente. Murió por los traumatismos producidos tras la caída. En su organismo se han encontrado restos de distintas drogas. No es que fuese muy selectivo; le daba a todo un poco: cannabis, éxtasis, ketamina, algo de coca, anfetaminas... –Cristina hizo un gesto de hastío antes de apurar el vino de su copa–. Puede que le gustase probar la mercancía que él mismo vendía. Lo más probable es que se durmiese o perdiera el sentido y cayera al foso sin ser consciente, no sería la primera vez que pasa. No tiene ningún misterio.

–¿Eso es todo? –preguntó Víctor, decepcionado–. ¿No había marcas, arañazos, señales de forcejeo?

–Encontré algunas marcas, pero pueden deberse a cualquier cosa. No es que el hombre estuviese en muy buen estado de salud, y es frecuente que este tipo de personas tengan hematomas.

–Así que no vamos a sacar ninguna información útil de la autopsia de Txibi. ¡Mierda!

Una sombra muy leve cubrió el rostro de la doctora.

–Perdona, Cristina. No es culpa tuya. Agradezco mucho tu ayuda.

–Espero que las muertes relacionadas con este caso hayan llegado a su fin y que cuando me llames sea para compartir conmigo momentos más agradables. – Cristina se ruborizó ante su propio atrevimiento.

Tras dejarla de vuelta en su trabajo, la proposición de Cristina le rondaba por la cabeza. Ambos eran adultos y se entendían muy bien. Pero no era momento de pensar en eso. Tenía que seguir con su investigación, aunque se había quedado sin saber qué hacer y sin nadie a quien preguntar. Lo acontecido al amigo de Pío Marculeta era una advertencia, estaba claro. Quien estuviera detrás de todo aquello tenía la capacidad de hacer daño. Por desgracia para él, no era ningún aficionado. Contaba con los recursos necesarios y con el personal adecuado. La crudeza de esa realidad le revolvió el estómago y sintió náuseas. Bajó la ventanilla del coche y dejó que entrara el aire frío.

Si se atenía a los últimos acontecimientos, es decir, la muerte del amigo de Pío, parecía que quien estuviera detrás de todo aquello iría antes a por su familia o amigos que a por él, para evitar relacionar su muerte con la de Jonás, cuya investigación por parte de la Guardia Civil seguía su curso, y por tanto con la de Massimo. Era una teoría nada más, pero no del todo descabellada.

Pensó en su madre, en Rebeca, en los ancianos. ¿Y si les hacían daño por su

culpa? Giró ciento ochenta grados en la siguiente rotonda y condujo hacia el túnel del Perdón. Llamó a su madre para avisar de su llegada. Cuarenta y cinco minutos después estaba en Cárcar.

Micaela lo escuchaba sin interrumpirlo, pero su rostro delataba que estaba consternada. En los últimos años, madre e hijo habían superado contratiempos que habían puesto en peligro las vidas de personas muy queridas, pero eso no significaba que se hubiesen vuelto inmunes al sufrimiento. Al contrario. Víctor hubiese preferido evitar cualquier preocupación innecesaria, pero debía reunirse con su consejo de sabios para que estuviesen alerta. Por desgracia no tenía modo de avisar a Rebeca. Micaela se levantó de la mesa en cuanto su hijo terminó de relatarle todo lo sucedido en los últimos días. Abrió el grifo y comenzó a remojar las tazas de café que acababan de utilizar.

–Pero ¡si tenemos lavavajillas, madre!

–Me apetece fregar –fue lo único que dijo.

Víctor sospechaba que le venía bien hacer algo mecánico mientras trataba de asimilar todo aquello. Un ligero temblor en los hombros de su madre le hizo pensar que estaba conteniendo el llanto. La dejó sola en la cocina y pulsó en el móvil el teléfono de la residencia de ancianos Virgen de Gracia.

Fijaron la reunión a las seis y media de la tarde en el bar de los jubilados. Cuando Víctor y Micaela entraron en el local, el Gallardo, Anastasia, Marcelo y el Gitano aguardaban como niños obedientes en una mesa apartada del único grupo de hombres que jugaba a las cartas. Sintió cierta lástima al verlos allí, callados, a la espera de sus noticias. No eran tan necios como para pensar que iban a ser buenas, y eso se dejaba entrever en sus semblantes taciturnos. El único que desentonaba en aquel cuadro era Marcelo, que no paraba de enredar con una baraja. Sonia, la viuda de Jonás, llegó justo en ese momento. Se saludaron cordialmente y los tres recién llegados tomaron asiento, completando un perfecto círculo en torno a la mesa. Casilda les sirvió solícita cafés e infusiones, pues conocía perfectamente las preferencias de cada uno de sus parroquianos.

Víctor tomó la palabra; durante los siguientes diez minutos relató de la manera más clara posible los hechos ocurridos desde su visita a la cárcel, cuando entregó a Jonás el saco de comida que habían preparado para él. Les habló de la muerte de Massimo, de las sospechas de Jonás respecto a su suicidio y también de su amiga la forense, quien había confirmado esas sospechas. Por último, les refirió la desgraciada caída sufrida por el amigo de Pío Marculeta en la muralla del Redín el día anterior. Llegado a ese punto, Víctor guardó silencio y el resto se mantuvo expectante hasta que Marcelo Ágreda rompió la tensión.

–Y dinos, majo, en resumidas cuentas, tanto muerto por aquí y por allá... ¿Qué demontres tiene que ver con nosotros, si puede saberse?

Todas las miradas se dirigieron al joven, en espera de una respuesta a la oportuna pregunta de Marcelo. Víctor dudó antes de contestar. Le pareció cruel y egoísta pretender que aquellos pobres ancianos cargasen con esa responsabilidad y también lo era hacerlos sabedores del posible riesgo que corrían solo por ser sus amigos.

–Veréis, el resumen de todo lo que os he contado es que Jonás fue asesinado porque sabía algo que no debía sobre su compañero de celda –se detuvo un momento y miró a Sonia. Ella era la parte más interesada–. Un preso que me ha dado alguna información acaba de perder a su íntimo amigo y me temo que esa muerte es una advertencia para que dejemos de indagar. La autopsia de Jonás mostraba indicios claros de que su muerte fue provocada, imagino que tarde o temprano la Guardia Civil se pondrá en contacto con las personas que estuvimos con él durante su último día de vida; pero no creo que sea fácil atrapar a los culpables. Yo fui el último en verlo con vida y no puedo decir absolutamente nada que ayude a atrapar al asesino; entre otras cosas, porque quien lo hizo seguía órdenes de alguien que no se va a exponer. –Víctor hizo una nueva pausa y continuó.

»Por desgracia, de momento solo tengo sospechas, y las sospechas no valen nada sin pruebas. La Policía se reiría de mí a la cara si le contase toda la teoría de la conspiración, que, supongo, está detrás de la muerte de Massimo, el compañero de celda de Jonás. Si abandono mis pesquisas, el asesinato de Jonás podría quedar impune. Si no lo hago, si continúo con esto, temo que alguien de mi entorno sufra las consecuencias.

–¿Así que has venido a pedirnos permiso para ponernos en peligro? –inquirió Marcelo, con los ojos muy abiertos.

–El chico quiere que opinemos –aseveró el Gitano, y golpeó la mesa con su boina. Contra su costumbre, parecía nervioso–. Jonás no tenía más familia ni amigos que los que estamos aquí, ¿verdad? Si lo han matado como dice esa doctora, alguno de nosotros, supongo que su mujer, debería decidir si quiere

esclarecer su muerte, a riesgo de poner en peligro más vidas, o no.

–Exacto, amigo Patricio –añadió el Gallardo con un inusitado tono conciliador–. Hay que hacerse cargo de que tanto la justicia como la venganza acarrean un riesgo.

Anastasia tomó entre las suyas la mano del Gallardo y la apretó con fuerza en señal de apoyo. Llenó su escuálido pecho de aire y lo soltó con un débil suspiro que daba buena idea de su fragilidad. Daniel giró la cabeza hacia ella y la acarició con la mirada. No pronunciaron palabra alguna. Ni falta que hacía.

–¿Sonia? –inquirió Víctor.

Se veía a la legua que la muchacha se sentía insegura. Bajó la mirada durante una fracción de segundo, como si necesitara prepararse para hablar. Después dijo con un hilo de voz:

–Yo solo quiero vivir en paz. Ver a Lola crecer y ser feliz... –hizo una pausa, tomó aire y se levantó de la mesa–, pero quiero que se haga justicia con mi marido y que no quede ninguna duda de que no murió por borracho. Jonás era una buena persona y no se merecía este final.

–¡Bien dicho, maja! –Marcelo comenzó a aplaudir y acto seguido gritó–: ¡Casilda! ¡Sácanos una ronda de ese vermú tan rico que tienes escondido y un plato de olivas! –Luego, con un guiño de complicidad, aclaró–: ¡Para no ponernos piripis!

Del 27 al 28 de noviembre de 2013

En cuanto terminó la autopsia de turno, la doctora Zudaire comprobó con disgusto que no tenía llamadas perdidas ni mensajes sin leer en su móvil. Estaba cansada, quería marcharse de allí, de modo que se cambió de ropa y salió a la calle. Se arrebujó en su abrigo de lana, levantó la solapa para protegerse el cuello del gélido viento del cercano Pirineo y se encaminó hacia su casa. Vivía a menos de cinco minutos a pie de su trabajo, en el barrio de Mendebaldea.

Cerró la puerta con llave y comenzó a desnudarse de camino a su dormitorio. Volvió a comprobar su móvil por si Víctor había dejado algún mensaje, pero nada había cambiado respecto a unos minutos antes. A su pesar, debía reconocer que estaba desilusionada. Abrió el agua caliente de la bañera y la dejó correr mientras se desmaquillaba. Puede que un baño caliente fuese lo que necesitaba para relajarse, los acontecimientos y el trabajo extra de los últimos días estaban haciendo mella en su estado de ánimo. Echó sales en el agua, que enseguida se llenó de espuma, se recogió la melena en un moño alto y se metió despacio en la bañera. Durante unos minutos perdió la noción del espacio y del tiempo; los ojos cerrados, su cuerpo laxo mecido por la suave caricia del agua, la mente en blanco... El sonido de algo ajeno a ese pequeño reducto donde se refugiaba rompió el hechizo. Tardó en identificar que era el timbre. Con el ceño fruncido, se ciñó el albornoz y fue a abrir. La presencia de Víctor Yoldi en la puerta de su piso la sorprendió sobremanera. Pero aún la sorprendió más el ramo que apareció frente a ella tras un teatral gesto del periodista de Cárcar.

–¡Rosas blancas y lirios rosas!

–Siento haber venido sin avisar. En el Instituto me han dicho que te habías ido a casa y... Bueno, sentía que te debía algo. Te has molestado mucho en los últimos días por dar respuesta a mis interrogantes. Gracias, doctora.

Con más torpeza que decisión le franqueó la entrada. El corazón le latía con una fuerza inusual y deseó con todas sus fuerzas que Víctor no notase su nerviosismo.

–¿Quieres tomar algo? Perdona que te reciba así, estaba en la bañera.

–Perdona, tú. Me voy enseguida. Solo quería traerte las flores antes de que se estropeen.

Cristina Zudaire llenó un jarrón con agua del grifo y puso las flores dentro. Después se sentó en el borde del sofá. Colocó el albornoz perfectamente encima de sus rodillas y puso las manos encima.

–He estado pensando, ¿sabes? –dijo–. Y creo que debes dejar todo esto de los presos a la Policía y, si no ven indicios de delito, olvídale. Podrían hacerte daño...

–¿Te sigues preocupando por mí, doctora? –inquirió socarronamente, más por salvar el escollo del momento que por que lo considerara en absoluto gracioso.

Cristina Zudaire bajó la mirada un instante y después la dirigió a Víctor antes de responder.

–¡Claro que me preocupo por ti, tonto!

Un flujo de energía los acercó hasta casi rozarse. Víctor llevó sus manos hasta el cinturón del albornoz y deshizo el nudo muy despacio. La prenda se abrió y notó el estremecimiento de Cristina. Acercó su boca a la de ella apoyando las manos en sus caderas por encima de la prenda de felpa. Cristina respondió con timidez al principio, pero enseguida se impuso el deseo. Rodeó la amplia espalda de Víctor con las manos y sus cuerpos por fin se tocaron. Sus respiraciones se fueron agitando, sus besos se hicieron más profundos. Víctor apartó la tela del albornoz y sus manos tocaron la piel de Cristina, que todavía rezumaba la cálida y aromática humedad del baño. Sus caderas, su cintura. Vaciló un instante, pero continuó el ascenso hasta sus senos, que reaccionaron de inmediato. Víctor no se detuvo. Con un movimiento sutil retiró la prenda de los hombros de la doctora. Se apartó unos centímetros para contemplarla en su desnudez e inmediatamente sintió su erección dentro del tejano. Cristina también la notó, primero por encima del pantalón y enseguida, cuando logró colar su mano bajo el bóxer, piel con piel. Hicieron el amor en el sofá de un modo atropellado, con la avidez del que lleva tiempo privado de un manjar. Se trasladaron al dormitorio, ya sin rastro de pudor, donde se entregaron al sexo con más calma, conscientes del placer que proporcionaba cada movimiento, cada embestida, cada caricia.

El amanecer fue despertándolos con la misma sutileza con la que su luz entraba por la ventana. Se intuía «un día sano», como se denominaba en Pamplona a esos días azul espléndido propios del Polo Norte. Se besaron con las miradas llenas de expectación, acariciaron con suavidad sus cuerpos cálidos bajo la

sábana y después compartieron una ducha para activarse e iniciar la jornada.

–¿Piensas continuar indagando por tu cuenta? –preguntó Cristina.

Víctor asintió.

–Tendremos que aprovechar el tiempo, no vaya a ser que se nos acabe –añadió Cristina, con una media sonrisa–. ¿Cenamos esta noche?

–Con sumo gusto. –Víctor se acercó a ella despacio y la besó en los labios bajo la fina lluvia que caía de la ducha.

Veinte minutos después cruzaron la calle y entraron en una cafetería para desayunar antes de marchar a sus respectivos trabajos. Un café, un zumo de naranja y una coronilla caliente, y estaban listos para empezar la jornada.

–Te acompaño a tu coche –propuso Cristina.

–Gracias. Puedo acercarte, pero te advierto que me va a costar dejarte marchar –susurró Víctor, con un guiño de complicidad.

Se detuvieron unos segundos frente al paso de cebra y después se dispusieron a cruzar. Víctor la agarró de la mano y ella lo miró embelesada. Había sido una noche inolvidable para los dos y eso se reflejaba en sus miradas risueñas. Como salido de la nada, apareció tras la doctora un Mercedes. Víctor no le concedió ninguna importancia. Desvió la mirada tan solo un segundo y después vio como el vehículo aceleraba vertiginosamente hacia ellos. Cuando ya casi lo tenían encima, hizo un placaje contra la doctora y se lanzó junto a ella todo lo lejos que lo llevó su fuerza.

Fue un milagro que ni siquiera los rozara. El vehículo desapareció tan rápido como había aparecido. Las pocas personas que habían presenciado lo ocurrido se acercaron raudos para socorrerlos. Estaban bien, aunque magullados y muy asustados. Cristina pasó unos instantes en *shock*, incapaz de comprender lo que acababa de ocurrir. Tardaron en incorporarse y en recuperar la compostura. Víctor se había hecho daño en el hombro al caer contra el suelo, y Cristina tenía una pequeña brecha en la frente. Sabían que el golpe y la tensión comenzarían a hacer efecto a medida que pasaran los minutos y las horas, pero de momento estaban bien.

–Estamos muy cerca del hospital, deberíamos ir –opinó la doctora con voz débil.

–Ese coche iba a por nosotros. Nos hemos librado por los pelos.

Cristina estaba aterrada.

–Después de pasar por urgencias iremos al cuartel de la Guardia Civil a denunciar el intento de atropello y, aunque no sirva de mucho, les contaremos

nuestras sospechas sobre la muerte de Massimo Figuera.

28 de noviembre de 2013

Pío Marculeta maldecía el día en que tropezó con Jonás Sádaba y le partió la nariz. Ahí comenzó su calvario y ahora era unapestado dentro de la cárcel. ¿Qué podía haber peor que eso? Además, había perdido a su mejor amigo, su compañero, su socio. El vacío al que lo estaban sometiendo el resto de reclusos le había permitido reflexionar, cosa que no solía hacer de un modo natural, y había decidido que nunca más volvería a la cárcel. Si salía de esa, pondría todo su empeño en llevar una vida ordenada trabajando en el taller de su padre. Se le daba bien arreglar coches, ¡joder! ¿Por qué narices se había tenido que complicar con drogas ni mierdas? Al final, era un miserable delincuente, un drogata con aspecto de asesino a sueldo. ¿Debería cortarse la melena?, pensó mientras se la recogía en una coleta de camino al comedor. Iba distraído cuando alguien le dio un empujón tan fuerte que casi se parte la nariz contra el marco de la puerta. Nadie se preocupó por él. Todos pasaron de largo y lo dejaron en el último lugar de la fila. Llegó hasta el primer plato. El compañero que servía fue a echarle la comida en la bandeja cuando alguien volvió a empujarle y las patatas cayeron al suelo.

—¡Vaya! Te has quedado sin patatas a la riojana. Otra vez será —dijo con sorna uno de los hombres de Sancho, que ya se alejaba hacia su mesa. Pío sintió cómo la furia se apoderaba de él, y se lanzó tras aquel tipejo con toda la intención de cruzarle la cara, pero una mano fuerte lo agarró del brazo, impidiéndole dar un paso más. Era Urrutia. No lo había visto acercarse, pero ahí estaba, haciendo su trabajo. ¡Más le hubiese valido no abandonar sus funciones el día que rompieron la cabeza al Chaval o mataron a Massimo! Pío trató de mantener la calma. Caminó dos pasos hacia el segundo plato, servido por el chef José Andrés. En la perola quedaba una generosa ración de pollo con champiñones que, estaba seguro, había reservado para él. El chef terminó de servirle el contenido de la perola. Lo miró con gravedad antes de darse la vuelta y aunque parecía que iba a decir algo, finalmente se calló.

Pío fue hacia la mesa de los Viejos con una mano en la nariz dolorida y la otra sujetando la bandeja. Se sentó en la misma silla vacía de la última vez. Ninguno de los presentes se dignó a mirarle a la cara, pero el cabecilla del grupo, el líder de los Viejos le dijo:

–Si quieres podemos hacerte la vida más fácil.

Pío lo miró interrogante.

–Podemos hacer que te aparten del resto de presos. Somos viejos zorros y sabemos lo que pasa, aunque nadie nos haya puesto al corriente. Aquí son todos unos cabrones y se cubren unos a otros, pero nosotros no le debemos nada a nadie.

Todos guardaron silencio unos segundos.

–Decídate, chico. No vas a tener otra oportunidad –añadió el hombre.

–¿Cómo pensáis hacerlo?

–Lo sabrás llegado el momento.

Llegó unos minutos antes de las cinco con su chofer particular y uno de sus escoltas. En las citas íntimas como aquella solía prescindir de toda la corte que habitualmente lo acompañaba. El personal del sanatorio lo conocía y le profesaba un profundo respeto, pues todos sabían que se trataba del mayor benefactor de la institución. Así se había ganado el respeto de los empleados y también su discreción, pues Mauro Díaz de Cerio, actual vicepresidente del FROB, llevaba veinte años dedicando dos tardes al mes, o más, dependiendo de sus compromisos, a una de sus pacientes.

El sanatorio Las Vistillas gozaba de una situación privilegiada; se alzaba en una zona llana protegida por un cerro. En ocasiones, Silvia y Mauro disfrutaban de largos paseos por los jardines, y habían compartido muchas horas de confidencias sentados en el porche, al calor de la misma manta, incluso en días verdaderamente fríos. El que tantos cargos relevantes había ocupado, y ostentaba aún en la actualidad, nunca la había abandonado, y eso le había ayudado a no sucumbir al pánico ni a la soledad de aquel retiro al que su marido la había condenado.

Mauro Díaz de Cerio había pretendido a Silvia desde que se conocieron, poco después de que contrajera matrimonio con Álvaro. Estaba acostumbrado a conseguir lo que quería, y el hecho de haber perdido esa batalla lo había enfrentado contra el fundador de Aperture 2000. Ambos habían tenido sus más y sus menos en los negocios, pero ella siempre se mantuvo al margen. Silvia sabía que llevaba más de veinte años profundamente enamorado de ella y que haría cuanto estuviese en su mano para hacerla suya. El suyo era un amor incondicional a pesar de ser imposible.

Su chofer estacionó el vehículo en el lugar habitual, bajo unas acacias de ramas casi desnudas en esa época del año. Mauro Díaz de Cerio se despezó discretamente junto al coche y buscó a Silvia con la mirada. Se produjo un leve cambio en su rictus al verla caminando despacio alrededor de la pequeña fuente,

su lugar favorito. Fue hacia ella con la misma emoción con que lo venía haciendo tantos años. Mauro no se había casado, no era mujeriego, pero se sentía junto a aquella mujer igual que el adolescente que fue. Soñaba con ella y con el día que fuese libre para poder sacarla de ese lugar y llevarla con él. Silvia era lo único que no había podido comprar con dinero y eso la hacía mucho más valiosa a sus ojos.

Llegó hasta ella, se miraron y ella le tendió su mano. Mauro la tomó entre las suyas y se la llevó a los labios para besarla con delicadeza. Caminaron despacio agarrados del brazo, en dirección a un pequeño bosque de pinos en cuya intimidad solían refugiarse. Dejaron que el silencio los acompañase durante unos minutos; tan solo se oía el rumor de un viento suave que atravesaba las frondosas copas de los árboles y el crujir de las agujas bajo sus pies. Se detuvieron en un claro y, sin necesidad de hablar, sus cuerpos se situaron frente a frente, se abrazaron con ternura y después se besaron sin prisa, disfrutando cada segundo de ese contacto que tanto añoraban. Después, reanudaron su paseo por entre los árboles, imaginando quizá que estaban en otro lugar y eran libres de ir donde sus pies los llevasen.

–Esta semana ha muerto mi amigo Massimo.

–¡Vaya! Lo siento, querida. ¿Estás bien?

Silvia tardó en responder.

–Cumplía condena por la muerte de Pablo.

Mauro se paró en seco y la observó con el entrecejo fruncido. Nunca habían hablado de la muerte del pequeño, era un tema doloroso y en el poco tiempo de que disponían para estar juntos no había otra cosa que la dicha de su mutuo afecto. Aquella información no era coherente con que lo llamara «amigo» ni con que lamentase su pérdida. No se atrevió a hacer preguntas, pero su gesto lo decía todo.

–Álvaro lo arregló para que se declarase culpable.

Mauro Díaz de Cerio no pudo ocultar su alarma. Silvia desvió la mirada y continuó.

–Llevaba veinte años en la cárcel por un crimen que no cometió –hizo una pequeña pausa y concluyó–: A pesar de sus errores, fruto de la codicia, creo que Massimo era una buena persona.

Reanudaron el paseo agarrados de la mano. El cerebro de Mauro iba a toda velocidad. ¿Quién envenenó a Pablo si el asesino confeso no lo hizo? No se atrevió a tocar ese punto, pero había otras muchas incógnitas.

–¿Y qué le ofreció Álvaro a cambio?

–Nunca quise saberlo, pero debió de ofrecerle mucho dinero. Su mujer y su hijo han tenido una buena vida desde entonces. Dicen que se suicidó, pero yo sé

que Massimo no haría algo así.

—¿Crees que lo mataron?

—Álvaro tiene poder e influencia. Estoy segura de que ordenó su muerte. Puede que Massimo rompiera su promesa de silencio, o tal vez mi marido se cansó de pagar. No lo sé —dijo, y mirando a Mauro fijamente añadió, como en un lamento—: Si sospechase que estás aquí conmigo, que nos queremos...

Silvia no terminó la frase, pero Mauro Díaz de Cerio sabía cómo continuaba: su marido pondría todo de su parte para destruirlo. Sin embargo, la información que acababa de conocer abría una puerta a la esperanza. También él sabía jugar fuerte, y puede que el destino le estuviese brindando una oportunidad. Tan solo tenía que planificar una buena estrategia y jugar bien sus cartas.

Mauro Díaz de Cerio la acompañó durante un par de horas, como solía hacer cuando iba a visitarla. Pero Silvia había notado un cambio apenas perceptible en él desde que mencionó la noticia de la muerte de Massimo. Mauro estaba tramando algo, ella lo sabía bien, y del mismo modo que lo sabía, lo esperaba. Llevaba demasiado tiempo allí recluida, ya iba siendo hora de volver al mundo y reanudar su vida. Durante todos esos años había pagado por sus pecados como quien cumple penitencia, pero echaba de menos las fiestas, el roce de su cuerpo desnudo con un hombre, a su amiga Ana María. Su hermana. Más que una hermana. La mejor amiga que había tenido. Llevaban años sin verse y lo entendía. No podía reprochárselo. Al fin y al cabo, Massimo fue a la cárcel por la muerte del pequeño Pablo, y ella sabía que su amiga no tenía valor para mirarla a la cara. Habían sufrido tanto las dos... El recuerdo de Pablo hizo que se le saltasen las lágrimas. Procuraba no pensar en él porque la pena que sentía la destrozaba por dentro. Ella solo quería tener una vida plena con su marido y su hijo, pero todo salió mal. No supo cuidarlo como debía y su marido, siempre más atento a los negocios y a la política que a su familia, aún se distanció más después de la muerte del pequeño. Se habían querido mucho, muchísimo. Pero el dolor los fue alejando uno del otro. Lo de Pablo significó un punto de no retorno. Estuvo de acuerdo con él en ingresar en el sanatorio, nunca se rebeló. Sabía que su marido quería protegerla. Y luego estaba Mauro, el hombre que siempre la había tratado con ternura, que la deseaba, que bebía los vientos por ella y la hacía sentir atractiva, inteligente y cabal. Ojalá consiguiera sacarla de aquel lugar. Sonrió con ese pensamiento y, feliz ante las nuevas expectativas que le brindaba la vida, volvió a internarse en el edificio que había sido su casa durante los últimos veinte años pero del que ya había tenido suficiente. Había pagado.

Ahora tocaba volver a vivir.

Después de unas placas y una cura en urgencias, Víctor y Cristina pasaron la mañana en el cuartel de la Guardia Civil en la avenida de Galicia. La investigación sobre la muerte de Jonás Sádaba estaba en curso tras la autopsia realizada por la propia doctora Zudaire. Ambos explicaron lo que había ocurrido en el intento de atropello y la posible relación con las muertes de Massimo Figueroa y Jonás Sádaba. Víctor aprovechó el momento para relatar con detalle lo que habló con Jonás la noche de su muerte.

Por desgracia, el cuerpo de Massimo había sido incinerado y nunca se podría realizar una segunda autopsia. Aunque el dictamen de la jefa del servicio tenía su peso, no eran muy optimistas. Expusieron sus sospechas sobre lo de Txibi, pero no tenían mucha consistencia. Pasadas unas horas y tras comer algo en un bar, cada uno volvió a su trabajo. Tanto la Guardia Civil como el juez tenían una ardua tarea por delante para determinar si toda aquella información estaba relacionada. Lo que parecía estar claro es que de momento no les podían poner protección.

Víctor vivió uno de los peores días que recordaba en el periódico. Seguramente, el peor. Toparse con el careto de su jefe en cuanto entró en la redacción lo puso en alerta.

«¡A mi despacho, Yoldi! –le dijo nada más verlo. Muy sorprendido, se quedó inmóvil con cara de pasmo—. Estoy más que harto de tus ausencias injustificadas. Quiero que metas las narices en tu ordenador y no te levantes de la silla hasta que hayas terminado con los dos publlirreportajes que te he asignado.» ¡Aquello era trabajo de becario, joder! Pero no, los becarios estarían redactando noticias. Él había batido todos los récords de ventas con el caso de los falsos Dalís y estaba malgastando un tiempo precioso, en lugar de emplearlo en esclarecer la muerte de Jonás Sádaba y recabar pruebas contra quienes ya iban a por él abiertamente.

¿Por qué no se dedicarían sus jefes a solucionar el ERE que los traía de

cabeza, en lugar de preocuparse por él. La crisis del sector era otro buen asunto sobre el que centrar los esfuerzos. Cada vez menos venta de periódicos, por lo tanto menos publicidad, menos ingresos, más becarios que trabajan sin un sueldo, ni siquiera el salario mínimo. Nada. Gratis. Aquello no podía acabar bien de ninguna manera.

Pasó las últimas horas de la tarde más calmado, y por fin se concentró en la tarea que le habían asignado. Cuando estaba a punto de irse, cansado, entumecido y con la mente anestesiada, recibió un mensaje de Cristina citándolo en su casa alrededor de las nueve. Aunque no lo hubiese llamado, habría ido a ver cómo se encontraba. Se preguntó sobre sus sentimientos hacia ella y también sobre lo que esperaba Cristina de esa relación. Pero tenía la cabeza demasiado embotada como para hacer suposiciones. Lo mejor era vivir el presente.

Abandonó el edificio, montó en su coche y condujo hasta el aparcamiento de La Aduana. Caminó hasta su casa con paso firme y en apenas diez minutos estaba en la calle ataviado con la ropa de deporte. Mientras corría en dirección a la Ciudadela, sentía el cuerpo dolorido por la caída que les había salvado de morir bajo las ruedas del coche, pero necesitaba liberar adrenalina. Hacía varias horas que había anochecido. Los días cortos y fríos se le antojaron un reflejo de la vida misma; al menos la que estaba viviendo durante las últimas semanas. La sangre comenzó a circular por sus venas y su cerebro fue liberándose de telarañas. Sintió que mente y cuerpo entraban en sintonía y que una y otro comenzaban a funcionar a plena capacidad. Aceleró la carrera. El sudor comenzó a dibujar oscuras sombras en su camiseta, a prenderse en pequeñas gotas de sus rizos oscuros.

Al acercarse a la zona donde había tropezado el último día que fue a correr, redujo la velocidad. Volvió a constatar que no había piedras ni raíces que pudieran provocar una caída. Tal vez se tropezase consigo mismo. Un pie se enreda a veces con el otro, se dijo. Aunque a él nunca antes le había pasado. Pero lo más seguro era que aquel hombre, de alguna manera, le hubiese hecho tropezar. El hombre del Zippo. Estaba seguro de haber oído el mismo sonido y notado el mismo olor a gasolina cuando salía del sanatorio donde estaba recluida la mujer de Álvaro de Quesada. Eso solo podía significar que el empresario había encargado que lo vigilasen y lo obedecían a conciencia, tanto en Pamplona como en Madrid. Pero ahora ya no se trataba de mera vigilancia. Ahora iban a por él. Querían quitarlo del medio. Debía haberse «acercado» demasiado, tal como había aventurado Ana María. ¿Significaba eso que sus sospechas iban bien encaminadas? ¿Era la confirmación de que Álvaro de Quesada lo quería muerto? Puso toda su atención en no alejarse de otros corredores. Si lo vigilaban tan de cerca, no debía frecuentar lugares solitarios bajo ningún concepto o sería una

presa demasiado fácil. Volvió a reducir la velocidad y no pudo evitar otear el parque en busca de alguna señal que delatase la presencia de aquel sujeto: el humo de un cigarro, el olor a nafta, el contorno de su cuerpo apoyado contra algún árbol. La ausencia de luna le impedía distinguir los contornos de los árboles y la muralla. Frustrado y algo inquieto, tomó el camino de vuelta hacia la calle Mayor para ducharse e ir a casa de Cristina.

No había por qué poner nombre a aquella relación. Se sentían muy bien juntos. Eran adultos e independientes. Pasaría lo que tuviera que pasar. A pesar de estar convencido de lo que hacía, en el momento que pulsó el timbre de casa de la doctora, la imagen de Rebeca le vino a la mente como un fantasma reclamando su espacio.

–¿Te encuentras bien? –La preocupación en el rostro de Cristina le dio una idea de lo que podía estar reflejando la suya propia. Rebeca no estaba y no era previsible que estuviese a medio plazo. Amargarse la vida por ella era algo que había desechado hacía meses. Inspiró profundamente para darse ánimos y le mostró a la anfitriona una botella de crianza Valdelares.

–Ahora mejor. Gracias. –Cristina esbozó una amplia sonrisa.

–Espero que te guste. Es de Cárcar, como yo. –Con un guiño de complicidad cruzó el umbral del piso de Cristina Zudaire dispuesto a disfrutar de la velada.

Y lo hicieron. Ni por un momento hablaron de autopsias o cárceles. Ni tan siquiera del fallido atropello. Se entregaron al disfrute con todos sus sentidos, conscientes de que debían aprovechar cada instante como si fuese el último. Degustaron los espaguetis con almejas que Cristina había preparado siguiendo una receta siciliana. Abrieron el vino de Cárcar y no pararon hasta que la botella estuvo vacía. El postre también era italiano y, además, casero: tiramisú. Para rematarlo, abrieron una botella de Taittinger bien fría. Un poco achispados, se contaron anécdotas personales y alguna intimidad. Tras brindar con champán, Víctor se acercó a Cristina y la besó en los labios. De la torpeza e inseguridad del día anterior no quedaba apenas nada. Lo que no hizo la confianza adquirida, lo hizo el alcohol. Desinhibidos y conscientes de su potencial para sentir y proporcionar placer, se desnudaron uno al otro en la mesa. Víctor invitó a Cristina a levantarse, terminó de despojarla de su ropa y paseó las manos por su cuerpo desnudo, muy despacio, hasta llegar a su sexo. Ella se estremeció en respuesta a sus caricias. Después de unos instantes, él la cogió en volandas, la llevó hasta el dormitorio y la dejó con cuidado sobre la cama. Después comenzó a lamerle la piel, empezando por los dedos de los pies, subiendo por las pantorrillas hasta los muslos y de ahí de nuevo a su sexo.

29 de noviembre de 2013

Parecía que lo hubiera atropellado el camión de la basura. Pío Marculeta había pasado toda la noche en vela, tratando de ignorar los potentes ronquidos de su nuevo compañero de celda. Llevaba año y medio compartiendo aquel espacio espartano con Luismi, un chico que había acabado allí por razones idénticas a las suyas y con el que se llevaba francamente bien. Compartía con él el tabaco y la comida que le llevaba su familia: postres, jamón ibérico de bellota, nueces...; un lujo para él, cuya familia no se arrimaba por allí. Y ahora, de buenas a primeras, lo trasladaban a otra celda con aquel oso pardo que hibernaba junto a él. Porque el tal Juancho era tan solo un animal enorme, que no hacía sino roncar, ventosearse y dar voces. Imposible saber si dentro de esa enorme testa había un cerebro. Poco sabía de su nuevo compañero, pero sí sabía que el cambio no era para bien, igual que sabía que no debía fiarse de aquel animal. Podía estar ahí solo para hacerle la vida imposible y vigilarlo. Sobre todo, vigilarlo. Así que después de asearse se encaminó hacia el comedor para desayunar, con la esperanza de que un café bien cargado lo sacara del estado de semiinconsciencia en el que se encontraba. Sus expectativas se limitaban a pasar inadvertido mientras su abogado le conseguía el tercer grado. Incluso un traslado de cárcel sería bien recibido, cosa hasta entonces impensable para un pamplonica acérrimo como él que apenas había salido de su ciudad natal.

Se acercó a recoger su desayuno en silencio, con el gesto de animal salvaje que mostraba durante los últimos días como única defensa contra el resto del mundo hostil. Con la bandeja repleta, y dando gracias a Dios por ello, se dirigió a la mesa de los Viejos, que a esas alturas era también la suya. Solía devorar el desayuno en apenas cinco minutos; lo que tardaba en remojar sus dos rebanadas de pan en el café con leche, tomarse el zumo de un solo trago y apurar el contenido del tazón de otro trago. No pudo completar su rutina, porque alguien tropezó a su lado y le derramó leche hirviendo por encima. Al susto inicial le siguió un grito y después un gruñido. Un codazo en el ojo lo impulsó a

defenderse, soltando guantazos a diestro y siniestro. Identificar a los ocho viejos de la mesa cosiéndolo a puñetazos y patadas lo dejó estupefacto. ¡Él no había hecho nada! Quiso explicarse y quitarse a todos esos tíos de encima, pero el revuelo que se montó era tal que no se oía en el comedor otra cosa que el bramido de sus compañeros jaleando a los Viejos. «¡Acabad con él!», «¡Dadle duro!». Se rindió, tendido en el suelo, hecho literalmente un ovillo. Notó que le lanzaban trozos de comida y que líquidos fríos y calientes se derramaban sobre su cuerpo, pero ya le daba igual. Solo quería perder el sentido para dejar de sufrir tanto dolor y tanta humillación. Casi había perdido la conciencia cuando un pensamiento revelador lo iluminó: los Viejos lo estaban mandando a la enfermería para alejarlo de Sancho y evitar que sus perros terminasen por matarlo. Esperaba tener la ocasión de agradecersele, si salía de esa.

**A**na María se había levantado aquella mañana decidida a romper el largo silencio que había interpuesto entre su mejor amiga y ella. Habían pasado veinte años y no había encontrado a otra persona en la que confiar como lo había hecho con Silvia. La muerte de Massimo la había obligado a volver la vista atrás, a un pasado remoto en el que la amistad era un valioso tesoro que proteger. Sabía que su amiga estaba internada en Las Vistillas, una clínica de reposo para personas adineradas. Un «retiro», que dirían los distinguidos familiares de los enfermos. Podían llamarlo como les diera la gana, pero era un manicomio.

Lo primero que hizo fue buscar la dirección. Después llamó para confirmar que no habría problema en hacerle una visita. Le indicaron que se pasara a las cinco de la tarde. Las horas que la separaban del encuentro con su amiga se le hicieron interminables. Para matar el tiempo, se entretuvo ordenando la casa, hizo limpieza de armario, retiró ropa que ya no usaba y trastos viejos e inservibles. Después bajó a la calle cargada de bolsas que colocó junto a los contenedores de reciclaje. Comió pronto porque ya no se le ocurría nada más que hacer y estaba muy nerviosa. Armando no llegaría a casa hasta bien entrada la tarde y nada le impedía modificar su rutina. Después de recoger la cocina se encerró en el baño, del que salió casi una hora después convertida en otra persona. Eligió un traje nuevo de falda y americana en un tono verde botella que sabía que le favorecía y se aplicó unas gotas de perfume. Su reflejo en el espejo del dormitorio la complació lo suficiente como para dedicarse una sonrisa de complicidad.

Cuando a las cinco en punto el taxi la dejó junto a la escalinata de acceso al edificio de Las Vistillas, sintió un revoltijo de nervios en el estómago. Pagó al hombre y trató de aparentar serenidad mientras se dirigía a la entrada. Había llegado hasta allí y ahora no cabía arredrarse. El taxi se alejó despacio, llevándose consigo el crujir de las ruedas sobre la grava. En unos segundos la calma de aquel lugar inundó sus sentidos. Miró a su alrededor y enseguida

localizó a Silvia, que caminaba hacia ella con la elegancia que siempre la había caracterizado. El abrazo fue de afecto sincero. Habían pasado los años, pero el cariño continuaba imperturbable.

–Te he echado tanto de menos... –dijo Silvia con los ojos arrasados y la voz temblorosa.

–También yo. –Ana María sintió que el tiempo transcurrido se desvanecía. Su amiga tenía buen aspecto y se alegraba de verla tanto como ella misma. Sus nervios dieron paso a una profunda alegría. Puede que aún lograsen retomar su amistad.

–¿Qué te ha mantenido apartada de mí tantos años? ¿Por qué no has venido antes a verme?

Ana María se enjugó una lágrima con un pañuelo bordado que había llevado en la mano desde que subió al taxi.

–Mi marido... Tu hijo... –balbuceó.

Silvia bajó la cabeza durante unos segundos. Después miró a Ana María y negó con la cabeza una y otra vez, los ojos vidriosos.

–Nada de lo que pasó fue culpa tuya. Ambas lo sabemos.

Ana María no pudo contener el llanto al que se unió Silvia. Ambas volvieron a refugiarse en otro abrazo y así permanecieron unos minutos hasta que se serenaron y Silvia propuso dar un pequeño paseo por la alameda antes de sentarse a merendar. Eso les permitiría hablar con mayor intimidad.

–Massimo ha muerto –musitó Ana María pasados unos instantes.

–Lo sé y lo siento mucho, de verdad. Era una buena persona y un gran amigo.

–¿Lo sabes? –se extrañó Ana María.

–Vino a verme un periodista. Poco después, ese mismo día, vino Álvaro. Ya lo conoces. Todo lo sabe, todo lo controla. O casi... –dijo con la secreta esperanza de que la noticia de su romance con Mauro Díaz de Cerio no hubiese salido de aquel sanatorio.

–¿Y qué le dijiste al periodista?

–Le dije la verdad, que Massimo era un buen hombre y un amigo.

Ambas permanecieron inmóviles, en silencio. Después, Ana María le confesó:

–Massimo murió poco después de que yo le pidiera el divorcio.

Se produjo un silencio antes de que Silvia hablase:

–Eso te hacer sentir culpable...

–Me atormenta haber ensombrecido sus últimos días de vida. Tal vez si no le hubiese llevado los papeles, no se habría puesto en peligro en la cárcel.

Caminaron unos cuantos metros sin mediar palabra. Ambas sabían que aquel pensamiento que atormentaba a Ana María era una posibilidad real.

–Guillermo Valverde quiere casarse conmigo –anunció la viuda tratando de

imprimir en su tono algo de optimismo.

–¿Te refieres al Valverde que trabaja para Álvaro? –inquirió Silvia con los ojos muy abiertos–. Siempre fue detrás de ti –añadió.

Ana María asintió, obligándose a sonreír.

–¿Tú le quieres?

Ana María vaciló por un momento antes de encogerse de hombros.

–Eso creía hasta que ocurrió lo de Massimo. Ahora no estoy segura.

–No debes casarte con él si no estás segura.

Ana María asintió con un movimiento de cabeza.

–¿Cómo te encuentras aquí, querida? –preguntó tras unos segundos–. ¿Te tratan bien?

–Me encuentro todo lo bien que cabe esperar en una vida de clausura. Pero es lo que merezco, tal vez merecería algo peor. En realidad, esto es una cárcel de cinco estrellas. No puedo quejarme.

–¿Cómo puedes decir algo así después de lo que has sufrido?

–Lo que le pasó a Pablo fue culpa mía. Tenía que haber muerto yo en su lugar. Era lo justo.

–No digas eso, Silvia, por favor. Una madre siempre piensa que puede proteger a sus hijos de todo mal, pero no es así. Hay veces en las que nadie puede evitar una catástrofe. –La abrazó una vez más, y le acarició el cabello. A pesar del aspecto tan saludable de su amiga, tras aquella fachada perfecta se ocultaba un dolor muy profundo, capaz de dañar su mente y también su alma.

Pasaron el resto de la tarde recordando sus años de juventud, cuando conocieron a sus maridos, el nacimiento de sus pequeños. Se rieron de cosas triviales y se prometieron volver a retomar el contacto.

–Ven a verme pronto, por favor –rogó Silvia tomando las manos de su amiga entre las suyas –prométemelo.

–Te lo prometo. Siento mucho no haberlo hecho antes.

Las dos mujeres caminaron cogidas del brazo la distancia que las separaba del taxi que llevaría a Ana María de vuelta a casa. Con la puerta del coche ya abierta, se abrazaron, felices de saber que la espera hasta su próximo encuentro sería breve.

Media hora después de que Ana María se hubiera ido, un coche con chofer uniformado entró en el recinto de Las Vistillas. Era la segunda vez aquella semana que Álvaro de Quesada acudía al sanatorio después de que Silvia recibiese una visita inesperada.

–Estás muy solicitada últimamente... –le dijo a su mujer. La encontró sentada de cara al sol, con los ojos cerrados, en uno de los bancos de madera que abundaban en el exterior de la clínica.

–Mi amiga Ana María ha venido a verme. No hay nada de malo en ello.

–El otro día fue el periodista de Pamplona y ahora es la mujer de Massimo. Espero que no hayas dicho nada. Eso podría ser tu final y, dicho sea de paso, también el mío.

–Soy una mujer adulta y puedo tomar mis propias decisiones. Pero descuida, nunca contaré nada. Sé que nos hundiría.

Álvaro de Quesada hacía años que no tenía un gesto cariñoso con su mujer, pero en ese momento la atrajo hacia sí y la estrechó entre sus brazos, en un abrazo torpe y frío.

–Se me ha olvidado cómo quererte, Silvia –se excusó–. Solo quiero que estés bien. Es lo que siempre he querido, lo sabes.

Silvia sabía de sobra que en los últimos veinte años los objetivos de su marido habían sido dos: protegerla a ella y, sobre todo, proteger sus negocios. El amor se había perdido por el camino. Veinte años era demasiado tiempo. Ahora ella quería a Mauro, y su marido, lo acababa de decir, no sabía cómo quererla. Mauro la sacaría de allí, estaba segura. Mientras tanto, debía seguir interpretando su papel. Acercó su boca a la de su esposo y le besó. Fue un beso rápido y desapasionado, pero notó cómo él se estremecía. Y sintió que todavía, a pesar de todo, la amaba.

«Daniel González, llamada telefónica, Daniel González, al teléfono», anunció la chica de la oficina a través de los altavoces. Los cuatro ancianos descansaban en uno de los bancos que miraban hacia el regadío, después del paseo que daban todos los días tras la comida. Era el mejor momento para salir. La niebla se disipaba durante unas pocas horas para que el sol pudiese hacer su aparición estelar, y después, a partir de las seis, la noche y las nubes se adueñaban del entorno y los obligaban a encerrarse en la residencia.

–¡Vamos, Gallardo! Quien te llama se va a gastar un dineral en la conferencia... –lo azuzó Marcelo.

–¡Pues corre tú, que tienes buenas piernas! Yo iré como buenamente pueda – replicó Daniel el Gallardo, se incorporó con dificultad y emprendió el trayecto hacia la oficina ayudado por su bastón.

Lo adelantó Marcelo, que había salido disparado, y en menos que canta un gallo estaba atendiendo la llamada.

–¡Diga! –gritó al teléfono.

–¿Sí? Soy Víctor. ¿Con quién hablo?

–Me llamo Marcelo Ágreda. Soy de Cárcar, Navarra.

–¡Hola, Marcelo! ¿Cómo estás?

–Tirando, como siempre. ¿Quién dices que eres?

–Víctor. El hijo de Micaela.

–¡Ah, sí! Hola, majo.

–¿Va todo bien por ahí? ¿Habéis visto u oído algo fuera de lo normal?

–Um... Pues verás. Esos forasteros del otro día... rondan por aquí cada dos por tres, pero nunca los veo hablar con ningún compañero de la residencia. La próxima vez les pienso preguntar quiénes son y qué quieren. Yo creo que nos vigilan, ¿sabes, majo?

–Trae el teléfono, chupón –vociferó el Gallardo, y le arrebató el aparato a su amigo.

–Ya he llegado. ¿Quién llama?

–Soy Víctor. Quería saber si estáis todos bien y si habéis notado algo fuera de lo habitual por el pueblo. Marcelo dice que siguen rondando por ahí los tres forasteros, que os vigilan...

–¿Vas a hacer caso a Marcelo? ¿En serio? ¡Anda, anda! No te vayas a preocupar. –Lanzó a su amigo un guiño de complicidad, y añadió–: Marcelo está como una cabra, en su línea. Pero en general, todos bien. Tu madre sube por la mañana y por la tarde. Pasamos el rato hablando de *antesmás* y jugando a las cartas. Si no está con Anastasia, se sienta a mirar cómo jugamos los hombres. Nosotros la cuidamos, no te inquietes, majo.

Antes de que Daniel colgase el teléfono, Marcelo ya se había marchado. Anastasia y el Gitano lo vieron salir y encaminarse a buen paso hacia los pinos. Ambos permanecieron en silencio viendo cómo la enjuta figura de su amigo se alejaba. Ni queriendo lo hubiesen alcanzado. Por algo tenía las mejores piernas de la residencia.

Que no llegara a la cena ya era una causa suficiente como para preocuparse, pues era bien sabido que Marcelo Ágreda no perdía ocasión para llevarse cualquier cosa a la boca, ya fuera dulce, salada, templada, fría, caliente, del día anterior... Pero que a la hora de acostarse siguiese desaparecido era alarmante. Se dio el aviso a la Guardia Civil de Andosilla, el cuerpo más cercano a Cárcar, y casi todo el personal de la residencia se lanzó a la calle para ayudar a encontrar a aquel anciano que estaba perdiendo la cabeza de un modo inexorable. Con toda seguridad se habría despistado y estaría desorientado en alguno de los pinares que circundaban el pueblo. Una patrulla se encaminó por la cuesta de la Peña Caída en dirección al río Ega y la otra lo hizo en dirección al cementerio y el resto de pinares de la zona. Era improbable que el hombre hubiese tomado el camino del pueblo, pero, por si acaso, algunos vecinos salieron en su busca por las calles de Cárcar. Aunque el pueblo era pequeño, el terreno que tenían que rastrear no lo era tanto.

La oscuridad de esa noche sin luna resultaba amenazadora. El frío era muy intenso de madrugada y si el anciano llegaba a pasar la noche a la intemperie, eran muchas las probabilidades de hallarlo sin vida. A Anastasia, el Gallardo y el Gitano no se les permitió unirse a la búsqueda. Así que los tres se reunieron en la habitación que compartían Marcelo y el Gallardo para pasar juntos ese trago, rezar a la Virgen de Gracia y aguardar noticias, buenas o malas. Las dos primeras horas las pasaron dando vueltas por la habitación como animales enjaulados; después, el cansancio fue haciendo mella y se sentaron en las camas con aire taciturno. Patricio fue el primero en cerrar los ojos.

–Hace mucho tiempo que quería pedirte algo –susurró Daniel al oído de Anastasia–, y ahora que ha ocurrido esto, siento que ya es demasiado tarde.

–¿Qué es lo que ibas a pedirme?

–Sin Marcelo... no sería lo mismo.

–Daniel. Aún no sabemos qué ha sido de Marcelo. Si no me lo quieres decir,

¿para qué sacas el tema?

–Um... Verás, quiero que te cases conmigo.

–¡Daniel!

–No me refiero a una boda de verdad. Ya sé que perderías tu pensión de viudedad. Quiero que nos casemos ante Dios y ante nuestros amigos. Estoy seguro de que Marcelo va a aparecer con bien, pero somos ya muy mayores y nunca se sabe.

Anastasia le acarició el cabello con ternura.

–Me casaré contigo –musitó, con los ojos brillantes y la boca temblorosa.

Se adormecieron abrazados hasta que el tumulto los despertó. A duras penas lograron desperezarse y ponerse de nuevo en pie, los corazones pendiendo de un hilo, pero esperanzados. Salieron de la habitación con intención de ir a la sala de enfermería, donde esperaban encontrar a su amigo Marcelo, pero la directora de la residencia les interceptó el paso. Les dijo que debían volver a sus habitaciones, y los condujo de vuelta a los dormitorios.

Micaela avisó a su hijo en cuanto se enteró. Sin dudar, y a pesar de la hora, Víctor se echó a la carretera y condujo hasta Cárcar. Nada más llegar, se puso a disposición de la Guardia Civil; no podía permanecer de brazos cruzados mientras su amigo vagaba perdido por el monte o yacía muerto en una cuneta. ¿Se habría tirado Marcelo peña abajo? Fue el terrible pensamiento que lo asaltó de pronto cuando llevaba apenas una hora recorriendo caminos. Quiso convencerse de que aquello era una barbaridad, que Marcelo no haría algo así; pero el anciano no estaba bien de la cabeza, su constante deterioro era evidente para todos. Otro pensamiento aún más cruel que el anterior asaltó su mente y lo hizo estremecer: ¿y si había alguien detrás de esa desaparición? ¿Y si sus peores presagios habían tomado forma real? Pero él solo no podría localizar un cuerpo en la peña en una noche de niebla como aquella. A buen seguro no verían nada excepto sombras; puede que ni tan siquiera eso. Habló con los guardias civiles y les planteó la posibilidad del modo más racional que pudo, cosa que debió de hacer francamente bien porque todos los efectivos se reunieron frente a la residencia veinte minutos después para enfocar las potentes luces en la dirección indicada por el periodista.

A las cuatro de la mañana, el acantilado parecía una romería; decenas de personas y dos perros policía trataban de peinar la zona sin despeñarse. No se podía descender más que unos pocos metros, pero eso, junto a la ayuda de los potentes focos, podía ser suficiente para localizar un cuerpo si es que lo había. En los alrededores de la residencia y de los Fosales, frente a la iglesia, el público, cada vez más numeroso, seguía con atención las labores de búsqueda. A las cinco de la mañana alguien dio la voz de alarma. La aglomeración junto a la

valla que miraba hacia el regadío era enorme. Un guardia civil se aseguró con un arnés y descendió con sorprendente habilidad hasta el punto donde se habían detenido los perros. El gentío contuvo el aliento. La niebla les impidió ver al hombre agacharse, asegurar el cuerpo a su propio arnés y, con Marcelo a la espalda, comenzar el ascenso. Tardó alrededor de diez minutos en entregar el cuerpo del anciano a los sanitarios, que ya tenían preparada la camilla. El análisis más inmediato para comprobar que había pulso se hizo ahí mismo, luego entraron a toda velocidad en la residencia. Víctor tuvo que abrirse paso a codazos para llegar a asir la mano de su amigo.

–¡Marcelo! ¡Soy Víctor! ¿Qué ha pasado?

El anciano intentaba abrir los ojos, cuyos párpados parecían pesarle demasiado. Sus labios secos se movían como si estuviese rezando una letanía muda mientras apretaba la mano de Víctor con una fuerza que parecía implorar que no lo soltara. Víctor acercó su cara a la del anciano, en un intento de captar el silencioso balbuceo de su boca. «Los forasteros», creyó escuchar. Un escalofrío lo recorrió de arriba a abajo. Puede que estuviese delirando. Puede que él mismo se hubiera lanzado por aquella abrupta pendiente sin ser consciente de sus actos. O puede que, en efecto, alguien lo hubiera arrojado por la peña de Cárcar. La triste realidad era que, saliese o no con vida, nadie, excepto él mismo, iba a creer en la palabra de un anciano demente.

## Segunda Parte

1 de diciembre de 2013

Al entrar en Figueres se le encogió el alma. Durante los últimos kilómetros, su cuerpo fue despertando de un letargo que no había detectado hasta entonces. Sentía que las células de su organismo iban cobrando vida ante la expectativa de volver a verlo. Ignoraba cómo había logrado encontrarla, pero lo había hecho. Creía que necesitaría más tiempo, aunque ahora se daba cuenta de que había tenido suficiente. Aquel correo electrónico remitido al buzón del instituto había sido el revulsivo que necesitaba para volver a casa. Nunca hubiera esperado que Víctor la encontrase, pero por lo visto era un hombre de recursos ilimitados.

Aparcó el coche en el primer hueco que encontró; le apetecía estirar las piernas, respirar el aire de su tierra catalana, tener unos minutos para prepararse mental y físicamente. Nerviosa como una adolescente, notaba sus piernas flaquear y un cosquilleo inconfundible en las tripas. No se cruzó con una sola persona en todo el trayecto hasta la plaza del Ayuntamiento. Una vez allí, se detuvo unos segundos e inspiró profundamente para darse ánimos y serenar su pulso enardecido.

Una pequeña sombra que atravesó la plaza la asustó. Tuvo que reprimir un grito. El felino asomó sigiloso tras una de las columnas del edificio oficial. Un gato negro que, de no ser por sus brillantes ojos amarillos, se fundiría con la oscuridad de la noche. Sintió un escalofrío pero trató de convencerse una y otra vez de que no había nada que temer. El silencio era total. No corría una brizna de aire. Nada.

Víctor la había citado en la puerta del que había sido su lugar habitual de trabajo, su pasión. Donde se besaron por última vez. Su semblante se iluminó al recordar ese momento. Víctor y ella en lo alto del Camello de la sala de Mae West. El Gallardo, Anastasia, Marcelo y el Gitano disfrutando de la visita, igual que la primera vez.

Estaba ansiosa por conocer el motivo de aquella cita a una hora tan intempestiva. Resultaba romántico e incluso excitante, pero ellos no tenían por

qué esconderse de nadie, y quedar a las cinco de la mañana implicaba más problemas que alicientes. La sonrisa bobalicona se transformó en un ceño fruncido que la acompañó hasta la plaza del museo. El grito de su propio nombre rasgó el silencio.

–¡Rebeca!

Se detuvo. El miedo en la voz de Víctor la puso en alerta. Víctor no la miraba a ella, sino la fachada del Teatro-Museo. Más concretamente, el famoso traje de buzo de Dalí. Sin saber cómo reaccionar, dirigió la mirada hacia ese buzo antiguo que, lo sabía bien, ya había sufrido varias restauraciones. Creyó distinguir algo tras el cristal de la escafandra y notó entonces que la postura del buzo no era la habitual. Algo raro estaba sucediendo.

–¡Víctor!

Él se giró hacia ella, el rostro cargado de tensión. Rebeca se acercó con presteza y se dejó arropar por sus brazos. Por fin estaba en casa.

–Recibí tu mensaje. No sé cómo diste conmigo, pero aquí estoy –le susurró al oído. La reconfortó sentir el calor de su cuerpo, el suave aroma a madera de su perfume. Hacía mucho que nadie la abrazaba. Desde la última vez que él lo hizo. Rebeca identificó el pánico en la mirada de su amigo incluso antes de que él tirase de su mano con fuerza.

–¡Corre!

Y salieron zumbando dejando atrás el museo, el famoso buzo de Dalí y el cadáver que guardaba en su interior. Aún no sabían de quién se trataba, pero no tardarían mucho en conocer su identidad.

Los Mossos d'Esquadra los detuvieron sin causar alboroto. Aguardaban en una de las bocacalles que separaban la plaza del museo de la Rambla, donde ambos habían aparcado sus coches. No se oía ruido de sirenas ni de motores. Tan solo las voces de unos hombres uniformados que portaban armas reglamentarias.

A ninguno de los dos se les ocurrió enfrentarse a los Mossos. Se dejaron conducir mansamente hasta una comisaría. Tras leerles sus derechos y tomarles declaración, los encerraron en el calabozo a la espera del abogado que eligieran si rechazaban al de oficio. Ignoraban lo que estaba sucediendo. Aquello no tenía ningún sentido y, sin embargo, venía a confirmar la primera impresión de Víctor: les habían tendido una trampa. Ninguno de los dos se había puesto en contacto con el otro. Y la finalidad de todo aquel montaje era atribuirles un delito: la muerte de quien sangraba dentro del buzo en la fachada del museo. Ambos se negaron en rotundo a decir ni media palabra hasta que no llegara su abogado.

Los primeros minutos en el calabozo transcurrieron en silencio. Se sentían observados por varios hombres que ocupaban otros cubículos como los suyos. Tras un rato escuchando ronquidos e imprecaciones, se sentaron con la espalda pegada al muro que los separaba, junto a la puerta enrejada.

–¿Piensas decirme dónde has estado? ¿O va a seguir siendo un secreto?

–No. Ya he vuelto. Y no importa... –Pasaron unos segundos en silencio.

–¿Entonces?

–He estado en Florencia. Quería aprender técnicas de restauración.

Víctor emitió un sugerente silbido.

–Siempre has sido una chica con clase. ¡Florencia, nada menos!

–¿Te burlas?

–En absoluto...

–Pero dime, ¿tienes una idea, aunque sea remota, de lo que está sucediendo?

–Me temo que nos han tendido una trampa. Y quien lo ha hecho viene a por mí.

Como Víctor no decía nada, Rebeca volvió a insistir:

–¿Y piensas decirme de qué se trata?

Víctor hizo un resumen más o menos detallado del caso del Argentino. Cuando llegó el momento de hablar de Jonás, vaciló.

–¿Estás dudando sobre lo que debo saber y lo que no?

–No. Es que... –Sabía que no era momento para más malas noticias–. Jonás murió poco después.

–¡Dios Santo! –Rebeca enmudeció, conmovida con la noticia. Jonás Sádaba había sido su primer amigo al llegar a Cárcar. Lo apreciaba de veras.

–¡Eh, tortolitos! ¿Alguno de los dos quiere hacerme un favor? –vociferó uno de los inquilinos de calabozo.

–¡Eh, guapa! ¿Qué tal una buena mamada? –Se burló otro, que estalló en una estridente carcajada.

–¡Esa ha sido muy buena, tío! ¡Cojonuda! –jaleó un tercero.

Ni Rebeca ni Víctor reaccionaron al comentario ni a las risotadas de aquellos tipos.

A medianoche, diecinueve horas después de su detención, estaban extenuados por la falta de sueño y las emociones de aquel día perverso. Extendieron unas colchonetas en el suelo y les proporcionaron unas mantas para cubrirse. Pudieron verse las caras durante unos instantes cuando pidieron ir al baño, donde los condujeron al mismo tiempo. Víctor fue el primero en salir del aseo. No vio a ninguno de los Mossos y aquello le extrañó sobremanera. Permaneció alerta, apostado junto a la puerta a la espera de que Rebeca apareciera. No tardó, pero

su desconcierto al contemplar el panorama no hizo sino aumentar su preocupación. Un silencio artificial inundaba la estancia que poco antes había sido un hervidero de imprecaciones, insultos, risotadas y bromas de mal gusto. Rebeca se agarró al brazo de Víctor. El sonido de unas pisadas, las respiraciones agitadas... Aquello pintaba fatal. En un abrir y cerrar de ojos, cuatro tíos que no habían visto nunca los rodearon con cara de pocos amigos. Dos de ellos portaban sendos palos y otros dos les mostraban sus nudillos de acero, amenazantes. Rebeca gritó sin poder evitar que el pánico la dominara. Sintió un terrible puñetazo en el estómago, mientras permanecía agarrada al brazo de Víctor.

2 de diciembre de 2013

Al abogado Terencio Díaz de Rada le quedaba un paso para la jubilación y no estaba por la labor de lanzarse a la carrera por nada ni por nadie. Tras recibir las llamadas de Víctor Yoldi y Rebeca Turumbay pasó la tarde inquieto. Por la noche apenas pudo conciliar el sueño, cosa que lo trastornó considerablemente, pero se reafirmó en su decisión de viajar al día siguiente, diciéndose que «por sus cojones» iba él a salir pitando un domingo como un perrillo faldero.

Se tomó su tiempo en hacer una pequeña maleta por si se veía obligado a pasar unas noches fuera de Pamplona y comprobó la ruta a seguir desde la vieja Iruña hasta la capital del Ampurdán, donde tenían detenidos a los dos jóvenes. Después tomó una larga ducha y salió a comprar el pan y el periódico, como era su rutina. Leyó la prensa local y pasó a la nacional. Una noticia le hizo contener el aliento. El desayuno casi se le atravesó en el estómago y tuvo que echar a correr al cuarto de baño. Podía ser tan solo una casualidad, pero Terencio Díaz de Rada no creía en las casualidades. El director del Centro de Estudios Dalinianos, antiguo jefe de Rebeca Turumbay, había sido hallado muerto, y a él lo habían llamado para representarla precisamente a ella y a su inseparable compañero de tribulaciones. Solo había que sumar dos más dos para saber que se enfrentaba a un caso de asesinato. Por un momento, se impuso en su cabeza la idea de declinar la defensa de aquellos jóvenes. Su única experiencia en casos de asesinato se la había proporcionado el grupo de ancianos de la residencia de Cárcar y esa pareja de jóvenes entrometidos. Estaba al borde de la jubilación, la remodelación de la casa que tenía en Cárcar avanzaba y tenía el firme propósito de irse a vivir allí en cuanto fuese libre. Faltaba muy poco. ¿Por qué complicarse la vida con un caso como ese?

Se sirvió un vaso de coñac y lo vació de un trago. El calor que sintió a continuación le dio la confianza que necesitaba para tomar la decisión. Puede que fuese el último caso de su carrera, pero sería un gran caso. Se lo debía al apasionado joven que fue una vez, el que quería defender grandes causas,

combatir el crimen y salvar a los inocentes. Era su momento; el último. Se dirigió a la cocina tarareando una tonadilla que había escuchado la noche anterior en televisión y se preparó un buen bocadillo de jamón serrano para comérselo por el camino. Confiaba en las largas horas de viaje hasta Figueres – cinco y media, según le marcaba el GPS– para meditar sobre el asunto. Esperaba que aquellos chicos tuviesen medios suficientes para pagar tanto sus honorarios como las dietas. El montante final podía resultar bastante oneroso si el caso se complicaba y desde luego, no pensaba alojarse en una pensión de mala muerte.

Cuando llegó a Figueres, aparcó su Audi junto a la acera más próxima a la puerta de entrada del número nueve del Carrer Ter y se apeó del vehículo ataviado con su gabardina y su maletín. Tras acreditar su identidad y presentarse como el abogado de Víctor Yoldi y Rebeca Turumbay, fue conducido a una sala con una mesa y dos sillas, donde aguardó la llegada del primero de sus clientes. Aún no sabía si podría hacer una defensa conjunta o tendría que trabajar el doble representando a cada uno de forma independiente. Habría que ver también lo que le contaban, pues bien podía ser que uno quisiera colaborar y el otro no, o bien que uno se «llamase a andana» acusando al otro. Tenía mucho trabajo por delante.

La primera en entrar a la sala fue Rebeca Turumbay. La encontró alicaída y ojerosa. Incluso le pareció que la joven andaba encorvada, como si le doliese el estómago. Le preguntó por su estado nada más estrecharle la mano, y ella, sin rodeos, confesó que habían recibido una terrible paliza en el calabozo y que aún no había logrado superar el trauma de aquella agresión sin sentido.

La reunión duró veinte minutos, tiempo suficiente para que Rebeca le contara lo poco que había que contar aparte de los sucesos de la noche: había llegado un correo electrónico a la secretaría del instituto donde estudiaba, destinado a ella. En él, Víctor la citaba en la puerta del Teatro-Museo Dalí, el día uno de diciembre, domingo, a las cinco de la mañana. Cuando llegó, los policías los estaban esperando.

Después llegó el turno de Víctor Yoldi. Más que decaído, el periodista estaba furioso. Tenía la cara llena de marcas, como si hubiese peleado en un *ring*. Estaba claro que le habían dado una buena paliza. Él también había recibido un correo similar al de Rebeca. Tendrían que tratar de rastrear la IP desde la que se enviaron los dos correos, pero el abogado tenía la vaga sospecha de que no serviría de mucho. A la vista estaba que su enemigo tenía recursos suficientes para buscarse un buen *hacker*.

Para ponerle en antecedentes, Víctor comenzó la historia desde el principio: desde la mañana que Massimo Figueroa apareció exangüe sobre el cubo de las patatas en la cocina de la cárcel de Pamplona. A medida que relataba los hechos acaecidos en las últimas semanas, el rostro del Gigante Romay –como la habían bautizado tiempo atrás Rebeca y él– se iba tornando más y más sombrío e iba adquiriendo una palidez preocupante.

–¿Se encuentra bien, Terencio? Tiene mal color –le preguntó Víctor, preocupado.

–Pues lo cierto es que de pronto me siento algo mareado. –El abogado se aflojó un poco la corbata.

–Quien me está haciendo esto no puede matarme porque eso confirmaría las sospechas que ya compartí con la Guardia Civil –continuó Víctor–, pero quiere asustarme y, sobre todo, desacreditarme. Esta noche en el calabozo nos han dado una paliza con el consentimiento de los agentes de turno, y eso ha sido la gota que colma el vaso. Sobre todo porque Rebeca es completamente ajena a todo esto y..., bueno, no se merece lo que le han hecho.

–Parece que quien está detrás de todo esto tiene unos tentáculos muy largos.

Víctor asintió.

–No vamos a marcharnos sin poner la denuncia oportuna por lo ocurrido en el calabozo –aseguró el abogado–. Le pese a quien le pese, daremos todos los pasos necesarios. Pero te digo una cosa, Víctor: si salimos de esta, prometo que será la última vez que acepto uno de vuestros casos.

Terminadas las entrevistas, pusieron la denuncia por la paliza recibida y las lesiones ocasionadas en las dependencias policiales, todo bajo la mirada de incredulidad del funcionario de turno. Lo siguiente era ir al juzgado. El Gigante Romay tenía entre manos un juicio conjunto con dos acusados por el asesinato de Hugo Castells. Pasaron casi dos horas antes de que Víctor Yoldi y Rebeca Turumbay salieran con un auto de libertad y varias medidas cautelares por entender el juez que, aunque la acusación era gravísima, podían seguir en libertad mientras se completaban las diligencias y también porque el fiscal no había pedido prisión. Ese había sido su primer golpe de suerte y debían aprovecharlo. Se les retiró el pasaporte y se les exigió que se presentasen en el juzgado dos veces por semana. Por supuesto, marcharían a Pamplona lo antes posible, ya que la exigencia de presentarse en el juzgado podía llevarse a cabo en cualquier localidad dentro del territorio nacional.

Decidieron pasar la noche en un hotel para planificar sus siguientes pasos. Había mucho que hacer en Figueres antes de volver a Pamplona. Hicieron una reserva en el hotel Empordà, a las afueras de la ciudad. Era uno de los mejores, y su restaurante, El Motel, tenía una fama que el abogado quería comprobar personalmente.

–Vosotros pagáis, pero elijo yo. Un viejo como yo no puede alojarse en un hostel de mala muerte ni alimentarse de cualquier manera.

Apostados frente al mostrador de la recepción, aguardaron a que los atendieran. Víctor y Rebeca intercambiaron miradas nerviosas. Ambos se mostraban inseguros, y la presencia del abogado les hizo renunciar a la posibilidad de compartir habitación. Les dieron tres habitaciones contiguas, luego subieron a asearse y bajaron a cenar.

–Tenéis que saber que las diligencias son secretas. Ni siquiera yo como abogado

vuestro sé qué línea de investigación se está llevando a cabo –dijo el Gigante Romay en cuanto se sentaron a la mesa que les asignaron en un extremo del gran salón comedor. La decoración era clásica. El ambiente, elegante y acogedor.

–Esto quiere decir –continuó el abogado– que no sabemos qué pruebas tienen contra vosotros, así que lo tenemos complicado porque ignoramos por dónde van a salir. Imagino que nadie ha podido veros matar a ese hombre ni poner el cuerpo en el buzo...

–¡Por supuesto que no! –se indignó Rebeca. Apenas había tenido tiempo de lamentar la muerte de su antiguo jefe porque los acontecimientos se habían sucedido con un ritmo vertiginoso, pero lo cierto era que siempre lo había considerado un amigo, además de un buen compañero de trabajo y un buen jefe. Su distanciamiento se produjo a raíz de una mentira que Hugo Castells no llegó a creerse; era demasiado listo. Él sospechaba, con razón, que el abuelo de Rebeca tenía algo que ver con los falsos Dalís, y no Marcelo Ágreda, al que ella presentó como el artífice de aquella trama y autor de los cuadros falsos que habían sustituido a los auténticos. Hugo jamás dio crédito a aquella versión. La sospecha de que Rebeca estaba implicada en semejante escándalo para la Fundación Gala-Salvador Dalí lo obligó a prescindir de ella. Debía admitir que, en su lugar, ella habría hecho exactamente lo mismo.

–Entonces debemos buscar pruebas que demuestren que no lo hicisteis. Lamentablemente, la presunción de inocencia es un concepto más bien utópico. Y por cierto, ¿a qué clase de mente enferma se le ocurre meter un cadáver en un traje de buzo? Aunque también es bastante estrafalario colgar un buzo de una fachada...

–Ese buzo tiene una historia detrás. Como todas las historias de Dalí, es bastante surrealista. –La mirada de Rebeca se volvió soñadora al mencionar a quien había sido el centro de su vida.

Tanto Víctor como el Gigante Romay se quedaron mudos, a la espera de escuchar la historia.

–Salvador Dalí participó en 1936 en la primera edición de la Exhibición Surrealista de Londres. Comenzó su discurso con la escafandra puesta, para captar por completo la atención de un público al que dejó ensimismado. Pasados unos segundos, debió de notar que le faltaba el oxígeno. Algo previsible, puesto que no había suministro de aire en el casco. Dalí comenzó a gesticular violentamente con los brazos, provocando las risas del público. Cuanto más se sofocaba, más gesticulaba y más se reía la gente, convencida de que aquello formaba parte de la *performance* surrealista preparada por el genio de Figueres. Algunos dicen que él mismo consiguió desenroscar la escafandra. Otros, que hubo que retirársela para evitar que se asfixiara. En cualquier caso, cuando se

vio por fin libre, dijo: «Solo quería demostrar que estaba buceando en lo profundo de la mente humana». Esa escena que divirtió tanto al público pudo haberle costado la vida.

–Se me han quitado las ganas de ponerme un traje de buzo –aseveró Víctor, divertido.

–Y a mí. Suerte que soy viejo y nadie me va a proponer semejante cosa.

Al abrir la carta, la boca se les hizo agua solo con los nombres de los platos. El Motel tenía fama por su cocina de autor, hecha con productos de temporada de primera calidad. Asesorados por el camarero, pidieron *foie-gras* natural de pato, *risotto* de trufa blanca y níscalos, de primero; y gambas de Roses, chipirones y bacalao, de segundos. Acompañarían la cena con la recomendación del sumiller, un cava Gran Claustro. Según les explicó, era un cava de referencia internacional elaborado artesanalmente y criado en las bodegas del convento que se alza junto al castillo de Perelada. Gracias a aquel festival de sabores marinos y a las dos botellas de cava con las que regaron la cena, por fin se relajaron. El Gigante Romay estaba en su salsa en aquel restaurante de lujo. Víctor y Rebeca lo habían pasado francamente mal aquella noche y se dejaron embriagar por el delicado sabor de aquellas dos botellas salidas de un convento.

Terminaron de cenar y, un poco ebrios, se dirigieron a sus respectivas habitaciones. El abogado fue el primero en despedirse. Víctor acompañó a Rebeca hasta la puerta de su habitación y ahí se detuvieron. El recuerdo de la terrible noche pasada en el calabozo se hizo presente entre ellos. Rebeca recordó las palabras del hombre: «Las damas primero». Su rostro era amable, de rasgos armónicos. En ese momento ella creyó que todo sería una broma pesada. Se equivocaba.

El hombre, de treinta y tantos años, pelo castaño, ojos almendrados y boca rosada, se adelantó hasta detenerse a milímetros de ella. Sin apenas inmutarse y sin que ella pudiese prever el movimiento, le propinó un terrible puñetazo en el estómago. Después soltó una carcajada y volvió a su sitio. No había ni rastro de los Mossos en ese momento. Víctor no pudo reaccionar a tiempo, pero saltó como un poseso sobre aquel tipo. Lo hubiese atrapado de no haber sido detenido por unas férreas garras que lo sujetaron por los brazos, inmovilizándolo para que el tipo de los nudillos pudiera golpearle a placer. Eran de hierro. Lo sabía bien. Los probó en lo que tardó en lanzar un grito de impotencia. Después de recibir varios golpes en la cara, comenzó a correrle la sangre por las mejillas. Rebeca seguía doblada sobre sí misma, incapaz de soportar el dolor por el golpe

recibido. «Podríamos acabar con vosotros aquí mismo con cuatro meneos, pareja de enclenques», dijo el de los nudillos, y los cuatro hombres le rieron la gracia en una reacción exagerada. Por suerte para ellos, pararon. Los empujaron hasta sus celdas, cerraron con llave y todo volvió a la normalidad que reinaba antes. Los Mossos encargados del calabozo regresaron cuando ya estaba todo en orden. No volvieron a dirigirse la palabra en toda la noche, no se atrevieron a abrir la boca. Se recostaron cada uno en su colchoneta y pasaron la noche en blanco, atemorizados, doloridos y avergonzados. No estaban seguros allí y no lo estarían en ningún otro lugar. Esa era la lección.

Se encontraban frente a la puerta de la habitación de Rebeca, como en un *impasse*.

–¿Estás bien? –Víctor rozó apenas la mejilla de Rebeca con el dedo índice.

–No, la verdad. No consigo quitarme de la cabeza lo de anoche... –bajó la mirada.

–Debemos olvidarlo. Al menos hay que intentarlo.

–Puede que hubiese cámaras en ese calabozo...

–Es una buena observación. Aunque me temo que de haberlas, habrán estado oportunamente apagadas.

–Es posible, pero hay que intentarlo

Víctor volvió a acariciarle la mejilla. Después acercó su boca a la de ella mientras sentía sus manos delicadas alrededor del cuello. De pronto sintió una punzada de dolor y dio un respingo.

–¡Perdona! ¡Te he hecho daño!

–No es nada... –dijo.

Rebeca introdujo la tarjeta en la ranura de la puerta. Iba a despedirse cuando una idea la asaltó:

–¡Las cámaras!

–¿Qué cámaras?

3 de diciembre de 2013

Había unas cuantas cámaras en la plaza Gala i Salvador Dalí, la mayoría en la fachada del museo, pero también en los laterales y enfrente. Todas apuntaban directamente a la portada. El traje de buzo, como era de esperar, había sido retirado y no quedaba rastro de sangre ni en el suelo ni en la balaustrada del balcón donde había estado expuesto hasta entonces. Al menos a primera vista, a pie de calle, nada parecía fuera de lo normal excepto la ausencia de la escafandra.

–Tenemos que solicitar las grabaciones de esas cámaras –dijo Rebeca.

–Ojalá eso sirva para demostrar nuestra inocencia, pero me temo que quien ha pergeñado todo esto no habrá sido tan estúpido como para no tener en cuenta ese detalle –comentó Víctor.

–Nunca se sabe lo estúpido que puede llegar a ser un criminal –caviló el abogado–. Y en ocasiones, los más poderosos son los que más confían en su suerte. En cualquier caso, es el primer paso.

Hicieron un sencillo plano de situación de las cámaras alrededor del museo y después se pusieron a la cola para comprar sus entradas. Lo siguiente era ver el lugar desde el que podían haber accedido al balcón. También podrían haber subido desde fuera por una escalera; lo confirmarían o desmentirían las imágenes de las cámaras de la plaza. Lo más probable es que tardasen un tiempo en obtenerlas, pues el abogado debía solicitarlas al juez y este, a su vez, al museo. Aún tenían que darse más requisitos para que aquellas imágenes sirvieran para demostrar la inocencia de Víctor y Rebeca: que estuviesen en funcionamiento esa noche, que la calidad fuese aceptable y que su foco abarcase el espacio donde se habían desarrollado los hechos.

Una vez dentro, accedieron rápidamente a la segunda planta. Rebeca iba en cabeza, seguida de Víctor y el abogado Terencio Díaz de Rada. El balcón no era accesible para el público, así que tuvieron que aguardar en un pasillo a que este quedase desierto para, a través de un panel invisible, adentrarse, guiados por

Rebeca, en una zona privada que nada tenía que ver con la exposición. Frente a las puertas del balcón se afanaron en escrutar el suelo en busca de alguna huella o de cualquier pista que delatase que allí había ocurrido algo tan grave como el asesinato del director del Centro de Estudios Dalinianos. Analizaron los marcos de las puertas y las manillas, pero allí no vieron nada que llamase la atención. Rebeca se adelantó e hizo ademán de abrirlas desde dentro. Le costó mover el pomo de la puerta más cercana al buzo, lo que les dio una pista nada desdeñable: hacía tiempo que esa puerta no se abría, por lo que era probable que a Hugo Castells lo hubiesen colocado en el balcón desde el exterior del edificio. Así pues, toda su defensa dependía de las imágenes de las cámaras.

Salieron del museo cabizbajos. De nuevo, en medio de la plaza, volvieron a repasar visualmente las cámaras y ese nuevo análisis no les dio la tranquilidad que buscaban.

–Solo una parece estar orientada hacia el balcón.

El abogado Díaz de Rada y Víctor dirigieron la mirada hacia la cámara que indicaba Rebeca. Situada en el edificio anexo al museo, enfocaba el punto donde se había encontrado el cuerpo: la escafandra de Dalí.

–Rezaremos a la Virgen de Gracia o a quien haga falta para que la imagen de esa cámara nos entregue al asesino.

Tras realizar el trámite de solicitar las imágenes al juez, emprendieron el viaje de regreso a Cárcar. Para complacer las exigencias del abogado, acordaron parar a comer en Lleida. Una búsqueda rápida en internet los llevó hasta el restaurante Ferreruela, un lugar tranquilo, de altos techos, donde servían, para deleite de Terencio Díaz de Rada, cocina de temporada con productos de la tierra. Víctor acababa de hincarle el diente a un magnífico entrecot cuando su móvil comenzó a sonar. Miró la pantalla y enarcó las cejas. Su madre. Respondió a la llamada y permaneció en silencio. Su gesto fue endureciéndose hasta adoptar una mueca que parecía querer derivar en llanto. Colgó sin despedirse y se quedó unos instantes paralizado, anticipándose al disgusto que se iba a llevar Rebeca.

–¿Problemas? –preguntó ella con el corazón en un puño.

–Marcelo ha fallecido.

Los tres se quedaron mudos hasta que Rebeca comenzó a sollozar.

–Lo siento mucho –dijo el Gigante Romay–. Era un buen hombre y sé que erais amigos.

Víctor movió enérgicamente la cabeza. Buscó un pañuelo de papel en su bandolera y se lo pasó a la joven. Después de que ella se enjugara las lágrimas, la tomó de la mano y la apretó entre las suyas.

–Se lo han cargado –dijo, como si escupiera las palabras–. Todo lo que está pasando es por mi culpa.

El abogado titubeó antes de preguntar:

–¿Tienes alguna prueba de que lo de Marcelo ha sido intencionado?

–Antes de subirlo a la ambulancia, Marcelo se refirió a unos forasteros que han estado rondando por la residencia durante los últimos días. Pero ha muerto y nadie daría crédito a las palabras de un anciano con demencia. Es más, ya nos había advertido de la presencia de esa gente, pero no le hicimos caso.

–Yo le creo –aseveró Rebeca con voz entrecortada–. No habría inventado algo así si no hubiese algo de verdad en la historia.

–Por lo que me has contado, tú y la forense de Pamplona pusisteis al corriente a la Guardia Civil de lo ocurrido –intervino el abogado–. Ya has hablado y la investigación debe de estar en marcha. Imagino que quienquiera que esté detrás de todo esto, está eliminando testigos y cabos sueltos. A ti te están machacando moralmente y desacreditándote como persona para que tu testimonio sea cuanto menos, dudoso. –Hizo una breve pausa y continuó–: Es verdad que varias personas han acabado mal por tu culpa. Perdona, sé que tienes buenas razones para hacer lo que haces, pero eso no cambia las cosas.

–No es el mejor modo de plantearlo precisamente... Y sí, yo estoy removiendo toda esa mierda porque Jonás Sádaba confió en mí y se lo debo. Pero todo está cada vez más enmarañado.

–No te lo voy a negar, Víctor. La cosa está complicada. Si todo lo que me contaste ayer es cierto, te has buscado un enemigo que hubiese sido mejor evitar. Hundirlo puede ser una empresa imposible. La Policía podría llegar a detener al autor o autores materiales de la muerte de Jonás y se acabó el asunto. –Terencio Díaz de Rada se sirvió un poco más de vino y rellenó las demás copas antes de dar un buen sorbo a la suya–. Incluso puede que se llegase a acusar a Sancho, el preso, de varios delitos, pero nada nos asegura que se llegue jamás a descubrir quien está detrás de todo esto. Lo cierto es que casi todo lo que tienes son meras conjeturas.

Rebeca se fue serenando poco a poco, pero ni ella ni Víctor volvieron a probar bocado. Al abogado nada le quitaba el apetito, así que dio buena cuenta de su comida.

–Debemos encontrar el modo de que Álvaro de Quesada confiese. Es nuestra única oportunidad –sentenció el Gigante Romay, aflojándose el cinturón.

–Entonces, estamos muertos.

4 de diciembre de 2013

–**T**us heridas han tenido tiempo suficiente para sanar.

Silvia lo miró a los ojos, suplicante.

–No hay nada que temer porque yo voy a estar pendiente de ti en todo momento. Pero nuestro futuro depende de que confíes en mí y hagas lo que te digo sin cuestionar mis decisiones. Eso si de verdad me quieres y deseas pasar el resto de tu vida conmigo.

Silvia comenzó a retorcerse las manos. Bajó la cabeza y, con la vista fija en sus pies sobre el suelo de la alameda que rodeaba el sanatorio, continuó el paseo en silencio junto a Mauro Díaz de Cerio. Acababa de informarle de que había aceptado ocupar un puesto en el Comité Económico y Social Europeo, en Bruselas. Ella sabía que, a su lado, lejos de los muros que la tenían presa hacía tanto tiempo, la vida podía ser de otro color. Se detuvo y un instante después se giró dispuesta a enfrentarse al futuro. Tomó las manos de él entre las suyas y de pronto su semblante se iluminó, sus ojos brillaron y dijo:

–Te quiero y lo que más deseo es pasar el resto de mi vida contigo.

El hombre pareció tambalearse por la emoción. La atrajo hacia sí, la abrazó con ternura y la besó en los labios. Alargaron el momento todo lo que pudieron, hasta que el sol se escondió tras la colina que protegía el terreno de Las Vistillas.

–Tengo frío –dijo Silvia, buscando calor entre los brazos de Mauro Díaz de Cerio.

–Está bien. Volvamos dentro. Tenemos gestiones que realizar. No vale la pena retrasar lo inevitable.

El plan estaba en marcha, ya nada podría detenerlos.

Decenas de personas aferradas a gruesos abrigos departían en la calle junto a la puerta de entrada al tanatorio. El cierzo soplabá con fuerza llevándose consigo las nubes y permitiendo que por fin se asomara el sol. Rebeca entró detrás de Víctor y del abogado Díaz de Rada. En un primer momento no reconoció ninguna de las caras angustiadas de las personas que allí se daban cita. Numerosos ramos y coronas se disponían en el suelo. Caminaron los pocos metros que mediaban entre la puerta y el fondo de la sala, donde Anastasia aguardaba, sentada y cabizbaja, el momento de despedirse definitivamente de su amigo. Patricio el Gitano y Daniel el Gallardo, de pie como dos soldados romanos, custodiaban el cuerpo de Marcelo, que yacía sereno a la vista de todos.

El Gigante Romay parecía aún más grande al lado de Anastasia. Se agachó para besarla en las mejillas y se giró hacia Daniel y Patricio para estrecharles la mano y darles el pésame. Víctor abrazó a la anciana y después a los hombres. Cuando apareció Rebeca, los tres ancianos se abalanzaron hacia ella.

–¡Benditos los ojos! –exclamó el Gallardo, estrechando a su sobrina entre sus brazos.

–¡Virgen de Gracia! –Anastasia se llevó las manos al pecho; en sus ojos ya se amontonaban las lágrimas.

–¡Que alegría verte! –se emocionó también el Gitano.

Daniel se apartó de Rebeca, que se unió a Anastasia en un doloroso y largo abrazo que les ayudó a serenarse. Después le tocó el turno al Gitano. ¡Los quería tanto! Se odió por haberse alejado de ellos todo ese tiempo. La visión de Marcelo volvió a provocarle una oleada de lágrimas incontenibles. Su piel parecía de cera. Aún así seguía siendo Marcelo, el amigo que tanto la había alegrado con sus refranes y canciones. Siempre optimista, siempre feliz...

Los minutos pasaron rápidamente y enseguida llegó el cura y los monaguillos para ungir el cuerpo y acompañarlo hasta la iglesia. La tapa del ataúd cayó sobre la imagen de Marcelo. Víctor, dos empleados de la residencia y Patricio el

Gitano, que sacando pecho de su buena forma física se empeñó en cargar con su amigo aunque fuese con ayuda del empleado de la funeraria, se dispusieron a trabar la caja. Rebeca agarró del brazo a Daniel, quien a duras penas conseguía lidiar con su cojera y con toda la pena de ver frente a él el féretro de su compañero de cuarto, su gran amigo. Patricio era el que estaba más entero. Aun así, fue conmovedor verlo despojarse de esa boina que era parte de su ser, en señal de respeto por su amigo Marcelo Ágreda, y guardarla hecha un ovillo en el bolsillo del chaquetón. Cuando depositaron ante el altar el ataúd, los allí presentes respiraron aliviados al ver que el Gitano había pasado la prueba sin incidentes.

Cuando el funeral terminó, los asistentes acompañaron el féretro hasta el cementerio, donde el enterrador y su ayudante se encargaron de introducir la caja en la tierra, ayudados por unas cuerdas. Rebeca observaba todo el procedimiento con una mezcla de tristeza y admiración. Jamás en su vida había presenciado un enterramiento de ese tipo antes de llegar a Cárcar.

A continuación se dijeron unas oraciones y después los presentes abandonaban el camposanto envueltos en un silencio sepulcral. Cabizbajos, con el corazón tembloroso, los tres ancianos, junto con Víctor, Rebeca y Micaela, se dirigieron a la casa del Gallardo, que, al igual que ellos, estaba fría y desangelada.

–Si me hubieras avisado de tu llegada habría mandado preparar la casa, encender un buen fuego... –protestó Daniel mientras trataba de encender la cocina económica con unas astillas y unos papeles de periódico.

–¡Qué alegría tenerte cerca, Rebeca! –musitó Anastasia, agarrada al brazo de la joven–. Aunque sea en un momento tan triste... Me consuela saber que estás bien.

–Siento mucho esta larga ausencia, de verdad. Me he perdido los últimos meses de vida de Marcelo y no me lo perdonaré jamás.

–Cuántas veces nos hemos preguntado ¿qué hará la chica?, ¿lo estará pasando mal? Pero estás bien. ¡Bendito sea Dios! –intervino el Gitano, y se encogió de hombros.

–Tu tío nunca lo admitirá, pero te echaba mucho en falta y cada día tenía un pensamiento para ti. Para «su chica».

–Puede que este no sea el mejor momento, pero... –interrumpió Víctor, y les indicó que tomasen asiento alrededor de la mesa de la cocina, mientras su madre ayudaba a Daniel con el fuego– cada segundo cuenta. Ya hemos perdido a Marcelo y no me gustaría perder a nadie más ni tampoco ser yo el siguiente.

–¿Qué podemos hacer nosotros? –inquirió el Gallardo con un gesto de impotencia.

–No lo sé –se lamentó Víctor moviendo la cabeza–. Ante todo debéis

protegeros. Id siempre juntos a todas partes. No debéis quedaros solos bajo ningún concepto, ¿de acuerdo?

Los ancianos asintieron en silencio. El móvil de Víctor comenzó a sonar. Con gesto de fastidio comprobó la pantalla y frunció el entrecejo.

–Es un número desconocido... –se dirigió a Rebeca, que le instó a contestar.

Víctor respondió con un sí dubitativo y después se limitó a escuchar lo que decía su interlocutor al otro lado de la línea. Sus músculos faciales fueron contrayéndose cada vez más.

–¿Y dónde ha pensado que podemos vernos? –dijo al fin.

Aguardó, tomó nota en un papel que sacó del bolsillo de su cazadora y colgó. Cuando levantó la mirada, su nutrido público estaba expectante.

–Puede que aún tengamos una oportunidad.

–¿Quién era? ¿Qué quería? –inquirió Rebeca.

–Puede que esta sea la llamada de nuestro ángel de la guarda.

5 de diciembre de 2013

Víctor pidió dos días de vacaciones en el periódico alegando un problema familiar. Pensó que debía llamar a Cristina, pero no se sentía capaz de hablar con ella en ese momento. Estaba preocupado por su acusación de asesinato, triste por Marcelo y confuso por la repentina aparición de Rebeca en medio de todo ese maremágnum. Tras pensarlo dos veces, optó por mandarle un mensaje para que supiera que continuaba con sus pesquisas y que se encontraba bien. A las siete de la mañana del día siguiente al entierro de Marcelo, partió con Rebeca a Madrid. Micaela insistió mucho en que Rebeca durmiese en su casa, pero la joven prefirió quedarse en la casa del Gallardo. Se levantó temprano y después de prepararse fue a desayunar a casa de Micaela, tal como la mujer le había ordenado. De allí, salieron en su coche hacia Madrid, donde debían reunirse con un hombre del que aún no sabían nada, excepto que era un enemigo acérrimo de Álvaro de Quesada. Podía ser una nueva trampa, pero no tenían otro tronco al que agarrarse, así que abandonaron Cárcar con la esperanza de que aquel viaje pusiera fin al reguero de muerte que cada vez estaba más cerca de acabar con ellos.

El GPS del Mini Cooper los guio hasta el barrio de Salamanca, una zona desconocida para ambos, con nobles edificios y tiendas elegantes. Estacionaron el vehículo en un aparcamiento cercano al paseo de Recoletos, donde los habían citado. Al acercarse al portal, el conserje les salió al paso.

–Tenemos una cita en el séptimo A –dijo Víctor a modo de presentación.

El hombre se acercó al mostrador y tomó el teléfono. Les preguntó sus nombres e informó a la persona del otro lado de la línea.

–Pueden subir por el ascensor de la escalera derecha. Que tengan un buen día.

El ascensor, una reliquia forrada en madera, tenía hilo musical. Frank Sinatra cantaba *My Way*, lo que apaciguó un poco la ansiedad que sentían desde que

habían salido de Cárcar. Si aquello era una trampa, ya no podían echarse atrás.

Al llegar a la séptima planta, se encontraron en un vestíbulo lo suficientemente espacioso como para alojar a una familia. Antes de localizar la puerta A, esta se abrió y un hombre de aspecto impecable los invitó a entrar. Su sorpresa fue mayúscula cuando se percataron de que aquello no era una oficina sino una vivienda particular, en la que los esperaba un hombre ataviado con el uniforme clásico de mayordomo. Estaban en el Olimpo, un mundo exclusivo e inaccesible para la gente como ellos. Pero aquello no era solo cuestión de dinero sino de cuna. El hombre, de semblante imperturbable, los condujo por un amplio pasillo hasta una puerta de madera tallada de doble hoja. Abrió la puerta con la mano enguantada, los anunció ante el señor de la casa y los invitó a entrar en la estancia.

–Les agradezco mucho que hayan accedido a venir a verme. Por favor, siéntense –dijo el anfitrión. Rezumaba elegancia por los cuatro costados. De rasgos angulosos y cabello canoso y abundante, peinado con raya a un lado, los recibió con expresión afable.

Víctor y Rebeca se acomodaron en un sofá de piel marrón frente a una mesita.

–Aún no nos ha dicho quién es, pero reconozco que su cara me resulta muy familiar... –intervino Rebeca.

–Es Mauro Díaz de Cerio. –Víctor también mantenía la vista fija en el hombre, que asintió con la cabeza.

La puerta se abrió de nuevo y entró el mayordomo con una bandeja de canapés.

–¿Qué desean beber el señor y la señora?

–¿Cerveza? –inquirió Víctor con poca convicción.

–Para mí, agua, por favor –dijo Rebeca.

–Agua para los dos –se corrigió Víctor–. Gracias.

Mauro Díaz de Cerio se acercó a un mueble bar, del que sacó una botella de whisky. Se sirvió una generosa cantidad en un vaso de cristal finamente tallado y se acercó a ellos tomando asiento en un sillón junto al sofá que ocupaban sus invitados. El mayordomo llegó con las bebidas y cerró la puerta tras él.

–El motivo de que les haya hecho venir es que tanto usted, señor Yoldi, como yo tenemos un objetivo común y creo que podemos sernos de mucha utilidad el uno al otro –Hizo una pausa y añadió–: No era necesario, en mi opinión, venir acompañado –dijo con tono molesto, en referencia a Rebeca.

–Rebeca Turumbay –la presentó Víctor–. Si Álvaro de Quesada ha orquestado la muerte de Massimo Figueroa, como usted me ha dicho al teléfono, y el resto de sucesos que han ido ocurriendo después, me temo que ella tiene mucho que ganar o que perder con esta reunión.

–Si eso es así, le presento mis disculpas –se dirigió a Rebeca con una ligera inclinación de cabeza.

–Mi antiguo jefe en la Fundación Gala-Salvador Dalí ha sido asesinado y las pruebas nos apuntan a nosotros dos como autores del crimen.

El rostro de Mauro Díaz de Cerio se ensombreció. Guardó silencio esperando más detalles sobre aquel asunto.

–Ambos estamos acusados de un asesinato que no hemos cometido –continuó Víctor–. Nos han tendido una trampa, y creemos que lo más seguro es que lo haya hecho la persona que está detrás de todo esto: Álvaro de Quesada, según sus propias palabras.

–Leí la noticia en la prensa, pero no imaginaba que la muerte de ese hombre tuviese nada que ver con De Quesada...

–Y dicho sea de paso –continuó Víctor–, ¿qué interés tiene un hombre como usted en destruir a un empresario tan poderoso como De Quesada?

–Tengo razones personales que no pienso compartir con ustedes porque sencillamente no les incumben.

Los dos jóvenes permanecieron a la espera de que añadiera algo más, pero Mauro Díaz de Cerio, con una parsimonia exasperante, alcanzó un canapé de langosta y se lo llevó a la boca, engulléndolo de un solo bocado. Se limpió los dedos y los labios con una pequeña servilleta y después reanudó la conversación.

–Antes de mostrarles mis cartas necesito que me cuenten lo que saben. Me consta que usted, señor Yoldi, ha visitado a la esposa de Álvaro de Quesada, ella misma me lo dijo. Seguramente lleva tiempo indagando acerca de la relación de Massimo Figueroa con la familia De Quesada, ¿me equivoco?

Ahora fue Víctor quien se tomó su tiempo antes de contestar. Tomó un canapé de salmón y lo engulló entero. Después se limpió con una servilleta, bebió un poco de agua y dijo:

–Massimo Figueroa fue a la cárcel tras confesar que había matado al hijo de los De Quesada y allí ha pasado los últimos veinte años. Eso ya lo sabrá usted. También sabrá que días antes su mujer, Ana María, le había pedido el divorcio. Massimo murió poco después y luego mataron a su compañero de celda. El primero, según los informes, se suicidó. En cuanto al segundo, la escena se preparó para que pareciese que había muerto ahogado borracho en el río. Es obvio que quien está detrás de estas dos muertes tiene mucho interés en callarnos la boca a los que tengamos algo que decir sobre todo esto. Yo ya hablé con la policía y la investigación sigue su curso, pero no tengo mucha confianza en que dé frutos porque no hay pruebas de nada...

–De Quesada pagó a Massimo por declararse culpable –aseveró Díaz de Cerio.

–Así que usted ha llegado a la misma conclusión que nosotros –intervino Rebeca.

–No es una conclusión, sino una certeza. Sé que lo hizo. Además, me consta que un delito lleva a otro mayor, y este a otro... Es una bola que se va haciendo cada vez más grande a medida que echa a rodar. Lo que empieza siendo algo nimio acaba convirtiéndose en un problema de enormes proporciones. Créanme, lo sé bien. En los negocios siempre es igual.

Tras una breve pausa, fue Víctor quien tomó la palabra.

–Ha dicho usted que la mujer de De Quesada le informó de mi visita al sanatorio. Parece ser que entre ustedes existe buena relación... –conjeturó Víctor dirigiéndose a Díaz de Cerio.

–Nos conocemos desde hace muchos años, sí. La razón de que contactara con usted es que ella me habló de su interés por la muerte de Massimo.

–Deduzco que ambos quieren justicia para Massimo Figueroa –dijo Rebeca.

–Seguramente esa es la principal motivación de Silvia, entre otras. La mía tiene más que ver con quitar a De Quesada de escena. Como les he dicho, motivos personales.

–De acuerdo –convino Víctor–. Volviendo al asunto que nos ha traído aquí, creo que está claro que De Quesada tiene comprados a funcionarios en la cárcel, que Massimo estaba vigilado y que en el momento en que comenzó a hablar, se lo cargaron. De hecho, cuando yo me entrevisté con Jonás y me habló de la muerte del Argentino, sabía lo del pacto y lo mataron. Es posible que presenciara o supiera algo que debía permanecer en secreto.

–Eso no son más que conjeturas...

–¿Qué quiere decir? –inquirió Rebeca.

–Que voy a poner todo de mi parte para hacer caer a De Quesada, pero me vendría bien tener alguna prueba. ¿Alguien vio cómo mataban a Massimo? Eso sería de gran ayuda, al menos de cara a planificar nuestra estrategia.

–Hace unas semanas –dijo Víctor, a la vez que abría la cremallera de su bandolera–, el cocinero jefe de la prisión se puso en contacto conmigo para contarme lo que ocurrió en la cocina el día que murió Massimo Figueroa. –Extrajo una pequeña grabadora digital–. Tengo su testimonio grabado. En resumen, lo que vino a decir es que el funcionario que debía vigilar la cocina no lo hizo.

–Es algo, pero no es suficiente.

Víctor abandonó el sofá y comenzó a caminar por la estancia con las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones.

–Uno de los forenses del Instituto de Medicina Legal, el que hizo la autopsia de Massimo, fue el médico de la cárcel hace años. Creemos que continúa

manteniendo lazos con la institución penitenciaria y que desde allí le han pedido que encubra el asesinato. Según la doctora Cristina Zudaire, la jefa del servicio, Massimo Figueroa no pudo cortarse el cuello porque quien lo hizo era diestro y él era zurdo. La dirección del corte del cuello no deja lugar a dudas.

–¿Esa doctora testificaría en un hipotético juicio?

Víctor bajó la mirada mientras movía la cabeza a ambos lados.

–El problema es que ya no hay cuerpo porque Massimo Figueroa fue incinerado. Ella testificará, de hecho, pero puede que la condición de zurdo de Figueroa no resulte del todo concluyente. Además, sin cuerpo, no hay posibilidad de realizar una nueva autopsia. Lo que sí está en manos de la Guardia Civil es el informe de la autopsia del compañero de celda, en el que se dice que lo ahogaron.

–Es algo, pero la relación con De Quesada parece muy remota. La idea es hacer que De Quesada reviente, que se derrumbe y confiese.

Ahora fue Rebeca quien se levantó del sofá.

–Perdone –dijo–, pero ¿por qué un hombre como Álvaro de Quesada va a confesar haber ordenado no uno sino varios asesinatos? Ninguna de las personas que han intervenido en toda esta trama va a delatarlo. Estoy segura de que habrán recibido una jugosa compensación y, obviamente, no les interesa buscarse un enemigo tan poderoso. Sería nuestra palabra contra la suya.

–Déjeme eso a mí. Le aseguro que estoy al tanto de las circunstancias legales que pudieran sernos de utilidad. Lo que necesitamos es obligarlo a confesar. Ya veremos en qué momento y en qué lugar nos conviene que lo haga.

Víctor y Rebeca salieron del piso de Mauro Díaz de Cerio a media tarde, cuando la noche ya había caído y, con ella, la temperatura. El ambiente en las calles del barrio de Salamanca, con sus tiendas de moda y sus cafeterías de diseño fueron el acicate que necesitaban para decidirse a disfrutar de aquel momento, puede que irrepetible. Sin embargo no podían quitarse de encima la sensación de estar siendo vigilados. Cada pocos metros, uno u otro se giraba para comprobar si alguien los seguía. Hicieron una búsqueda en internet y localizaron varios hoteles que quedaban relativamente cerca de donde se encontraban.

Tuvieron suerte, en el primero en el que entraron a preguntar quedaban habitaciones libres. El Jardín de Recoletos, situado junto a la Biblioteca Nacional, muy cerca del Museo del Prado y del Thyssen-Bornemisza.

–He estado tentada a entrar en el cinco estrellas, pero no me ha gustado cómo

nos ha mirado el portero.

–Puede que estemos algo paranoicos... –opinó Víctor–. Por otra parte, ¿un cinco estrellas? –La miró con fingida severidad–. ¡No olvides que somos gente sencilla. Sabes lo que se puede hacer en Cárcar con los casi doscientos euros que cuesta una noche en este hotel?

–¡No seas miserable, Víctor! Con lo que sacamos por el Dalí, podríamos haber elegido el cinco estrellas que hubiésemos deseado. Hay que vivir, nunca lo olvides.

Al llegar a la puerta de la habitación, Víctor la atrajo hacia sí y le dio un sutil beso en los labios.

–Tienes razón. No estoy acostumbrado a pensar a lo grande.

–Deberías. La vida es breve y sabes mejor que nadie que en cualquier momento puedes encontrarte con una sorpresa desagradable.

–Tienes razón.

Se quedaron unos instantes contemplando la espaciosa habitación, toda vestida de un blanco inmaculado, con una decoración minimalista pero acogedora.

–Podría vivir aquí durante meses. ¿Quién quiere volver a casa? –Víctor cruzó la estancia hasta el balcón, lo abrió y salió para comprobar la vista.

La habitación daba a un precioso jardín que no hubiese esperado encontrar en una ciudad como Madrid. La cama *king size* invitaba a perderse en ella. No habían vuelto a acostarse desde que la última vez en Cárcar, hacía ya un año y medio, y aunque no lo habían tenido que pensar dos veces para reservar una sola habitación en aquel lugar idílico, cuando se vieron frente al lecho se mostraron tímidos y retraídos.

Se despojaron de sus prendas de abrigo, deshicieron sus pequeñas bolsas de viaje y colocaron el contenido en el armario. Víctor dijo que tomaría una ducha antes de salir a cenar y se encerró en el cuarto de baño. Rebeca dudó, pero finalmente se desnudó y entró detrás de Víctor, que aún no se había despojado de su ropa cuando ella apareció. La excitación fue demasiado fuerte como para entretenerse con los preliminares. Víctor la besó y comenzó a acariciarla, y ya no pudo apartar las manos de su cuerpo sinuoso y ávido. La cogió de la mano y la llevó de vuelta al dormitorio. La tumbó sobre la cama y en un instante, libre de ropa, su piel, su cuerpo, su boca, sus manos se fundían con los de ella... La ducha podía esperar.

–¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? –Víctor llevaba queriendo hacerle

esa pregunta desde su reencuentro en Figueres.

Rebeca se tomó su tiempo para contestar, mientras jugueteaba con el vello del pecho de Víctor. Finalmente se incorporó un poco sobre él y mirándole fijamente a los ojos dijo:

–He estado aprendiendo a restaurar. Sobre todo pintura, pero también mosaico y joyas. –Rebeca le dedicó una mirada enigmática.

Víctor se la quedó mirando como si tuviera delante un animal extraño.

–¿Tenías esa cuenta pendiente o piensas reorientar tu carrera profesional?

–Puede que ambas cosas. He barajado la posibilidad de trabajar por mi cuenta. Podría volver a dar clases, si fuera necesario, pero preferiría hacer peritaje y restauración de obras de arte.

–¿Y por qué tanto secreto? ¿Por qué dieciocho meses de silencio? No lo entiendo.

Rebeca se levantó de la cama y se encaminó al cuarto de baño. Víctor admiró su cuerpo desnudo desde la cama, y después la siguió para darse una ducha con ella. Se enjabonaron uno al otro en silencio, se besaron bajo el rociador y salieron unidos como dos siameses hasta la cama, donde hicieron el amor una vez más, ahora con más calma.

–No puedo contártelo todo, Víctor.

–Di más bien que no quieres.

–De acuerdo, no quiero contártelo todo.

Aunque tenían la intención de ir a cenar a algún restaurante de la zona y pasear cobijados por la noche madrileña, no fueron capaces de salir de la cama y llamaron al servicio para que les subieran la cena.

Al día siguiente se levantaron deliciosamente agotados y llenos de energía, a pesar de las pocas horas de sueño. En el móvil de Víctor había entrado el aviso de varios mensajes. Era Cristina. La doctora Zudaire se interesaba por la investigación, le mandaba besos y decía que lo echaba de menos. Una sombra cubrió el rostro del periodista, que, de pronto, sintió una losa sobre su espalda.

–¿Ocurre algo? –preguntó Rebeca, curiosa.

–No. Nada. Había olvidado algo importante.

Apenas había pensado en Cristina desde que Rebeca apareció en la plaza del museo. Era un caradura, un capullo... Un verdadero capullo. Cristina tenía razón al insinuar que solo se acordaba de ella cuando necesitaba algún favor. Y sin embargo, si era sincero consigo mismo, debía de reconocer que quería a Cristina Zudaire. La quería mucho, aunque no de la misma manera que a Rebeca. ¿O

quizá solo era cuestión de tiempo? Una cosa tenía clara: si la nieta del Gallardo no hubiese aparecido en escena, tenía por seguro que hubiese continuado aquello que de un modo natural había surgido entre la forense y él. Pero ahora había un nuevo jugador en aquella partida y él tendría que decidir. Esa certeza le contrajo un poco el estómago.

–Tienes mala cara, ¿te encuentras bien?

–Sí. No debes preocuparte –dijo, a la vez que tecleaba a toda velocidad un tranquilizador mensaje de respuesta–. ¿Vamos?

Bajaron a desayunar al restaurante bufé y disfrutaron de lo lindo de aquella exhibición de colores frutales, variedades de repostería, fiambres, platos calientes, zumos, té, cafés...

–¿Por qué después de veinte años y de todo lo que está ocurriendo nadie sabe quién pudo matar al hijo de De Quesada? –soltó Rebeca a bocajarro nada más sentarse en la mesa. Tenían una cita con Ana María, y Víctor la había puesto al tanto de todas sus investigaciones.

–No lo sé. Pero su padre se tomó, y sigue tomándose, muchas molestias para que nadie lo descubra.

6 de diciembre de 2013

Satisfechos y con fuerzas renovadas, se dirigieron al aparcamiento para recuperar el Mini de Rebeca y acudir a la cita que tenían prevista. Una vez más se sintieron observados y esa sensación se hizo más patente en el interior del aparcamiento. Salieron de allí conteniendo la respiración.

Para facilitar el encuentro, habían resuelto reunirse en el templo de Debod, tal como hiciera Víctor la primera vez. Era una mañana fría y luminosa, y desde el mirador contemplaron la ciudad en silencio, disfrutando de ese cielo tan azul.

–«De Madrid al cielo», dicen los madrileños.

Se giraron al escuchar aquellas palabras pronunciadas a sus espaldas.

–Hola, Víctor, me alegra volver a verte. Soy Ana María y este es mi hijo Armando –se presentó dirigiéndose a Rebeca.

Tras los saludos, fueron a buscar un banco en un rincón poco transitado donde poder hablar.

–Ayer tuvimos un encuentro con Mauro Díaz de Cerio... –Víctor dejó que sus primeras palabras calaran en sus interlocutores y continuó–: Seguro que os suena ese nombre, es un hombre muy influyente. –Ana María se mostró sorprendida, pero hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Sí. Lo conocía. Armando, en cambio, atendía sin comprender de qué iba todo aquello–. Nos citó para invitarnos a aunar fuerzas contra Álvaro de Quesada. Sabemos, más bien sospechamos, que él está detrás de la muerte de Massimo, de nuestro amigo Jonás y de dos personas más, cercanas en mayor o menor medida a nosotros.

–Álvaro lleva muchos años ayudándonos. De no ser por el dinero que nos manda...

–Según Díaz de Cerio, ese dinero no es ninguna bicoca. Massimo pagó con su propia libertad y a la postre ha perdido la vida.

Armando fue el primero en reaccionar.

–¿Quiere decir que mi padre era inocente? –le preguntó a Víctor, con tono beligerante.

–Eso parece.

Los ojos de Ana María se llenaron de lágrimas, mientras su hijo comenzó a moverse nervioso, agitado, incapaz de asimilar aquella información.

–¿Por qué iba a hacer algo así? Es una estupidez. No le creo.

Ana María tomó aire antes de responder a su hijo.

–Estábamos arruinados, Armando. El trabajo de tu padre no nos daba para nada. Imagino que Álvaro utilizó la desesperación de tu padre cuando necesitó un chivo expiatorio. –El muchacho se tapó los oídos con las manos, fuera de sí.

–Massimo me dejó una nota en la que culpabilizaba a Álvaro de su muerte – continuó Ana María, y abrió su bolso, del que extrajo un pliego de papel manuscrito.

–¿Por qué no mencionó esta nota la primera vez que nos vimos? –le preguntó Víctor, y alcanzó la nota que ella le tendía para que la leyera.

–Tuve miedo. Y lo tengo ahora mismo. Si Álvaro mandó matar a mi marido, significa que es capaz de todo.

–¿Hay algo más que no me dijera en aquella entrevista?

Ana María vaciló un instante antes de abrir de nuevo el bolso y extraer un objeto cuadrado de color negro. Se lo tendió a Víctor.

–No sé lo que contiene. He sido incapaz de encontrar un aparato para verla.

–Es una cinta de vídeo analógica. Bastante antigua, por cierto.

–Tal vez contenga una prueba contra De Quesada –conjeturó Rebeca– ¿Tenéis en el periódico un reproductor con el que podamos visualizarla?

–Creo que sí. Mientras tanto, debemos saber si estáis dispuestos a colaborar con nosotros. El plan es ayudar a Mauro Díaz de Cerio a hundir a De Quesada.

Pasaron unos minutos de silencio tan solo interrumpidos por el piar de algunos gorriones y el crujido de la grava bajo los pies de Armando, que no dejaba de moverse de un lado para otro.

–Hablamos de venganza... –musitó Ana María, ya recuperada la calma.

Víctor asintió con la cabeza.

–Esto no me gusta, madre. Vámonos –dijo Armando.

–Hablamos de venganza pero también de justicia, deberíais pensarlo bien – intervino Rebeca mirando alternativamente a la madre y al hijo.

Ana María meditó durante unos segundos mientras se mordisqueaba el labio inferior.

–Hijo, tu padre ha muerto porque pensó que te iba a perder, y él no quería por nada del mundo perderte. Ha muerto para que supieras que no era un monstruo, sino un buen padre que solo buscaba el bienestar de su familia. Todo ha sido por mi culpa. Porque le pedí el divorcio. Porque dejé de quererlo...

Armando lanzó un bramido, fruto del dolor o de la impotencia, quizá de

ambos, y salió corriendo.

–Contad conmigo para lo que haga falta –les dijo Ana María enjugándose las lágrimas con un pañuelo–. Seguramente también Armando nos ayudará, solo necesita tiempo para asimilar todo esto.

–De acuerdo. Tu colaboración será de gran ayuda –dijo Víctor, satisfecho–. Lo primero de todo es que reanudes tu amistad con Silvia. Sabemos que hace pocos días fuiste a verla... –Ana María asintió sin disimular su sorpresa–, pues debes volver cuanto antes y repetir las visitas siempre que lo necesitemos. ¿De acuerdo?

7 de diciembre de 2013

Lo primero que hizo Víctor al llegar al periódico fue buscar un reproductor analógico para poder visionar la cinta que le había entregado Ana María. Como era de esperar, la grabación se había degradado con los años, tenía mucho ruido de imagen y carecía de sonido. A pesar de todo, se podía apreciar lo que sucedía en una cocina, a la que enfocaba una cámara que debía de estar en el techo. Había varias horas de grabación. En las imágenes aparecían dos mujeres y un niño pequeño que salía siempre comiendo en la mesa de la cocina. Era de suponer que los adultos lo harían en el comedor. Se veía a las mujeres y al niño moviéndose por la estancia, pero Víctor no llegó a apreciar nada llamativo. Pasó la imagen a digital y guardó el archivo en su ordenador. Envío una copia a Cristina Zudaire para que la estudiase, con la esperanza de que ella viese lo que él era incapaz de detectar, y otra a su dirección personal de correo electrónico para tenerla a mano. Ahí debía de haber algo que se le escapaba. ¿Por qué si no iba el Argentino a entregar esa cinta a su mujer como prueba de su inocencia?

Muy diferente era el caso de la cinta que recibieron desde Figueres. Las imágenes eran de buena calidad y mostraban a dos personas que se movían por la plaza, acarreando un bulto primero y una larga escalera después. Era de suponer que una tercera persona podía estar vigilando, pero nadie más aparecía en la pantalla. Al menos sabían que a Hugo Castells lo habían matado en el exterior del museo y habían colgado su cadáver desde fuera. Por desgracia, las dos personas llevaban pasamontañas y prendas de vestir de color negro, por lo que era muy difícil asegurar que no eran Víctor y Rebeca. El abogado Terencio Díaz de Rada y los dos jóvenes miraban una y otra vez las grabaciones con la esperanza de encontrar algún detalle, por nimio que fuera, que les revelase la identidad de aquellas personas, o enseñaran algo que les proporcionase una pista, un hilo del que tirar para demostrar su inocencia. Era la cuarta vez que visionaban el mismo fragmento: dos personas colocaban la escalera contra la balaustrada de la fachada, soltaban los tornillos que sujetaban el buzo, que

lanzaron al suelo y quedó tendido en la plaza como un buceador ahogado. Luego desaparecían y poco después volvían a aparecer acarreado una pesada bolsa negra y alargada. La extendían en el suelo, abrían la cremallera y extraían el cuerpo, que introducían con no poca dificultad en el traje de buzo. Los dos criminales no dejaban de mirar a su alrededor, nerviosos ante la posibilidad de que algún noctámbulo apareciese por allí. Después de ajustar la escafandra, una de las personas ayudaba a la otra a cargar con el cuerpo y subirlo por la escalera. Era un verdadero sufrimiento ver al tipo ese ascender peldaño a peldaño con un cadáver al hombro, pero finalmente logró llegar al balcón donde soltó lastre con la poca fuerza que debía de quedarle. La segunda persona, que había permanecido al pie de la escalera vigilando los movimientos de la primera, subía también al balcón y allí, con notable esfuerzo, ambos se afanaban en asegurar el traje de buzo, con el cuerpo en su interior, en sus amarres originales. Era imágenes reveladoras, sin duda, pero inútiles para identificar a los responsables de aquel crimen, de ese escenario tan bien diseñado, digno del propio Dalí.

–No tenemos nada –se lamentó el abogado. Se levantó del sillón y comenzó a pasear por su despacho con las manos agarradas a la espalda.

–No sé... El caso es que hay algo en uno de esos tipos que me resulta familiar –dijo Rebeca.

Víctor y el abogado la miraron con curiosidad.

–¿En serio? ¿Cuál de ellos te resulta conocido y quién crees que puede ser?

–No lo tengo claro. Me resulta familiar ese porte desgarbado... El cuerpo alto y delgado. ¿Le importa volver a poner la grabación desde el principio? Por favor.

El Gigante Romay rebobinó hasta el minuto en el que una persona entraba en cámara. Volvieron a visionar las imágenes con interés, tres pares de ojos fijos en una pantalla de ordenador de diecisiete pulgadas. Faltaban dos minutos para terminar. Los dos tipos ajustaban el traje de buzo a sus amarres cuando Rebeca lanzó un grito:

–¡Marco Lombardi!

Los dos hombres la miraron como si se hubiera vuelto loca.

–¿Quién demonios es Marco Lombardi? –El abogado la miraba estupefacto.

–Mi compañero en el taller de restauración. El muy...

–Puedes soltar un taco de vez en cuando si la ocasión lo merece –dijo Víctor jocoso.

–Es difícil asegurarlo al cien por cien, pero creo que podría ser él. Apareció en el taller de mi maestro de restauración unas semanas antes de que yo volviera a España. Ese cuerpo enjuto y ese modo de moverse como un caballo percherón...

–Así que todo comenzó a fraguarse en ese taller... –caviló Víctor, a la vez que se mesaba la barba incipiente.

–¡Tengo que hacer una llamada! –exclamó Rebeca, muy alterada. Buscó un contacto en su móvil y llamó.

–*Sono io*, Rebeca Turumbay. *Ciao! Come va?*

La joven mantuvo una breve conversación en lo que a Víctor y al abogado les pareció un italiano perfecto. El gesto de Rebeca se ensombreció hacia el final de la conversación.

–Marco Lombardi dejó de acudir al taller de Francesco poco después que yo –dijo cuando colgó–. Puede que no fuera la restauración lo que le interesara en realidad. Francesco dice que no tiene su dirección, tan solo un teléfono.

–¡Bravo! –exclamó el abogado.

–No tan rápido. Dice que trató de contactar con él por medio de ese número y resultó que pertenecía a otra persona. También trató de localizarlo a través de sus contactos, los que consiguieron que Francesco lo admitiera en su taller, pero nadie tiene noticias de su paradero. No tenemos nada.

–Tenemos a un sospechoso. Uno más. Parece que los tentáculos de De Quesada son largos. Muy largos.

Aquella tarde la viuda de Massimo Figueroa tomó un taxi hasta las afueras de la ciudad. Por el camino fue mentalizándose de que lo que iba a hacer estaba bien, que solo la movía el afán de hacer justicia a la memoria de su marido, el amor de su vida. Tenía pendiente una conversación con Guillermo. La había ido posponiendo porque no se sentía con fuerzas para afrontar tantas batallas al mismo tiempo, pero ahora sabía que no lo quería. Ella siempre había estado enamorada de Massimo y la apenaba comprobar que se había dado cuenta demasiado tarde, cuando ya lo había perdido. Ningún hombre le llegaría jamás a la suela de los zapatos y, desde luego, si alguno lo hacía, no sería Guillermo Valverde. ¿Cómo había llegado a quererlo? Debió de estar ciega y sentirse muy sola cuando su marido entró en prisión para cambiar tan drásticamente su opinión sobre Guillermo, a quien Massimo siempre había considerado un traidor y un mal compañero. Se convenció a sí misma de que esas traiciones en los negocios eran algo habitual; también Massimo había traicionado a Álvaro... Pero en los últimos días todo había cambiado. No dejaba de dar vueltas a la idea de que él había deseado la muerte de su esposo e incluso que podía haber movido algunos hilos para que sucediera. Aunque era una ocurrencia bastante descabellada. La nota de la Biblia dejaba bien claro quién era el responsable. Había estado ciega durante demasiados años.

Cuando el taxi se detuvo frente a la verja de Las Vistillas, la puerta se abrió y el vehículo comenzó a avanzar por el camino de grava hasta llegar a los pies de la escalinata que daba acceso al edificio. Pagó al chofer y quedó con él para que volviera a recogerla en una hora. Encontró a Silvia en uno de los bancos de piedra, con su abrigo y una manta sobre las rodillas, leyendo *Rebeca* por enésima vez. Sabía que era su novela favorita, pero la preocupaba que se hubiera convertido en una obsesión. Manderley podía tener alguna semejanza con aquel vasto edificio aislado del mundo, al que se accedía por esa entrada de gravilla flanqueada por árboles gigantes. Ana María miró a su alrededor y un escalofrío

la atravesó de pies a cabeza al recordar la primera frase de la novela: «Anoche soñé que volvía a Manderley».

Al verla acercarse, Silvia se sobresaltó.

–Estoy al tanto del plan de Mauro Díaz de Cerio –le dijo a su amiga, tras darle dos besos–. No debes preocuparte. Haría cualquier cosa por ti y, en este caso, lo haré también por Armando, por Massimo y por mí misma.

–Tengo miedo, Ana María, miedo de no saber cómo vivir el resto de mi vida, de no ser capaz de hacerlo plenamente.

–Todos tenemos ese temor, querida, forma parte de la vida... –Ana María abrazó con ternura a su amiga, a la vez que las lágrimas asomaban a sus ojos y rodaban por sus mejillas sin cortapisas.

Pasaron unos minutos en silencio, sintiendo el calor de su mutua compañía, hasta que finalmente Silvia se levantó del banco y comenzó a doblar la manta.

–Mauro y yo aspiramos a estar juntos algún día.

–Ten mucho cuidado, Silvia. Álvaro no debe sospechar que hay otro hombre en tu vida, de lo contrario... No quiero ni pensar de lo que sería capaz.

–Al principio de mi estancia aquí, Mauro venía a verme un día a la semana, siempre, nunca fallaba. Por muchos compromisos de trabajo que tuviera siempre sacaba un rato para pasarlo conmigo. –Silvia hablaba con mirada soñadora–. Álvaro sabe todo lo que hago, qué como, cuántas horas duermo y, desde luego, quién me visita. Sabe que vino aquel periodista, sabe que viniste tú y sabrá que has vuelto.

–¡Cielo santo! Entonces, ¿cómo ha permitido las visitas de Mauro durante tantos años?

–Eso es lo más interesante del asunto. El personal del sanatorio respeta a mi marido y lo mantiene al corriente de todo lo que me concierne. De todo menos de Mauro Díaz de Cerio, que es aún más influyente que Álvaro en este puñado de hectáreas. En Las Vistillas, Mauro es Dios –aseveró, levantando la barbilla con orgullo–. Desde que ingresé aquí realiza cuantiosas donaciones y eso tiene su contrapartida. Álvaro no puede ni imaginar que yo tenga algo parecido a una vida, que me pueda relacionar con nadie aquí encerrada.

Las dos amigas permanecieron en silencio, las manos entrelazadas, escuchando el murmullo del viento.

–Estoy feliz por ti, Silvia –dijo Ana María–. Tener a un hombre a quien amar es maravilloso, sobre todo si es bueno y te ama, si es capaz de mover montañas para estar contigo. Deseo de corazón que todo salga bien y puedas disfrutar de la vida que mereces. Vivir así es morir poco a poco. Silvia, mi amiga del alma.

Se abrazaron, lloraron y después vieron que el taxi se aproximaba lentamente por el camino de grava.

–Volveré con noticias, querida. Cuídate mucho y recuerda que te quiero como a una hermana. –Ana María montó en el asiento de atrás y cerró la puerta sin apartar la vista de Silvia, quien permaneció en el sitio observando cómo se alejaba su amiga hasta que el taxi llegó al final del camino y cruzó la verja.

Del 7 al 8 de diciembre de 2013

Cada día alargaba más el momento de regresar a casa, consciente de que lo único que le esperaba allí era una larga noche de inquietud y pesadillas; imágenes que llegaban a parecerle tan reales que temía entornar los párpados. No quería dormir. Álvaro de Quesada solo quería descansar por fin y liberarse de tanta culpa. Sabía que sus acciones estaban justificadas, pero en ningún momento había previsto aquella acumulación de efectos colaterales. Los rostros de Massimo, de Ana María y de algunas personas a las que no había llegado a conocer, pero a las que había dañado, lo atormentaban. En las últimas semanas, había dado órdenes y esas órdenes habían sido pagadas de su bolsillo. Ahora los fantasmas de aquellos a quienes había destruido en su empeño por mantener su secreto lo perseguían sin descanso.

–¡Dejadme en paz, malditos! –bramó mientras subía la escalera helicoidal de mármol blanco.

Entró en su dormitorio, en el que, desde hacía ya tantos años, pasaba las noches solo en una enorme cama vacía. Se desvistió y se puso el pijama rodeado de un silencio estremecedor. Dudó si ponerse también el batín de seda y bajar a ver un rato la televisión. Se dirigió al baño y abrió el armario de los medicamentos. Extrajo un comprimido de la caja de Orfidal. Tras meditarlo un momento, sacó otro. Se tragó los dos comprimidos con un poco de agua mientras analizaba su imagen en el espejo. Los acontecimientos de las últimas semanas le hacían preguntarse continuamente si siempre había sido un hombre sin escrúpulos o si habían sido el poder y el éxito los que lo habían corrompido.

Mientras observaba la imagen que le devolvía el espejo, llegó a la conclusión de que simplemente se estaba haciendo viejo. Zanjó aquella espiral de pensamiento por improductiva y se dirigió al gran ventanal del dormitorio para contemplar la noche, tal como hacía cada día de su vida desde que tenía memoria; la luna creciente, los pequeños destellos de vida desperdigados a su alrededor, el jardín, la piscina, el césped perfectamente cortado por su jardinero,

la persona con la que últimamente pasaba más tiempo.

Cuando iba a acostarse, creyó ver una sombra moverse bajo la ventana a pocos metros de la casa. ¡Qué raro! Enarcó las cejas y volvió a mirar a través del cristal. Escrutó el jardín en busca de una sombra entre los setos, los rosales, los árboles. De pronto, como si formara parte de una obra de teatro, una figura apareció sobre el césped. Era un hombre alto, espigado. Álvaro de Quesada se sobresaltó ante aquella presencia extraña, incapaz mover un músculo. El hombre elevó la cabeza y lo miró fijamente.

–¡Massimo!

Con el corazón a punto de estallar, cerró los ojos con fuerza.

Volvió a abrirlos esperando que aquello fuese una mala jugada de su cabeza trastornada. En efecto. Su amigo había desaparecido. Todo estaba en calma. Completamente aturdido, anduvo los dos pasos que lo separaban del lecho. Se acostó y se cubrió con el edredón, albergando la pueril esperanza de que ningún fantasma osara traspasar esa barrera. En medio de ese estado de confusión y pánico, tuvo la suficiente cordura para tomar una decisión: lo primero que haría al día siguiente sería ir a ver al psiquiatra de su esposa. Necesitaba ayuda y la necesitaba pronto. Medicinas para dormir y no soñar. La pastilla mágica para no ver más allá; tan solo vivir, nada de pensar.

Su cuerpo comenzó a relajarse con la ayuda de los fármacos y su mente poco a poco siguió el mismo camino.

Media hora después, cuando ya había entrado en un sueño profundo, un ruido estridente le hizo dar un brinco en la cama. ¡Maldito teléfono!

–¿Quién es? –respondió en su sueño y permaneció en silencio, escuchando las palabras de su interlocutor al otro lado de la línea–. ¿Dices que Massimo ha roto nuestro acuerdo? –De nuevo una pausa–. Solúcionalo. Ha llegado el momento de que me demuestres tu lealtad. No quiero conocer los detalles. Tenemos medios, Alberto. Empléalos.

Álvaro de Quesada vio a Alberto Urquijo, su mano derecha, asesor, abogado y confidente, meditar unos minutos mientras daba vueltas en el despacho de su casa. Después marcaba en un teléfono un número que tenía apuntado en una libreta.

–Soy Urquijo. Necesito tus servicios –hizo una pausa–. Nos vemos en media hora en la cafetería de siempre del Bernabéu.

Antes de abandonar su domicilio, Alberto Urquijo localizó en internet una fotografía del Argentino y la imprimió. Dobló el folio y se lo guardó en el

bolsillo del abrigo. En menos de media hora estaba en la cafetería. Su cita llegó puntual, como era de esperar. Estatura media, fuerte, con una mata de cabello abundante y rebelde y un abrigo oscuro y largo que le cubría el cuerpo. De los labios le colgaba un cigarro a medio consumir. Apagado, eso sí. Eran los dos únicos clientes. Una mujer de unos cincuenta y tantos fregaba el suelo y un camarero de veintitantos enredaba con el móvil tras la barra.

El hombre se sentó frente a Alberto Urquijo, al otro lado de la mesa. Intercambiaron un parco saludo, y el abogado puso frente a él la foto de Massimo Figueroa.

Álvaro de Quesada sufrió una violenta sacudida pero no llegó a despertar de su sueño. Un sudor frío perlaba su frente. En su cerebro la acción continuaba y su abogado tomó la palabra:

–Seguramente no la necesites, pero aquí la tienes. Es un convicto que lleva veinte años en la cárcel de Pamplona. Lo llaman el Argentino y su nombre es Massimo Figueroa. Él es tu objetivo.

–Esto lo podría hacer un aficionado –dijo el hombre con voz ronca.

–Me alegra ver que será un trabajo fácil para ti. También quiero que hagas algo más. Parece que este tipo se está yendo de la lengua, quiero saber con quién ha hablado y quiero que desaparezca. No pueden quedar cabos sueltos.

El hombre sacó las manos de los bolsillos y las puso sobre la mesa. En la mano derecha tenía un Zippo. Abrió la tapa con el correspondiente chasquido metálico y el olor a gasolina inundó la mesa.

–¿Aceptas?

El hombre acercó la llama del Zippo al cigarro que había mantenido entre los labios todo el tiempo. Inhaló una gran bocanada de humo y luego la fue expulsando muy despacio. Alberto Urquijo sintió un revoltijo de nervios en el estómago.

–Si ese tipo ha hablado, la cosa se complica. Tengo gente, contactos aquí y allá, pero habrá que sobornar a unos cuantos, y eso es caro.

–El dinero no es problema.

El abogado abrió un maletín y extrajo dos fajos de billetes de cincuenta.

–Esto es un anticipo.

El hombre continuaba jugando con el Zippo. Luego lo cerró y volvió a guardárselo en el bolsillo del abrigo. Continuaba fumando con impunidad. Hizo un guiño cómplice al abogado y se guardó los dos fajos de billetes en el otro bolsillo.

–Llámame cada dos días y te iré poniendo al corriente. Quiero recibir pagos semanales en función de lo que vaya surgiendo.

–De acuerdo –confirmó el abogado, que le tendió la mano para sellar el trato.

Pero el hombre lo ignoró. Se levantó de la silla, se dio media vuelta y salió a la calle. Se montó en su coche y puso rumbo hacia la Moraleja. Tardó poco en aparcar frente a la mansión. De la guantera extrajo un arma de pequeño calibre, que fue a parar a su bolsillo derecho, y guardó los dos fajos de billetes en el lugar que ocupaba el arma. Luego salió del vehículo y llamó al timbre.

Álvaro de Quesada esperó que alguna de las criadas saliese a abrir, pero ante la insistencia de los timbrazos, él mismo se decidió a bajar. Se puso el batín de seda y las zapatillas y descendió la escalera de mármol. Cuando abrió la puerta, el hombre lo empujó literalmente hacia dentro, a la vez que cerraba la puerta con la otra mano. Lo acorraló contra la pared y le puso la pistola en la frente. De Quesada quiso protestar, intentó resistirse, pero el intruso era mucho más fuerte que él. Quitó el seguro de la pistola con el consiguiente chasquido metálico. Notó cómo el líquido caliente bajaba por la entrepierna de su pijama. El sonido de la detonación lo cubrió todo.

Álvaro de Quesada despertó completamente alterado, angustiado, aterrorizado. Aquellas pastillas no parecían ser de gran ayuda. ¿Estaría perdiendo el juicio? Sabía que tenía sobradas razones para padecer un cuadro de estrés, ansiedad o como quiera que los médicos llamasen a aquello que llevaba a la pérdida del control mental y el consiguiente deterioro de la salud física. Ya era de día. Había asistido a su propia ejecución y aquello había sido demasiado para él. Llamó a su chofer y pidió ayuda a una de sus empleadas para vestirse. Fue incapaz de elegir el traje, los zapatos, la corbata... Aquello terminó de acongojarle, se sentía como un inválido. Su mente no funcionaba correctamente y su cuerpo no obedecía como de costumbre, sino que chirriaba como una mula mecánica.

Víctor y Armando vigilaban sus movimientos ocultos en el jardín. Llevaban horas allí apostados, desde que entraron en la mansión siguiendo las instrucciones de Silvia para cambiar las pastillas de su marido por una mezcla de drogas que habían conseguido gracias a Pío. La idea de que Armando apareciese bajo la ventana del dormitorio del empresario salió de Víctor; aunque el joven se mostraba inseguro y nervioso, nada de eso se traslució en la noche y la distancia. El plan para hacer caer a De Quesada estaba en marcha.

Cuando la verja del sanatorio comenzó a abrirse, un escalofrío le recorrió la

espalda. ¿Cómo se sentiría Silvia después de tantos años viviendo allí? Nunca se lo había preguntado a ella, pero ahora que su propia cordura estaba en entredicho vio aquel lugar con una mirada muy distinta. Podía ser su cárcel si no lograba controlar aquellas pesadillas o, mejor dicho, sus visiones, alucinaciones, destellos de una locura que no quería reconocer, pero que comenzaba a invadir su mente. No había contemplado la posibilidad de compartir su preocupación con su esposa, a la que encontró en la escalinata de la entrada.

–¡Hola, querido! No sabía que vendrías a verme tan temprano. ¡Qué sorpresa!  
–Silvia parecía realmente impresionada.

–No es eso...

Su mujer lo miró intrigada.

–No venía solo a visitarte. Vengo a ver al doctor Aguilera.

–¿Para qué? ¿Es que he empeorado? –inquirió llena de preocupación.

Álvaro se quedó estupefacto ante aquella pregunta. Silvia lo miraba expectante, ansiosa por conocer el motivo que había llevado a su marido al sanatorio tan temprano aquella mañana.

–Eso parece, querida, pero no debes alarmarte. Aquí estás muy bien atendida. Lo sabes.

La besó en la mejilla y continuó su camino a través del vestíbulo hacia la consulta del doctor Aguilera.

Media hora después, el lujoso vehículo del empresario abandonaba el sanatorio de Las Vistillas. No llegó a despedirse de su mujer, que debía de estar vagando como una ninfa entre los árboles del pequeño bosque que albergaba la institución. Tampoco hizo nada por localizarla. Prefería mantenerla al margen de sus devaneos. No quería preocuparla. Observó la bolsa con los medicamentos que el psiquiatra le había proporcionado y, por primera vez en años, se santiguó, con la esperanza de que la química le ayudase a centrar su mente en los negocios, que eran, a fin de cuentas, lo que más le importaba en la vida.

Ordenó a su chofer que volviera a su casa sin pasar por la oficina. No había pegado ojo y no se sentía con ganas de plantar cara a su consejo de administración. Un buen jefe es aquel que sabe delegar, ¿no?, se dijo. Pues eso.

Al llegar a su casa, fue directo a la cocina para ordenar a sus dos empleadas que preparasen la comida y también la cena. Después, podían tomarse el día libre. Lo mismo hizo con el resto del servicio. Quería estar solo. Se tomaría las nuevas pastillas y trataría de descansar.

Cuando por fin se fueron todos, se dejó caer sobre su butaca favorita, orientada hacia el jardín; casualmente al mismo punto donde había visto a Massimo la pasada noche. Sintió un frío repentino y se abrazó fuerte con sus propios brazos. Tenía que dormir a toda costa. Abrió la bolsa con los medicamentos y tomó una de las cajas, la de los antipsicóticos, de la que extrajo una píldora. «Clozapina», se leía en la caja. Era una medicación bastante fuerte, pero si lograban centrarlo en la realidad, valía la pena. De otra caja extrajo una segunda píldora. Trankimazin. Un ansiolítico diferente al Orfidal, cuyos efectos no habían sido los que el empresario esperaba. Se levantó raudo para verter un poco de whisky en un vaso y ayudarse así a tragar las pastillas. Pasó un tiempo – un minuto o una hora, era incapaz de saberlo– y oyó que llamaban al timbre de la puerta. En un primer momento, permaneció indiferente, pero volvieron a llamar, y por una décima de segundo se arrepintió de haber despachado a sus

empleadas. La cara que se encontró al abrir la puerta se le hizo conocida, pero no consiguió ubicarla. ¿Quién era aquel tipo de pelo ensortijado, barba de dos días, vaqueros desgastados y cazadora de montaña?

–Hola. Soy Víctor Yoldi, periodista. Seguro que me recuerda.

«No es un buen momento para una visita», quiso decir, pero no lo dijo. Su voluntad estaba amordazada y tan solo pudo quedarse plantado frente al recién llegado. El periodista dio un paso al frente y le ayudó a cerrar la puerta. Se sentaron uno junto al otro en el sofá de la sala de estar. Víctor sacó libreta, bolígrafo y grabadora.

–Sabemos que usted mandó matar a su amigo Massimo. También ordenó la muerte de mi amigo Jonás en Cárcar. Lo ahogaron en el río. ¿Conocía ese detalle o solamente le interesaba el resultado?

Las manos de Álvaro de Quesada comenzaron a temblar. Se dio cuenta y las escondió en los bolsillos de su chaqueta. Algo ridículo, pensó, pero no se le ocurrió nada mejor.

–Un muchacho cayó por la muralla de Pamplona, a la altura del Caballo Blanco. Usted ha vivido allí, seguro que conoce el lugar. –Hizo una pausa y ante el silencio del hombre continuó–: Puede que a usted le dé lo mismo, pero a nosotros no. Sabemos que estos crímenes responden a un objetivo muy claro que es acallar las voces de quienes pueden llegar a conocer el pacto que hizo usted con Massimo Figueroa para encubrir a un asesino. ¿Tal vez a usted? –Víctor guardó silencio, a la espera de una reacción.

Álvaro de Quesada fue a decir algo, pero de pronto, un tic nervioso se apoderó de sus labios. Su boca se abría y cerraba, gesticulaba. Sacó las manos de los bolsillos y comenzó a moverlas como si conociese el lenguaje de los signos y aquello le ayudase a expresarse. Víctor frunció el ceño.

–¿Quién mató a su hijo? –continuó–. ¿Por qué no quiso que se investigara? Hablamos de un niño pequeño, ¡por Dios! ¿Qué clase de padre era usted?

Don Álvaro dejó de escuchar porque todo aquello lo superaba con creces. Aquel tipo hablaba mucho, tenía demasiada información e iba a por él. De todas las frases pronunciadas por aquella boca de labios rosados y gruesos hubo tan solo una que su cabeza logró registrar entera. Una frase que iba a repetirse en su mente con machacona insistencia durante horas y horas mientras su cuerpo dejaba de resistirse y se daba por vencido.

«¿Quién mató a su hijo?» «¿Quién mató a su hijo?» «¿Quién mató a su hijo?»

Víctor abandonó la mansión con la satisfacción de ver que, tal como habían

previsto, el empresario estaba confuso, fuera de sí, completamente trastornado. Si continuaba mezclando las drogas con el whisky, muy pronto estaría en condiciones de confesar. Volverían a entrar en la casa y sustituirían la nueva medicación por más pastillas de las de Pío. Las visitas y apariciones eran demasiado teatrales, pero con el lamentable estado mental del empresario parecían funcionar. Se alejaba ya de la lujosa mansión con su Peugeot cuando sonó el teléfono.

–¿Sí?

–Hola. Soy Cristina.

Víctor notó que se le cerraba el estómago.

–¿Estás bien? Hace días que no sé nada de ti.

–Sí... Bueno. Han ocurrido muchas cosas y no quería preocuparte.

Al otro lado de la línea, la doctora Zudaire guardó silencio.

–En realidad, no he tenido oportunidad de llamarte. Todo se ha desmadrado y estoy en Madrid. Mi amigo Marcelo ha muerto. Lo empujaron por una peña. Nadie lo creerá jamás, pero yo sé quién dio la orden.

–Pero necesitas pruebas, ¿no es así?

–Exacto. ¿Tú estás bien, Cristina? –preguntó con tono íntimo, como si quisiera acariciarla con las palabras. No podía estar con las dos, por mucho que ambas le gustasen, se dijo.

–Estoy bien. Verás... He estado estudiando las imágenes que me mandaste. No es fácil distinguir detalles, pero tengo una teoría.

–¡Vamos! ¡Cuéntame!

–Creo que una de las mujeres echaba mucha sal a todo lo que el niño ingería.

–¿Sal?

–El sodio puede ser nocivo para la salud si se ingiere en grandes cantidades. – Cristina hizo una pausa para que Víctor asimilase la información.

–¿Dices que esa mujer estaba haciendo enfermar al niño? ¿Qué lo estaba envenenando?

–No podemos asegurarlo. Es una posibilidad. Podría ser azúcar, pero eso no tendría un efecto tan nocivo en la salud del niño como el de la sal. Y sabemos, porque en la sentencia se dijo expresamente, que el hijo de los De Quesada murió a causa de los daños provocados por un envenenamiento de sodio.

–¿Pudo ser la empleada del hogar quien lo envenenó? He conocido a Silvia y estoy completamente seguro de que quería a su hijo.

–Existe una enfermedad mental por la cual, la persona que cuida a un niño, generalmente la madre, se inventa síntomas o los provoca ella misma, haciéndole enfermar. Es un modo de conseguir atención y notoriedad a los ojos del resto de personas de su entorno.

–Todo esto me parece muy extraño, pero si tu teoría es cierta, De Quesada pactó con Massimo para que cargase con la culpa de su mujer. De Quesada la estaba protegiendo, además de proteger su reputación y sus negocios.

–Será muy difícil demostrar esto con unas imágenes de tan mala calidad. Además, el crimen ya se juzgó y con el tiempo que ha pasado incluso habrá prescrito. No podemos hacer nada por ese lado.

–Es cierto. –Víctor volvió a quedarse callado, pensativo, y al poco añadió–: ¿Debemos compartir esta información con la viuda de Massimo?

Ahora fue Cristina quien se tomó unos instantes para responder.

–Podemos dejarlo pasar de momento. Tengo la impresión de que no va a hacerle ningún bien saberlo. Por otro lado, tampoco estamos cien por cien seguros de que las cosas ocurrieran de esa manera.

–De acuerdo.

Cristina cambió de tercio y dijo:

–Espero que no te estés poniendo en peligro. Estás solo al frente de esto, Víctor.

–No estoy solo. –Casi le dolió saber que se preocupaba por él–. Tranquila. Te lo contaré todo cuando nos veamos.

–No sabía que tuvieses ayuda...

–Rebeca ha vuelto. Y el abogado Terencio Díaz De Rada, ¿recuerdas? El Gigante Romay. Él también está en medio del tinglado. Y... bueno. Algunas personas más, pero es largo de contar.

–No quiero molestar. Ya sabes dónde encontrarme si me necesitas, ¿verdad? Siempre lo has sabido –dijo, y colgó sin despedirse.

Víctor se quedó con una sensación incómoda por haber disgustado a Cristina. No era tonta y, desde luego, no era el tipo de mujer que consienta ser segundo plato de nadie. Se encontraba entre la espada y la pared. No podía seguir con las dos a la vez y tampoco quería hacer daño. Pisó más fuerte el acelerador y subió el volumen de la música. The Cure, ¡perfecto! Terminó *My pictures of you* y comenzó *Friday I'm in Love*. ¡Mierda! Él estaba enamorado, sí. Ese era el problema...

9 de diciembre de 2013

Era curioso el efecto que le producía llegar a Cárcar. Siempre ocurría lo mismo: durante el camino iba contando las horas y los minutos que faltaban, consultaba el móvil en las paradas para ver si había entrado algún mensaje o buscaba en internet alguna noticia reseñable. Al entrar en el pueblo, solo se escuchaba el silbido del viento, el murmullo de las ramas de los pinos acariciándose, el ruido lejano del motor de un coche, de un tractor o de una moto y el alboroto de los chavales corriendo por las calles del pueblo, como si les perteneciesen, cosa que, bien mirada, era cierta.

En Cárcar, Rebeca se convertía en otra porque su relación con el mundo era diferente. Aquel era el pueblo que vio nacer a su abuelo, don Ángel Turumbay, músico, barbero y practicante. El asesino de la cueva del Ángel. Una breve sonrisa asomó a sus ojos al recordar al hombre que hizo las veces de padre después de que el suyo falleciera. Un gran hombre, se dijo. Como tenía por costumbre cuando llegaba a Cárcar, salió a dar un paseo, pero aquel día optó por cambiar su ruta habitual. Nunca había bajado al regadío desde que descendió la peña con Víctor hacía ya una eternidad. Daniel le había explicado cómo llegar a la presa. Ni corta ni perezosa, se puso unas zapatillas de deporte y un vaquero y salió bien abrigada hacia la plaza Mayor, bajó por la calle del mismo nombre y continuó el descenso, dejando atrás el bar Jadai, tal como le había explicado su tío. Cruzó la carretera y descendió una larga y sinuosa cuesta que la condujo hasta el barrio de San Cernin, en la parte más baja del pueblo, llegando hasta el puente sobre el río Ega, junto a la fábrica de conservas abandonada. Cruzó con mucha precaución pues estaba en curva y no había paso de peatones. Sospechaba que de haberlo habido no hubiese sido muy útil en aquel paraje tan poco transitado. Tomó el camino a su derecha que bordeaba la fábrica por un lado y seguía el curso del río por el otro. Caminó durante unos cientos de metros hasta toparse con un rebaño de ovejas. Los perros la amedrentaron y las ovejas, con sus balidos, monótonos la tuvieron en vilo hasta que se alejaron. Nunca hubiese

sospechado que un rebaño de ovejas pudiese asustar a nadie, pero era muy diferente encontrarse a las cien ovejas en una fotografía que hacerlo en persona en medio de un estrecho camino sabiendo que ella era la extraña en aquella ecuación. Las ovejas, los canes y el pastor, un hombre de enorme bigote negro y piel curtida por el sol que la miró de arriba abajo sin el menor disimulo, estaban en su casa.

Aún tuvo que caminar unos cuantos metros hasta llegar a una zona de piedras. «Ruejos», según palabras de su tío. Se acercó a la orilla pisando con cuidado para no torcerse un tobillo. De pronto resbaló y, trastabillando aparatosamente, acabó de nalgas en el suelo. Ningún testigo. Nadie en varios kilómetros a la redonda, constató mirando a su alrededor. Dio rienda suelta a sus instintos y se dejó llevar con una sonora carcajada como si llevase mucho tiempo reprimiendo cualquier reacción espontánea. Se obligó a relajarse, a disfrutar de aquel momento de abandono absoluto. Se había ensuciado, sí. ¿Y qué? Tendida sobre las piedras observó el cielo, como cuando era niña y jugaba con su abuelo Ángel a ver formas en las nubes. Ella siempre veía animales enormes y su abuelo alababa su imaginación y aplaudía su capacidad de observación. ¡Cuánto añoraba a su familia! Ahora tenía a su tío el Gallardo, sangre de su sangre, y también a Anastasia y al Gitano; las mejores personas que podía llegar a conocer. Y los quería tanto como a Daniel. Su mirada se ensombreció al pensar que faltaba Marcelo. Había sido el primero en marchar y el resto podía seguir su estela con mayor o menor rapidez. Debía aprovechar su compañía, sus vivencias y sus enseñanzas. Debía protegerlos y también disfrutar de ellos mientras pudiese. Y podía. ¡Vaya que si podía! Era libre «para hacer de su capa un sayo», como hubiese dicho Marcelo.

Con renovada energía se levantó del suelo cuajado de piedras y continuó el camino hasta la alameda, que ya se vislumbraba muy cerca de allí. Se adentró entre los árboles caminando despacio para no tropezar. Enseguida se encontró frente a la presa. Un lugar encantador donde el potente ruido del agua al caer contra el cemento inundaba sus sentidos. Al levantar la mirada se encontró con una preciosa vista de Cárcar encaramado a su montaña, con esos acantilados que los del pueblo llamaban «la Peña». Se entretuvo unos segundos en buscar el punto exacto por donde ella y Víctor descendieron aquella tarde en la que pudieron haber perdido la vida por culpa de una loca que los seguía a escopetazos. Aquella fue su primera aventura. Y ahora, dos años después, volvía a repetirse la misma historia: Víctor, y ella a su lado, jugándose el pescuezo por descubrir la verdad y tratar de hacer justicia con la muerte de Jonás. Víctor habría hecho lo mismo por cualquier persona de Cárcar, incluida ella, que aunque no había nacido ahí, sí tenía allí sus raíces. Todos los del pueblo se

protegían como si fuesen una sola familia.

Desvió la mirada hacia el agua de la presa donde había aparecido el cuerpo de Jonás, el primer amigo que hizo en el pueblo. Pasaron juntos un día con su correspondiente noche durante su primer viaje a Cárcar. Sufrió una sacudida al recordar aquella noche por los bares del casco viejo de Pamplona que terminó junto a la muralla, cerca de la plaza de toros. Los ojos se le llenaron de lágrimas. De pronto le vino a la mente su antiguo jefe y su trágico e injusto final. ¿Es que el mundo se había vuelto loco? Por si no fuera bastante la pena de saber que Hugo Castells había sido asesinado, se enfrentaba ella misma a la acusación de su asesinato. El abogado Díaz de Rada se estaba encargando del asunto, pero el tema era gravísimo. La búsqueda de Marco Lombardi no había dado frutos por el momento, aunque seguían tras su pista.

Ojalá el plan que se estaba llevando a cabo en Madrid diera resultado. Echaba de menos a Víctor y rezaba para que todo saliese según lo previsto sin más incidentes.

Decidió poner fin al paseo. Se giró dispuesta a desandar el camino que había seguido hasta llegar allí cuando reparó en que había unas personas a unos cincuenta metros de distancia. Eran dos hombres y una mujer jóvenes, vestidos como oficinistas, algo poco frecuente en Cárcar y bastante fuera de lugar en aquel paraje en mitad del campo. Su presencia la extrañó, pero no tanto como para dedicarle más atención. Estarían admirando el entorno antes de continuar su camino. Respiró profundamente, se enjugó las lágrimas y, con la vista fija en el pueblo y un halo de satisfacción en su rostro, se dispuso a iniciar el regreso. Sin embargo, aún no había abandonado la alameda cuando se dio cuenta de que aquellos tres forasteros se dirigían hacia ella y le hacían señales con las manos. Supuso que se habrían perdido o que buscarían algún tipo de información. Aguardó hasta que estuvieron frente a ella.

–Disculpe, ¿es usted Rebeca Turumbay?

Asombrada, asintió levemente con la cabeza.

Un instante después la tenían bien agarrada y la arrastraban hacia la presa. El corazón de Rebeca comenzó a bombear sangre a toda velocidad. Su cerebro trataba de buscar una salida. Pero ¿cómo luchar contra aquellos tres? Pidió socorro a gritos, lo más fuerte que pudo con la esperanza de que alguien la oyera. Un labrador, un vecino de paseo, un niño. Una mano grande y fuerte le selló la boca y ahí terminó su única posibilidad de pedir auxilio. Llegaron al borde del embalse. Rebeca pataleaba y arañaba lo que podía. No pensaba rendirse sin plantar cara. Fuera como fuese, al menos dejaría un rastro. Ninguno de sus atacantes abrió la boca. Sintió que aquello era injusto y cruel. Que debía vivir algo más. Que su tío Daniel, Anastasia y Patricio morirían de pena al

conocer la noticia. Y Víctor. En ese momento lo comprendió. La arrojaron al suelo al borde del embalse y alguien le agarró de la cabeza para hundirla en el agua. Jonás había pasado por lo mismo, pensó. Una última ojeada al pueblo en lo alto de la colina. Una despedida. Finalmente se preparó.

Don Álvaro llevaba varios minutos sin atender a la partida. Era su turno, pero comenzó a divagar mientras Felipe aguantaba estoicamente y lo escuchaba con mirada atenta.

–Nuestros problemas comenzaron hacia 1990 cuando Silvia, Pablo y yo vivíamos en Pamplona. Yo luchaba con todas mis fuerzas para ser el próximo presidente de la Comunidad Foral. Vivíamos en Zizur, a las afueras de Pamplona, una localidad que presumía de ser una de las de mayor renta per cápita del país. El problema era que Silvia no conducía y tampoco le seducía demasiado hacer uso del chofer para todo; mi mujer tenía un estúpido complejo de clase que le impedía disfrutar de los lujos que yo le proporcionaba, por lo que pasaba días y días sin salir de casa más que para ir al cole de Pablo o a la peluquería. –El empresario hizo una pausa con la mirada perdida. Felipe no se atrevía a interrumpir, pero el movimiento de sus manos enredando con las cartas delataba su inquietud.

»Yo notaba su malestar, pero le insistía en que ser la esposa del presidente era un sueño hecho realidad. Sabía que no era el sueño de mi mujer, sino el mío propio, pero no tenía ganas de afrontar lo que era una realidad como un templo: mi mujer se sentía arrinconada y sola. Silvia me pidió volver a Madrid y continuar con nuestra vida anterior, lejos de la política. Casi me eché a reír ante tan estúpido ruego. Amaba a mi familia... Pero jamás se me pasó por la cabeza abandonar mi objetivo. Ni siquiera la derrota dentro de mi propio partido consiguió que cesara en mi empeño. UPN ganó las elecciones en 1991, pero no fui yo el cabeza de lista. A última hora, dos de los apoyos que tenía por seguros me la jugaron, y así fue como en menos de dos años perdí mi oportunidad de alzarme en la política, a mi hijo y a mi esposa.

»Y todo ocurrió por tu culpa, Massimo –dijo, mirándolo directamente a los ojos–. ¿Cómo pudiste traicionarme así? ¿Por qué? Yo siempre te traté como a un hermano, o incluso mejor que a un hermano. A Silvia y a Pablo les hacía bien

tener a tu mujer y tu hijo cerca. Éramos una gran familia y tú y yo éramos hermanos. Fue perfecto mientras duró. Pero después de lo que hiciste todo se fue al traste. Silvia sufrió muchísimo. Y luego, ya en Pamplona, pasó lo de Pablo. Eso nos terminó de matar a los dos.

Don Álvaro cayó en una especie de trance que Felipe no se atrevió a interrumpir. Permaneció en su sitio, callado, con las cartas en la mano, hasta que don Álvaro reaccionó por fin.

–Quiero ir a ver a mi mujer. Prepara el coche, Massimo, salimos en quince minutos.

Abandonaron la mansión en El Soto y diez minutos después entraban en el recinto del sanatorio Las Vistillas. En ese momento, Álvaro fue consciente de lo cerca que vivía de su esposa, a pesar de que en lo sentimental la distancia entre ellos fuese abismal. Era el precio que había pagado por protegerla. No pudo hacer nada para salvar a Pablo, pero cuando el pequeño murió, se juró que al menos la salvaría a ella.

Álvaro de Quesada había ordenado a Felipe hacer una llamada al sanatorio para avisar de su visita antes de salir hacia allí. No solía hacerlo, y tampoco sabía explicar por qué lo hizo en ese momento. Felipe conducía titubeante, nunca había estado antes en ese lugar, pero su jefe no pareció darse cuenta de ese detalle. Tan solo miraba de un lado a otro sin fijar la vista en ningún punto concreto. Al llegar a la escalinata, Felipe detuvo el motor.

–Hemos llegado, señor –anunció a su jefe, que seguía ausente.

Álvaro de Quesada dio un ligero respingo.

–Ah, ya...

Miró hacia la zona porticada donde había unas sillas de jardín y unas mesitas de forja. Imaginaba que Silvia estaría cerca y, en efecto, allí estaba. Y no estaba sola, la acompañaba Ana María. Se quedó petrificado sintiendo un frío cervical, al ver que las dos mujeres eran las dos jóvenes que Massimo y él conocieron en la plaza de Santa Ana. Aquello no podía ser. Esas jóvenes no existían ya, aunque estuviesen ahí frente a sus ojos. ¿Cómo era posible?

–Massimo, ¿ves a esas dos jóvenes ahí sentadas charlando animadamente?

–¡Claro, señor! –aseguró Felipe, temeroso de no responder correctamente a la pregunta.

El empresario agarró la manilla de la puerta dispuesto a salir, pero algo lo retuvo. Felipe se dio cuenta del error garrafal.

–Disculpe, señor. –Se apeó del vehículo y se apresuró a abrir la puerta trasera.

Pero don Álvaro no se inmutó. Pasaron unos segundos incómodos, mientras el empresario miraba a las mujeres sin dar crédito a lo que veían sus ojos. Aquellas jóvenes de rostros lozanos no eran reales. Ambas eran mujeres en su madurez. ¡Aquello era una locura!

—¡Nos vamos! —ordenó. Y el miedo a pasar otro día y otra noche entre fantasmas le provocó un temblor incontenible.

Rebeca supuso que el agua estaba fría y sucia, pero no llegó a comprobarlo. El agitado aliento de una bestia llegó hasta ella a la velocidad del rayo. Ni siquiera habían percibido el ruido de su carrera. Dientes afilados, una lengua larga y una respiración que denotaba lo mucho que había corrido aquel perro que, de no estar ella al borde de la muerte, la habría matado del susto. Pero en ese momento, aquel can le salvó la vida. Al menos de momento, pensó. Las tres personas que la atenazaban se quedaron inmóviles mientras buscaban al posible dueño del animal. No hubo que esperar mucho. Antes de poder visualizarlo, llegó a sus oídos el sonido inconfundible de un cencerro. Otro perro llegó veloz siguiendo el rastro del primero. Eran perros grandes, de campo. Los balidos tardaron un poco más en hacerse audibles, casi lo mismo que el centenar de ovejas que llegaban hasta la orilla siguiendo el camino marcado por los perros. Un pastor belga y un pastor de los Cárpatos. Entre los animales, dos hombres como dos torres azuzaban al rebaño sin prisa pero con determinación. Los tres que tenían a Rebeca salieron zumbando como almas llevadas por el diablo. Montaron en el coche que tenían aparcado en el camino y desaparecieron. Rebeca, incrédula y en estado de *shock*, no se movió del sitio. Los dos hombres se acercaron a ella, con un gesto de extrañeza en sus rostros curtidos por el sol y el viento. Rebeca ya había visto antes a uno de ellos, el mayor, que lucía un espeso bigote negro.

–Soy la sobrina del Gallardo –le dijo cuando lo tuvo delante–. No me encuentro bien. ¿Podrían acompañarme a casa?

El hombre dirigió la vista al coche, que ya casi había desaparecido por el camino en dirección a la carretera. Después fijó su mirada torva en Rebeca y finalmente movió la vara mientras decía a voz en grito:

–¡Vamos! ¡Venga! Tengo el coche en el corral. Bastante cerca de aquí. –Y añadió, dirigiéndose al otro pastor que por la edad bien podía ser su hijo–: ¡Ocúpate tú! ¡Enseguida bajo!

Llevaban recorridos unos cientos de metros cuando el pastor le preguntó, sin apartar la vista del camino:

–Justo donde estabas cuando hemos llegado encontraron el cuerpo de Jonás hace pocos días. ¿Lo conocías?

Rebeca no tenía muchas ganas de conversación, pero estaba muy agradecida y se esforzó en responder.

–Sí que lo conocía. He sentido mucho su muerte...

El pastor, que luego supo por su tío que se llamaba Eulogio, la llevó hasta la residencia en una furgoneta blanca y polvorienta, llena de artilugios de campo, cuya utilidad Rebeca desconocía. Aquel hombre y su rebaño le salvaron la vida y se lo agradecería eternamente, pero lo único que fue capaz de decir cuando el vehículo se detuvo en el camino que cruzaba los jardines de la residencia fue «gracias». Enseguida vio a los tres ancianos en un banco y, sin despedirse de su salvador, salió de un salto de la furgoneta y cerró la puerta con un llanto incontenible. Daniel la vio y trató de salvar lo más rápido que pudo la distancia que lo separaba de su sobrina, a la que recibió con un largo y fuerte abrazo.

–Han intentado ahogarme en la presa –consiguió balbucear–, pero llegaron los perros, el rebaño...

–¡Ay, Virgen de Gracia! –suspiró Anastasia, a la vez que se llevaba la mano al pecho. Patricio la sujetó por los hombros temiendo que se desmayase.

–Espero que Víctor termine pronto lo que quiera que esté haciendo en Madrid. Si no..., ¡estamos bien jodidos! –sentenció el Gallardo.

Víctor llegó a casa de los Figueroa a las ocho de la tarde, tal como habían convenido. Nada más abrirle la puerta, Ana María le hizo partícipe de su preocupación.

–Lleva horas hecho un manojo de nervios. Al fin y al cabo, solo es un crío – justificaba a su hijo mientras guiaba al periodista por el pasillo–. Creo que lo he sobreprotegido. Ya sabes, la ausencia de su padre, ser hijo único...

–Esa situación me resulta muy familiar, créame. Yo también soy hijo único y mi padre hace muchos años que nos dejó.

Ana María lo acompañó hasta la puerta del dormitorio de Armando, se agarró las manos y las apoyó en su pecho. Víctor le hizo un guiño de complicidad para tranquilizarla, al tiempo que golpeaba la puerta con los nudillos.

–Adelante.

Víctor entró y cerró la puerta con suavidad a su espalda. Ana María se quedó fuera.

–Hola, Armando. ¿Estás listo?

–No sé... Yo... He pensado que igual no soy la persona adecuada para hacerlo.

–Por supuesto que lo eres. No hay nadie en el mundo que lo pueda hacer mejor que tú, y sabes que es correcto y justo. –Víctor se sentó en la cama y apoyó el brazo sobre el hombro del muchacho–. Lo único que ocurre es que estás nervioso. ¿Qué tal si te tomas una cerveza o una copa de vino?

–No me gusta el vino ni la cerveza.

–¿Brandi, coñac, whisky, ginebra?

–Estoy nervioso, pero no soy un alcohólico.

Víctor salió de la habitación y en dos minutos volvió con un vaso de Baileys con hielo; según Ana María, la única bebida con alcohol que su hijo tomaba alguna que otra vez. ¡Hay que ver lo raros que son los universitarios de ahora!, se dijo Víctor extrañado. Hacía poco más de diez años que él había dejado la universidad y ya se sentía un carroza al lado de Armando. Claro que diez años

para ese muchacho eran media vida, así que seguramente él fuera un carroza de verdad.

–Un Baileys doble. –Víctor tendió el vaso a Armando, que pareció sorprendido de que alguien conociera sus gustos en ese sentido–. Bébetelo y haremos esa llamada.

Armando vació el vaso de un trago, luego saltó de la cama y tomó aire. Se había envalentonado un poco, pero temblaba. El de Cárcar cerró los ojos por un momento mientras se encomendaba a la Virgen de Gracia.

Don Álvaro se quedó clavado en medio del salón con el teléfono en la mano. Su naturaleza humana había desaparecido para convertirlo en una piedra caliza. Tardó minutos en reaccionar. Estaba solo en casa con las mujeres del servicio. Recordaba la visión que había tenido en el coche, a la puerta del sanatorio, pero ahora se había calmado. Al llegar a casa, se había tomado uno de esos antipsicóticos que el doctor le había recetado y se había tumbado en el sofá para descansar un poco. No quiso subir a su dormitorio; pensó que el pulular de la servidumbre por la planta baja alejaría a sus fantasmas.

Juanita, una de las asistentes, le había pasado la llamada con toda naturalidad y él tardó en darse cuenta de lo que querían decir aquellas inocentes palabras: «Un tal Massimo Figueroa al teléfono, señor.» Tomó el auricular y escuchó las palabras surgidas de la boca de un hombre que ya no podía hablar ni pensar. Colgó el auricular, consciente de que aquello no podía estar ocurriendo: «Hola, don Álvaro –le había dicho aquella voz del más allá–. Sé lo que estás haciendo. Mandaste matarme y voy a vengarme de ti, viejo amigo. Por mi mujer, por mi hijo, por mí mismo y por todos los que han caído. Empieza a rezar, si aún recuerdas alguna oración. Estás a un paso del infierno y ahí estoy yo, esperándote».

Con la mente confusa y el cuerpo paralizado por el miedo, De Quesada llamó a gritos a la asistente.

–¡Juanita, ven!

La mujer llegó rauda y se plantó a dos metros de don Álvaro en actitud servicial.

–¿Recuerdas la llamada que me has pasado?

–Claro, señor.

–¿Recuerdas el nombre del tipo que llamaba?

–Era de su oficina, señor. Don Alberto Urquijo, su asesor.

–Pero ¡qué dices, mujer!

Juanita pareció confusa y asustada ante la actitud exacerbada del señor.

–Mi asesor ha llamado hace horas. Acaba de llamar un tal Massimo... Tú misma me has pasado la llamada.

La muchacha bajó la cabeza y guardó silencio.

–¿Es que no lo recuerdas? Massimo Figueroa.

–No, señor. Mis disculpas, señor. Seguro que tiene usted razón y yo no lo recuerdo porque tengo muy mala cabeza, señor.

–¡Anda, anda! Desaparece de mi vista –bramó, con un gesto que trataba de apartar a la mujer lo más lejos posible.

Después se acercó al mueble bar para servirse un vaso de whisky que tragó como si fuese jarabe para la tos. Subió las escaleras que llevaban a su dormitorio, dispuesto a tomarse algo para dormir y acostarse. En cuanto se metió en la cama cayó en una especie de trance que en nada se parecía al sueño reparador que tanto ansiaba.

Silvia le hablaba histérica al teléfono, rogándole que volviese a casa lo antes posible. El niño estaba enfermo y no sabía qué hacer. Sí, ya le había dado la dichosa medicina. Sí, ya le había tomado la temperatura. Había que llevarlo a un hospital inmediatamente. Él le pidió que llamase al 112 para que enviasen una ambulancia, pero ella insistió en que no haría nada hasta que él llegase y los llevara a urgencias. Abandonó la sesión en la Diputación y se dirigió a toda velocidad a Zizur, con el pensamiento de que Silvia estaba tan enferma como el niño.

Ingresaron al niño en el hospital. Silvia parecía más tranquila estando allí junto a su hijo y su marido. «El niño estaba bien últimamente, ¿qué ha podido cambiar para que vuelva a enfermar?», le repetía una y otra vez a Silvia, que siempre respondía encogiéndose de hombros. Tampoco los médicos encontraban explicación alguna a sus síntomas. Si aquello continuaba, su futuro como político podría verse comprometido. Su pequeño Pablo tenía la maldita costumbre de ponerse enfermo cuando el partido más lo necesitaba. Ese niño tenía un sexto sentido. ¿O tal vez fuese Silvia la responsable? Contra todo pronóstico, había resultado ser una madre insegura y poco capaz de cuidar del niño ella sola. ¿Por qué si no iba a requerir su presencia cada dos por tres, sabiendo que se jugaba la presidencia?

Visitó el colegio de Pablo, por si algún otro niño mostraba síntomas parecidos a los de su hijo, pero no era el caso. Volvió al hospital, taciturno, y se encontró a Silvia dormida en el sillón junto a la cama del niño, con las manos aferradas al bracito infantil y la cabeza sobre la colcha. Sus dos amores sufrían sin que él pudiese evitarlo. Ni su dinero, ni su apellido servían para nada.

Un profundo malestar lo sobresaltó. Despertó envuelto en un sudor pegajoso. Las sábanas le quemaban a través de la seda del pijama. Se levantó de la cama y alcanzó el aseo a trompicones. Se refrescó la cara y el cuello con agua fría y aprovechó para beber un poco. El espejo le mostró un rostro desconocido. Cerró los ojos. Con manos temblorosas sacó un comprimido de Orfidal y se lo metió en la boca. Lo pensó un momento y buscó otra píldora, un Trankimazin. Volvió a beber agua del grifo y se tragó las dos pastillas a la vez. Regresó a la cama, la misma donde engendraron a Pablo, donde tanto se amaron Silvia y él y donde llevaba tantos años durmiendo solo. Después de lo ocurrido, nunca se le pasó por la cabeza la idea de acercarse a otra mujer. Se acostó notando el efecto sedante de los fármacos y cerró los ojos con la esperanza de dormir hasta el día siguiente. Quería tener la mente en blanco y abandonarse a un sueño profundo, sin pesadillas ni ensoñaciones del pasado. Pero imágenes del pequeño Pablo, con su carita pálida y sus labios secos e incoloros invadieron su mente sin piedad. Junto a él, una Silvia de ojos enrojecidos lloraba mientras su pequeño perdía la vida. El sueño cambió de pronto, situándolo en medio del cementerio: el ataúd frente a ellos, tan pequeño. En pocos minutos estaría bajo tierra. Tan profundo que nunca nadie podría rescatarlo, acariciarlo, consolarlo... Le había fallado. Lo había abandonado durante meses, había dedicado todo su tiempo a preparar la candidatura. Pensaba que tendrían toda la vida por delante para estar juntos, pero se equivocaba. La vida de Pablo fue breve. Comenzó a llorar frente al minúsculo féretro. El llanto fue haciéndose más y más intenso y enseguida llegaron unos espasmos incontenibles. Creyó enloquecer, no podía ejercer ningún control sobre su cuerpo ni su mente. La emoción lo hizo caer sobre la caja de madera y comenzó a gemir amargamente sobre ella, por su niño. Su único hijo, al que no había sabido proteger. Una luz cegadora lo despertó. Era media mañana. Estaba llorando.

Con la ayuda de Juanita y de dos píldoras de Clozapina, logró prepararse para ir al despacho. Le hubiese gustado encontrarse con Felipe al volante, pero se recordó a sí mismo que Felipe era su jardinero, no su chofer. Llegaron a la Torre de Cristal y, al ver que el chofer se quedaba en el aparcamiento, tuvo que rogar que lo acompañase. No se sentía capaz de ir solo a ninguna parte y, aunque aquella sensación de descontrol lo estaba asustando de verdad, se había propuesto seguir en lo posible su rutina diaria. El hombre obedeció complaciente y guio a Álvaro de Quesada hasta su despacho en la última planta del rascacielos. La secretaria entró enseguida, alarmada por el aspecto de su jefe.

—¿Está usted enfermo, señor? ¿Puedo traerle algo? Tal vez debía de haberse quedado en la cama.

–No, no. Estoy bien. Ponme un whisky.

La mujer lo miró espantada, pero no dudó en atender la petición del presidente. Álvaro de Quesada se bebió el whisky como si fuese agua y se tambaleó. Media hora más tarde, su médico de confianza estaba inclinado sobre él, que yacía tendido en el sofá del despacho.

–¿Ha pasado o está pasando por un período de estrés o de nerviosismo fuera de lo habitual? –le preguntó el médico tras auscultarlo y tomarle la tensión y la temperatura.

Don Álvaro asintió con la cabeza.

–¿Sabe qué día es hoy?

Cuando fue a responder, se quedó parado. Frunció el entrecejo y miró al médico con extrañeza.

–¡Claro!

El doctor aguardó una respuesta más concreta.

–Es... hum... ¿Qué más dará qué día es hoy? Llevo unos días malos y no sé ni en qué día vivo. No es tan importante.

–¿En qué año estamos?

–En mil novecientos noventa y tres –respondió con seguridad tras meditar la respuesta–. El año de la muerte de mi hijo.

Ni siquiera quiso que Silvia supiera que estaba allí. Su debilidad lo avergonzaba. El chofer le ofreció el brazo para emprender el ascenso por las escaleras de acceso a la clínica. De Quesada giró la cabeza hacia atrás, atraído por el movimiento y el murmullo de las copas de los cipreses, vapuleadas por el viento, y no la vio llegar.

–Hola, amor. –Ella siempre lo llamaba así antes de lo de Pablo. Ni cariño, ni Álvaro. Siempre «amor».

Se giró con una ligera sonrisa que, en cuestión de segundos, se quedó congelada en su rostro. Ahí estaba de nuevo aquella aberración de su mente que le hacía ver a Silvia de joven. La misma ropa de la noche de hacía treinta años, el mismo peinado e incluso el mismo pintalabios rojo cereza en sus labios. El semblante se le fue congestionando y todo su cuerpo empezó a temblar de un modo espasmódico.

–Me equivoqué contigo, amor... –dijo Silvia antes de salir en busca de una silla de ruedas para llevar a Álvaro al interior del edificio. El hombre parecía haber sufrido una fuerte conmoción. Empujó la silla por la rampa anexa a la escalinata hasta llegar al vestíbulo. Allí, Álvaro la detuvo.

–¡Vale, vale! Estoy bien. Todo esto es denigrante e innecesario.

Se levantó de la silla y caminó unos pasos hacia la sala de estar. Ana María apreció de repente frente a él.

–¡Ana María!

Silvia salvó la distancia hasta situarse junto a su amiga. Álvaro de Quesada no podía apartar la vista de las mujeres, aterrado. Volvieron los temblores convertidos en convulsiones.

–¡No puede ser! ¡No sois reales! No podéis ser jóvenes, ya no.

Mauro Díaz de Cerio entró acompañado por Víctor Yoldi. Lo hizo con toda la calma de quien sabe que tiene la sartén por el mango. En cuanto su presencia se hizo patente, rogó a todo el mundo que saliera de allí. Su petición fue atendida al

instante. Tan solo permanecieron en su sitio Silvia y Ana María.

–Álvaro de Quesada... Al fin te tengo delante para decirte cuánto te desprecio.  
–Ana María escupió esas palabras como si fuesen veneno.

El empresario la miraba incrédulo. Sabía que no debía dejarse llevar por el pánico. Aquellas mujeres no podían ser las jovencitas que él conoció, pero eran reales y estaban frente a él en actitud amenazadora.

–Siento tu pérdida, Ana María. –De Quesada dio un paso y se tambaleó. El susto lo obligó a sentarse de nuevo en la silla de ruedas–. Sabes que Massimo y yo éramos grandes amigos. Nunca le deseé nada malo –replicó titubeante.

–¿Cómo tienes la desvergüenza de decir una cosa así? –Ana María se acercó a él. Apoyó las manos en los brazos de la silla y bramó:

–Nos utilizaste, nos destrozaste la vida y matando a Massimo nos has dado la estocada final. Eres un asesino.

Sin darle tiempo a reaccionar, Silvia se acercó y se apostó junto a su amiga. Él trató de levantarse de la silla, pero no le respondían las piernas. Lo volvió a intentar con el mismo resultado, y sintió un pánico repentino. Silvia y Ana María lo miraban furibundas. Repitió el intento, pero fue una vez más incapaz de ponerse en pie. Aquello era demasiado.

–Eres un asesino, A-M-O-R... –afirmó Silvia, remarcando cada sílaba–. Mataste a Pablo con tu desinterés y tu falta de atención, luego mataste todo lo bueno que había a nuestro alrededor y ahora lo has vuelto a hacer, como un vulgar carnicero. Has asesinado a Massimo, a su compañero de celda y a otras personas que nada tenían que ver con nosotros. Has perdido tu humanidad, amor, y me vas a perder a mí.

–¡Puedes irte al infierno si quieres! ¡Estás loca y siempre lo estarás! ¡Tú no podías ser una buena madre, tenía que haberlo sabido! –Álvaro de Quesada estaba fuera de sí, enardecido y lleno de ira–. Yo solo he tratado de protegerte y por eso he tenido que hacer todo lo que he hecho. Por ti, por mí, por la empresa.

–Exacto. La empresa es lo único que te importa. Todo lo que has hecho hasta ahora ha sido únicamente por la empresa.

–¿Cómo pudiste mandar matar a Massimo? ¿Cómo? ¡Eres un monstruo! –Ana María gritaba sus acusaciones entre lágrimas, tan cerca de su cara que podía sentir su respiración agitada.

–Massimo habría seguido hablando de no haberle parado los pies. Prometió no hacerlo jamás y lo estaba haciendo. No podía permitir que la verdad saliera a la luz. No ahora. Todos hablaban. Igual que su amigo el del pueblo y ese periodista del que me tendré que encargar de una vez por todas, si no consigo que lo encierren por asesinato. Todos hablaban por su culpa. Tenía que hacerlos callar o todo lo que he conseguido en la vida no habría servido para nada. Me habrían

encerrado. ¿No lo comprendes? Pagué una fortuna por su silencio y él habló...  
Quería volverme a traicionar por segunda vez.

3 de febrero de 2014

El juicio por el asesinato de Hugo Castells se celebró dos meses después del crimen, en el juzgado de lo penal número dos de Figueres. En Pamplona, febrero era el mes más frío; los días eran cortos y la ciudad adquiría un tono plomizo. En la capital del Alto Ampurdán la cosa pintaba algo mejor, pero la tramontana estaba haciendo de las suyas y ni Víctor ni Rebeca, ni mucho menos el abogado Terencio Díaz de Rada, estaban por la labor de hacer turismo con aquel viento.

Pasaron dos días preparando el juicio en el mismo hotel donde se habían alojado en diciembre. La grabación obtenida en el sanatorio Las Vistillas era su mejor baza. El plan había salido a pedir de boca y tenían una confesión espontánea de Álvaro de Quesada que estaba siendo muy útil para el caso de la muerte de Massimo y la de Jonás. Las muertes de Txibi y de Marcelo eran más difíciles de demostrar, pero Víctor tenía un interés muy personal en que fuesen investigadas e iba a dejarse la piel para castigar a los culpables. Pero lo primero era despejar las sospechas que se cernían sobre ellos dos respecto a la muerte del director del Centro de Estudios Dalinianos. La teoría de Víctor, Rebeca y su abogado Terencio Díaz de Rada consistía en que Álvaro de Quesada les había hecho llegar unos mensajes citándolos en la plaza del museo de Figueres para después poder acusarlos de la muerte de Hugo Castells, quien había propiciado la renuncia de Rebeca a su puesto en la fundación tras los escándalos de los falsos Dalís. Ese era, según la acusación, el móvil del crimen. En su contra, tenían pruebas que, según el fiscal, eran irrefutables: las huellas de ambos se habían encontrado tanto en el cadáver como en la escafandra. Conocer aquel dato los hundió en un primer momento, por lo que el abogado pidió un receso para encerrarse en una sala con sus clientes y valorar aquel punto, tan importante como inverosímil. Pero, obviamente, las huellas debían de estar allí, de algún modo alguien las había obtenido y colocado en la escena del crimen.

—¡Cómo demonios se puede hacer algo así! —exclamó Víctor en cuanto cerraron la puerta y el abogado planteó la posibilidad de que aquello hubiera

sucedido—. No debe de ser nada fácil recoger huellas dactilares y traspasarlas de una superficie a otra como si fuesen pegatinas o calcomanías.

El Gigante Romay inspiró profundamente.

—En realidad, es exactamente así como se hace: se toma la huella de una superficie plástica o de cristal, una superficie no porosa. De ahí se transfiere a otra superficie de características similares donde quedará adherida. Si lo haces bien, puedes tener una huella falsificada en el lugar y el momento que tú desees. Así que la cuestión es dónde pudieron obtener vuestras huellas y quien fue el encargado de hacerlo. Rebeca estaba en Florencia, por lo que debió de ser allí donde robaron sus huellas sin que ella se diese cuenta. Por tu parte —continuó, y dirigió su mirada sombría hacia Víctor— es obvio que debió de ser en Pamplona o bien en Cárcar. No es tan difícil recoger un vaso de cerveza o una taza de café de cualquier bar. Tan solo han tenido que seguirte los pasos a cierta distancia y discretamente llevarse el recipiente de tu consumición. Ya ves.

—¿Insinúa que De Quesada mandó a alguien hasta Florencia para hacerse con mis huellas dactilares? No sé. A mí me parece una posibilidad muy remota...

—Más inverosímil es que tus huellas estén en el cadáver como de hecho lo están, ¿no crees?

Rebeca bajó la mirada aceptando el argumento del abogado de Cárcar. Pero enseguida saltó de la silla como si se le hubiese encendido una luz en la cabeza.

—¡Marco Lombardi!

Los dos hombres se la quedaron mirando estupefactos.

—¿Te refieres al tipo de la grabación? ¿Tu compañero en el taller? —inquirió Víctor.

Rebeca no respondió inmediatamente. Durante unos instantes revivió la noche que salió del cine, cuando él le prestó su abrigo. Ella le devolvió la prenda, pero tal vez sus huellas quedaron adheridas a la superficie del Barbour.

—¡Qué estúpida! —Rebeca comenzó a pasearse por la sala con cara de indignación.

—Ahora no importa demasiado, quien o cómo te robó las huellas, sobre todo porque no hemos logrado dar con el tal Lombardi —dijo el abogado dirigiéndose a Rebeca—. Lo importante es que tenemos que convencer al juez y al jurado de que la transferencia de huellas es posible y una práctica real. Mantened la calma y actuad en todo momento como las personas inocentes que sois. —Clavó su mirada alternativamente en Víctor y en Rebeca, como si con ella pudiera fijar esas palabras en sus cabezas—. Es fácil meter la pata y parecer culpable a los ojos del jurado. Por otro lado, debemos desmontar la teoría de que el móvil del crimen fue la venganza por tu despido. ¿Estás completamente segura de que nadie pudo haber presenciado ninguna escena violenta entre Hugo Castells y tú?

–Por supuesto.

–¿Jamás lo amenazaste con hacerle daño o vengarte de él si te despedía?

–Ni siquiera me despidió. Yo presenté mi dimisión. Tengo el correo que le envié, ya lo dije hace semanas. ¿A qué viene esto ahora?

–Solo intento que todo cuadre y que tengáis bien claros los hechos que os pueden hacer libres. Vamos. Tenemos que volver a la sala.

Víctor agarró a Rebeca del brazo, ejerciendo una ligera presión en señal de apoyo. En el momento de cruzar el umbral de acceso a la sala donde se celebraba el juicio, la atrajo hacia sí.

–Te quiero –le susurró al oído, y después la besó en los labios con delicadeza.

Notó el estremecimiento de ella. Un instante después divisó la imagen de la doctora Zudaire sentada entre el público. Víctor no fue capaz de reaccionar a tiempo, solo pudo ver como la jefa del servicio de patología forense se levantaba de su asiento y abandonaba la sala. Quiso correr tras ella, pero la puerta se cerró y el juez, con un golpe de mazo, reanudó la sesión.

10 de marzo de 2014  
Bruselas, Bélgica

El doctor Aguilera le aseguró que, en su opinión, estaba perfectamente capacitada para desenvolverse en el mundo con total normalidad. Si no se había incorporado a la vida real mucho antes fue por voluntad expresa de su marido y porque ella no había manifestado en ningún momento su deseo de abandonar el sanatorio. Pero ahora no solo se sentía capaz, sino que se encontraba francamente bien. La despedida después de tantos años de convivencia fue emotiva pero feliz. «Volveré algún día a verlo y tomaremos el té en el jardín», le había asegurado a su médico con una espléndida sonrisa.

De aquello hacía ya dos meses, que era el tiempo que llevaba viviendo con Mauro Díaz de Cerio. Cumplió con su promesa de visitar Las Vistillas el día previo al viaje que pondría fin a aquel período de su vida. A partir de ahora todo sería maravilloso. Eso es lo que pensó y eso es lo que esperaba que fuera. Pero después de las dos primeras semanas de romántico idilio en Bruselas, de cenas en los mejores restaurantes, visitas a los museos, paseos por sus rincones más bellos y compras en las mejores tiendas de moda, el ánimo de Silvia comenzó a decaer. Llegaba la primavera, aunque aún hacía frío, pero lo que realmente la deprimía no era el crudo clima belga sino las largas horas de soledad que no tenía más remedio que soportar por haberse enamorado de un hombre con un alto cargo en el Comité Económico y Social Europeo. Tenían por delante algunas galas, fiestas que Mauro creía que la divertirían y donde podría conocer a otras mujeres, relacionarse, hacer amigas con las que quedar y charlar.

A pesar de su buena disposición, Silvia no se mostraba muy optimista respecto a su futuro en esa ciudad. Ella lo que quería era la compañía de Mauro y toda su atención. Cuando él enfermó, no pudo menos que entregarse a cuidarlo como solo ella sabía hacerlo. Lo mimaba, lo acariciaba, le preparaba las mejores comidas y le daba rigurosamente la medicación, como una enfermera diplomada. No parecía nada grave, pero el primer achaque lo tuvo alejado de sus

obligaciones laborales una semana. Después del primero se produjeron algunos episodios más, cuyo origen los doctores no llegaban a detectar. «Al fin y al cabo, ya tienes una edad –le decía Silvia cariñosa mientras le acariciaba el cabello, tumbados los dos en la cama–. Pero yo te cuidaré siempre, amor. Para eso estoy contigo. Lo sabes, ¿verdad?» Mauro Díaz de Cerio la adoraba y daba gracias a Dios por cada día que pasaba a su lado.

4 de abril de 2014

La víspera de la boda, Rebeca subió la empinada cuesta que conducía a la residencia portando un bonito ramo que había comprado con toda intención en Flores Amaia. Sus amigos estarían en algún banco del jardín, o puede que en el bar de los jubilados, si el viento soplaba demasiado fuerte. Al subir la cuesta, comprobó que el cierzo había remitido y la temperatura era agradable dentro de lo que cabía esperar a principios de abril. Sonrió complacida con aquella situación. Podía haber estado en la cárcel en ese momento y, en cambio, estaba en Cárcar, con su familia.

La causa contra Víctor y ella había sido desestimada por falta de pruebas. Tan solo tenían las huellas en el buzo de Dalí, pero el Gigante Romay demostró lo fácil que era transportar unas huellas de una superficie a otra si se tenían los conocimientos y los medios adecuados. Que Hugo Castells le hubiese retirado su confianza no parecía motivo suficiente para que una profesora respetada, una persona cabal, asesinase de esa manera a su jefe. Un experto se encargó de localizar las IP desde donde fueron enviados los correos electrónicos que citaban a Víctor y Rebeca en la plaza del museo en Figueres. Quien había creado aquellos mensajes estaba ya identificado y solo tendrían que tirar del hilo para ir acercándose al origen de todo: Álvaro de Quesada. El hombre tenía varios frentes abiertos en ese momento. La denuncia presentada por Víctor y la doctora Zudaire había dado inicio a una investigación por el asesinato de Jonás Sádaba, que, comenzando por el Instituto de Medicina Legal, había pasado por la cárcel de Pamplona y había llegado a Madrid. Tenían además la grabación realizada en el sanatorio Las Vistillas donde el empresario admitía haberse visto forzado a silenciar a varias personas comenzando por Massimo. Esa era su mejor baza. La que mantenía a De Quesada en prisión preventiva. Se manejaba la teoría del pacto de silencio, tal como indicaba la nota que dejó el Argentino a Ana María; lo que no se revelaría durante el proceso era el objeto de ese silencio. La cuestión de quién mató al pequeño Pablo si no lo hizo Massimo Figueroa aún no

se había esclarecido. En cualquier caso, había pasado mucho tiempo, y el crimen, además de haber sido juzgado y el asesino condenado en su día, había prescrito, por lo que no cabía acción alguna el respecto. El forense que realizó la autopsia de Massimo Figueroa, cuyo cuerpo había sido incinerado, tuvo aún así que justificar su autopsia y cotejarla con los datos sobre su condición de zurdo que dio la viuda. Sancho parecía haber hecho con sumo gusto el trabajo sucio dentro de la cárcel y el propio director se vio en una encrucijada por haber recibido un envío a modo de agradecimiento cuyo origen estaba en la empresa de De Quesada, Aperture 2000. Las investigaciones seguían su curso y ellos intentaban vivir sin temor. Cosa bien complicada.

Rebeca desplazó a un rincón de su mente todo aquel asunto y se relajó dispuesta a disfrutar de una tarde en buena compañía. El sol daba algo de calor, pero enseguida se ocultaría. Encontró a los tres ancianos sentados frente al mirador del regadío.

–¿Os apetece dar un paseo hasta el cementerio? –dijo, mostrando el ramo y una sonrisa resplandeciente.

–Claro, maja –respondió el Gitano, que se levantó del banco con agilidad. Daniel y Anastasia lo imitaron en silencio.

Tardaron veinte minutos en recorrer el camino. La cojera del Gallardo y la fragilidad de la anciana no daban para más. Apenas cruzaron algún comentario sobre el tiempo y el resto del trayecto transcurrió en un silencio incómodo en el que la ausencia de Marcelo flotaba como una nube gris sobre sus cabezas. Llegaron hasta la verja del camposanto, donde se detuvieron. Rebeca corrió el cerrojo y franqueó la entrada a los tres ancianos. Daniel tomó la delantera y se adentró unos cuantos metros por el pasillo central hasta detenerse frente a un panteón de mármol negro con una representación de la Virgen de Gracia en la cabecera. Los demás lo siguieron y se apostaron detrás de él frente a la tumba de los Turumbay. Con un hilo de voz, Anastasia comenzó a rezar el Ave María y los dos hombres la acompañaron al llegar al «Santa María madre de Dios...». Así lo hicieron por tres veces, con las cabezas inclinadas. Rebeca conocía las oraciones, pero hacía siglos que no rezaba. Fue su abuelo Ángel quien le enseñó desde el «Dios te salve reina y madre», hasta el credo y seguramente no las había recitado desde que él falleciera.

Cuando terminaron, hicieron la señal de la cruz y continuaron el trayecto hasta una tumba presidida por una cruz de mármol blanco similar al de la losa que la cubría.

–Ya han puesto la foto y el nombre. Qué rápido... –Patricio el Gitano se arrancó la boina de la cabeza y bajó la mirada.

Rebeca colocó el ramo junto al resto de flores sobre la losa con los nombres

de los enterrados allí. Marcelo Ágreda y los que debían de ser sus padres, fallecidos hacía ya muchos años. La fotografía insertada en el granito mostraba a un Marcelo más joven, de mirada risueña, vestido con traje y corbata.

–Está muy guapo en esa foto –dijo Rebeca con una suave sonrisa.

–Marcelo siempre fue un buen mozo. Animaba a todos con sus canciones y refranes, y era un hombre muy listo. La vida fue cruel con él en sus últimos años. No era ni sombra de lo que fue, aunque vivía feliz, eso es cierto... – Anastasia se restregó los ojos con el dorso de la mano, pero fracasó en su intento de contener las lágrimas y enseguida sucumbió al llanto mientras sacaba su pañuelo de algodón bordado del bolsillo del abrigo. Cuando se recuperó un poco de la emoción comenzó a rezar el avemaría tal como había hecho minutos antes en el panteón de los Turumbay.

Al terminar las oraciones permanecieron unos breves instantes contemplando la foto de su amigo y después, como si hubiesen ensayado el movimiento, se giraron todos a la vez para volver al camino principal y abandonar el cementerio.

Mientras eso ocurría en Cárcar, Víctor Yoldi afrontaba una situación bien distinta pero también difícil. Había intentado hablar con Cristina una vez concluido el juicio, pero ella no había respondido a sus mensajes ni le había devuelto las llamadas. Estaba enfadada. Lo comprendía. Lo cierto era que no habían llegado a poner nombre a su relación y, de no haberse producido la llegada de Rebeca, hubiesen continuado disfrutando de eso que había surgido entre ellos.

Se presentó en el Instituto de Medicina Legal a mediodía con la intención de llevarla a comer. Preguntó por ella en la oficina y su decepción fue mayúscula cuando le dijeron que la doctora Zudaire llevaba varios días de vacaciones. Tardó poco en tomar la siguiente decisión. Caminó hasta el barrio de Mendebaldea y tocó el telefonillo del piso de la doctora.

–Sí –respondió ella.

–Soy Víctor –se limitó a decir él.

Tardó unos segundos en abrirle, pero cuando llegó al piso de su amiga, la puerta estaba abierta. Entró despacio. Allí estaba, vestida con la ropa de correr y el pelo recogido en una cola de caballo.

–Estás muy guapa –dijo Víctor.

Cristina Zudaire recibió el piropo como si le hubiera dado un bofetón.

–Perdona. Quería hablar contigo, pero no respondes a mis llamadas... Lo siento, Cristina.

–No tienes por qué darme explicaciones. Eres un adulto igual que yo y eres libre de vivir como te plazca.

–Lo sé, pero quiero darte explicaciones porque te aprecio... No. Es mucho más que aprecio. Te quiero. Puede que no lo suficiente, tal vez no estoy enamorado de ti como debiera estarlo para salir contigo. Pero te quiero y me preocupo por ti. Quería que lo supieras. Puedes contar conmigo siempre, ¿de acuerdo?

Cristina Zudaire lo miraba impasible, en silencio. Parecía estar meditando si montar una escena o asumir la realidad.

–Lo hemos pasado bien, ¿verdad? –dijo finalmente.

Víctor se relajó y le regaló una de sus espléndidas sonrisas.

–Lo hemos pasado genial.

5 de abril de 2014

Al día siguiente a las doce del mediodía, los pocos invitados a la celebración aguardaban expectantes la entrada de los novios. Anastasia había sugerido comenzar la función ya en el altar para evitarle a Daniel el trance de entrar cojeando con el bastón, pero él fue inflexible en ese punto: lo harían como es debido. El Gallardo entró a la ermita de la Virgen de Gracia del brazo de su preciosa sobrina Rebeca. Camisa blanca, corbata azul inglés y traje oscuro de raya diplomática con chaleco. El cabello bien peinado con su raya a un lado y la barba perfectamente afeitada. Confió su bastón a Víctor y caminó los pocos metros entre la puerta y el altar, con toda la dignidad que pudo reunir tratando de ocultar su cojera. Todo el mundo conocía sus limitaciones, pero él quería lucirse el día de su boda.

Una vez en el altar aguardaron la entrada de la novia. Anastasia también iba de estreno, con un vestido color crema, abrigo a juego y zapatos del mismo color. Rebeca, la responsable del atuendo de los novios, la había maquillado ligeramente con un toque de carmín en los labios y una finísima sombra en los ojos. La mujer entró del brazo de su buen amigo Patricio, quien no había consentido en prescindir de su boina, aunque lucía muy interesante con su «traje de celebrar», como él denominaba al único traje que tenía en el armario.

–Pareces una estrella de cine. Me recuerdas a Tippi Hedren...

La anciana recompensó a Daniel con una sonrisa deslumbrante que aún la hizo más bella a sus ojos.

–Tú también estás muy guapo. Igualito que Cary Grant.

–Te quiero, Anastasia –susurró Daniel solo para ella.

–Te quiero, Daniel –musitó ella solo para él.

Don Gonzalo levantó las manos y dio comienzo la ceremonia. El cura del pueblo era también un amigo y había accedido gustoso a celebrar aquella boda ante Dios, aunque la parte legal no fuera a llevarse a cabo.

–Nos hemos reunido hoy aquí para celebrar el amor entre Daniel y Anastasia.

Nos falta Marcelo, pero lo llevaremos siempre en nuestros corazones porque formaba parte de esta pequeña familia.

A final del acto, Daniel besó a una ruborizada Anastasia en los labios. Como el frío era intenso en la pequeña ermita, se distribuyeron entre los coches de Víctor, Rebeca y el cura para dirigirse al restaurante del hotel Villa de Cárcar, junto al campo de fútbol.

Ya estaban con los postres cuando el Gallardo se puso en pie y carraspeó pidiendo la atención de los presentes. Todos esperaban un pequeño discurso:

–Si nuestro amigo Marcelo estuviese aquí se habría chupado los dedos con este gorrín –comenzó, para sorpresa de todos–. Probablemente habría pedido otra ración de asado en el postre. Y además habría dicho esto a nuestros jóvenes Víctor y Rebeca: «¡Daos prisa majos, que se os va a pasar el arroz!».

11 de abril de 2014  
Florencia, Italia

Después de la boda de Daniel y Anastasia, Rebeca y Víctor pasaron unos días en Florencia para celebrar el feliz resultado del juicio y la entrada de Álvaro de Quesada en prisión. Rebeca tenía que recoger las cosas que había dejado allí. Además de arreglar los papeles del Instituto, liquidar el alquiler y despedirse del maestro Francesco. Reservaron una habitación en el exclusivo hotel Villa Cora, situado en las colinas que rodean el centro histórico, y durante unos días apenas abandonaron aquel lugar de ensueño, seducidos por la belleza de la arquitectura, la lujosa decoración, el *spa*, su cocina y la tranquilidad. Después pasaron otros cuatro días en el Palazzo Niccolini al Duomo, un antiguo palacio del siglo XIV reconvertido en hotel; situado junto a la catedral, fue en su día el taller de Donatello. Rebeca mostró a Víctor todo lo que valía la pena ver en la ciudad, así como sus restaurantes favoritos y los locales más entrañables. Gastaron sin preocuparse. Como estaban lejos de sus círculos habituales, nada les impedía hacer lo que quisieran con el dinero obtenido hacía ya casi dos años con la venta del Dalí. Aquel día degustaron el mejor plato de pasta con marisco del mundo y después fueron a visitar el Museo Bargello, del que Víctor ni siquiera había oído hablar.

–Comenzó a construirse en 1255. En sus inicios, el Palazzo Bargello sirvió como residencia ducal y sede del Gobierno de Florencia. Desde finales del siglo dieciséis hasta mediados del siglo diecinueve fue una cárcel. Hay constancia de que en el patio se realizaron muchas ejecuciones. –Rebeca se detuvo frente a una escultura en mármol de al menos dos metros de altura–. Esta es mi obra favorita, el *Baco* de Miguel Ángel. La primera gran obra maestra del artista.

–Exacto. La hizo durante su primer viaje a Roma en 1496 –dijo una voz a su espalda–. Su sexualidad andrógina es una constante en la obra de Miguel Ángel.

Rebeca se giró, con el gesto descompuesto. Había reconocido la voz. El inconfundible acento de Marco Lombardi. Y ahí estaba, tan campante, con su

sonrisa y esas pecas que le conferían un aire de adolescente.

–¡Tú!

–Me alegra ver que sigues igual de guapa y tan libre como un pájaro.

–Tú mataste a Hugo Castells y me robaste las huellas para cargarme con el asesinato –le increpó Rebeca.

–¡Vaya! Veo que eres tan lista como pareces.

–Eres un asesino y deberías ir a la cárcel. Dinos quién te contrató.

–Yo solo proporcioné las huellas de una chica guapa a un tipo que me pagó bien por el trabajo. Y debo decir que fue un placer en todos los sentidos. Ni siquiera sé su nombre. Hay que ganarse la vida, ¿sabes?

–Te reconocí en las imágenes de la cámara de seguridad –la rabia contenida hacía que las palabras saliesen de su boca a borbotones.

–No sé de qué me hablas, Rebeca.

–Participaste en la muerte de Hugo Castells, estoy segura –dijo, alzando la voz.

–Suerte que nadie más parece opinar lo mismo... –Lombardi sonrió y la miró con una expresión burlona.

Estaba claro que aquel tipo era mucho más listo de lo que parecía, puesto que había logrado ocultar su identidad y borrar su rastro hasta el punto de que no había sido posible localizarlo ni demostrar su implicación en el caso.

Víctor miró a derecha e izquierda y al ver que nadie se fijaba en él le soltó un puñetazo a Marco Lombardi en el estómago. Luego agarró a Rebeca del brazo y salieron zumbando de la sala.

Como era de esperar, nadie los vio y nadie los siguió. El tal Lombardi se merecía la cárcel y también un buen puñetazo. En realidad esa fue la única forma que encontró Víctor de aplacar su frustración por todo lo ocurrido. Se alejaron del museo a buen paso y no se detuvieron hasta llegar a la *piazza* de San Firenze. Frente al palacio barroco que da nombre a la plaza, se abrazaron durante un largo minuto. Después Rebeca se apartó un poco de Víctor. Sus miradas vibrantes se encontraron y a continuación lo hicieron sus labios. Hubiesen demorado el momento hasta el infinito de no ser por el móvil de Víctor.

–¿Cuándo? –Su rostro pasó de mostrar fastidio por tan inoportuna interrupción a expresar sorpresa e incredulidad–. De acuerdo. Allí estaré.

–¿Quién era? –le preguntó Rebeca en cuanto colgó el teléfono.

–Uno de los abogados de Álvaro de Quesada –respondió Víctor. Parecía aturdido.

–¿Y qué es lo que te ha dicho?

Víctor elevó la mirada al cielo florentino.

–Que tengo una cita en la cárcel.

15 de abril de 2014

Volvía a tener ese nudo en el estómago que lo había acompañado durante su primera visita a la prisión cuando Jonás le habló de la extraña muerte de su compañero Massimo Figueroa. No le hacía ninguna gracia entrar otra vez en una cárcel, pero había aceptado ir a visitar a Álvaro de Quesada y no podía echarse atrás. Estaba nervioso. Él había metido al millonario entre rejas; se había enfrentado a un titán siendo tan solo un insignificante mortal. ¿Qué quería De Quesada de él? ¿Pensaría ponerlo sobre aviso de su inminente venganza? Esa era la opción ganadora de Víctor, aunque Rebeca no la compartía en absoluto. Pues bien, por más que habían pasado horas haciendo cábalas, no habían llegado a ninguna conclusión. El día de la cita, Víctor vomitó dos veces antes de salir de Pamplona con rumbo a Madrid. Llegó a Soto del Real con el único consuelo de que no le quedaba nada en el estómago. Tras pasar por los distintos controles de seguridad, fue conducido a la sala de visitas, donde tuvo que esperar unos minutos antes de que trajesen a De Quesada. Contra todo pronóstico, el hombre se mostraba tranquilo, el rictus impasible, las manos en una posición casi monacal. Aquello no podía significar nada bueno. Su atuendo era elegante e informal al mismo tiempo; lo que se supone que llevaría para una velada con amigos: pantalón chino, camisa en tonos pastel y calzado cómodo. El cabello en su sitio y la barba perfectamente afeitada. Incluso se había molestado en aplicarse unas gotas de perfume; un aroma que terminó por asquearlo.

–Le agradezco la visita, señor Yoldi. Espero que Florencia estuviera a la altura de sus expectativas...

–Florencia lo estuvo, pero la llamada de su abogado fue de lo más inoportuna.

–Para ser educado le diría que lo siento, pero mentiría. Me alegro. Usted me ha metido aquí y cualquier cosa que pueda hacer para incomodarlo me satisface en gran medida.

–En realidad, eso es faltar a la verdad –replicó Víctor con una seguridad renovada–. Sus actos son los que lo han llevado hasta aquí tanto a usted como a

Alberto Urquijo y a toda la banda de maleantes que están cayendo a su alrededor. Usted es la clase de hombre capaz de vender a su madre. Es un buen negociador, está claro. Saldrá de aquí en poco tiempo y el precio que habrá tenido que pagar es poco: tan solo tiene que colaborar con la justicia delatando a su gente. Alberto Urquijo pasará su vida entre rejas, su hombre de confianza. Su amigo, probablemente, igual que lo fue Massimo. Y por supuesto, Sancho y sus hombres; el antiguo médico de la cárcel, forense del Instituto, y el funcionario al que sobornaron por abandonar su puesto el día que mataron a Massimo. Por no hablar de ese matón que se encargó de hacer el trabajo sucio para que los señoritos no tuviesen que mancharse las manos con sangre inocente. Se merece todo mi desprecio, don Álvaro de Quesada.

Aquella monserga pareció calar en la mente del empresario, porque tardó unos segundos en retomar la conversación.

–Posiblemente tenga usted razón en todo –dijo con gesto chulesco–. Es ley de vida. Unos mandan y otros obedecen. –Hizo una pausa–. Le he hecho venir para darle una exclusiva; si le interesa, claro.

Ambos guardaron silencio.

–Puede que ya haya descubierto que mi mujer padeció una enfermedad poco frecuente, llamada síndrome de Munchausen por poderes. De ahí que haya pasado todos estos años ingresada en un psiquiátrico.

Víctor hizo un leve gesto con la cabeza.

–Debería estar atento a los acontecimientos que se produzcan alrededor de Silvia. Estoy seguro de que algo va a ocurrir.

–¿Y a qué se debe este alarde de confianza, si puede saberse?

–Usted ha conseguido que me encierren, aunque confío en que mis abogados hagan bien su trabajo y me saquen de aquí lo antes posible. A fin de cuentas, mi declaración se produjo bajo los efectos de potentes drogas. Sin embargo, y a pesar de mis pactos con la acusación, son varios delitos los que se me imputan, y eso hace que aún vea lejana mi puesta en libertad. –De Quesada hizo una profunda inspiración que infló su pecho. Después soltó de golpe el aire y se inclinó hacia delante como si fuese a hacer una confidencia.

»En cambio, mi mujer está libre como una mariposa, viviendo en Bruselas con un hombre que nunca me gustó; circunstancia que lejos de molestarme me llena de satisfacción, porque mi opinión acerca de Mauro Díaz de Cerio no ha hecho más que empeorar con el paso de los años y sobre todo con los últimos acontecimientos. Me consta que ese señor les ha ayudado a encerrarme y espero que se lleve su merecido.

13 de junio de 1014

Había terminado la reunión con el redactor jefe cuando vio el mensaje. Al parecer, Pío Marculeta había salido y quería verlo. Eran buenas noticias y esperaba poder saciar su curiosidad charlando un rato con su amigo, conocer sus andanzas en la cárcel desde el último permiso y saber de primera mano cómo logró salir airoso del acoso de sus compañeros. La jornada transcurrió con placentera normalidad. Habló con Rebeca, que estaba volcada en su nuevo trabajo de restauradora y andaba muy atareada presentándose a las instituciones, museos, iglesias, catedrales... Su currículum académico la avalaba, pero no tenía experiencia. Por otro lado, existía la posibilidad de entrar como profesora en la Universidad de Navarra, pero aún era pronto y no había nada seguro. «He limpiado el antiguo estudio de mi tío Daniel para instalar ahí el mío. Cuento con su permiso, por supuesto. He pensado que mañana iré a Pamplona a comprar algunos materiales y puesto que es viernes, podemos aprovechar para pasar el fin de semana juntos», le había dicho. A él todo le parecía miel sobre hojuelas.

Después del trabajo, salió a correr como cada día. Se lanzó a la calle Mayor y de ahí hacia el parque de la Taconera. En los últimos tiempos, evitaba la Ciudadela. Le traía malos recuerdos. Allí sufrió aquella caída inexplicable que seguramente fue provocada por el hombre contratado por Alberto Urquijo para orquestar toda aquella «operación silencio». A pesar del beneficio del cansancio físico en su mente, el recuerdo de Jonás y Marcelo, víctimas de De Quesada, ensombreció su estado de ánimo. Cuando entró en el Jesús Mari después de correr durante media hora y de una larga ducha, la imagen de Pío en la barra con una enorme jarra de cerveza terminó de levantarle el ánimo. Se abrazaron como dos buenos amigos tras una larga ausencia y Pío pidió a voz en cuello otra jarra para su amigo, tan grande y helada como la suya.

–¡Cómo me alegro de verte, colega! –rugió Pío con su voz cavernosa. Y regaló al de Cárcar un puñetazo tan afectuoso que Víctor tuvo que sujetarse a la barra para no salir despedido.

–Yo también me alegro. Te veo muy bien. ¿Cómo te ha ido todo este tiempo dentro?

–De coña. Mayormente lo he pasado en la enfermería.

El gesto preocupado de Víctor le impulsó a explicarse mejor.

–Los Viejos de la cárcel me tomaron cariño, ya ves. Cada vez que me veían en el comedor, me arreaban una paliza. No demasiado fuerte, debo decir. Así he logrado evitar a Sancho y sus hombres, que me hubiesen matado a palos, sobre todo después de que les alargaran las penas por del juicio de De Quesada. Y por cierto. Urrutia, uno de los funcionarios, te manda saludos.

Víctor frunció la frente.

–Es un buen tipo. Creo que se siente culpable por no haber podido hacer más ahí dentro. Apreciaba a Massimo y a Jonás y se ha portado bien conmigo. ¡Tienes un fan ahí dentro, tío! Dice que te lee todos los días. Igual debería empezar a leer yo también. ¿Qué opinas?

Jonás levantó su jarra y la chocó contra la de Pío Marculeta.

–Opino que puedes hacer lo que te propongas.

–Voy a trabajar de firme, tío. Soy un mecánico cojonudo. Me traerás el coche al taller cuando lo necesites, ¿verdad?

–¡Claro! ¡Cuenta con ello!

–Y voy a leer lo que escribes en el periódico. Te lo juro, colega... –Saltó de la banqueta y se acercó a la pared donde colgaban los periódicos. Cogió un *Diario de Navarra* y un *Diario de Noticias*. –Toma. Lee algo diferente, que seguro que te viene de perlas.

Víctor no tenía mayor interés en leer la prensa en ese momento, pero haciendo aprecio a su nuevo amigo, abrió el periódico y comenzó a hojearlo. En la página de internacional, un titular que en cualquier otro momento le hubiese pasado inadvertido llamó su atención. Lo leyó una y otra vez mientras la sangre se helaba en sus venas. Era una noticia de agencia.

FALLECE MAURO DÍAZ DE CERIO, POCOS MESES DESPUÉS DE ACEPTAR SU PUESTO EN EL COMITÉ ECONÓMICO Y SOCIAL EUROPEO.

Una lectura más profunda de la noticia le desveló algún dato más. Al parecer, el hombre llevaba varios meses aquejado de fiebre alta y diferentes síntomas que los médicos no habían logrado diagnosticar. Murió por un paro cardíaco. El funeral se celebraría en Bruselas y los restos mortales se trasladarían a Madrid, donde sería enterrado en el panteón familiar del cementerio de la Almudena.

19 de junio de 2014

Silvia Montero no llegó a contraer matrimonio con Mauro Díaz de Cerio porque Álvaro dejó clara su intención de dificultar el trámite de divorcio hasta el aburrimiento. Sin embargo, ella lo había amado como si fuesen marido y mujer. Más incluso.

Aquella mañana luminosa de primavera salió de la mansión De Quesada a bordo de una de las limusinas en dirección al barrio de Chamberí. Allí se detuvieron frente al portal de su amiga Ana María, y juntas, con las manos entrelazadas en el amplio sofá de piel del lujoso vehículo, se dejaron conducir al cementerio de la Almudena. El chofer se encargó de acarrear con los tres ramos de flores que previamente habían encargado y que pensaban colocar en honor a Massimo, Mauro y el pequeño Pablo. Ordenaron las visitas por ese orden. Pasaron unos minutos frente al pequeño nicho que contenía las cenizas de Massimo, colocaron el ramo y cogidas del brazo, dejaron que unas lágrimas silenciosas se desbordasen por sus mejillas. Caminaron despacio durante unas decenas de metros, escoltadas por el chofer hasta el lujoso panteón de los Díaz de Cerio.

–Mauro me salvó la vida. Si no hubiese sido por él, jamás habría superado lo de Pablo ni habría abandonado el sanatorio.

Lloró con amargura aferrada al pañuelo que le ayudaba a contener las lágrimas. Antes de abandonar el lugar, lanzó un beso a la pequeña fotografía de su último amor.

Dejaron para el final la visita al pequeño Pablo. Si lujoso era el panteón de los Díaz de Cerio, el de los De Quesada no le iba a la zaga. Mármol rosa, una escultura de dos metros que representaba al arcángel San Miguel y una sucesión de letras doradas para conformar una larga lista de nombres, todos con el apellido De Quesada en primer o segundo lugar. La foto de la preciosa carita de Pablo les encogió el corazón a ambas. Se abrazaron sin cortapisas y lloraron amargamente durante unos minutos. Cuando se calmaron, Silvia se acercó un

poco más y se sentó amorosamente sobre la lápida, junto a la imagen de su hijo. Acarició la foto con los dedos al tiempo que comenzó a recitar un poema. El mismo que la acompañó durante años, después del óbito de su único hijo:

–Si llegara hasta ti bajo la hierba  
joven como tu cuerpo, ya cubriendo  
un destierro más vasto con la muerte,  
de los amigos la voz fugaz y clara,  
con oscura nostalgia quizá pienses  
que tu vida es materia del olvido.

Recordarás acaso nuestros días,  
este dejarse ir en la corriente  
insensible de trabajos y penas,  
este apagarse lento, melancólico,  
como las llamas de tu hogar antiguo,  
como la lluvia sobre aquel tejado.

Tal vez busques el campo de tu aldea,  
el galopar alegre de los potros,  
la amarillenta luz sobre las tapias,  
la vieja torre gris, un lado en sombra,  
tal una mano fiel que te guiara  
por las sendas perdidas de la noche (...)

Silvia no pudo continuar, presa del llanto. Su amiga la tomó del brazo y la guio despacio hasta la salida, donde la limusina las devolvería al mundo de los vivos. Dejaron a Ana María nuevamente en el portal de su casa y emprendieron el camino hacia El Soto de la Moraleja. Silvia comenzó a notar cómo su corazón se iba templando. Los nervios desaparecían y una calma rayana en la satisfacción empezaba a invadir su cuerpo. Había amado tanto, tanto... Y ese amor le había traído tanto sufrimiento. Nunca pretendió acabar con sus vidas. Tan solo quería un poco de atención, sentirse útil. Pero después, esa carga había sido demasiado para ella hasta el punto de ahogarla. Lo que en principio tanto la había satisfecho acabó siendo una losa pesada de la que tuvo que liberarse para sobrevivir.

Ahora era libre, por fin.

Y siempre le quedaría Álvaro. Puede que llegase a amarlo de nuevo. Puede que la necesitase ahora que estaba preso. Puede que hubiese más vida en su vida,

a pesar de todo.

## Agradecimientos

Quiero expresar mi agradecimiento al personal del Centro Penitenciario Pamplona I: director, subdirectora, pastoral penitenciaria y voluntarios por mostrarme el centro, explicarme su funcionamiento y elegir mi obra como ejercicio de lectura, lo que motivó un encuentro inolvidable con los internos. Aprovecho para señalar que tanto los hechos como los personajes de esta novela son ficticios.

Gracias también a Javier Asiáin por su asesoramiento, y a Jacinto Jaurrieta por compartir conmigo algunas de sus muchas vivencias. Agradecida una vez más a todo el equipo de Maeva por su apoyo y su cariño. Y como siempre, gracias a vosotros, lectores, por seguir haciendo posible este sueño.

MAEVA defiende el copyright©.

El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

© Estela Chocarro, 2017

© de la cubierta, OPALWORKS

© Maeva Ediciones, 2017

Benito Castro, 6

28028 MADRID

[emaeva@maeva.es](mailto:emaeva@maeva.es)

[www.maeva.es](http://www.maeva.es)

ISBN: 9788417108199

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

# Table of Contents

## Primera Parte

1  
2  
3  
4  
5  
6  
7  
8  
9  
10  
11  
12  
13  
14  
15  
16  
17  
18  
19  
20  
21  
22  
23  
24  
25  
26  
27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[Segunda Parte](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[62](#)

[63](#)

[64](#)

[65](#)

[66](#)

[67](#)

[68](#)

[69](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)